

Wilkie Collins

La hija de
Jezabel



Lectulandia

Un médico francés consigue, en una universidad alemana, recuperar la fórmula de dos de los famosos venenos empleados por los Borgia. Tras su extraña muerte, las fórmulas de los venenos y varios frascos que los contienen desaparecen de su laboratorio. Ese es el punto de arranque de *La hija de Jezabel*, una novela de trama trepidante poblada de personajes inolvidables, como Madame Fontaine, quien, al igual que la Jezabel bíblica, está dispuesta a todo con tal de conseguir sus propósitos; Jack Straw, nombre de uno de los líderes de las revueltas campesinas de 1380, es el apodo por el que es conocido un loco cuya lucidez a veces resulta sorprendente; la dinámica viuda Wagner, cuyo carácter tenaz la lleva a abanderar a contracorriente la incorporación de la mujer a la empresa en pleno siglo XIX; el sensible e ingenuo señor Engelman, enamorado y romántico; la delicada Minna; el severo señor Keller... Y todo ello en un marco de crímenes sin resolver, crímenes que no siempre lo parecen y en los que los muertos no siempre lo están.

Lectulandia

Wilkie Collins

La hija de Jezabel

ePUB v1.0

Oxobuco 10.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Jezebel's Daughter*
Wilkie Collins, 1880.
Traducción: Esther Pérez Pérez
Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0)
ePub base v2.0

PRIMERA PARTE

*El señor David Glenney evoca
sus recuerdos y da inicio
a la historia*

CAPÍTULO I

En lo que toca a la hija de Jezabel, mis memorias se inician con la muerte de dos caballeros extranjeros, en dos países distintos, el mismo día del mismo año.

Ambos eran hombres de cierta importancia en sus respectivas esferas, y eran desconocidos el uno para el otro.

El señor Ephraim Wagner, comerciante (originalmente de Frankfurt del Main), falleció en Londres el 3 de septiembre de 1828.

El doctor Fontaine —famoso en su tiempo por los descubrimientos que realizó en el campo de la química experimental— murió en Wurtzburgo el 3 de septiembre de 1828.

Al comerciante y al doctor los sobrevivieron sendas viudas. La viuda del comerciante (una inglesa) no tenía hijos. La viuda del doctor (descendiente de una familia del sur de Alemania) tenía una hija en la cual encontrar consuelo.

En esa lejana época —escribo estas líneas en el año de 1878, a medio siglo de distancia de los hechos— yo era un joven empleado en la oficina del señor Wagner. Como era sobrino de su esposa, me había recibido con toda amabilidad como un miembro más de su hogar. Lo que relataré a continuación, lo vi con mis propios ojos y lo escuché con mis propios oídos. Mi memoria es confiable. Como otros ancianos, recuerdo los sucesos que tuvieron lugar en los inicios de mi vida con mucha más claridad que los que ocurrieron hace sólo dos o tres años.

Hacía varios meses que el buen señor Wagner padecía una enfermedad, pero los médicos no sentían ningún temor inmediato por su vida. Hizo quedar mal a los médicos y se tomó la libertad de morir en un momento en que todos declaraban que había muy fundadas esperanzas de que se recuperara. Cuando su esposa recibió ese golpe, me encontraba ausente de la oficina londinense, cumpliendo un encargo de negocios en la rama de nuestra empresa radicada en Frankfurt del Main, que dirigían los socios del señor Wagner. El día de mi regreso fue el que siguió al funeral. También fue el elegido para dar lectura al testamento. Debo añadir que el señor Wagner era ciudadano británico por naturalización, y que su testamento había sido redactado por un abogado inglés.

Las cláusulas cuarta, quinta y sexta del testamento son las únicas partes de ese documento que resulta necesario mencionar aquí.

La cuarta cláusula estipulaba que la totalidad de las propiedades del testador, tanto en tierras como en efectivo, pasaban a su viuda. En la quinta cláusula se añadía una nueva prueba de su confianza implícita en ella: la nombraba única ejecutora de su testamento.

La sexta y última cláusula comenzaba con las siguientes palabras:

Durante mi prolongada enfermedad, mi querida esposa ha actuado como mi secretaria y representante. Ha llegado a compenetrarse tan íntimamente con el sistema del que me he servido para conducir los negocios que es la persona más adecuada para sucederme. Al nombrar por este medio a mi viuda como mi única sucesora en la empresa, con todos los poderes y privilegios que de ello se derivan, no sólo doy pruebas de la magnitud de mi confianza en ella y de la sinceridad de la gratitud que me inspira, sino que, en realidad, obro en el mejor interés de la firma que encabezo.

Tanto el abogado como yo miramos a mi tía. Estaba hundida en su asiento; ocultaba el rostro en su pañuelo. Aguardamos respetuosamente a que se recuperara lo suficiente para comunicarnos sus deseos. Las expresiones de amor y respeto de su esposo que evidenciaban las últimas palabras del testamento la habían abrumado por completo. Sólo tras experimentar el alivio que le produjo un copioso llanto se volvió a percatar de nuestra presencia y se serenó lo suficiente como para dirigirnos la palabra.

—En unos días me sentiré más calmada —dijo—. Venid a verme dentro de una semana. Tengo algo importante que deciros a ambos.

El abogado se aventuró a hacerle una pregunta.

—¿Tiene alguna relación con el testamento? —inquirió.

Mi tía negó con un gesto.

—Tiene que ver con los últimos deseos de mi esposo —respondió.

Nos hizo una inclinación y se marchó a sus habitaciones.

El abogado la observó retirarse con aire grave y dubitativo.

—Mi larga experiencia en esta profesión me ha dado muchas lecciones provechosas —dijo, volviéndose hacia mí—. Su tía acaba de hacerme recordar una de ellas.

—¿Podría decirme cuál es, caballero?

—Por supuesto —me tomó del brazo y esperó a que hubiéramos salido de la casa para informarme de qué lección se trataba—. Desconfíe siempre de los últimos deseos que un hombre formula en su lecho de muerte, a menos que se los haya comunicado a su abogado y los haya hecho expresos en su testamento.

En aquel momento, ese me pareció un punto de vista muy riguroso. ¿Cómo podía prever que los sucesos que le sobrevendrían a mi tía en el futuro demostrarían que el abogado tenía razón? Si mi tía se hubiera contentado con dejar los planes y proyectos de su esposo en el punto en que éste los dejara a su muerte, y nunca hubiera emprendido ese precipitado viaje a nuestra oficina de Frankfurt... pero ¿de qué sirve especular sobre lo que pudo o no haber pasado? Mi tarea en estas páginas es la de contar qué ocurrió. Regreso a mi tarea.

CAPÍTULO II

A finales de esa semana fuimos a ver a la viuda, que ya nos esperaba. Para que se tenga una idea de su persona, era una dama de pequeña estatura, con una figura notablemente hermosa, una tez pálida y clara, una frente amplia y despejada y ojos grandes y grises, de mirada firme y con un brillo de inteligencia. Se había casado con un hombre mucho mayor que ella, de modo que (después de muchos años de matrimonio) seguía siendo una mujer muy atractiva. Pero no parecía consciente de sus gracias personales, ni se mostraba vanidosa debido a las notabilísimas habilidades que sin dudas poseía. En circunstancias ordinarias, era una persona singularmente gentil y callada. Pero si la ocasión lo demandaba, las reservas de resolución que atesoraba se ponían de manifiesto de inmediato. Nunca en la vida me he topado con una mujer tan firme cuando la situación lo requería.

Entró de lleno en el asunto, sin perder tiempo en preliminares. Su rostro, pobre mujer, mostraba las señales de una noche de desvelo y llanto. Pero no pidió indulgencia por esa causa. Cuando habló de su difunto esposo —salvo por un leve temblor de la voz— se controló, demostrando un valor que producía, al mismo tiempo, lástima y admiración.

—Ambos sabéis —comenzó—, que el señor Wagner era un hombre que pensaba con su propia cabeza. Tenía algunas ideas sobre sus deberes para con los pobres y afligidos mucho más avanzadas que las opiniones que circulan en el mundo que nos rodea. Yo amo y reverencio su memoria, y (con la ayuda de Dios) me propongo poner en práctica esas ideas.

El abogado comenzó a dar muestras de inquietud.

—¿Se refiere usted, señora, a las opiniones políticas del señor Wagner? —preguntó.

Hace cincuenta años, las opiniones políticas de mi viejo patrón se consideraban francamente revolucionarias. En estos tiempos —cuando esas opiniones han sido consagradas en leyes por el Parlamento, con la aprobación general de la nación— le habrían llamado un «liberal moderado» y se habría considerado que marchaba con paso discretamente circunspecto por la senda del progreso moderno.

—No tengo nada que decir sobre la política —respondió mi tía—. Quiero hablaros, en primer término, sobre las opiniones de mi esposo en lo que toca al empleo femenino.

También sobre ese punto, después de un lapso de medio siglo, las herejías de mi patrón en 1828 se han convertido en los principios de la ortodoxia en 1878. Tras reflexionar sobre el tema con su acostumbrada independencia, el señor Wagner había llegado a la conclusión de que había muchos empleos reservados exclusivamente para los hombres que, con todo decoro, podían también ponerse al alcance de mujeres

capaces y merecedoras de ellos. Para un hombre de la índole del señor Wagner, reconocer la justicia de una exigencia equivalía a actuar según sus convicciones sin un momento de innecesaria demora. Como ampliaba en esos tiempos su negocio londinense, dividió imparcialmente los empleos de que disponía entre hombres y mujeres. El escándalo que produjo en la ciudad esa atrevida innovación lo recuerdan incluso hoy los ancianos como yo. No obstante, el audaz experimento de mi patrón prosperó, a pesar del escándalo.

—Si mi esposo no hubiera muerto —continuó mi tía—, habría seguido en nuestra casa de Frankfurt el ejemplo que ya dio en Londres. Allí también crecen nuestros negocios, y tenemos la intención de aumentar el número de nuestros empleados. En cuanto me sienta a la altura de ese esfuerzo, viajaré a Frankfurt para darles a las mujeres alemanas las mismas oportunidades que ya les dio mi esposo a las inglesas en Londres. Para guiarme, cuento con sus notas acerca de la mejor manera de poner en práctica esa reforma. Y he pensado en enviarte, David —añadió, volviéndose hacia mí—, a que te reúnas con el señor Keller y el señor Engelman, nuestros socios de Frankfurt, para darles instrucciones de que mantengan vacantes algunos de los nuevos puestos de la oficina hasta que yo pueda seguirte —hizo una pausa y miró al abogado—. ¿Se le ocurre algún reparo a lo que propongo? —dijo.

—Se me ocurren algunos riesgos —respondió el abogado, prudente.

—¿Cuáles?

—En Londres, señora, el difunto señor Wagner tenía medios especiales a su alcance para llevar a cabo investigaciones sobre la índole de las mujeres a quienes empleaba en su oficina. En un lugar desconocido como Frankfurt, puede que a usted no le resulte tan fácil precaverse del peligro de... —vaciló, incapaz, por un momento, de expresarse, a la vez, con suficiente claridad y suficiente delicadeza.

Mi tía no mostró ninguna indulgencia con su turbación.

—No tema hablar con toda franqueza, caballero —le dijo, con un toque de frialdad en la voz—. ¿Cuál es el peligro que teme?

—Su naturaleza es generosa, señora, y es fácil aprovecharse de las naturalezas generosas. Les temo a las mujeres de mala índole, o, lo que es peor aún, á otras mujeres...

Volvió a callar. Esta vez la interrupción provenía del exterior. Oímos unos golpes a la puerta.

La persona que hizo su aparición tras oír la respuesta de que pasara fue el administrador de nuestra oficina. Mi tía alzó su mano.

—Perdone, señor Hartrey, lo atenderé en un momento —se volvió hacia el abogado—. ¿Qué otras mujeres es probable que se aprovechen de mí? —preguntó.

—Mujeres que, en otro sentido, son merecedoras de su bondad, pero que pueden tener relaciones poco respetables —contestó el abogado—. Las mismas mujeres que,

si conozco bien sus rápidas simpatías, estará mas ansiosa por ayudar, y que, sin embargo, pueden ser una fuente constante de problemas y preocupaciones, debido a las perniciosas influencias a que se encuentran sometidas en sus hogares.

Mi tía no respondió. Por el momento, los reparos del abogado parecieron molestarla. Se dirigió al señor Hartrey para preguntarle de manera un tanto brusca qué tenía que comunicarle.

Nuestro administrador era un caballero metódico de la vieja escuela. Comenzó por disculparse confusamente por su importunidad y terminó por entregarle una carta.

—Cuando esté en condiciones de atender los negocios, señora, le ruego que me haga el honor de leer esta carta. Y, mientras tanto, ¿me perdonará que me haya tomado algunas libertades en la oficina en vez de importunarla en su dolor cuando está tan reciente el fallecimiento de mi querido y venerado patrón?

Las palabras eran sumamente formales, pero en la voz del hombre se apreciaba un sincero sentimiento. Mi tía le dio su mano. Él la besó con lágrimas en los ojos.

—Estoy segura de que todo lo que ha dispuesto está bien hecho —le dijo ella, amable.— ¿De quién es la carta?

—Del señor Keller, de Frankfurt, señora.

Mi tía la tomó de inmediato y la leyó con atención. Esa misiva tiene muy serias implicaciones para algunos de los pasajes aún por contar de la presente narración. En consecuencia, incluyo una copia de la misma:

Privado y confidencial.

Estimado señor Hartrey:

Me resulta imposible dirigirme directamente a la señora Wagner cuando sólo han transcurrido unos días de la desgracia que se ha abatido sobre ella. Me inquieta una urgente preocupación, y me atrevo a escribirle en su carácter de responsable actual de nuestra oficina de Londres.

Mi único hijo, Fritz, está a punto de culminar sus estudios en la universidad de Wurtzburgo. Lamento decir que ha establecido una relación con una joven, hija de un doctor de esa ciudad que falleció recientemente. Tengo entendido que la muchacha es una joven virtuosa y de impecable reputación. Pero su padre no sólo la ha dejado en la pobreza, sino que hizo algo peor: murió sin saldar sus deudas. Además, la reputación de su madre no es de las más estimadas en la ciudad. Se dice, entre otras cosas, que la mayoría de las deudas de su difunto esposo se deben a sus derroches. Siendo esas las circunstancias, deseo poner fin a la relación ahora que los dos jóvenes se han separado debido al reciente fallecimiento del doctor. Fritz ha abandonado la idea de dedicarse a la profesión médica y ha aceptado mi propuesta de sucederme en la firma. He decidido enviarlo a Londres, a aprender un poco sobre asuntos comerciales en su oficina central.

Mi hijo me obedece a regañadientes, pero es un muchacho bueno y respetuoso que se aviene a los deseos de su padre. Espérela uno o dos días después del recibo de estas líneas. Hágame el favor de hacerle un huequito en uno de sus departamentos y de tenerlo el mayor tiempo posible al alcance de su vista, hasta que pueda comunicarme directamente con la señora Wagner, a quien le ruego que transmita mis más sinceras y respetuosas condolencias.

Mi tía le devolvió la carta al señor Hartrey.

—¿Ya llegó el joven? —preguntó.

—Llegó ayer, señora.

—¿Y ya le encontró alguna ocupación?

—Me atreví a colocarlo en nuestro departamento de correspondencia —respondió el administrador—. Por el momento ayudará a copiar cartas, y después de las horas de oficina se hospedarán (hasta que usted disponga otra cosa) en mi casa. Confío en que le parezca que he obrado bien, señora.

—Ha obrado usted admirablemente, señor Hartrey. Aun así, lo aliviaré de parte de sus responsabilidades. Ninguna pena mía interferirá con mis deberes para con el socio de mi esposo. Yo misma le hablaré al joven. Tráigalo esta tarde, después de las horas de oficina. Y no se marche todavía; quiero hacerle una pregunta relativa a los asuntos de mi esposo que me interesa profundamente.

El señor Hartrey regresó a su asiento. Después de un momento de vacilación, mi tía formuló su pregunta en unos términos que nos sorprendieron a los tres.

CAPÍTULO III

—Mi esposo mantenía relaciones con muchas instituciones de caridad —comenzó la viuda—. ¿Estoy en lo cierto al creer que era uno de los miembros de la junta directiva del hospital Bethlehem?

Al escuchar esa referencia al famoso asilo de dementes, popularmente conocido entre los habitantes de Londres con el nombre de «Bedlam», vi al abogado experimentar un sobresalto e intercambiar una mirada con el administrador. El señor Hartrey respondió con evidente renuencia; sus palabras fueron:

—Absolutamente cierto, señora —y no dijo más.

El abogado, que era el más audaz de los dos, añadió unas palabras de advertencia, dirigidas directamente a mi tía.

—Me atrevo a indicarle que hay ciertas circunstancias relacionadas con la posición que ocupaba el difunto señor Wagner en el hospital que hacen deseable no seguir insistiendo en el asunto. El señor Hartrey le confirmará lo que digo, cuando le cuente que las propuestas del señor Wagner para proceder a una reforma en el tratamiento de los pacientes...

—Fueron las propuestas de un hombre compasivo que aborrecía cualquier forma de crueldad y consideraba que torturar a los pobres dementes con látigos y cadenas era un ultraje a la humanidad —intervino mi tía—. Conuerdo absolutamente con él. Aunque no soy más que una mujer, no dejaré morir el asunto. Iré al hospital el próximo lunes por la mañana, y lo que quería pedirle hoy es que me acompañara.

—¿En calidad de qué tendré el honor de acompañarla? —preguntó el abogado en el más frío de los tonos.

—En su calidad profesional —replicó mi tía—. Tengo una propuesta que plantearle a la junta directiva, y cuento con su experiencia para formularla de la manera adecuada.

El abogado aún no se dio por satisfecho.

—Perdone que me atreva a hacerle otra pregunta —insistió—. ¿Se propone visitar el manicomio debido a un deseo que le expresara en ese sentido el difunto señor Wagner?

—¡Por supuesto que no! Mi esposo siempre evitaba hablarme de ese lamentable tema. Como ha escuchado, incluso nunca me aclaró si era miembro de la junta directiva del asilo. De sus labios nunca escapó ninguna mención a una circunstancia de su vida que pudiera alarmarme o apenarme —su voz se quebró al rendirle ese tributo a la memoria de su esposo. Aguardó hasta haberse recuperado—. Pero la noche previa a su fallecimiento —prosiguió—, en un momento en que estaba entre dormido y despierto, lo escuché hablar consigo mismo sobre algo que estaba ansioso por llevar a cabo, de haber tenido la posibilidad de recuperarse. Después de eso

consulté su diario personal y he encontrado en él algunos apuntes que me han explicado lo que no pude entender claramente junto a su cabecera. Sé de seguro que la obstinada hostilidad de sus colegas lo había hecho decidirse a probar los efectos de la paciencia y la bondad en el tratamiento de los dementes, a costa únicamente suya y a su solo riesgo. En el hospital Bethlehem se encuentra ingresado actualmente un hombre desgraciado —un paria desamparado a quien encontraron en las calles— a quien mi noble esposo había escogido como primer sujeto de su humano experimento, y cuya liberación de esa vida de tormentos tenía la esperanza de lograr gracias a la influencia de una persona que goza de autoridad en la casa real. Ya sabe que la memoria de los planes y deseos de mi esposo es sagrada para mí. Estoy decidida a visitar a esa pobre criatura encadenada a la que él habría rescatado de haber vivido; y sin duda continuaré su compasiva labor, si mi conciencia me dice que es algo que puede emprender una mujer.

Al oír este audaz anuncio —casi me avergüenza confesarlo en estos tiempos esclarecidos— los tres protestamos. El humilde señor Hartrey fue casi tan categórico y elocuente como el abogado, y yo no me quedé muy atrás. Quizás se pueda argumentar como excusa para nuestra conducta que en los primeros años del presente siglo algunas de las principales autoridades en la materia se habrían mostrado tan prejuiciadas e ignorantes como nosotros. No obstante, por mucho que dijimos, nuestras protestas no produjeron ningún efecto sobre mi tía. No hicimos más que espolear el lado resuelto de su carácter.

—No lo detendré más —le dijo al abogado—. Tómese el resto del día para decidir qué hará. Si declina acompañarme, iré sola. Si acepta mi propuesta, envíeme unas líneas esta tarde para anunciármelo.

Y así terminó la reunión.

En horas tempranas de la tarde hizo su aparición el joven señor Keller, y nos lo presentaron a mi tía y a mí. A ambos nos resultó simpático desde un inicio. Era un joven bien parecido, de cabello rubio y tez rubicunda, y de maneras francas y atrayentes, sólo que un tanto triste y apagado, a consecuencia, sin duda, de la forzada separación de su adorada joven de Wurtzburgo. Mi tía, con su bondad y consideración acostumbradas, le ofreció un cuarto contiguo al mío, en lugar de la habitación que ocupaba en la casa del señor Hartrey.

—Mi sobrino David habla alemán y contribuirá a hacerle agradable su vida entre nosotros.

Con esas palabras, nuestra buena patrona nos dejó solos.

Fritz abrió la conversación con la tranquila confianza en sí mismo de los estudiantes alemanes.

—Es un lazo de unión entre nosotros que hable usted mi idioma —comenzó—. Leo y escribo bien el inglés, pero lo hablo mal. ¿Tenemos alguna otra cosa en

común? ¿Quizás fuma usted?

El pobre señor Wagner me había enseñado a fumar. Respondí ofreciéndole un puro a mi nuevo conocido.

—Otro lazo entre nosotros —exclamó Fritz—. A partir de este momento debemos ser amigos. Venga acá su mano.

Nos estrechamos las manos. Fritz encendió su puro, me miró detenidamente, volvió a desviar la vista y exhaló su primera bocanada de humo acompañada de un profundo suspiro.

—Me pregunto si también nos unirá un tercer lazo —dijo pensativo—. ¿Es usted un inglés envarado? Dígame, amigo David, ¿me permite hablarle con la libertad de que puede hacer gala un hombre sumamente desgraciado?

—Con toda la libertad que quiera —le respondí.

Vacilaba todavía.

—Necesito que me anime —dijo—. Tráteme familiarmente. Llámeme Fritz.

Lo llamé Fritz. Acercó su silla a la mía y me puso una mano afectuosamente en el hombro. Comencé a pensar que tal vez lo había animado demasiado.

—¿Está usted enamorado, David? —me hizo la pregunta con el mismo aplomo con que me habría preguntado la hora.

Yo era lo bastante joven como para ruborizarme. Fritz aceptó el sonrojo como suficiente respuesta.

—Con cada momento que paso en su compañía me gusta usted más y lo encuentro más marcadamente simpático —exclamó entusiasmado—. Está enamorado. Sólo una cosa más: ¿se interpone algún obstáculo en su camino?

Sí existían obstáculos en mi camino. Ella era demasiado mayor y demasiado pobre para mí, y con el paso del tiempo todo se desvaneció. Admití la existencia de obstáculos, pero me abstuve, con la timidez de los ingleses, de entrar en detalles. Para Fritz, mi respuesta fue más que suficiente.

—¡Santo cielo! —exclamó—; ¡nuestras fortunas son exactamente iguales! Ambos somos hombres sumamente desgraciados. David, no puedo seguir conteniéndome, ¡tengo que darle un abrazo!

Me resistí lo mejor que pude, pero él era el más fuerte de los dos. Sus largos brazos casi me estrangulaban; las cerdas de su bigote me arañaron las mejillas. En un primer impulso involuntario de repulsa, cerré los puños. El joven señor Keller nunca llegó a sospechar (sólo mis hermanos ingleses lo comprenderán) cuán cerca estuvieron mis puños y su cabeza de establecer una relación personal y violenta. Diferentes naciones, costumbres diferentes. Ahora sonrió al escribirlo. Fritz volvió a tomar asiento.

—Mi corazón está tranquilo; puedo desahogarme con toda libertad —dijo—. Nunca ha habido, amigo mío, una historia de amor tan apasionante como la mía. Ella

es la muchacha más dulce del mundo. Morena, esbelta, graciosa, encantadora, deseable, acaba de cumplir dieciocho años. Supongo que es la viva imagen de su madre, viuda a esa edad. Se llama Minna. Es la única hija de Madame Fontaine. Madame Fontaine es, en verdad, un magno personaje, una matrona romana. Es una víctima de la envidia y el escándalo. ¿Podrá creerlo? En Wurtzburgo hay monstruos (su esposo, el doctor, era profesor de química en la Universidad)... hay monstruos, decía, que llaman Jezabel a la madre de mi Minna, ¡y a la propia Minna, la hija de Jezabel! Me batí en duelo con tres de mis compañeros para vengar ese insulto. ¡Pero, ay, David, hay otra persona que se ha visto influida por esas odiosas calumnias! Una persona que me resulta sagrada: el venerado autor de mis días. ¿No es terrible? En ese único punto, mi buen padre se ha convertido en un tirano; declara que nunca me casaré con la hija de Jezabel; sus órdenes paternas me exilian a este país extranjero; me posan en una banqueta para copiar cartas. ¡Ja! No conoce mi corazón. Soy de Minna y mi Minna es mía. Somos uno solo en cuerpo y alma, en este mundo y en la eternidad. ¿Ve mis lágrimas? ¿Le dicen mis lágrimas lo que siento? Llorar a mares alivia el corazón. Hay una canción alemana que lo dice. Cuando me recobre, se la cantaré. La música es un gran consuelo; la música es amiga del amor. Hay otra canción alemana que dice *eso* —de repente se enjugó las lágrimas y se puso de pie; aparentemente se le acababa de ocurrir una nueva idea—. Esto es terriblemente aburrido —dijo—. No estoy acostumbrado a pasar las veladas en la casa. ¿Hay música en Londres? Ayúdeme a olvidar a Minna durante una o dos horas. Lléveme adonde haya música.

Como ya había tenido más que suficiente de sus arrebatos, también estaba ansioso, por mi parte, de un cambio, fuera el que fuese. Lo ayudé a olvidar a Minna con un concierto en Vauxhall. A Fritz, la orquesta inglesa le pareció carente de sutileza y brío. Por otro lado, después le hizo total justicia a la cerveza embotellada inglesa. Cuando nos marchábamos de los jardines, me cantó aquella canción alemana, «Llorar a mares alivia el corazón», con un entusiasmo apasionado que debe haber despertado a todos los que tenían el sueño ligero en la vecindad.

Al retirarme a mi cuarto encontré una carta abierta sobre mi tocador. Era del abogado y estaba dirigida a mi tía. En ella le anunciaba que había decidido acompañarla al manicomio, sin comprometerse a ninguna concesión ulterior. Antes de dejar la carta para que yo la leyera, mi tía había escrito sobre ella, a lápiz, una línea: «Si quieres, David, puedes ir con nosotros».

Sentía una gran curiosidad. No hay que decir que decidí estar presente en la visita a Bedlam.

CAPÍTULO IV

El lunes acordado nos encontrábamos listos para acompañar a mi tía al manicomio.

No me queda claro si desconfiaba de su solo juicio o si deseaba tener tantos testigos como fuera posible del audaz paso que se disponía a dar. Fuera cual fuese el caso, su primera providencia fue la de incluir al señor Hartrey y a Fritz Keller en la invitación que ya nos había extendido al abogado y a mí.

Ambos declinaron acompañarnos. El administrador dio como excusa los asuntos de la oficina; era día de correo con el extranjero y no podía, de ninguna manera, ausentarse de su puesto. Fritz no inventó ningún pretexto; confesó la verdad con su habitual franqueza.

—Les tengo horror a los locos —dijo—. Me asustan y afligen tanto que me hacen sentir medio loco a mí mismo. No me pida que vaya con usted... y, oh, estimada señora, no vaya usted tampoco.

Mi tía le dedicó una sonrisa apenada... y abrió la marcha. Teníamos un permiso especial de admisión al hospital que ponía nada menos que al superintendente residente a nuestra disposición. Este recibió a mi tía con la mayor cortesía y propuso un plan para conducirnos por todo el edificio, además de una invitación a almorzar posteriormente con él en sus habitaciones privadas.

—En otro momento, caballero, tendré mucho gusto en disfrutar de su amabilidad —dijo mi tía cuando el superintendente concluyó—. En esta ocasión, mi objetivo es el de ver a uno solo de los infortunados moradores de este asilo.

—¿Sólo a uno? —repitió el superintendente—. Supongo que a uno de nuestros pacientes de mayor rango.

—Todo lo contrario —contestó mi tía—. Quiero ver a un pobre ser desamparado, a quien encontraron en las calles; se me ha dicho que se le conoce aquí simplemente con el nombre de Jack Straw.

El superintendente la miró con aire de perplejidad.

—¡Santo cielo, señora! —exclamó—. ¿Está al tanto de que Jack Straw es uno de los lunáticos más peligrosos que albergamos en la institución?

—He oído que es como usted lo describe —admitió, serena, mi tía.

—¿Y aun así quiere verlo?

—Estoy aquí con ese fin, y sólo con ese.

El superintendente nos miró al abogado y a mí, en una muda petición de que le explicáramos, si estaba a nuestro alcance, ese deseo incomprensible de ver a Jack Straw. El abogado habló en nombre de ambos. Le recordó al superintendente las peculiares opiniones del difunto señor Wagner acerca del tratamiento de los dementes, y el interés que se había tomado en ese caso en particular. A ello, mi tía

añadió:

—Y la viuda del señor Wagner siente el mismo interés, y es la heredera de las opiniones de su difunto esposo.

Al escuchar lo anterior, el superintendente le hizo la inclinación más gentil que pudo y se resignó a lo inevitable.

—Perdónenme si les hago esperar uno o dos minutos —dijo, e hizo sonar una campanilla.

En la puerta apareció un sirviente.

—¿Yarcombe y Foss están de guardia en el ala sur? —preguntó el superintendente.

—Sí, señor.

—Envíe a uno de los dos aquí de inmediato.

Esperamos unos minutos, hasta que se oyó una voz destemplada del otro lado de la puerta.

—Presente, señor —bufó la voz destemplada.

El superintendente le ofreció cortésmente el brazo a mi tía.

—Permítame escoltarla para que conozca a Jack Straw —dijo, con un toque de juguetona ironía en la voz.

Salimos de la habitación. El abogado y yo seguíamos a mi tía y a su acompañante. Un hombre a quien encontramos plantado sobre la alfombra de la puerta cerraba la marcha. Tenía muy poca importancia que fuera Yarcombe o Foss. Sea quien fuese, era un bruto corpulento, ceñudo, espantosamente feo.

—Es uno de nuestros asistentes —oímos explicar al superintendente—. Es posible, señora, que necesitemos a dos de ellos para que no haya contratiempos cuando le presentemos a Jack Straw.

Subimos unas escaleras, aisladas del piso inferior por una puerta maciza con el cerrojo echado, y recorrimos unos deprimentes corredores de piedra protegidos por más puertas. A ambos lados se oían alaridos de furia y de dolor, a veces distantes, a veces cercanos, alternados con fortísimas carcajadas, más terribles incluso que los gritos. Franqueamos una última puerta, la más sólida de todas, que ahogó todos esos sonidos espantosos, y llegamos a un pequeño salón circular. Allí el superintendente hizo un alto y prestó oído unos momentos. Imperaba un silencio absoluto. Le hizo una seña al asistente y señaló una puerta de roble con grandes clavos.

—Echa una ojeada —dijo.

El hombre abrió una pequeña mirilla en la puerta y miró a través de los barrotes que protegían la abertura.

—¿Está dormido o despierto? —preguntó el superintendente.

—Despierto, señor.

—¿Está trabajando?

—Sí, señor.

El superintendente se volvió hacia mi tía.

—Está usted de suerte, señora. Lo verá en uno de sus momentos de tranquilidad. Se entretiene haciendo sombreros, cestas y manteles con su paja. Muy bien hechos, se lo aseguro. Uno de los médicos que nos visitan, un hombre que posee el más notable sentido del humor, le dio su apodo por el trabajo que hace. ¿Abrimos la puerta?

Mi tía se había puesto muy pálida. Pude advertir que luchaba por sofocar una violenta agitación.

—Primero deme uno o dos minutos —dijo—. Quiero serenarme antes de verlo.

Se sentó en un banco de piedra delante de la puerta.

—Dígame lo que sabe de este pobre hombre —dijo—. No le pregunto por vana curiosidad. Tengo una razón mejor. ¿Es joven o viejo?

—A juzgar por sus dientes, no hay duda de que es joven —dijo el superintendente, como si hablara de un caballo—. Pero tiene la tez muy marchita y sus cabellos se han puesto grises. Hasta donde hemos podido averiguar (cuando se muestra dispuesto a hablar de sí mismo), esas peculiaridades de su aspecto personal se deben a que, en cierta ocasión, escapó por un pelo de morir envenenado accidentalmente. Pero no ha podido o no ha querido contarnos cómo ocurrió. No sabemos nada de él, excepto que está totalmente desamparado. Habla inglés, pero con un acento extraño, y no sabemos si es o no extranjero. Debe entender, señora, que su estancia aquí constituye una excepción a nuestras costumbres. Esta es una institución de la corona, y, como regla general, sólo recibimos lunáticos de las clases instruidas. Pero Jack Straw ha tenido una suerte estupenda. Supongo que debido a que estaba demasiado loco como para cuidar de sí mismo, lo arrolló en una de las calles de este vecindario el coche de un gran personaje, cuyo nombre sería una gran indiscreción de mi parte siquiera mencionar. Ese personaje (una dama ilustre, hasta ahí puedo decirle) sintió tanta pena por el accidente —sin la menor necesidad, porque el hombre no estaba seriamente lastimado— que hizo que lo trajeran en su coche y nos ordenó que lo recibiéramos. Ah, señora Wagner, su excelencia tiene un corazón digno de su rango. De cuando en cuando manda a averiguar por el afortunado lunático que cayó bajo las patas de su caballo. No le contamos cuán problemático y oneroso nos resulta. Hemos inventado cadenas especiales para controlarlo; y, si no me equivoco —dijo el superintendente, volviéndose hacia el asistente—, la semana pasada tuvimos que emplear un nuevo látigo.

El hombre se metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un látigo horrible, de siete colas. Exhibió ese instrumento de tortura con claras muestras de orgullo y complacencia.

—Esto es lo que lo mantiene en su lugar, mi señora —dijo el bruto con tono alborozado—. Tómelo en sus manos.

Mi tía se incorporó de un salto. Estaba tan indignada que creí que le habría cruzado la espalda al hombre de un latigazo si su superior no lo hubiera hecho retroceder de un empujón, sin ninguna ceremonia.

—Un sirviente celoso —dijo el superintendente con una agradable sonrisa—. Por favor, le ruego que lo perdone.

Mi tía señaló a la puerta de la celda.

—Ábrala —dijo—. ¡Déjeme ver *cualquier cosa* antes que volver a posar mis ojos sobre ese monstruo!

Fue evidente que la firmeza de su tono sorprendió al superintendente. No conocía las reservas de resolución de mi tía, que la mera visión del látigo había conjurado. La palidez había abandonado su rostro; ya no temblaba; sus hermosos ojos grises lucían brillantes e impávidos.

—Ese bruto ha hecho despertar su temperamento —me dijo el abogado en un susurro, mirando al asistente—. Nada la detendrá, David; ahora se saldrá con la suya.

CAPÍTULO V

El superintendente en persona abrió la puerta de la celda. Entramos en una celda estrecha y de techo alto, como si fuera un departamento en una torre. En lo alto, en un rincón, el lóbrego muro de piedra tenía un boquete enrejado, que dejaba pasar el aire y la luz. Sentado en el suelo, en el ángulo que formaba la unión de dos paredes, vimos al «afortunado lunático» del superintendente, trabajando, con un montón de paja a cada lado. Los rayos del sol, que entraban al sesgo por la alta ventana, bañaban su cabello prematuramente gris, y nos dejaban ver la extraña palidez amarillenta de su tez y la juvenil simetría de sus manos, diestramente atareadas con su labor. Una pesada cadena lo sujetaba a la pared. No sólo la llevaba enrollada a la cintura, sino que, además, le inmovilizaba las piernas desde las rodillas hasta los tobillos. Al mismo tiempo, era lo bastante larga para permitirle ciertos movimientos dificultosos en un diámetro que entonces calculé de unos cinco o seis pies. Sobre su cabeza pendía una corta cadena, lista para usarla si se requería, evidentemente destinada a sujetarle las manos por las muñecas. A menos que me engañara su posición encogida, era de pequeña estatura. Sus vestidos andrajosos apenas cubrían el cuerpo macilento. En otras épocas más felices, debió haber sido un hombrecito bien formado; sus pies y sus tobillos, al igual que sus manos, eran hermosos y delicados. Estaba tan absorto en su tarea que, evidentemente, no había oído lo que se hablara fuera de su celda. Sólo cuando el asistente (quien, a una señal del superintendente, se mantuvo detrás de nosotros) dio unos fuertes golpes a la puerta, levantó la vista. En ese momento vimos sus grandes ojos pardos de una extraviada paciencia, el demacrado contorno de su rostro y sus labios nerviosamente sensitivos. Durante unos momentos miró uno tras otro a los visitantes con tranquila y pueril curiosidad. Después, su mirada errante detectó al asistente que aguardaba a nuestras espaldas con el látigo todavía entre las manos.

En un instante, toda la expresión del rostro del loco cambió. En sus ojos centelleó un odio feroz; sus labios, súbitamente retraídos, dejaron ver sus dientes, que semejaban los de un animal salvaje. Mi tía se dio cuenta de la dirección de sus miradas y cambió de posición para ocultarle la odiosa figura con su látigo y concentrar en ella su atención. Con una pasmosa brusquedad, la expresión de la pobre criatura volvió a cambiar. Sus ojos se suavizaron, una sonrisa leve y triste tembló en sus labios. Dejó caer la paja que había estado tejiendo y alzó las manos en un gesto de admiración.

—¡Qué bella dama! —susurró para sí mismo—. ¡Oh, qué bella dama!

Trató de alejarse a rastras de la pared todo lo que le permitía la cadena. A una señal del superintendente, se detuvo y dejó escapar un amargo suspiro.

—No le haría daño a la dama por nada del mundo —dijo—; le ruego que me

perdone si la he asustado, Ama.

Su voz era maravillosamente gentil. Pero había algo extraño en su acento, y quizás una formalidad foránea en el apelativo de «Ama» que le había dado a mi tía. La generalidad de los ingleses la habría llamado «señora».

Los hombres nos mantuvimos en nuestro sitio, a una prudente distancia de su cadena. Mi tía, con el impulsivo desprecio por el peligro de las mujeres cuando se despierta con fuerza su compasión, dio unos pasos en su dirección. El superintendente la agarró de un brazo y le impidió continuar.

—Cuidado —dijo—. Usted no lo conoce tan bien como nosotros.

Jack posó la vista en el superintendente y sus ojos se dilataron lentamente. Sus labios comenzaron a entreabrirse de nuevo. Temí que íbamos a ser testigos de nuevo de la aparición de una expresión feroz en su rostro. Me equivocaba. En el preciso instante en que se iba a desencadenar otro acceso de furia, el infeliz demostró que era capaz de contenerse, aun cuando estaba sometido a una fuerte influencia externa. Agarró con ambas manos la cadena que lo sujetaba a la pared y la apretó con energía tan convulsiva que casi esperé ver los huesos de sus dedos salirse por la piel. Dejó caer la cabeza sobre el pecho; su macilenta figura se estremeció. Fue sólo un momento. Cuando volvió a levantar la vista, sus pobres ojos pardos y extraviados se posaron en mi tía, húmedos de lágrimas. La señora Wagner de inmediato se sacudió la mano del superintendente que la sujetaba por un brazo. Antes de que fuera posible intervenir, se había inclinado sobre Jack Straw, y una de sus hermosas manos blancas se había posado gentilmente sobre su cabeza.

—¡Cómo quema tu frente, Jack! —dijo simplemente—. ¿Mi mano te la refresca?

Todavía agarrado con desesperación a la cadena, el infeliz le respondió como un niño tímido.

—Sí, Ama, su mano me la refresca. Gracias.

Mi tía tomó un sombrerito de paja en el que Jack trabajaba cuando se abriera la puerta.

—Esto está muy bien hecho, Jack —continuó—. Cuéntame cómo fue que comenzaste a fabricar estas cosas tan bonitas con tu paja.

El loco la miró con un súbito acceso de confianza; el interés de mi tía en el sombrero lo halagaba.

—Hubo un tiempo en que mis manos eran lo más loco de mí —dijo—. Solían volverse en contra mía y arrancarme el pelo y la piel. En un sueño, un ángel me dijo cómo mantenerlas tranquilas. El ángel me dijo: «Déjalas trabajar con tu paja». Trenzo la paja todo el día. La trenzaría también de noche, si me dejaran una luz. Paso malas noches, noches terribles. El aire frío me da mordiscos, la negra oscuridad me asusta. ¿Quiere que le diga cuál es la mayor bendición del mundo? ¡La luz del sol! ¡La luz del sol! ¡La luz del sol!

Con cada repetición de la frase su voz era más alta. Estaba a punto de romper a gritar, cuando apretó aún más su cadena y calló.

—Estoy tranquilo, señor —dijo, antes de que el superintendente lo censurara.

Mi tía añadió unas palabras a su favor.

—Jack ha prometido no asustarme, y estoy segura de que cumplirá su palabra. ¿Nunca ha tenido padres o amigos que le hayan dado muestras de bondad, pobre hombre? —preguntó, dirigiéndose de nuevo a él.

Jack levantó la vista para mirarla.

—Nunca, hasta que usted vino a verme —dijo. Al hablar, hubo un destello de inteligencia en la centelleante gratitud de sus ojos—. Pregúnteme cualquier otra cosa y verá cuán tranquilamente le contesto —suplicó.

—¿Es cierto, Jack, que una vez te envenenaste accidentalmente y casi mueres?

—¡Sí!

—¿Dónde fue?

—Muy lejos, en otro país. En la habitación grande del doctor. Fue cuando era el sirviente del doctor.

—¿Quién era el doctor?

Jack se llevó una mano a la cabeza.

—Déme más tiempo —dijo—: Me duele cuando trato de recordar demasiadas cosas. Permítame terminar primero mi sombrero. Quiero regalarle mi sombrero cuando esté terminado. Usted no sabe cuán diestros son mis dedos. ¡Mire para que vea!

Se puso a trabajar en el sombrero, perfectamente feliz, mientras mi tía lo contemplaba. Una desafortunada intervención del abogado produjo, entonces, un cambio negativo. Ese digno caballero se había mantenido callado hasta el momento, pero pareció pensar que la importancia de su persona le exigía desempeñar un papel prominente en los acontecimientos.

—Mi experiencia profesional resultará útil en este momento —dijo—. Lo interrogaré como a un testigo reacio a declarar; veréis que algo le sacaremos de esa manera. ¡Jack!

El testigo reacio continuó, imperturbable, con su trabajo. El abogado (que se mantenía a una prudente distancia del alcance de la cadena) alzó la voz:

—¡Hola! —gritó—. No es usted sordo, ¿cierto?

Jack levantó la vista con una expresión pícara en los ojos. Un hombre con una opinión modesta sobre su propia persona se habría dejado aconsejar y no habría dicho nada más. El abogado insistió.

—¡Muy bien, hombre! Hablemos un poquito. «Jack Straw» no puede ser su verdadero nombre. ¿Cómo se llama usted?

—Como usted guste —dijo Jack—. ¿Y usted cómo se llama?

—¡Oh, vamos! Eso no vale. Tiene que haber tenido un padre y una madre.

—No que yo sepa.

—¿Dónde nació?

—En el arroyo.

—¿Cómo creció?

—A veces, a coscorrónes.

—¿Y otras veces?

—Otras veces, a patadas. Cállese y déjeme terminar mi sombrero.

El abogado, incómodo, probó el soborno como último recurso. Sacó a relucir un chelín.

—¿Ve esto?

—No. No veo más que mi sombrero.

Esa respuesta puso fin al interrogatorio. El abogado miró al superintendente y dijo:

—Es un caso perdido, caballero.

El superintendente miró al abogado y respondió:

—Absolutamente perdido.

Jack terminó su sombrero y se lo dio a mi tía.

—¿Le gusta, ahora que está terminado? —preguntó.

—Me gusta mucho —respondió ella—. Y uno de estos días le voy a entretejer unas cintas y a ponérmelo en tu honor.

Apeló al juicio del superintendente, acercándole el sombrero.

—Mire —dijo—, no hay ni una falla en este complejo trenzado. El pobre Jack tiene cordura suficiente para centrar su atención en este trabajo tan complicado. ¿Lo da por incurable, cuando puede hacer esto?

El superintendente le restó importancia a la pregunta con un gesto de su mano.

—Es puramente mecánico —respondió—. No significa nada.

Jack tocó a mi tía.

—Quiero decirle un secreto —dijo.

Mi tía se agachó y se aprestó a oírlo.

La vi sonreír, y después que nos marchamos del asilo le pregunté qué le había dicho. Jack le había expresado su opinión sobre el jefe del hospital Bethlehem con las siguientes palabras: «No le preste atención, Ama; es un pobre retrasado mental. Y de pequeña estatura, además: ¡apenas seis pulgadas más alto que yo!».

Pero mi tía no había terminado con el enemigo de Jack.

—Lamento molestarlo, caballero —continuó—, pero tengo algo más que decirle antes de marcharme, y quisiera decírselo en privado. ¿Puede concederme unos minutos?

El amable superintendente declaró que estaba enteramente a sus órdenes. Mi tía

se volvió hacia Jack para decirle adiós. El súbito descubrimiento de que estaba a punto de marcharse de su lado fue más de lo que el pobre hombre pudo soportar; perdió el control de sí mismo.

—¡Quédese conmigo! —gritó el desgraciado, agarrándole ambas manos—. ¡Oh, tenga piedad y quédese conmigo!

Mi tía conservó su presencia de ánimo; no permitió que nadie interviniera para protegerla. Sin retroceder un paso, sin siquiera intentar soltarse, le habló en voz baja.

—Démonos un estrechón de manos por hoy —dijo—; tú has cumplido tu promesa, Jack; te has portado bien y has estado tranquilo. Debo dejarte por un tiempo. Déjame ir.

El loco negó con la cabeza, terco, y no la soltó.

—Mírame —insistió ella sin mostrar ningún temor—. Quiero decirte algo. Ya no estás desamparado, Jack. Yo soy tu amiga. Levanta la vista.

Su tono claro y firme ejerció su efecto sobre Jack, quien levantó la vista. Sus ojos se encontraron.

—Ahora déjame ir como te pedí.

Jack soltó sus manos, se tiró en su rincón y rompió a llorar.

—Nunca la volveré a ver —gemía para sí mismo—. ¡Nunca, nunca, nunca más!

—Me verás mañana —dijo ella.

Jack la miró por entre sus lágrimas y volvió a desviar la vista en un abrupto retorno de la desconfianza.

—Lo dice por decir —farfulló, aún hablando para sí mismo—. Lo dice sólo para que me calme.

—Me verás mañana —le reiteró mi tía—. Te lo prometo.

Jack se mostró amilanado, pero no convencido; se arrastró por el suelo hasta donde se lo permitió su cadena y se echó a sus pies como un perro. Mi tía reflexionó unos momentos y al fin encontró una manera de recuperar su confianza.

—¿Te puedo dejar algo para que me lo guardes hasta que volvamos a vernos?

La idea le produjo a Jack el efecto de una revelación: alzó la cabeza y la contempló con un interés expectante. Mi tía le dio una carterita de fantasía en la que solía llevar su pañuelo, un monedero y un frasco de sales.

—Te la confío, Jack: me la devolverás cuando nos veamos mañana.

Esas sencillas palabras lo reconciliaron por completo con su partida; ellas halagaban sutilmente su autoestima.

—Mañana encontrará su cartera hecha pedazos —musitó el superintendente cuando se abrió la puerta para dejarnos salir.

—Perdone, caballero, pero creo que la encontraré perfectamente intacta —contestó mi tía.

Cuando vimos por última vez a Jack, antes de que se cerrara la puerta, ceñía con

ambos brazos la cartera y la besaba.

CAPÍTULO VI

A nuestro regreso, me encontré a Fritz Keller fumando su pipa en el jardín tapiado que quedaba en la parte posterior de la casa. Quizás valga la pena recordar que, en esos tiempos, los comerciantes londinenses chapados a la antigua aún tenían su residencia en el piso superior de sus oficinas. El negocio del difunto señor Wagner abarcaba dos espaciosas casas contiguas, que se comunicaban por el interior. Una de esas edificaciones albergaba las oficinas y los almacenes. La otra (que tenía un jardín en la parte trasera) era la residencia de la familia.

Fritz avanzó en mi dirección y después se detuvo, con un súbito cambio en sus maneras.

—Algo ha ocurrido —dijo—; ¡se lo veo en el rostro! ¿Tiene el loco algo que ver en el asunto?

—Sí. ¿Quiere que le cuente lo que ha sucedido, Fritz?

—Ni por todo el oro del mundo. Mis oídos son sordos a todas las narraciones terribles y penosas. Me imaginaré al loco; hablemos de otra cosa.

—Probablemente lo verá, Fritz, en el plazo de unas pocas semanas.

—No irá a decirme que va a venir a esta casa.

—Me temo que sea muy probable, por decir lo menos.

Fritz me miró con el aire de un hombre que ha sido alcanzado por un rayo.

—Hay ciertas revelaciones que son demasiado angustiosas para recibirlas de pie —dijo a su peculiar manera—. Sentémonos.

Abrió la marcha en dirección a un cenador ubicado al final del jardín. Sobre la mesa de madera vi una botella de la cerveza inglesa que mi amigo tanto apreciaba, y sendos vasos a ambos lados de ella.

—Tuve el presentimiento de que necesitaríamos algo así para que nos reconfortara —dijo Fritz—. Llene su vaso, David, y suelte lo peor de inmediato, antes de que lleguemos al fondo de la botella.

Solté primero lo mejor, esto es, le conté lo que he relatado en las páginas precedentes. Fritz sintió un profundo interés y suma compasión por Jack Straw, pero ni por un momento experimentó la confianza que le inspiraba a mi tía.

—Jack merece toda nuestra compasión —comentó—; pero Jack es también un volcán humeante, y los volcanes humeantes hacen erupción cuando las leyes de la naturaleza se lo ordenan. Mi única esperanza está cifrada en el señor superintendente. Con seguridad no dejaré a ese loco suelto entre nosotros, sólo con su tía para aguantar su cadena. ¿Cuáles fueron sus palabras exactas cuando dejaron a Jack y sostuvieron la conversación en la recepción? Un minuto, amigo mío, antes de que comience —dijo Fritz, mientras tanteaba debajo del banco donde estábamos sentados—. Tuve un segundo presentimiento de que quizás necesitaríamos otra botella... ¡y aquí está!

Llene su vaso y desempeñemos nuestros respectivos papeles: usted el de provocar y yo el de resistir una severa conmoción de la moral. Creo, David, que esta segunda botella está aún más deliciosamente espumeante que la primera. Y bien, ¿qué dijo su tía?

Mi tía había dicho mucho más de lo que yo podía contarle.

En resumen, se trataba de lo siguiente: tras ver el látigo y ver las cadenas y ver al hombre, ¡había decidido emprender el peligroso experimento que su esposo habría realizado de no haber muerto! En cuanto a los medios para lograr que le dieran el alta del hospital a Jack Straw, la influyente persona que insistiera en que lo recibieran en la institución, a contrapelo de las regulaciones, podría también insistir en que lo liberaran, y se podría llegar a ella gracias a la intercesión del mismo funcionario cuyo interés en el asunto despertara el señor Wagner en los últimos días de su vida. Después de explicar sus planes futuros en esos términos, mi tía apeló al abogado para que redactara formalmente la expresión de sus deseos e intenciones, como documento preliminar para someter a la consideración de los directivos del asilo.

—¿Y qué dijo el abogado? —inquirió Fritz después de que le informara sobre ese proceder inicial de mi tía.

—El abogado declinó satisfacer su petición, Fritz. Dijo: «Sería inexcusable que, incluso un hombre, corriera ese peligro. No creo que haya otra mujer en Inglaterra a quien se le pudiera ocurrir algo semejante». Esas fueron sus palabras.

—¿Produjeron algún efecto en ella?

—Ni el menor. Se disculpó por haberle hecho perder su precioso tiempo y le deseó buenos días. «Si nadie me ayuda», dijo tranquilamente, «tendré que ayudarme yo misma». Entonces se volvió hacia mí. «Has visto con cuánto cuidado y delicadeza trabaja el pobre Jack», dijo; «lo has visto tentado a perder la cabeza, y no obstante, capaz de contenerse en mi presencia. Y, aún más, en el único momento en que perdió el control sobre sí mismo, viste cómo lo recuperaba cuando se razonaba con él calmada y bondadosamente. ¿Te sentirías tranquilo, David, si dejaras a un hombre así librado al látigo y las cadenas durante el resto de su vida?» ¿Qué podía yo decir? Era demasiado considerada para presionarme; sólo me pedía que reflexionara sobre el asunto. Desde entonces he intentado reflexionar sobre él, y mientras más lo intento, más temo las consecuencias de traer a ese loco a la casa.

Fritz experimentó un estremecimiento al pensar en esa posibilidad.

—El día que Jack entre en esta casa, yo saldré de ella —dijo. De pronto se percató de las consecuencias sociales del experimento que contemplaba mi tía—. ¿Qué pensarán los amigos de la señora Wagner? —preguntó en tono lastimero—. Se negarán a visitarla; dirán que ella también ha enloquecido.

—No dejéis que eso os apene, caballeros; no me importa lo que digan de mí mis amigos.

Ambos nos incorporamos de un salto, presas de la mayor confusión. Mi tía en persona estaba detenida en el vano de la puerta abierta del cenador, con una carta en las manos.

—Noticias de Alemania que acaban de llegar para usted, Fritz.

Con esas palabras, le alcanzó la carta y se marchó.

A decir verdad, Fritz y yo nos miramos completamente avergonzados. Fritz le echó una ojeada intranquila a la carta y reconoció la letra de la dirección.

—¡Es de mi padre! —dijo. Al abrir el sobre, una segunda carta cayó al suelo. Cambió de color al recogerla y echarle una ojeada. El sello estaba intacto; el matasellos era de Wurtzburgo.

CAPÍTULO VII

Fritz permaneció con la carta de Wurtzburgo entre las manos, sin abrirla.

—No es de Minna —dijo—; la letra me resulta desconocida. Quizás mi padre sepa de qué se trata.

Cogió la carta de su padre, la leyó y me la pasó sin ningún comentario.

La misiva de su padre era breve, y decía lo siguiente:

La carta que te adjunto me llegó por correo, como verás, con instrucciones por escrito de hacérsela llegar a mi hijo. Las leyes del honor me guían de manera tan absoluta en mis relaciones con mi hijo como en mis relaciones con cualquier otro caballero. Te envío la carta exactamente como la recibí. Pero no puedo dejar de advertir el matasellos de la ciudad en que aún viven la viuda Fontaine y su hija. Si la persona que te escribe fuera Minna o su madre, debo decirte con toda claridad que te prohíbo que establezcas correspondencia con ellas. Mientras yo viva, nuestras dos familias nunca se relacionarán por la vía del matrimonio. Deseo que entiendas, mi querido hijo, que lo digo pensando en lo que más te conviene y que, por tanto, proviene del corazón de tu padre que te quiere.

Mientras yo leía esas líneas, Fritz había abierto la carta de Wurtzburgo.

—Por lo menos es bastante larga —dijo, volviendo las páginas cubiertas de una escritura muy apretada hasta encontrar la firma al final.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Y bien —repitió Fritz—, es un anónimo. Está firmada por «Alguien que lo Quiere Bien».

—Quizás tenga que ver con la señorita Minna o con su madre —aventuré.

Fritz retornó a la primera página y levantó la vista para mirarme, con el rostro encendido de indignación.

—¡Más calumnias abominables! ¡Más mentiras acerca de la madre de Minna! —exclamó—. Acérquese, David. Mírela bien. ¿Qué cree? ¿Es la letra de un hombre o de una mujer?

La letra estaba tan desfigurada que resultaba imposible contestar su pregunta. Se ha copiado y puesto a mi disposición un duplicado de la carta (como de todo el resto de la correspondencia relacionada con esta narración). La reproduzco aquí sin cambiar nada, ni siquiera la vulgar familiaridad de su tono, por razones que pronto se explicarán por sí mismas:

Amigo mío, una vez, hace mucho tiempo me hizo usted un favor. No importa qué fue ni quién soy. Yo, a mi vez, quiero hacerle otro favor. Baste con eso.

Usted está enamorado de la hija de Jezabel. ¡Espere, no se enoje! Sé que considera que Jezabel es una mujer muy calumniada; sé que ha sido tan tonto como para batirse en duelo en Wurtzburgo en defensa de su honor.

A usted le basta con el hecho de que es una madre cariñosa, y que su inocente hija la adora. No niego que sea una madre cariñosa, pero ¿es suficiente el instinto maternal en una mujer? Vamos, Fritz, una gata puede ser una madre cariñosa, ¡pero a pesar de eso, las gatas arañan y bufan! Y la pobre y simple Minna, que no ve nada malo en nadie, que es incapaz de descubrir la maldad ni cuando la tiene ante los ojos, ¿es acaso un testigo confiable sobre la verdadera índole de la viuda? ¡Bah!

No rompa mi carta en un acceso de furia; no voy a seguir argumentándole la cuestión. Han llegado a mi conocimiento ciertas circunstancias delictivas que apuntan directamente a esa mujer. Le contaré claramente esas circunstancias, porque lo aprecio sinceramente, con la ferviente esperanza de que le abran los ojos y pueda ver la verdad.

Regresemos al momento de la muerte del doctor profesor Fontaine, en sus habitaciones de la Universidad de Wurtzburgo, el 3 de septiembre del actual año de 1828.

Como sabe, ese pobre hombre murió de fiebre tifoidea, y murió cargado de deudas, aunque no debido a que fuera un derrochador, como también sabe. No tenía ningún pariente vivo, así que carecía de esperanzas o expectativas pecuniarias derivadas de una herencia. En esas circunstancias, no pudo dejar un testamento, sino sólo una expresión por escrito de sus últimos deseos.

En ese documento, les rogaba en términos muy respetuosos a los parientes de la viuda que cuidaran de ella y de su hija. Refiriéndose después a sí mismo, estipulaba que se le enterrara con la más estricta economía, para resultarle lo menos oneroso posible a la Universidad. En tercer y último lugar, nombraba a uno de sus compañeros profesores como su único albacea para que dispusiera de los objetos de su laboratorio que eran de su propiedad en el momento de su muerte.

Las instrucciones que dejó por escrito a su albacea son de tanta importancia que creo mi deber enviarle una copia fiel de las mismas.

Comienzan así:

»Por este medio nombro a mi querido y viejo amigo y colega, el profesor Stein — ahora ausente durante un tiempo en Munich, enviado allí por la Universidad— como mi único representante, para que disponga de los contenidos de mi laboratorio después de mi muerte. Los diversos objetos usados para mis investigaciones químicas, que son de mi propiedad, se encontrarán ordenados sobre la larga mesa de pino situada entre las dos ventanas. Deben ofrecérsele en venta, en primera instancia, a mi sucesor. Si declina comprarlos, podrán entonces enviarse a Munich, para que el fabricante los venda por piezas, a medida que se presente la oportunidad.

Los muebles del laboratorio, tanto los muebles como los fijos, pertenecen por entero a la Universidad, exceptuando el contenido de una caja fuerte de hierro empotrada en la pared de la habitación que da al sur. En lo relativo a este, que es de mi sola propiedad, le ruego encarecidamente a mi albacea y representante que siga mis instrucciones al pie de la letra:

»1. El profesor Stein se encargará de hacerse acompañar por un testigo competente cuando abra la caja fuerte empotrada en la pared.

»2. El testigo registrará por escrito, a partir de lo que el profesor le dicte, una relación exacta del contenido de la caja, que consiste en lo siguiente: frascos de productos químicos, latas de polvos y un pequeño botiquín de seis compartimientos, cada uno de ellos ocupado por una botella etiquetada llena de un preparado líquido.

»3. Una vez concluida la relación, es mi deseo que el profesor Stein vierta con sus propias manos el contenido de todas las botellas y latas, incluidos los frascos guardados en el botiquín, en el fregadero del laboratorio. Debe también cerciorarse cuidadosamente de que ha destruido las etiquetas de los frascos del botiquín. Hecho lo anterior, firmará la relación para dar fe de que la destrucción ha sido concluida, y el testigo presente también estampará su firma. El documento, así autenticado, se pondrá al cuidado del secretario de la Universidad.

»Mi propósito al dejar estas instrucciones es, sencillamente, el de evitar las peligrosas consecuencias que podría provocar el manejo negligente de mis preparados químicos después de mi fallecimiento.

»En casi todos los casos, esos preparados son de naturaleza venenosa. Declarado lo anterior, permítaseme añadir, para hacerme justicia a mí mismo, que la sola motivación de mis investigaciones ha sido el bienestar de los seres humanos.

»En primer lugar, he querido ampliar la lista de las medicinas curativas que tienen el veneno como uno de sus ingredientes. En segundo lugar, he intentado descubrir los antídotos para el mortal efecto de esos venenos que (en casos de delito o accidente) puedan constituir el medio para salvar vidas.

»De haber contado con unos años más, mis labores habrían llegado a un punto que me habría permitido aventurarme a dejar que mi sucesor los pusiera a disposición de los profesionales de la medicina. Siendo las cosas como son, no he contado con el tiempo suficiente para verificar mis teorías de manera tan completa, mediante experimentos prácticos —salvo en un caso en que corrí el riesgo y pude, felizmente, preservar la vida de un hombre envenenado— como para justificar que le revele mis descubrimientos al mundo científico en beneficio de la humanidad.

»En estas circunstancias, me resigno al sacrificio de mis ambiciones; sólo deseo no hacer daño. Tiemblo al pensar en las posibles consecuencias de que alguno de mis preparados, y más particularmente los que se guardan en el botiquín, cayera en manos ignorantes o malvadas. Sólo lamento no tener fuerzas suficientes para

levantarme de mi cama y hacer yo mismo la buena acción de destruirlos. Mi amigo y albacea lo hará por mí.

»La llave de la puerta del laboratorio y la de la caja fuerte se guardarán hoy mismo, en presencia del médico que me atiende, en una cajita de madera. La cajita será sellada (en presencia de ese mismo testigo) con mi propio sello. La guardaré debajo de mi almohada, para entregársela personalmente al profesor Stein, si vivo hasta su regreso de Munich.

»Si muero durante la ausencia de mi albacea, mi adorada esposa es la única persona en el mundo en quien puedo confiar sin reservas para que se encargue de la caja sellada. Ella se la entregará al profesor Stein de inmediato, a su regreso a Wurtzburgo, junto con estas instrucciones, que se colocarán en la caja junto con las llaves».

¡He ahí las instrucciones, amigo Fritz! Ya no son un secreto. El profesor ha considerado su deber hacerlas públicas ante un tribunal, a consecuencia de los sucesos que siguieron al fallecimiento del doctor Fontaine. Esos sucesos le interesan, y los conocerá antes de que concluya mi carta.

El profesor Stein regresó de Munich demasiado tarde para recibir la caja de manos de su amigo y colega. Se la entregó la viuda Fontaine, en cumplimiento de los deseos de su difunto esposo.

El profesor rompió el sello. Después de leer las instrucciones, las siguió al pie de la letra ese mismo día.

Acompañado por el secretario de la Universidad, en calidad de testigo, abrió la puerta del laboratorio. Dejó la venta de los objetos que estaban sobre la mesa para una fecha posterior y procedió de inmediato a hacer la relación de los frascos y latas cuyo contenido debía destruir. Al abrir la caja fuerte, encontró dichos objetos, como las instrucciones le hicieran anticipar: la espesa capa de polvo que los cubría era una prueba de que nadie los había tocado. Terminada la relación, el profesor destruyó personalmente el contenido de los frascos y las latas.

Sin embargo, al buscar después el botiquín, no fue posible encontrarlo en la caja fuerte. Se registró el laboratorio de una punta a la otra, pensando en la posibilidad de que se hubiera cometido un error. Aun así no se encontró ningún botiquín.

A resultas de ello, se interrogó a la viuda Fontaine. ¿Sabía qué había sido del botiquín? Ni siquiera conocía de su existencia. ¿Había tenido el cuidado de mantener en lugar seguro la caja sellada, de modo que nadie más pudiera hacerse con ella? ¡Por supuesto! La había guardado en una de sus gavetas, cuya llave llevaba en el monedero.

Se examinó la cerradura de la gaveta y las de la puerta del laboratorio y la caja fuerte. Ninguna mostraba señales de haber sido forzada. Se preguntó a empleados de

la Universidad, que por fuerza debían saberlo, si existían duplicados de las llaves, y todos respondieron negativamente. Se interrogó al médico, quien declaró que al doctor Fontaine le habría resultado físicamente imposible abandonar su cama para visitar el laboratorio entre la fecha en que se plasmaran por escrito sus instrucciones y la de su fallecimiento.

Mientras se efectuaban estas investigaciones, el asistente principal del doctor Fontaine obtuvo permiso para examinar al microscopio el lacre que quedaba en la caja que contuviera las llaves.

El resultado de ese examen y de los análisis químicos subsiguientes demostraron que en el sello de la caja se habían empleado dos tipos diferentes de lacre (ambos, a ojos de una inspección superficial, del mismo color rojo): una capa inferior de un tipo de lacre, y una capa superior de otro, que se mezclaba con la capa inferior sólo en ciertos puntos. Se infería claramente que el lacre del doctor había sido suavizado mediante la aplicación de calor para poder abrir la caja, y que después se había aplicado un nuevo lacre, sobre el que se había impreso el sello del doctor, para que su albacea no entrara en sospechas. Aquí, de nuevo, el testimonio del médico (presente en ese momento) probaba que el doctor Fontaine había empleado una sola barra de lacre para sellar la caja. Se encontró el sello en poder de la viuda, descuidadamente puesto en la bandeja de porcelana donde colocaba sus anillos al quitárselos cada noche.

El asunto se encuentra aún sujeto a una investigación judicial. No lo molestaré informándole en detalle sobre los ulteriores pasos de la misma.

Por supuesto, la viuda Fontaine aguarda el resultado de la investigación con la serenidad de quien se sabe inocente. Por supuesto, no sólo se ha avenido a un registro de su vivienda, sino que ha insistido en que se realice. Por supuesto, no se ha encontrado ningún lacre rojo ni ningún botiquín. Por supuesto, un ladrón desconocido, animado de un propósito totalmente inconcebible, se hizo de la caja y del sello, en el período que medió entre el fallecimiento del doctor y el regreso de Munich del profesor, leyó las instrucciones y robó el terrible botiquín. Esa es la línea que ha adoptado la defensa. Si puede usted creerla, he escrito en vano. Si, por el contrario, es usted el joven sensato por quien lo tengo, siga mi consejo. Compadezca cuanto quiera a la pobrecita Minna, pero salga en busca de otra joven que tenga una madre inimputable; y considérese afortunado de tener dos consejeros como su excelente padre y Alguien que lo Quiere Bien.

CAPÍTULO VIII

—Apuesto lo que quiera a que el desgraciado que escribió esto es una mujer — dijo Fritz cuando llegamos al final de la carta.

—¿Qué le hace pensarlo?

—Que cuando yo estaba en Wurtzburgo, todas las falsas informaciones sobre la pobre Madame Fontaine podían rastrearse hasta encontrar que su fuente era una mujer. Envidian y odian a la madre de Minna. Las aventaja en todo: es hermosa, distinguida, se viste a la perfección, posee todos los dones... es una estrella, le aseguro, una estrella rutilante en medio de un conjunto de desaliñadas fregonas domésticas. ¿No es acaso algo infame que sin un átomo de evidencia en su contra se dé por sentado que es culpable? Traidora a la confianza que depositara en ella su difunto esposo, violadora de sellos, ladrona de venenos: ¡qué acusaciones contra una mujer indefensa! ¡Oh, mi pobre y querida Minna! Qué mal se debe sentir; ella no posee la firmeza de carácter de su madre. Iré corriendo a Wurtzburgo para consolarla. Que diga mi padre lo que quiera; no puedo dejar desamparadas a esas dos mujeres perseguidas. Suponga que la decisión de los tribunales resulta adversa a la viuda. ¿Cómo sé que no se ha dictado sentencia aún? El suspenso me resulta intolerable. ¿Piensa acaso que estoy obligado a obedecer a mi padre, cuando su conducta no es ni justa ni razonable?

—¡Calma, Fritz, calma!

—Le aseguro, David, que puedo probar lo que digo. Sólo escuche esto. Mi padre nunca ha visto a la madre de Minna; cree a ciegas en los rumores escandalosos que revolotean a su alrededor; niega que una mujer pueda inspirarles desconfianza y antipatía a sus vecinos sin una buena razón para ello. Le aseguro, por mi honor, que no tiene mejor excusa que esa para prohibir mi casamiento con Minna. ¿Es justo, es razonable, condenar a una mujer sin antes escuchar lo que tiene que alegar en su defensa? ¡Ah, ahora siento mucho la pérdida de mi querida madre! De haber estado viva, habría puesto en juego su influencia y hecho que mi padre se avergonzara de sus estrechos prejuicios. Mi situación es enloquecedora; me da vueltas la cabeza cuando pienso en ella. Si me voy a Wurtzburgo, mi padre no volverá a dirigirme la palabra. Si me quedo, me cortaré el pescuezo.

En el fondo de la segunda botella quedaba aún un poco de cerveza. Fritz se lo sirvió, animado por la sombría decisión de beber hasta la última gota.

Aproveché esa momentánea pausa de silencio para llamar la atención de mi amigo sobre la virtud de la paciencia. Le recordé que podríamos enterarnos de las noticias de Wurtzburgo consultando los periódicos alemanes que se ofrecían a los lectores en un café extranjero, muy cercano a nuestra casa. Para reforzar la positiva influencia de ese consejo, le informé a Fritz que creía que pronto me enviarían a

Frankfurt como portador de una comunicación de negocios dirigida por mi tía al señor Keller, y le ofrecí hacer averiguaciones y (de ser posible) incluso llevar mensajes a Wurtzburgo, a condición de que él se comprometiera a aguardar pacientemente las perspectivas más halagüeñas que pudiera traer el porvenir.

Casi no había terminado de tranquilizar a Fritz cuando el tema más serio y urgente de la liberación de Jack Straw reclamó mi atención. Mi tía mandó a decir que deseaba verme.

La encontré en su escritorio, con el administrador de la oficina sentado ante la mesita que estaba situada enfrente.

El señor Hartrey estaba tan firmemente opuesto como el abogado a que mi tía se mezclara con el tratamiento de los locos. Pero para él, su deber para con sus patrones estaba antes que cualquier otra consideración, y prestaba, bajo respetuosa protesta, los servicios que se le solicitaban. Ahora estaba inmerso en la tarea de redactar los memoriales y declaraciones necesarios, siguiendo las instrucciones de mi tía. El objetivo de esta al enviar por mí era preguntarme si tenía algún reparo en pasar a limpio los borradores que habían producido. Siendo las cosas como eran, se sentía reacia a revelarles sus intenciones a los empleados de la oficina. Seguí el ejemplo del señor Hartrey como si se tratara del asunto más normal del mundo, y subordiné mis opiniones a la conveniencia de mi tía.

Al día siguiente cumplió su promesa de visitar al pobre Jack.

La cartera que había dejado a su cuidado le fue devuelta sin haber sufrido el menor daño. Naturalmente, se sintió feliz de ese hecho, que interpretó como un nuevo estímulo al proyecto que tenía en mente. El loco Jack no sólo era capaz de entender en qué consistía asumir una responsabilidad, sino que podía mostrarse a la altura de ella. El superintendente sonrió y dijo con su fina ironía:

—Nunca negué, señora, que Jack fuera astuto.

A partir de esa fecha, la arriesgada empresa de mi tía avanzó hacia su culminación con una rapidez que nos asombró.

Se dirigió, en primer lugar, al amigo de su difunto esposo que ocupaba un puesto en la casa real, quien le planteó de nuevo las inevitables objeciones a su plan. Mi tía le explicó en vano que su propósito era intentar un modesto experimento en el único y lamentable caso de Jack Straw, y que estaba dispuesta a dejar cualquier ulterior desarrollo del proyecto humanitario de su esposo, en manos de personas más calificadas que ella para enfrentar peligros y dificultades. La única concesión que logró obtener fue la de una cita para una segunda entrevista, en presencia de un caballero cuya opinión resultaba importante consultar. Se trataba de uno de los médicos de la corte, y se le tenía por hombre de opiniones liberales en lo tocante a su profesión. La señora Wagner haría bien en dejarse guiar por sus consejos desinteresados.

A esa segunda reunión, mi tía llevó un instrumento de persuasión: el diario de su esposo, que contenía sus notas inconclusas acerca del tratamiento de la insania mediante la influencia moral.

Como anticipara, el médico invitado para aconsejarla estaba mejor dispuesto a leer esas notas que a escuchar sus imperfectas explicaciones sobre el objetivo que se había trazado. El doctor se sintió sumamente impresionado por la novedad y el buen juicio de las ideas que su esposo postulaba, y fue lo bastante franco como para reconocerlo abiertamente. Pero él también se opuso a cualquier intento por parte de una mujer de llevar a cabo la reforma propuesta, aun a la escala más pequeña. Exasperada por esas nuevas desaprobaciones, mi tía perdió la paciencia. Tras negarse a aceptar el consejo del médico, argumentó audazmente la cuestión desde su punto de vista. La discusión había llegado a un punto álgido cuando, de pronto, se abrió la puerta de la habitación. Hizo su aparición una dama en traje de calle, seguida por dos damas de compañía. Los dos caballeros se pusieron de pie y le susurraron a mi tía:

—¡La princesa!

Ese era el encumbrado personaje que el superintendente de Bethlehem había sido demasiado discreto como para describir más precisamente diciendo que se trataba de una de las hijas de Jorge III. Al pasar junto a la puerta de camino hacia los jardines de palacio, la princesa había oído a los que discutían, y el nombre de Jack distintamente pronunciado por una voz femenina. Como había heredado de su augusto padre una curiosidad inusualmente desarrollada, su Alteza abrió la puerta y se unió al grupo sin más ceremonia.

—¿Sobré que discuten? —inquirió la princesa—. ¿Y quién es esta dama?

Los caballeros le presentaron a la señora Wagner, para que ella misma se explicara. Mi tía aprovechó al máximo la dorada oportunidad que le caía en las manos. La princesa primero se sintió sorprendida, después interesada y finalmente convertida al punto de vista de mi tía sobre el caso. En medio de la monótona rutina de la vida de la corte, he aquí que se le presentaba una aventura romántica en la cual hasta la hija del rey podía tener participación. Su Alteza citó a Boadicea, a la reina Isabel y a Juana de Arco como ejemplos de mujeres que habían estado a la altura de los hombres en el terreno de estos, y cumplimentó a la señora Wagner por ser una heroína de la misma estirpe.

—Es usted muy buena persona —dijo la princesa—, y puede confiar en que la ayudaré con todo mi corazón. Venga a mis habitaciones mañana a esta misma hora, y dígame al pobre Jack que no lo he olvidado.

Ante el embate de la influencia real, todos los obstáculos técnicos a la liberación de Jack Straw planteados por abogados, médicos y directores fueron echados a un lado, apelando ingeniosamente a la letra de la ley, a partir de una sugerencia de la propia princesa.

—Es muy sencillo, querida mía —le dijo su Alteza a mi tía—. Dicen que violé los reglamentos cuando insistí en que se admitiera a Jack en el hospital. Pues bien, su difunto esposo era miembro de la junta directiva, y usted es su única albacea. Muy bien. Como representante de su esposo, quédese de la violación de los reglamentos e insista en que se dé de alta a Jack, quien está ocupando un lugar que le corresponde a un paciente educado, de un mayor rango en la vida. ¡Oh, no se preocupe por mí! Presentaré mis excusas por no haber tenido en cuenta los reglamentos, y, para demostrar mi sinceridad, consentiré en que se dé el alta a esa pobre criatura y asumiré toda la responsabilidad de mantenerlo. Esa es la salida para nuestras dificultades. Tómela y tendrá a Jack tan pronto lo quiera.

Tres semanas después, el «peligroso demente» estaba libre para (como expresara nuestro amigo el abogado) «asesinar a la señora Wagner e incendiar la casa».

Cómo se condujo el peligroso experimento de mi tía, en qué aspectos fue un éxito y en cuáles fracasó, son cosas en las que no puedo ser testigo, debido a mi ausencia durante esa época. Ese curioso fragmento de esta narración se encontrará relatado por el propio Jack, en páginas posteriores. Mientras tanto, el curso de los acontecimientos me obliga a volver a las circunstancias que condujeron a mi partida de Londres.

Cuando la señora Wagner se encontraba todavía en sus reuniones en palacio, le llegó una carta del señor Keller en la cual éste le planteaba la necesidad de aumentar el número de empleados en la sucursal de Frankfurt de nuestro negocio. Aun intensamente ocupada como entonces se encontraba, mi tía halló tiempo para entregarme las instrucciones para sus socios alemanes, que los prepararían para el futuro empleo de mujeres en la oficina al que aludiera por primera vez en la entrevista que había sostenido con el abogado y conmigo después de la lectura del testamento.

—La causa de las mujeres no debe sufrir porque me encuentre en este momento consagrada a la causa del pobre Jack —me dijo—. Ve de inmediato a Frankfurt, David. En mis cartas he escrito lo suficiente para preparar a mis socios con vistas a un cambio en la administración de la oficina, y al momentáneo aplazamiento del incremento propuesto del número de nuestros empleados. El resto puedes explicárselo tú mismo, a partir de tu conocimiento de los planes que tengo en mente. Parte lo más pronto posible, y ten en cuenta que debes responder rotundamente que no, si Fritz propone acompañarte. No debe abandonar Londres sin permiso expreso de su padre.

Fritz propuso acompañarme en cuanto se enteró de mi viaje. Debo admitir que consideré que las circunstancias lo justificaban.

La tarde anterior había consultado los periódicos alemanes en el café, y había encontrado noticias de Wurtzburgo que preocuparon sobremanera a mi excitable amigo.

Llamadas a emitir su veredicto, las autoridades que presidieron la investigación legal sobre la violación de los sellos y la pérdida del botiquín no habían logrado llegar a una opinión unánime, con lo que dicha investigación había llegado a un fin sumamente insatisfactorio. El efecto moral de esa disensión entre los magistrados incuestionablemente sería el de empañar la reputación de la viuda Fontaine. No la habían declarado culpable, pero tampoco inocente. Sin duda, consciente de que su situación entre sus vecinos se había tornado insostenible, ella y su hija se habían marchado de Wurtzburgo. La crónica periodística añadía que se desconocían los detalles de su partida. No se había podido obtener información acerca del lugar donde se marcharon.

De no ser por esta última circunstancia, creo que Fritz habría insistido en viajar conmigo. Ignorante de dónde comenzar la búsqueda de Minna y su madre, consintió en dejarme rastrearlas en Alemania, mientras él permanecía en casa de mi tía, para inquirir en los diferentes hoteles donde se alojaban extranjeros, dada la posibilidad de que hubieran buscado refugio en Londres.

A la mañana siguiente partí hacia Frankfurt.

Me sentía muy bien de ánimo al alejarme de las costas de Inglaterra. Sentía el natural e insaciable gusto de los jóvenes por los cambios. Además, me halagaba la idea de ser el representante de los negocios de mi tía; y estaba casi igualmente orgulloso de ser el amigo a quien Fritz le hacía sus confidencias. Nunca una pobre criatura humana ha sido un instrumento más inocente de la adversidad en manos del Destino de lo que lo fui yo en ese viaje fatal. El día era oscuro cuando la agotadora manera de viajar de antaño me permitió al fin llegar a Frankfurt. Las perspectivas, en el momento en que descendí del coche del correo, eran aún más sombrías.

CAPÍTULO IX

Acababa de darle al mozo las indicaciones necesarias para que llevara mi maleta a casa del señor Keller cuando oí a mis espaldas una voz de mujer que preguntaba por la manera de llegar a la *posta restante*, o, dicho con una perífrasis española, la oficina donde se depositan las cartas hasta que su destinatario las reclama.

La voz era deliciosamente fresca y dulce, y tenía un deje de tristeza, lo que la hacía aún más interesante. Hice lo que habría hecho la mayoría de los jóvenes en mi lugar: me volví de inmediato.

¡Sí! La persona cumplía generosamente la promesa de la voz. Era una jovencita, recatada y con todo el aspecto de ser una dama; un poco pálida y pesarosa, pobre, como si su experiencia de la vida ya tuviera su lado de tristezas. Su rostro estaba animado por unos ojos dulces y sensibles; su figura era flexible y esbelta; su vestido, de la tela más sencilla, pero tan esmeradamente confeccionado y llevado tan a la perfección, que habría dudado que fuera una joven alemana de no haber escuchado el acento del sur de ese país en que había hecho la pregunta. El conductor del coche de la posta de correos en la que yo había viajado le dio una respuesta concisa y amable. Pero, a esa hora, el viejo patio de la oficina de correos estaba abarrotado de viajeros que llegaban y partían, que recibían a sus amigos y enviaban sus cartas. Era evidente que la joven no estaba acostumbrada a las multitudes. Se veía nerviosa y confundida. Tras avanzar unos pasos en la dirección que le indicaran, se detuvo perpleja, empujada por quienes iban a lo suyo, y evidentemente dudosa ya acerca de hacia dónde debía doblar a continuación.

De haber obedecido estrictamente mi deber, supongo que habría encaminado mis pasos en dirección a la casa del señor Keller. En vez de ello, obedecí a mis instintos y le ofrecí mis servicios a la joven. Culpad a las leyes de la Naturaleza y a la atracción entre los sexos. No me culpéis a mí.

—La escuché preguntar por correos —dije—. ¿Me permite indicarle el camino?

La joven me miró y vaciló. Sentí que pagaba yo el doble pecado de ser un joven y, quizás, un poco demasiado vehemente.

—Perdóneme que me haya atrevido a dirigirle la palabra —argüí—. No es agradable para una joven encontrarse sola en un sitio tan concurrido como este. Sólo le pido su permiso para hacerle un favor sin importancia.

Volvió a mirarme y cambió su primera opinión.

—Es usted muy amable, caballero; acepto agradecida su ayuda.

—¿Quiere aceptar mi brazo?

Declinó esa propuesta, aunque con absoluta amabilidad.

—Gracias, caballero, lo seguiré, si es usted tan amable.

Me abrí camino entre la multitud, con la encantadora desconocida a mis talones.

Una vez que llegamos a la oficina, me hice a un lado para permitirle hacer sus averiguaciones. ¿Mencionaría su nombre? No; entregó un pasaporte y preguntó si había alguna carta para la persona cuyo nombre aparecía en él. Encontraron la carta, pero no se la entregaron de inmediato. Hasta donde pude entender, el franqueo no era suficiente, y había que pagar, como era usual, la tasa doble. La joven rebuscó en el bolsillo de su vestido: un grito de alarma escapó de sus labios.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Perdí mi monedero, y la carta es tan importante!

Se me ocurrió de inmediato que de seguro un ladrón la había robado en medio de la multitud. El empleado pensó lo mismo. Consultó el reloj.

—Debe darse prisa si va a regresar a por la carta —dijo—. La oficina cierra en diez minutos.

La joven se agarró las manos desesperada.

—La caminata hasta mi casa lleva más de diez minutos —dijo.

De inmediato ofrecí prestarle el dinero.

—Es una suma tan pequeña que sería absurdo que se considerara obligada conmigo —le aseguré.

La pobrecita se veía lamentablemente turbada, entre su ansiedad por hacerse con la carta y sus dudas acerca de la conveniencia de aceptar mi ofrecimiento.

—Es usted muy bueno conmigo, pero me temo que no sería correcto por mi parte tomar dinero prestado de un desconocido, por más pequeña que sea la suma —dijo confusa—. Y aun si me atreviera, ¿cómo...? —me miró con timidez y se abstuvo de terminar la frase.

—¿Cómo me lo devolvería? —sugerí.

—Sí, caballero.

—Oh, no vale la pena que me lo devuelva. Déselo al primer mendigo con el que se tope mañana —lo dije con la intención de reconciliarla con la idea del préstamo. Produjo el efecto exactamente opuesto en esa joven singularmente delicada y escrupulosa. Retrocedió un paso de inmediato.

—No, no podría hacer eso —dijo—. Sólo podría aceptar su amabilidad si... —se interrumpió de nuevo.

El empleado volvió a consultar el reloj.

—Decídase, señorita, antes de que sea demasiado tarde.

Aterrorizada ante la perspectiva de no poder hacerse con la carta ese mismo día, al fin habló con toda claridad.

—¿Podría decirme, caballero, por favor, a qué dirección debo devolver el dinero cuando llegue a casa?

Primero pagué por la carta y después respondí su pregunta.

—Si tuviera usted la bondad de enviarlo a la casa del señor Keller...

Antes de que pudiera mencionar el nombre de la calle, su rostro pálido se

encendió de repente.

—¡Oh!, ¿conoce usted al señor Keller? —exclamó impulsivamente. Por mi mente cruzó por primera vez un presentimiento de la verdad.

—Sí, y también a su hijo Fritz —dije.

Tembló; los colores que le habían subido a la cara desaparecieron al instante; desvió la vista con expresión de dolor y humillación. No era posible seguir dudando. La encantadora desconocida era la novia de Fritz... y la hija de Jezabel.

Mi respeto por la joven me impedía intentar ocultarle lo que había descubierto. Dije de inmediato:

—¿Tengo el honor de hablar con la señorita Minna Fontaine?

Me miró con una sorpresa no exenta de desconfianza.

—¿Cómo sabe quién soy? —preguntó.

—Puedo explicárselo fácilmente, señorita Minna. Soy David Glenney, el sobrino de la señora Wagner, de Londres. Fritz se aloja en su casa, y él y yo hemos hablado mucho de usted.

El rostro de la pobre joven, tan pálido y triste hacía solo un momento, se tornó radiante de felicidad.

—¡Oh!, ¿Fritz no me ha olvidado? —exclamó con inocencia.

A pesar del tiempo transcurrido, mi memoria recuerda sus seductores ojos oscuros clavados con vivo interés en mi rostro mientras le contaba del amor y la devoción de Fritz, y le decía que ella seguía siendo la sola imagen que llenaba sus pensamientos durante el día y sus sueños durante la noche. Toda su timidez desapareció. Me tendió su mano impulsivamente.

—¿Cómo podré agradecerle lo suficiente al ángel bueno que nos ha hecho encontrarnos! —exclamó—. ¡Creo, señor David, que si no estuviéramos en medio de la calle me arrodillaría para darle las gracias! Me ha hecho usted la joven más feliz del mundo.

De repente su voz se quebró; se bajó el velo.

—No se preocupe —dijo—; no puedo evitar llorar de alegría.

¿Confesaré qué emociones me embargaban? Por un momento, olvidé mi pequeño romance en Inglaterra y envidié a Fritz desde lo más profundo de mi corazón.

Los transeúntes comenzaban a detenerse para mirarnos. Le ofrecí mi brazo a Minna y le pedí permiso para acompañarla hasta su casa.

—Me gustaría —respondió, con una amistosa franqueza que me subyugó—. Pero lo esperan en casa del señor Keller; debe ir allá primero.

—¿Puedo visitarla mañana y ahorrarle el trabajo de enviarme el dinero a casa del señor Keller? —insistí.

Minna se alzó el velo y me sonrió feliz entre las lágrimas.

—Sí, vaya mañana y le presentaré a mi madre —dijo—. ¡Oh, qué contenta se

sentirá mi querida madre al verlo, después de que le haya contado lo que ha sucedido! Soy muy egoísta; no he soportado mi pena y mi angustia como debía; la he hecho sentirse desgraciada por mi causa, porque yo me sentía desgraciada a causa de Fritz. Ahora todo ha terminado. Muchas, muchas gracias. En esa tarjeta tiene nuestra dirección. No, no, debemos despedirnos hasta mañana. Mi madre espera su carta, y el señor Keller debe estar preguntándose qué ha sido de usted.

Me dio un cálido apretón de manos y se marchó.

Mientras me dirigía a la casa del señor Keller no me sentía totalmente satisfecho conmigo mismo. Comencé a temer que había hablado de Fritz con demasiada libertad, dando pie así a esperanzas que nunca podrían fructificar. La reflexión sobre el incierto futuro comenzó a deprimirme. Minna podía llegar a tener razones para lamentar haberme conocido.

El señor Keller me recibió con cordialidad genuinamente alemana. Él y su socio, el señor Engelman —uno viudo, el otro solterón— vivían juntos en un antiguo edificio, en la calle Main, cerca del río, que hacía las veces de vivienda y oficina.

Los dos ancianos caballeros ofrecían el contraste más completo que pueda imaginarse. El señor Keller era delgado, alto y nervioso; era hombre de un gran talento, que trascendía los límites de su negocio, capaz (cuando no lo dominaba su vivo temperamento) de hablar sensata y enérgicamente sobre cualquier tema de su interés. El señor Engelman, grueso y de pequeña estatura, consagrado al negocio durante las horas de oficina, no había leído un libro en toda su vida y no tenía aspiraciones que fueran más allá de su jardín y su pipa. «En mis momentos de ocio», solía decir, «dadme mis flores, mi pipa y mi paz de espíritu; no pido nada más». A pesar de esa gran diferencia de carácter, los dos socios se tenían el más sincero aprecio. El señor Engelman estaba convencido de que el señor Keller era el hombre más talentoso y notable de Alemania. El señor Keller, por su parte, estaba igualmente persuadido de que el señor Engelman era un ángel por la dulzura de su temperamento, y un modelo de buen juicio modesto y sin pretensiones. El señor Engelman escuchaba la culta conversación del señor Keller con una ignorante e ilimitada admiración. El señor Keller, que detestaba el tabaco en todas sus formas, y que no sentía el menor interés por la horticultura, se sometía al humo de la pipa del señor Engelman y pasaba horas en su jardín sin conocer los nombres de nueve décimas partes de las flores que en él crecían. Todavía existen en Alemania e Inglaterra hombres así; pero ¡oh, Señor!, mientras más viejo me ponga, con menos de ellos me topo.

Los dos viejos amigos y socios me aguardaban para que me uniera a ellos en su temprana comida alemana. Una muestra de las flores del señor Engelman adornaba la mesa en honor a mi llegada. Cuando entré en la habitación, me regaló una rosa del ramillete.

—¿Cómo dejó a la señora Wagner? —inquirió.

—¿Cómo está mi hijo Fritz? —preguntó el señor Keller.

Respondí en términos que los satisficieron a ambos, y la comida transcurrió alegremente. Pero cuando se hubo recogido la mesa y el señor Engelman encendió su pipa, y le hice compañía con un puro, el señor Keller hizo la pregunta fatal:

—Y ahora dígame, David, ¿viene usted por asuntos de negocios o en viaje de placer?

No tuve más remedio que entregarle mis instrucciones y anunciarle la próxima invasión de la oficina por un selecto ejército de empleadas. El efecto que produjo esa revelación fue sumamente característico de los temperamentos enormemente disímiles de los dos socios.

El apacible señor Engelman hizo a un lado su pipa y miró al señor Keller en un silencio inerte.

El irritable señor Keller dio un puñetazo sobre la mesa y apeló al señor Engelman con aspecto de indignación.

—¿Qué le dije cuando nos enteramos de que la viuda del señor Wagner había sido nombrada socia principal del negocio? —preguntó—. ¿Cuántas opiniones de filósofos acerca de la incapacidad moral y física de las mujeres cité? ¿No empecé por los antiguos egipcios y terminé con el doctor Benastrokius, nuestro vecino de la calle vecina?

El pobre señor Engelman parecía asustado.

—No se altere, mi querido amigo —dijo en voz queda.

—¿Alterarme? —repitió el señor Keller, más furioso que nunca—. ¡Mi buen Engelman, nunca en su vida ha estado mas absurdamente equivocado! Estoy encantado. Ha ocurrido exactamente lo que esperaba, exactamente lo que predije. ¡Deje la pipa! Soy capaz de soportar muchas cosas, pero el humo del tabaco es más de lo que puedo resistir en medio de una crisis como esta. Y, por favor, por una vez en la vida sobrepóngase a su indolencia constitucional. Apele a su memoria; recuerde mis palabras cuando nos informaron que teníamos una mujer como socia principal.

—Cuando la conocí era una mujer muy bonita —comentó el señor Engelman.

—¡Bah! —exclamó el señor Keller.

—No quise ofenderlo —dijo el señor Engelman—. Permítame regalarle una de mis rosas como ofrenda de paz.

—¿Se estará quieto y me dejará hablar?

—¡Mi querido Keller, siempre me siento sumamente complacido de oírlo hablar! Introduce ideas en mi pobre cabeza, y mi pobre cabeza las deja escapar, y usted las vuelve a introducir. ¡Qué noble perseverancia! Si llego a vivir lo suficiente, estoy totalmente convencido de que me convertirá en un hombre inteligente. Déjeme ponerle la rosa en el ojal. Y, por cierto, me gustaría que me dejara seguir fumando mi

pipa.

El señor Keller hizo un gesto de resignación y, desesperado, se dio por, vencido con su socio.

—Apelo a *usted*, David —dijo, y derramó todo el caudal de su cultura y su indignación en mis infortunados oídos.

El señor Engelman, envuelto en nubes de humo de tabaco, disfrutaba en silencio del sedante efecto de su pipa. Yo dije «Sí, señor» y «no, señor» a intervalos convenientes durante el tiempo que duró el torrente de elocuencia del señor Keller. A tantos años de distancia, no puedo tratar de reproducir la larga arenga de la que fui víctima. En resumen, el señor Keller sostenía que en la naturaleza de las mujeres había dos vicios irremediables. Su índole era, hablando desde el punto de vista moral, una desastrosa mezcla del afán de imitación de los monos y la intranquilidad de los niños. Tras demostrarlo echando mano a copiosas referencias provenientes de las más excelsas autoridades, el señor Keller, lógicamente, dictaminó que mi tía era una mujer, y, como tal, no sólo incapaz de «dejar estar las cosas», sino naturalmente dispuesta a imitar a su esposo en los rasgos más superficiales e imperfectos de su carácter.

—Yo predije, David, que el fatal trastorno de nuestro antiguo y estable negocio era ahora sólo una cuestión de tiempo; ¡y ahí, en las ridículas instrucciones de la señora Wagner, está el cumplimiento de mi profecía!

Antes de que nos fuéramos a la cama esa noche, los socios adoptaron dos decisiones. El señor Keller resolvió dirigirle una réplica por escrito a mi tía. El señor Engelman resolvió mostrarme su jardín a primera hora de la mañana.

CAPÍTULO X

La tarde del siguiente día, mientras mis dos buenos amigos seguían consagrados a los deberes de la oficina, me di una escapada para hacerles la prometida visita a Minna y a su madre.

Era imposible no llegar a la conclusión de que atravesaban por un período de estrechez. Su alojamiento estaba ubicado en el humilde barrio suburbano de Frankfurt que queda en la margen izquierda del río. Todo estaba escrupulosamente limpio, y los pobres muebles estaban acomodados con gusto, pero no había destreza en la administración doméstica que pudiera ocultar lo raído de la sala de estar a la que me hicieron pasar. No pude menos que pensar cuán apenado se sentiría Fritz de haber podido ver a su encantadora Minna en un lugar tan indigno de ella.

La desvencijada puerta se abrió para dar paso a la Jezabel del anónimo (seguida de su hija).

En todos los países hay ciertas mujeres notables que, sea cual fuere la esfera en la que se mueven, la ocupan tan completamente como ocupa la escena un gran actor. La viuda Fontaine era una de esas interesantes personas. La lamentable salita pareció desaparecer cuando entró en ella con su gentil paso deslizante; e incluso la linda Minna se replegó a una oscuridad parcial en presencia de su madre. Y, sin embargo, no había nada llamativo en los modales de Madame Fontaine, ni su estatura era considerable. Su figura, que no alcanzaba más que la altura media, era la figura envuelta en carnes de una mujer que se aproximaba a la cuarentena. El efecto que producía podía atribuirse en parte, supongo, a la cimbreante gracia de todos sus movimientos, y en parte a la imperiosa serenidad de su expresión y el indescriptible embrujo de sus maneras. Sus ojos oscuros, que, según recuerdo, nunca abría por completo, me miraban por debajo de unos párpados pesados. Sus enemigos veían algo sensual en esa extraña expresión. A mí me pareció más bien furtivamente cruel... excepto cuando miraba a su hija. La sensualidad se revela más claramente en el excesivo desarrollo de la porción inferior del rostro. Los labios de Madame Fontaine eran finos, y su barbilla demasiado pequeña. Su profusa cabellera negra comenzaba a exhibir algunos hilos de plata. A su tez le faltaba color. A pesar de esos defectos, al verla por primera vez no había más remedio que admitir que era impresionante, casi diría que pasmosa. Y aunque sólo llevaba el más sencillo atuendo de viuda, no tengo escrúpulos en afirmar que era la mujer mejor vestida que he visto en mi vida.

Minna hizo un modesto intento de presentarme en debida forma. Su madre la interrumpió juguetona y me extendió sus dos largas y fuertes manos con tanta cordialidad como si nos hubiéramos conocido desde hacía varios años.

—A los demás los pongo a prueba antes de aceptarlos como amigos —dijo—.

Señor David, usted ha sido más que bondadoso con mi hija, y es *usted* mi amigo desde este momento en que nos conocemos.

Creo que repito sus palabras con exactitud. Desearía poder dar una idea adecuada del exquisito encanto de su voz y sus maneras al pronunciarlas.

Y, sin embargo, no me sentía cómodo en su presencia; no me sentía irresistiblemente atraído por ella, como me sintiera atraído por su hija. Sus ojos oscuros, fijos, de párpados pesados parecían penetrar hasta mi corazón y sorprender todos mis secretos. Afirmar que desconfiaba de ella, que me desagradaba, sería faltar con mucho a la verdad. La desconfianza y el desagrado me habrían protegido, al menos hasta cierto punto, de sentir su influencia como la sentí. Cómo ejercía esa influencia —bien con sus ojos, o con sus maneras, o, para utilizar la jerga más reciente, con una especie de «emanación magnética», que me dominaba invisiblemente— es más de lo que puedo decir. Sólo afirmo que logró, paso a paso, someter la actuación de mi voluntad cada vez más completamente a la de ella, hasta que me vi respondiendo sus preguntas más capciosas con tan poca reserva como si hubiera sido verdaderamente mi amiga más íntima y la que me inspirara más confianza.

—¿Esta es su primera visita a Frankfurt, señor David? —comenzó.

—¡Oh, no, señora! Ya he estado en Frankfurt en dos ocasiones anteriores.

—¿Ah, sí? ¿Y siempre se ha alojado en la casa del señor Keller?

—Siempre.

Pareció inexplicablemente interesada al escuchar esa respuesta, a pesar de su brevedad.

—Entonces, por supuesto, es usted un íntimo suyo —dijo—. ¿Quizás tan íntimo como para pedirle un favor o presentarle a un amigo?

Hice un fútil intento de responder esa pregunta con cautela.

—Tan íntimo, señora, como puede esperar serlo un joven empleado con uno de los socios de una firma —dije.

—¿Un empleado de la firma? —repitió—. Creí que vivía usted en Londres con su tía.

En ese momento Minna intervino por primera vez.

—Olvidas, mamá, que hay tres apellidos en la firma. La inscripción sobre la puerta de la calle Main dice Wagner, Keller y Engelman. Fritz me dijo en cierta ocasión que la oficina de Frankfurt no era más que un pequeño negocio, y que el grande era el del señor Wagner en Londres. ¿Estoy en lo cierto, señor David?

—Absolutamente, señorita Minna. Pero en la casa de Londres no tenemos un jardín de flores tan magnífico como el del señor Engelman aquí. ¿Me permite obsequiarle un ramillete que me dejó cortar?

Confiaba en que las flores fueran un medio para llevar la conversación hacia

temas más interesantes. Pero la viuda continuó con sus preguntas, mientras Minna admiraba las flores.

—¿Entonces, es usted un empleado del señor Wagner? —insistió.

—Era empleado del señor Wagner. El señor Wagner falleció.

—¡Ah! ¿Y quién se encarga ahora de esa gran firma?

Sin saber muy bien por qué, sentí cierta renuencia a hablar de mi tía y sus asuntos. Pero los ojos de la viuda Fontaine estaban posados en mí con tan resuelta expectación que me sentí obligado a satisfacerla. Cuando se enteró de que la viuda del señor Wagner era ahora la máxima autoridad en la firma, su curiosidad por escuchar todo lo que pudiera contarle sobre mi tía se hizo insaciable. El interés de Minna en el tema era, por razones totalmente distintas, tan vivo como el de su madre. La casa de mi tía era el lugar donde el cruel señor Keller había desterrado a su enamorado. Las preguntas de la madre y la hija se sucedieron tan velozmente que no logro recordarlas ahora. Sólo la última sigue vívidamente grabada en mi memoria, debido al inesperado efecto que produjo mi respuesta. La formuló la viuda en los siguientes términos:

—Su tía, por supuesto, se interesa en los asuntos de sus socios aquí en Frankfurt. ¿Es posible, señor David, que algún día viaje a visitarlos?

—Es muy probable, señora, que mi tía viaje a Frankfurt por asuntos de negocios antes de fin de año.

Cuando respondí en esos términos, la viuda volvió la vista lentamente en dirección a su hija. Evidentemente, Minna entendió esa mirada tan poco como yo. Madame Fontaine se volvió de nuevo hacia mí y se disculpó.

—Perdóneme, señor David, hay un pequeño deber doméstico que había olvidado.

Atravesó la habitación hasta una mesita sobre la cual había útiles de escritura, escribió unas líneas y le alcanzó a Minna el papel, sin ponerlo en un sobre.

—Amor mío, dale eso a nuestra buena amiga de los bajos... y ya que vas a la cocina, ¿por qué no preparas el té? Se quedará a tomar el té con nosotras, ¿verdad, señor David? Es nuestro único lujo, y siempre lo preparamos nosotras mismas.

Mi primer impulso fue el de encontrar una excusa para declinar la invitación. Había algo en el aire misterioso con que Madame Fontaine cumplía sus deberes domésticos que no era para nada de mi gusto. Pero Minna me rogó que aceptara.

—Por favor, quédese con nosotros un poco más —dijo con su inocente franqueza—. Tenemos tan pocos placeres en este lugar.

Podría, tal vez, haberme resistido hasta a los ruegos de Minna, pero su madre literalmente me tomó en sus manos. Se sentó, con el aire de una emperatriz, en un pequeño sofá destartado que había en una esquina de la habitación, y tras hacerme una seña de que me sentara a su lado, puso persuasivamente su mano firme y fresca sobre la mía. Su contacto me produjo una extraña sensación de inquietud, a medias

placentera, a medias penosa... no sé cómo describirla. Permítaseme limitarme a informar que cedí, y que Minna se fue y nos dejó a solas.

—Quiero contarle toda la verdad, y no puedo hacerlo en presencia de mi hija —dijo Madame Fontaine en cuanto nos quedamos solos—. Debe haber notado que somos muy pobres.

Su mano hizo una suave presión sobre la mía. Le respondí con toda la delicadeza posible: dije que me apenaba oírsele decir, pero que no me sorprendía.

—Cuando tuvo la bondad de ayudar a Minna a rescatar esa carta ayer —continuó— fue el inocente instrumento de una gran decepción; una decepción más, después de otras anteriores. Vine aquí a explicarles mi caso a unos parientes ricos que tengo en esta ciudad. Se negaron a auxiliarme. Les escribí después a otros miembros de mi familia radicados en Bruselas. La carta de ayer era su respuesta. ¡Otro rechazo! Nuestra casera está enferma y tiene todo el derecho a mis simpatías; ella también se debate en la pobreza. Dejar de pagarle sería una crueldad. Ayer sentí que era mi penoso deber comunicarle que nos marcharíamos en el plazo de una semana. Acabo de escribirle para desdecirme de esa notificación. La razón es que veo un rayo de esperanza en el futuro, y usted, señor David, es el amigo que me lo ha hecho ver.

Decir que me sorprendieron sus palabras sería poco.

—¿Puedo preguntarle por qué? —dije.

Me dio unos golpecitos en la mano con juguetera petulancia.

—Un poco más de paciencia y pronto se enterará —replicó—. Si sólo se tratara de mí, no experimentaría las ansiedades que me consumen. Mañana mismo podría tomar un empleo de ama de llaves. ¡Sí! Me crié rodeada de lujos y refinamientos; descendí en rango social cuando me casé... pero aun así, podría desempeñar las labores de una empleada doméstica sin quejarme de mi suerte, sin perder el respeto que me debo. La adversidad es una severa maestra de sólidas lecciones, David. ¿Puedo llamarle David a secas? Si se enterara de que alguien busca un ama de llaves, ¿me lo diría?

No lograba entender si hablaba en broma o en serio. Prosiguió sin darme tiempo a contestar.

—Pero tengo que pensar en mi hija —continuó—, y para aumentar mi preocupación, mi hija le ha entregado su corazón al hijo del señor Keller. Mientras yo y mi querida Minna tuvimos que tener en consideración sólo nuestros intereses, nos podríamos haber ganado el pan juntas, podríamos haber enfrentado el futuro con valor. Pero lo que pudo haber sido el tranquilo curso de nuestras vidas se ve ahora trastornado por una tercera persona, por un rival que me disputa el amor de mi hija, y, lo que es peor aún, por un hombre a quien se le prohíbe casarse con ella. ¿Resulta tan raro que me sienta confusa, descorazonada, indefensa? ¡Oh, no exagero! Conozco el carácter de mi hija. Es demasiado delicada, demasiado exquisitamente sensible para

el áspero mundo en que vive. Cuando ama, lo hace con todo su corazón y toda su alma. La he visto sufrir y desfallecer día a día por su separación de Fritz. Usted ha revivido sus esperanzas por el momento, pero sus perspectivas futuras permanecen inalterables. Si pierde a Fritz, morirá de tristeza. ¡Oh, Dios! ¡El único ser que amo, y no sé cómo ayudarla y salvarla!

Por primera vez oí en su voz el fervor que delata un sentimiento verdadero. Me volvió la espalda y se cubrió el rostro con un gesto de fiera desesperación que resultaba terrible contemplar. Intenté consolarla, honestamente lo intenté.

—De algo, al menos, puede estar segura —dije—. Fritz le ha entregado todo su corazón a su hija. Será fiel a ella, y digno de ella, en medio de todas las pruebas.

—No lo dudo; no tengo nada que decir contra el elegido de mi hija —respondió con tristeza—. Fritz es bueno, y Fritz es fiel, como dice. Pero olvida usted a su padre. Personalmente, téngalo en cuenta, desprecio al señor Keller —me miró con un menosprecio indescriptible que centelleaba a través de las lágrimas que llenaban sus ojos—. Un hombre que presta oído a todas las mentiras que profiere el escándalo en contra de una mujer indefensa, que no le brinda oportunidades de defenderse (le he escrito y no he recibido respuesta), que declara que su hijo nunca se casará con mi hija (porque somos pobres, por supuesto) y que hace uso de los ataques contra mi reputación, que nunca ha verificado, como excusa para su brutal conducta, ¿puede alguien respetar a un hombre así? Y, sin embargo, ¡de ese ser despreciable dependen la felicidad y la vida de mi hija! Por ella, con independencia de cuáles sean mis sentimientos, me debo rebajar a defenderme. Debo hacerme de una oportunidad para combatir sus cobardes prejuicios y ganarme su buena opinión, aun a pesar de sí mismo. ¿Cómo conseguir que me escuche? ¿Cómo acercármele? Comprendo que no está usted en situación de ayudarme. Pero, no obstante, ha hecho maravillas por mí, ¡y que Dios lo bendiga por ello!

Se llevó mi mano a los labios. Preví lo que sucedería. Traté de hablar. Pero no me dio oportunidad; su elocuente entusiasmo la hizo prorrumpir en un nuevo torrente de palabras.

—Sí, mi mejor amigo, el más sabio de mis consejeros, usted me ha mostrado la posibilidad de la irresistible intercesión de una persona que goza de suprema autoridad —continuó—. Su excelente tía es la jefa de la firma; el señor Keller no tendrá más remedio que escuchar a su encantadora jefa. Ese es mi rayo de esperanza. Aferrada a esa posibilidad venderé los últimos objetos de valor que poseo y esperaré la llegada de la señora Wagner a Frankfurt. ¡Se estremece usted, David! ¿Qué lo alarma? ¿Me supone capaz de aprovecharme de la bondad de su tía, de mendigar favores que no le resulte sumamente fácil conceder? La señora Wagner ya sabe por intermedio de Fritz cuál es nuestra situación. Deje sólo que vea a mi Minna; no le impondré mi presencia. Mi hija defenderá mi causa; mi hija pedirá todo lo que

quiero: una entrevista con el señor Keller y su permiso para hablar en mi propia defensa. Dígame, sinceramente, ¿espero demasiado si confío en que su tía persuada al padre de Fritz de verme?

Así dicho, parecía un pedido modesto. Pero a pesar de ello, tenía mis dudas.

Había dejado al señor Keller trabajando de firme en su alegato contra el empleo de mujeres en la oficina, que debía enviarle a mi tía en el correo de ese día. Conociéndolos a ambos como los conocía, me parecía al menos probable que a una polémica por correspondencia la siguiera un alejamiento personal. Si el señor Keller demostraba ser obstinado, la señora Wagner pronto le demostraría que tenía una voluntad propia. En esas circunstancias no se podían ni solicitar ni conceder favores, y las perspectivas de la pobre Minna serían más sombrías que nunca.

Esa era una visión del problema. Debo reconocer, sin embargo, que tenía otra impresión. Algo en las maneras de Madame Fontaine me sugería que su petición a mi tía, cuando se conocieran en Frankfurt, no sería tan modesta como me había hecho creer. Estaba molesto conmigo mismo por haber hablado con tan pocas reservas, y era incapaz de decidir que debía responder a la apelación que se me había hecho. En medio de mi perplejidad, me sentí aliviado por una muy bienvenida interrupción. La voz de Minna nos llegó desde el rellano de la escalera.

—Tengo las dos manos ocupadas —dijo—; por favor, dejadme entrar.

Corrí a la puerta. La viuda se llevó un dedo a los labios.

—¡Ni una palabra a Minna! —susurró—. Nosotros dos nos entendemos, ¿no es cierto?

—Sí, sin duda —dije.

Y así, abandonamos el tema por el resto de la tarde.

La encantadora joven entró trayendo la bandeja con el té. Reclamó mi atención especialmente para un pastel que había cocinado ese día con sus propias manos.

—Sé cocinar y coserme mi ropa, y si Fritz es un hombre pobre cuando se case conmigo, puedo ahorrarle los gastos de una sirvienta —dijo.

Me atrevo a decir que nuestra charla mientras tomábamos el té fue demasiado intrascendente como para reproducirla aquí. Sólo recuerdo que la disfruté. Más tarde, Minna cantó para mí. Hace poco volví a escuchar una de esas sencillas baladas alemanas y la música hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Esa noche la luna salió temprano. Cuando consulté mi reloj, me di cuenta de que era hora de irme. Minna estaba en la ventana, admirando la luz de la luna.

—En una noche tan hermosa como esta es una pena quedarse en casa —dijo—. ¡Acompañemos al señor David parte de su camino de regreso, mamá! Sólo hasta el puente, para ver la luna en el río.

Su madre consintió y los tres salimos juntos de la casa.

Cuando llegamos al puente nos detuvimos para admirar el paisaje. Pero ya se

alzaban las nubes, y la luz de la luna sólo se dejaba ver a intervalos. Madame Fontaine dijo que olía la lluvia en el aire y tomó del brazo a su hija para regresar a la casa. Les ofrecí regresar con ellas hasta su puerta, pero ambas se negaron rotundamente a retrasar mi vuelta. Quedamos en que volvería a visitarlas en uno o dos días.

Justo en el momento en que nos despedíamos, la intermitente luz de la luna brilló de nuevo a través de una hendidura entre las nubes. En ese mismo instante, un anciano y robusto caballero, que fumaba una pipa, pasó sin prisas a nuestro lado, se percató de mi presencia al cruzarse conmigo, se detuvo: resultó ser el señor Engelman.

—Buenas noches, señor David —dijo la viuda.

La luna la alumbró de lleno cuando me dio la mano, con Minna a sus espaldas, entre las sombras. Un momento después, las dos damas nos habían dejado solos.

El señor Engelman siguió con, la vista la figura de la viuda con su paso suavemente deslizante, hasta que la perdió de vista al final del puente. Puso su mano, ansioso, sobre mi brazo.

—David, ¿quién es esa gloriosa criatura? —dijo.

—¿A cuál de las dos damas se refiere? —le pregunté, travieso.

—¡A la que lleva la capucha de viuda, por supuesto!

—¿Admira usted a la viuda, señor?

—¡Que si la admiro! —repitió el señor Engelman—. ¡Mire, David! —me mostró la gran cazoleta de porcelana de su pipa—. ¡Querido muchacho, ha logrado lo que no había conseguido conmigo ninguna otra mujer: me apagó la pipa!

CAPÍTULO XI

Había algo tan absurdo en asociar los encantos de Madame Fontaine con la extinción de la pipa del señor Engelman que rompí a reír. Mi anciano y buen amigo me miró con aire de grave sorpresa.

—¿Qué hay de risa en que se me haya olvidado mantener encendida la pipa? —preguntó—. Toda mi mente estaba absorta en esa extraordinaria mujer desde el mismo instante en que mis ojos se posaron ella, David. Tengo su imagen ante mí en este momento: es la imagen de un ángel bañado por la luz de la luna. ¿Me estaré expresando poéticamente por primera vez en mi vida? No me extrañaría. La verdad es que no sé qué me sucede. Usted es joven y quizás pueda decírmelo. ¿Me habré enamorado, como suele decirse? —me tomó del brazo confidencialmente, antes de que yo lograra contestar esa formidable pregunta—. ¡No se lo diga al amigo Keller! —dijo, con súbita alarma—. Keller es un hombre excelente, pero no tiene piedad con los pecadores. Y dígame, David, ¿podría presentármela?

Todavía acosado por el temor de haber hablado con muy pocas reservas durante mi entrevista con la viuda, estaba de ánimo para exhibir una extraordinaria prudencia en mi conversación con el señor Engelman.

—No me atrevería a presentársela —dije—; la dama hace una vida muy retirada.

—Al menos podría decirme su nombre —suplicó el señor Engelman—. ¿Quizás se lo haya mencionado a Keller?

—No he hecho nada semejante. Tengo mis razones para no hablarle de esa dama al señor Keller.

—Bien, pues puede confiar en que mantendré el secreto, David. ¡Vamos! Sólo quiero enviarle unas flores de mi jardín. No puede poner reparos a eso. Sea bueno y dígame adónde debo enviar el ramillete.

Me atrevo a decir que hice mal; de hecho, a juzgar por los sucesos posteriores, sé que hice mal. Pero era incapaz de concederle al asunto suficiente seriedad como para negarme a las súplicas del señor Engelman en lo relativo al ramillete. Experimentó un sobresalto cuando le dije el nombre de la viuda.

—No se tratará de la madre de la joven con quien Fritz quiere casarse —exclamó.

—Sí, es ella misma. ¿No admira el gusto de Fritz? ¿No es la señorita Minna una joven encantadora?

—No puedo decirle, David. Estaba embrujado; no tenía ojos para nadie que no fuera su madre. ¿Cree que Madame Fontaine se fijó en mí?

—Oh, sí. La vi cómo lo miraba.

—Vuélvase de este lado, David. La luz de la luna le hace parecer más joven. ¿Tiene el mismo efecto sobre mí? ¿Qué edad me calcularía esta noche? ¿Cincuenta o sesenta?

—Algo entre esas dos, señor.

(Estaba próximo a los setenta. Pero ¿quién habría sido tan cruel como para decírselo en ese momento?).

Mi respuesta le resultó tan alentadora al anciano caballero que se aventuró a tocar el tema del difunto esposo de Madame Fontaine.

—¿Lo quería mucho, David? ¿Qué tipo de hombre era?

Le informé que no había conocido al doctor Fontaine y después, para cambiar de tema, le pregunté si llegaría demasiado tarde para la hora de la cena en la calle Main.

—Mi querido muchacho, la mesa se retiró hace media hora. Pero persuadí a nuestra anciana y amargada ama de llaves de que le guardara algo caliente. No encontrará a Keller muy amable esta noche, David. Estaba molesto, para empezar, por tener que escribirle ese alegato a su tía, y después, su ausencia lo irritó. «Esto es tratar nuestra casa como si fuera un hotel; no le permitiré a nadie que se tome esas libertades con nosotros». ¡Sí! Eso fue realmente lo que dijo de usted. Estaba tan enojado, el pobre, que lo dejé y salí a dar una vuelta por el puente. Y me topé con mi destino —añadió el pobre señor Engelman con el acento más triste que había oído salir de sus labios.

Mi bienvenida en la casa fue un poco fría.

—Le he escrito francamente a su tía lo que pienso —dijo el señor Keller—; probablemente lo llamarán de vuelta a Londres con el próximo correo. Mientras tanto, en la próxima ocasión en que quiera pasar la tarde fuera, háganos el favor de dejar un recado con uno de los sirvientes.

El próximo turno fue el de la anciana y achacosa ama de llaves (conocida en el círculo doméstico como Madre Bárbara). Puso sobre la mesa el plato que me había mantenido al calor con un golpe que sometió a dura prueba la resistencia de la porcelana.

—En esta ocasión lo hice —dijo—. La próxima vez que llegue tarde, usted y el perro cenarán juntos.

Al día siguiente le escribí a mi tía, y también a Fritz, sabiendo cuán ansioso estaría de tener noticias mías.

Contarle toda la verdad probablemente habría equivalido a hacerlo venir a Frankfurt tan rápidamente como los barcos y los caballos hubieran podido llevarlo. Todo lo que me atreví a decirle fue que había encontrado el rastro perdido de Minna y su madre, y que tenía buenas razones para pensar que, por el momento, no había causa para preocuparse por ellas. Añadí que quizás tendría la posibilidad de enviarle en secreto una carta a su amada, si lo consolaba escribirle.

Al hacer ese ofrecimiento estaba, sin duda, alentando a mi amigo a desobedecer las órdenes inequívocas de su padre.

Pero siendo las cosas como eran, realmente no tenía otra alternativa. Con el

temperamento de Fritz, habría sido sencillamente imposible inducirlo a permanecer en Londres, a menos que algún tipo de concesión práctica alimentara su paciencia mientras yo me encontraba ausente. En bien de la paz, entonces —y debo reconocer que en bien de la bella e interesante Minna también— consentí en convertirme en vehículo para su correspondencia, sobre la base del principio puramente jesuítico de que el fin justificaba los medios. Le había prometido a Minna dejárselo saber cuando le escribiera a Fritz. Como disponía de todo mi tiempo hasta que el señor Keller y mi tía decidieran la polémica cuestión del empleo femenino, me dirigí a casa de la viuda después de llevar mis cartas al correo.

Tras hacer feliz a Minna al anunciarle que sabría de Fritz, tuve ocasión de notar sobre la mesa una antigua ponchera de porcelana rebosante de magníficas flores. A cualquiera que conociera al señor Engelman tan bien como yo, la ponchera le habría sugerido graves consideraciones. Él, que prohibía cortar una sola flor en circunstancias normales, debía haber perjudicado seriamente el aspecto de su hermoso jardín con sus propias manos.

—¡Qué espléndidas flores! —dije, tanteando cuidadosamente el terreno—. Hasta el señor Engelman envidiaría un ramillete como ese.

Los pesados párpados de la viuda bajaron más por un momento, en un gesto de patente desdén por mi simplicidad.

—¿Cree realmente que puede engañarme a mi? —preguntó irónicamente—. El señor Engelman no se contentó con enviarme las flores: me escribió una nota muy halagadora. Y yo —dijo, al tiempo que le lanzaba una ojeada desdeñosa á la repisa de la chimenea, en la que alguien colocara una carta—, le he escrito el necesario acuse de recibo. Sería absurdo andarse con ceremonias con el inofensivo anciano que nos topamos en el puente. ¡Qué voluminoso es! Y qué extraordinaria la pipa que lleva consigo; ¡es casi tan voluminosa como él!

¡Ay del señor Engelman! No pude evitar decir unas palabras en su favor al ver que la viuda hablaba de él con tan sincero y cruel desdén.

—Aunque sólo la vio unos momentos, ya es su rendido admirador —dije.

—¿Lo es? —se mostraba tan absolutamente indiferente a la admiración del señor Engelman que casi era incapaz de tomarse el trabajo de dar la respuesta habitual. De inmediato cambió de tema—. ¿Así que le ha escrito a Fritz? —continuó—. ¿También le ha escrito a su tía?

—Sí, con el mismo correo.

—Fundamentalmente de asuntos de negocios, sin duda. ¿Resultaría indiscreto de mi parte preguntarle si incluyó unas palabritas sobre las esperanzas que tengo cifradas en la llegada a Frankfurt de la señora Wagner?

La pregunta parecía brindarme una buena oportunidad de moderar sus «esperanzas», en bien de su hija y de sí misma.

—No me pareció aconsejable mencionarle el tema... al menos por el momento —respondí—. Existe una seria diferencia de opiniones entre la señora Wagner y el señor Keller sobre un tema relacionado con la administración de la oficina de Frankfurt. Digo que es serio, porque ambos mantienen sus criterios con igual firmeza. El señor Keller le escribió a mi tía con el correo de ayer; y me temo que todo termine con un intercambio de cartas airadas entre ellos.

Advertí que la había sobresaltado. De repente, acercó su silla a la mía.

—¿Cree que esa correspondencia retrase la partida de Inglaterra de su tía? —preguntó.

—Todo lo contrario. Mi tía es una persona muy decidida, y eso puede acelerar su partida. Pero me temo que no la predisponga a pedirle ningún favor al señor Keller, ni a inmiscuirse en sus problemas personales. Toda intercambio amistoso entre ambos resultará imposible si impone su autoridad de socio principal y lo obliga a someterse a una mujer en una cuestión de negocios.

Se reclinó en su asiento.

—Comprendo —dijo desmayadamente.

Mientras hablábamos, Minna había avanzado hasta la ventana y había permanecido allí, mirando hacia fuera. De repente, cuando su madre habló, se volvió hacia nosotros.

—¡Mamá!, el hijito de la casera acaba de salir. ¿Quieres que dé unos golpecitos en la ventana para llamarlo de regreso?

La viuda se incorporó con un esfuerzo.

—¿Para qué, mi amor? —preguntó con aire ausente. Minna señaló la repisa de la chimenea.

—Para llevarle tu carta al señor Engelman, mamá.

Madame Fontaine le lanzó una mirada a la carta, hizo una breve pausa y respondió:

—No, mi vida, deja que el niño se vaya. En este momento no importa.

Se volvió hacia mí, con una abrupta recuperación de sus maneras de costumbre.

—Afortunadamente para mí, soy una persona optimista —prosiguió—. Siempre esperé lo mejor; y (sabiendo el bondadoso motivo que lo anima al decirme lo que me ha dicho) seguiré esperando lo mejor. Minna, querida, el señor David y yo hemos hablado de temas fastidiosos hasta cansarnos. Ofrécenos un poco de música —mientras su hija abría, obediente, el piano, volvió a contemplar las flores.

—¿Le gustan las flores, David? —continuó—. ¿Es usted un entendido en la materia? Yo soy una ignorante admiradora de los hermosos colores, y disfruto sus deliciosos perfumes; de nada más soy capaz. Fue realmente muy amable su viejo amigo, el señor Engelman. ¿Participa él en esta deplorable diferencia de opiniones entre su tía y el señor Keller?

¿Qué significaba esta nueva mención al señor Engelman? ¿Y por qué había declinado enviarle la carta cuando se había presentado la oportunidad de mandársela con el chico?

Perturbado por las dudas que me sugerían esas consideraciones, cometí una imprudencia: le contesté con tanta reserva que la puse en guardia. Todo lo que dije fue que suponía que el señor Engelman estaba de acuerdo con el señor Keller, pero que los socios no me hacían depositario de su confianza. A partir de ese momento, se percató de mis intenciones y guardó silencio sobre el tema del señor Engelman. Hasta el canto de Minna había perdido su encanto para mí. Sentí alivio cuando pude presentar mis excusas y marcharme.

En mi camino de regreso a la calle Main, cuando pude al fin reflexionar con libertad, mis dudas comenzaron a convertirse en incuestionables sospechas. Madame Fontaine tenía pocas esperanzas, después de lo que yo le contara, de obtener la trascendental entrevista con el señor Keller gracias a la intercesión de mi tía. ¿Se propondría probar qué podía hacer por ella la influencia de que gozaba el señor Engelman con su socio? ¿Destruiría su formal acuse de recibo de las flores en cuanto yo hubiera vuelto la espalda y le enviaría una segunda carta, en la que lo alentara a visitarla? ¿Y lo echaría a un lado, sin ceremonias, cuando le hubiera facilitado el logro de su objetivo?

Esos eran los pensamientos que me inquietaron durante mi regreso a la casa. Cuando nos encontramos para la cena, varias horas después, mis peores previsiones se convirtieron en realidad. El pobre e inocente señor Engelman vestía con extraordinaria elegancia y estaba de un humor excelente. El señor Keller le preguntó en son de broma si se iba a casar. Ebrio de felicidad como se hallaba, El señor Engelman se mostró atrevido; ¡le replicó nada menos que con una broma sobre el peliagudo tema del empleo femenino!

—¿Quién sabe lo que sucederá cuando tengamos empleadas jóvenes en la oficina? —exclamó alborozado.

El señor Keller se enojó tanto que guardó silencio durante toda la comida. Cuando el señor Engelman salió de la habitación, me escurrí detrás de él.

—Va a casa de Madame Fontaine —le dije.

Sonrió con malicia.

—No se trata más que de una pequeña visita vespertina, David. ¡Ajá!, los jóvenes no pueden quedarse con todo —posó su mano con ternura sobre el bolsillo superior izquierdo de su abrigo—. ¡Qué carta tan adorable! —dijo—. La llevo aquí, sobre el corazón. No, los sentimientos de una mujer son sagrados; no debo enseñársela.

Estaba a punto de contarle toda la verdad, cuando el recuerdo de Minna me contuvo por el momento. Mi interés en preservar la tranquilidad del señor Engelman estaba en abierto conflicto con mi interés en el matrimonio de mi buen amigo Fritz.

Además, ¿acaso era probable que lo que pudiera decirle surtiera el menor efecto sobre el ofuscado anciano en el primer fervor de su enamoramiento? Pensé que era mejor hacerle una advertencia de carácter general y esperar el curso de los acontecimientos.

—Una palabra sólo para usted —dije—. Hasta las mujeres mejores tienen sus defectos. Encontraré a Madame Fontaine encantadora, pero no se apresure a creer que habla en serio.

El señor Engelman se sintió infinitamente halagado, y lo admitió sin la menor reserva.

—¡Oh, David, David!, ¿ya está celoso de mí? —dijo.

Se puso el sombrero (desenfadadamente inclinado hacia un lado), hizo un molinete con su bastón y se marchó de la habitación. Por primera vez desde que lo conocía, se fue sin su pipa; y (lo que constituía un síntoma aún más grave) realmente no parecía extrañarla.

CAPÍTULO XII

Pasaron dos días y percibí otro cambio en el señor Engelman. Ahora se había transformado en un hombre serio y reticente. ¿Habría cometido indiscreciones que lo expondrían al ridículo de ser conocidas? ¿O lo habría alertado la viuda de que no debía franquearse demasiado conmigo? En cualquier caso, no me dijo ni una palabra acerca de cómo lo había recibido la viuda, y la próxima vez que fue a visitarla, se marchó de la casa a escondidas. Como no tenía ningún deseo de encontrarme con él inesperadamente, y (a decir verdad) no me sentía muy tranquilo acerca del futuro, me mantuve alejado de Minna y de su madre, en espera de los acontecimientos.

El tercer día ocurrió algo. Recibí una notita de Minna:

Estimado señor David:

Si tiene deseos de vernos a mamá y a mí, quédese en casa esta tarde. El bueno del señor Engelman ha prometido mostrarnos la antigua e interesante casona donde vive, después de las horas de trabajo.

No había nada extraordinario en hacer un recorrido de la «antigua casona». Era uno de los muchos pintorescos exponentes de la arquitectura doméstica de épocas pretéritas por la que Frankfurt es famosa; y artistas de todas las naciones habían hecho bocetos tanto de su fachada como de su interior. A la vez, resultaba llamativo (quizás sólo se tratara de una coincidencia) que la tarde escogida para mostrarle la casa a la viuda fuera también aquella en que el señor Keller tenía un compromiso con unos amigos en otra parte de la ciudad.

Cuando se aproximaba la hora de la llegada de las damas, advertí que el señor Engelman me miraba con expresión turbada.

—¿No va a salir esta tarde, David? —preguntó.

—¿Le molesta mi presencia, señor? —le pregunté, travieso.

—¡Oh, no!

—En ese caso, creo que me quedaré en casa.

No dijo más, pero comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro con aire molesto. Sonó la campanilla de la puerta. Se detuvo y volvió a mirarme.

—¿Una visita? —dije.

Se vio obligado a responderme.

—Son unos amigos míos, David, que vienen a ver la casa.

Yo estaba bastante irritado por su insistencia en mantener el misterio, así que tomé la iniciativa y le hablé con toda claridad.

—¿Madame Fontaine y su hija? —dije.

Se volvió rápidamente para responderme, pero vaciló. A la vez, la anciana y

amargada ama de llaves abrió la puerta y frunció el ceño con suspicacia al ver a dos damas elegantemente vestidas a quienes hizo pasar a la habitación.

De haber podido seguir mis impulsos libremente, sin duda (por consideración al señor Engelman) me habría abstenido de acompañar a las visitantes durante su recorrido por la casa. Pero Minna me tomó del brazo. No tuve otra opción que seguir a su madre y al señor Engelman cuando salieron de la habitación.

Minna se dirigió a mí con tanta confianza como si yo hubiera sido su hermano.

—¿Sabe que ese agradable anciano y mamá son ya como viejos amigos? —me susurró—. Mamá suele ser muy suspicaz con los extraños. ¿No es curioso? ¡Y hasta lo invita a llevar su pipa cuando va a visitarnos! Se sienta a echar nubes de humo y a admirar a mamá; y es mamá la que se encarga de la conversación. ¡Vaya a vernos pronto, por favor! No tengo a nadie con quien hablar de Fritz. Mamá y el señor Engelman no me prestan más atención que si yo fuera un perrito que está en la habitación.

Cuando pasamos de la planta baja al primer piso, la admiración que despertaba la casa en Madame Fontaine fue de un clímax de entusiasmo a otro. La arquitectura doméstica del siglo XVII parecía ser uno de los muchos temas que dominaba, y el arte de la acuarela pronto demostró ser otro.

—No soy totalmente despreciable como artista, y me encantaría hacer algunos bocetos de estas hermosas habitaciones antiguas, como recuerdos para llevarme conmigo cuando me marche muy lejos de Frankfurt —la oí decirle al señor Engelman—. Pero no se le estoy pidiendo, querido señor Engelman. No querrá introducir damas entusiastas con cuadernos de dibujo en este paraíso de solteros. Confío en que no estemos molestando al señor Keller. ¿Se encuentra en casa?

—No, salió —dijo el señor Engelman.

El torrente de elocuencia de Madame Fontaine se secó de repente. Permaneció en silencio mientras subíamos del primer piso al segundo. En esa parte de la casa estaban situados nuestros cuartos. La pieza en la que yo dormía no tenía nada en particular que resultara digno de atención. Pero en los cuartos ocupados por el señor Keller y el señor Engelman había algunos de los más hermosos ejemplares de ebanistería de toda la casa.

Comenzaba a oscurecer. El señor Engelman encendió las velas en su pieza. La viuda tomó una de sus manos y alumbró con destreza los diferentes objetos que la rodeaban. Seguía un poco taciturna, pero demostró sus conocimientos sobre ebanistería al fijarse en dos de los ejemplares más hermosos que había en la habitación: un armario y un tocador.

—Mi pobre esposo era aficionado a la ebanistería antigua; lo qué sé del tema me lo enseñó él —explicó modesta—. Querido señor Engelman, su cuarto es como un cuadro. ¡Qué espléndidos colores! ¡Qué simple y, al mismo tiempo, qué grandioso!

¿Podríamos...? —hizo una pausa al tiempo que exhibía un favorecedor aspecto de confusión. Su voz adoptó, suavemente, un tono más bajo—. ¿Podría perdonárenos que nos atreviéramos a echarle una ojeada al cuarto del señor Keller?

Hablaba del «cuarto del señor Keller» como si se tratara de un altar al que sólo debían aproximarse unos pocos fieles que gozaran de un favor especial.

—¿Dónde es? —preguntó, con enorme interés.

Abrí la marcha hacia el pasillo y abrí la puerta sin ninguna ceremonia. Madame Fontaine me miró como si yo hubiera cometido un sacrilegio.

El señor Engelman, que nos seguía con una de sus velas, encendió una antigua lámpara de bronce que colgaba del centro del techo.

—Mi culto socio realiza una gran parte de sus lecturas en su cuarto, y le gusta disponer de mucha luz —explicó—. Cuando se prenda la lámpara podrá ver mucho mejor. La gran repisa de la chimenea se considera la mejor de su tipo en Frankfurt.

La viuda se volvió hacia la repisa de la chimenea y se agarró las manos en mudo arrobamiento. Cuando logró hablar, rodeó la cintura de Minna con su brazo.

—Mi amor, déjame enseñarte a admirar este espléndido trabajo —dijo, y pronunció una breve conferencia sobre los méritos de la repisa de la chimenea—. ¡Oh, si pudiera hacer aunque fuera un pequeñísimo boceto! —exclamó a manera de conclusión—. Pero no, es demasiado pedir —examinó todo en la habitación con la más minuciosa atención. No escapó a su observación ni siquiera la corriente mesita de noche que estaba junto a la cama, con una jarra y un vaso sobre ella.

—¿Es eso lo que bebe? —preguntó con aire de respetuosa curiosidad—. ¿Le importaría que lo probara?

El señor Engelman rió.

—No es más que agua de cebada, querida señora —dijo—. Nuestra vieja ama de llaves padece de reumatismo y sube y baja las escaleras lo menos posible. Cuando prepara la habitación al caer la noche, sube nuestras libaciones nocturnas, para ahorrarse un segundo viaje.

—Pruébala, Minna —dijo la viuda, alcanzándole el vaso a su hija—. ¡Qué refrescante! ¡Qué pura!

El señor Engelman, que estaba del otro lado de la viuda, le susurró algo al oído. Yo estaba justo detrás de ellos, así que no pude evitar oírlo.

—Me pondrá usted celoso —dijo— no advirtió mi bebida: yo tomo cerveza.

La viuda le respondió con una mirada; el caballero dejó escapar un pequeño suspiro de felicidad. ¡Pobre señor Engelman!

Minna interrumpió con toda inocencia esa muda escena sentimental.

Contemplaba los cuadros de la habitación, y pidió algunas explicaciones sobre ellos que sólo podía darle el señor Engelman. Me pareció extraño que las pinturas no parecieran despertar las inclinaciones artísticas de su madre. En vez de unirse a su

hija en el otro extremo de la habitación, se quedó junto a la cama, con la mano apoyada en la mesita y los ojos clavados en la jarra de agua de cebada, sumida en sus pensamientos. De repente despertó de su ensueño, se volvió rápidamente y me pilló observándola. Quizás me engañó la luz de la lámpara, pero creí ver bajo sus pesados párpados una expresión cargada de airada suspicacia, de tal intensidad, que me sobresaltó. Antes de que pudiera decidir si debía o no dar por cierta esa fuerte impresión, era, de nuevo, dueña de sí misma.

—¿Lo sorprende, David? —preguntó en su tono más gentil—. ¿Cree que debería estar contemplando los cuadros? ¡Amigo mío! No siempre logro evitar mis recuerdos tristes. En ocasiones me asaltan; a veces, las asociaciones más baladíes los despiertan. El querido señor Engelman me comprende. No hay duda de que él también ha sufrido. ¿Puedo sentarme un momento?

Se dejó caer lánguidamente sobre una silla y se puso a mirar la famosa repisa de la chimenea. Su pose era de una gracia suma. El señor Engelman se apresuró a concluir su explicación sobre los cuadros y se ubicó a su lado para admirar con ella la repisa de la chimenea.

—Los artistas estiman que como mejor se ve es a la luz de la lámpara —dijo—. El gran tímpano entre las ventanas impide que le llegue la luz del sol durante el día.

Madame Fontaine lo miró con una suave sonrisa de aprobación.

—Eso es exactamente lo que pensaba cuando usted habló —dijo—. El efecto de esta luz es, sencillamente, perfecto. ¿Por qué no habré traído mi cuaderno de dibujo? Podría haberme robado un pequeño recuerdo, en ausencia del señor Keller —se volvió hacia mí al pronunciar esas palabras.

—Si puede pasar sin colores, en la casa tenemos papel y lápiz —sugerí.

El reloj del corredor dio la hora.

El señor Engelman mostró señales de intranquilidad y se levantó de su asiento. Su acción sugería que el tiempo se nos había ido sin que lo advirtiéramos, y que el regreso del señor Keller podía producirse en cualquier momento. Minna tuvo, evidentemente, la misma impresión. Por una vez en su vida, la aguda capacidad de percepción de la viuda parecía haberla abandonado. Se mantuvo sentada, tan tranquila como si hubiera estado en su propia casa.

—Me pregunto si podría arreglármelas sin mis colores —dijo plácidamente—. Quizás podría intentarlo.

La inquietud del señor Engelman se convirtió en franca alarma. Minna percibió el cambio, igual que yo, e intervino de inmediato.

—Me temo, mamá, que esta noche ya sea demasiado tarde para hacer un boceto —dijo—. Imagina que regresara el señor Keller.

Madame Fontaine se puso de pie inmediatamente, con aire de confusión.

—¡Qué tonto de mi parte no haber pensado en ello! —exclamó—. Perdóneme,

señor Engelman; estaba tan interesada, tan absorta. ¡Mil gracias por su amabilidad!

Abrió la marcha, con más disculpas y más agradecimientos. El señor Engelman recuperó la tranquilidad. La miró arrobado y le dio su brazo para conducirla hacia los bajos.

En esta ocasión, Minna y yo íbamos delante. Llegamos al primer rellano y aguardamos allí. La viuda descendía las escaleras con extraordinaria lentitud. A juzgar por lo que oímos, ahora estaba absorta en los viejos balaústres. Cuando al fin se nos reunió en el rellano, las puertas de las habitaciones del primer piso la obligaron de nuevo a detenerse: resultaba sencillamente imposible, dijo, pasar a su lado sin prestarles atención. Una vez más, Minna y yo nos quedamos esperándola, ahora en la planta baja. Allí había otra lámpara antigua de bronce que alumbraba el zaguán, y, por tanto, otro bello objeto junto al cual era imposible pasar a toda prisa.

—Nunca había visto a mamá portarse de una manera tan extraña —dijo Minna—. ¡Si no fuera imposible, dada nuestra situación, llegaría a pensar que quiere que el señor Keller nos encuentre en la casa!

En mi mente no había la menor duda (sabiendo, como sabía, cuán profundamente interesada estaba Madame Fontaine en forzar un encuentro con el señor Keller) de que eso era exactamente lo que quería. Es proverbial que la Fortuna favorece a los audaces; y la Fortuna le brindó a la viuda la peligrosa oportunidad que buscaba.

Cuando aún no había terminado de admirar la lámpara, se dejó oír el sonido chirriante de una llave en la puerta de la calle.

Se abrió la puerta y el señor Keller entró en el zaguán.

Al ver a dos damas que le resultaban desconocidas, se detuvo al instante y miró interrogativamente a su socio. El señor Engelman no tuvo otro remedio que arriesgarse a dar algún tipo de explicación. Explicó, pero sin mencionar nombres.

—Son unas amigas mías, Keller, a quienes les he estado mostrando la casa —dijo confundido.

El señor Keller se quitó el sombrero y le hizo una inclinación a la viuda. Con una audacia que me maravilló, dadas las circunstancias, ésta le hizo una reverencia, le dedicó su sonrisa más dulce y mencionó deliberadamente su nombre.

—Soy Madame Fontaine, caballero —dijo—. Y esta es mi hija Minna.

CAPÍTULO XIII

El señor Keller clavó la vista en la viuda en un implacable silencio, pasó a su lado internándose en el zaguán y entró en una habitación que quedaba en la parte trasera de la casa, cuya puerta cerró a sus espaldas. Incluso de haberse sentido inclinado a mirar a Minna, le habría resultado imposible verla. Tras una tímida ojeada en su dirección, la pobre joven se había escondido detrás de mí, temblando de manera lastimosa. Tomé su mano para infundirle aliento.

—Oh, ¿qué esperanza podemos tener con un hombre como ese? —musitó.

Madame Fontaine se volvió cuando el señor Keller pasó a su lado y lo contempló avanzar a lo largo del zaguán hasta que desapareció.

—No —dijo en voz muy baja, para sí misma—, no se me escapará de esa forma.

Como movida por un súbito impulso, emprendió la marcha en la misma dirección que el señor Keller tomara antes que ella; avanzaba, como él había avanzado, hacia la puerta del extremo del zaguán.

Yo me había quedado con Minna, y no podía ver el aspecto de su madre. El rostro del señor Engelman, mientras extendía las manos, suplicante, para detener a Madame Fontaine, me dijo que las fieras pasiones profundamente escondidas en la naturaleza de la viuda habían salido a la superficie y resultaban ahora visibles.

—¡Oh, querida señora, querida señora! —exclamó el sencillo anciano—. ¡No ponga esa cara! No es más que el carácter de Keller; pronto volverá a ser el de costumbre.

Sin responderle, sin mirarlo, Madame Fontaine alzó una mano y lo apartó de su lado como si se tratara de un niño malcriado. Con su paso firme y elegante siguió caminando por el zaguán hasta llegar a la habitación situada en su extremo y golpeó con fuerza a la puerta.

La voz del señor Keller preguntó desde adentro:

—¿Quién es?

—Madame Fontaine —dijo la viuda—. Quiero hablar con usted.

—Me niego a recibir a Madame Fontaine.

—En ese caso, señor Keller, me arregaré el honor de escribirle.

—Me niego a leer su carta.

—Tómese la noche para reflexionar sobre ello, señor Keller, y cambie de idea en la mañana.

Se volvió, sin esperar respuesta, y se nos reunió en el otro extremo del zaguán.

Minna avanzó hasta llegar a su lado y la besó con ternura.

—Querida, bondadosa mamá, lo haces por mí —dijo la agradecida joven—. Me avergüenza que te humilles. ¡Es tan inútil!

—No será inútil —respondió su madre—. Si cincuenta señores Keller amenazaran

tu felicidad, hija mía, a los cincuenta los eliminaría de tu camino. ¡Oh, mi vida, mi vida!

Su voz —tan enérgica como la de un hombre al manifestar su decisión— vaciló y se quebró cuando esas últimas palabras de cariño salieron de sus labios. Atrajo a Minna a su pecho y abrazó en mudo arrobamiento al único ser a quien amaba. Cuando volvió a alzar la cabeza me pareció que se veía más hermosa de lo que nunca la había visto. Lágrimas ennobecedoras de amor y dolor empañaban sus ojos. Conociendo la terrible historia que está aún por contar, permítaseme hacerle justicia a esa infame. Su corazón no estaba enteramente corrompido. Minna siempre tenía la capacidad de elevarla por encima de su maldad. La mano que le extendió al señor Engelman después de tocar a su hija temblaba como si fuera la de la mujer más tímida del mundo.

—Buenas noches, querido amigo —le dijo—. Siento haber sido la causa inocente de esta pequeña situación embarazosa.

El simple del señor Engelman se llevó el pañuelo a los ojos; nunca, en toda su vida, se había sentido tan perplejo, tan asustado, tan afligido. Besó la mano de la viuda.

—¡Permítame acompañarla hasta su casa! —dijo, con el acento de la más tierna súplica.

—Esta noche no —respondió ella.

El señor Engelman ensayó una leve protesta. Madame Fontaine sabía perfectamente bien cómo imponerle su autoridad; le lanzó otra de las tiernas miradas que ya se habían convertido en el deleite de su vida. El señor Engelman se sentó en una de las sillas del zaguán, totalmente abrumado.

—¡Mujer querida y admirable! —le oí decirse en voz muy queda.

Cuando se despedía de mí, la viuda me soltó la mano, aparentemente porque la asaltaba una nueva idea.

—Tengo un favor que pedirle, David —dijo—. ¿Le importaría acompañarnos de regreso?

Sin decir una palabra tomé mi sombrero y me puse a sus órdenes. El señor Engelman se incorporó y alzó sus manos regordetas en muda y melancólica protesta.

—No se inquiete —le dijo Madame Fontaine con una leve sonrisa de desdén—. ¡David no está enamorado de mí!

Me detuve un momento, antes de seguirla, para consolar al señor Engelman.

—Tiene edad suficiente para ser mi madre, señor, y esta vez, al menos, le ha dicho la verdad —le susurré.

Casi no intercambiamos palabra mientras recorríamos las calles y cruzábamos el puente. Minna, triste, guardaba silencio pensando en Fritz; y fuera lo que fuese lo que su madre quería comunicarme, era evidente que deseaba decírmelo en privado. Al

llegar a su casa, Madame Fontaine me pidió que la esperara en la desaliñada salita de estar, y graciosamente me dio permiso para fumar.

—Dale las buenas noches a David —continuó, volviéndose hacia su hija—. Tu pobre corazoncito está pesaroso esta noche, y mamá te va a arropar en la cama como si fueras de nuevo una niña. ¡Ah, si esos tiempos pudieran regresar!

Tras una breve ausencia, la viuda regresó a mi lado, con aire sereno y una tranquila sonrisa. El encuentro con el señor Keller parecía haberse borrado por completo de sus pensamientos en el breve intervalo en que había estado ausente.

—A menudo oímos hablar de padres que enmiendan a sus hijos —dijo—. Creo firmemente que a menudo son los hijos quienes enmiendan a sus padres. He pasado unos minutos felices con Minna, y (¿lo creerá usted?) ya me siento dispuesta a perdonarle al señor Keller su dureza y a escribirle en un tono moderado, que seguramente surtirá efecto. ¡Todo gracias a Minna, y mi dulce niña ni siquiera lo sospecha! Si alguna vez tiene hijos, David, me entenderá y me compadecerá. Pero ahora no debo entretenerlo con una charla vana; debo decirle claramente lo que quiero de usted —abrió su escritorio y tomó una pluma—. Si le escribo al señor Keller en su presencia, ¿tiene algún reparo en llevarle mi carta?

Vacíé antes de darle mi respuesta. Por decir lo menos, su petición me resultaba embarazosa.

—No quiero que se la dé personalmente al señor Keller —explicó—. Es muy importante para mí (hizo un marcado énfasis en esas palabras) estar totalmente segura de que mi carta ha llegado a sus manos, y de que realmente ha tenido la oportunidad de leerla. Todo lo que le pido es que la coloque sobre su buró en la oficina, con sus propias manos. ¡Por Minna, no por mí!

Consentí, por Minna. Se levantó de inmediato y me indicó con un gesto que tomara su lugar ante el escritorio.

—Ahorraremos tiempo si escribe usted el borrador de la carta mientras yo se la dicto —dijo—. Estoy acostumbrada a dictar mis cartas, con Minna haciendo las veces de secretaria. Por supuesto, verá usted la copia en limpio antes de que selle el sobre.

Comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro, con las manos cruzadas a la espalda, en la pose que el gran Napoleón hiciera famosa. Tras un minuto de reflexión, me dictó el siguiente borrador:

Caballero:

Estoy totalmente al cabo de que escandalosos rumores procedentes de Wurtzburgo le han hecho tener prejuicios contra mí. Esas informaciones, hasta donde sé, pueden resumirse en tres puntos.

(Primero). Que mi esposo murió cargado de deudas debido a mi derroche.

(Segundo). Que mis respetables vecinos se negaban a relacionarse conmigo.

(Tercero). Que le tendí una trampa a su hijo Fritz para que pidiera la mano de mi hija en matrimonio, porque sabía que su padre era rico.

A la primera calumnia respondo que las deudas se debieron a costosos experimentos químicos a los que se dedicó mi esposo, y que he satisfecho las exigencias de los acreedores hasta el último centavo. Concédame una entrevista y lo pondré al habla con los propios acreedores.

A la segunda calumnia respondo que a mi llegada a Wurtzburgo, después de mi matrimonio, recibí invitaciones de todas las damas que gozaban de una posición social distinguida en la ciudad. Admito que después de gozar de la sociedad que así se me abrió, decliné cortésmente las siguientes invitaciones y me consagré a mi esposo, a mi hija recién nacida y a los estudios de literatura y de arte que tenía tiempo de realizar. El chismorreo y el escándalo, eternamente acompañados por el bordado, no son de mi gusto; y si bien atiendo escrupulosamente mis deberes domésticos, no considero que sean, junto con el té, el único gran interés de la vida de una mujer. Me declaro culpable de haber sido lo bastante tonta como para admitir abiertamente esos sentimientos, como necesaria consecuencia de lo cual me hice de acérrimos enemigos en todas partes. Si esta franca defensa de mi persona no lo satisface, concédame una entrevista y responderé sus preguntas, fueran cuales fuesen.

A la tercera calumnia respondo que si aun hubiera sido usted un príncipe en vez de un comerciante, yo habría hecho todo lo que hubiera estado a mi alcance para apartar a su hijo de mi hija, por la sencilla razón de que la idea de compartirla con un hombre cualquiera me llena de dolor y de pesar. Sólo consentí en su compromiso matrimonial cuando me vi obligada a aceptar que la felicidad de mi pobre hija dependía de su unión con su hijo. Es únicamente esta consideración la que me lleva a escribirle y a humillarme suplicándole que me conceda una entrevista. En lo que toca al dinero, si debido a una desgracia inesperada estuviera usted mañana en bancarrota, le rogaría que consintiera en el matrimonio exactamente como se lo ruego ahora. La pobreza no me asusta, mientras la salud me permita trabajar. Pero no puedo soportar la idea de que la vida de mi hija se vea truncada porque usted ha optado por creer las calumnias que se cuentan sobre su madre. Por tercera vez le pido que me conceda una entrevista y que me permita asumir personalmente mi propia defensa.

En ese punto se interrumpió y le echó una ojeada a la carta por encima de mi hombro.

—Creo que ya es suficiente —dijo—. ¿Le parece que hay algo objetable en mi carta?

¿Cómo podía yo objetar a su carta? De principio a fin estaba formulada en

términos fuertes, pero sin violencia. Le cedí mi lugar ante el escritorio y la viuda la pasó en limpio con su propia mano. No hizo más cambio que el de añadir las siguientes líneas, a manera de posdata:

Le imploro que no me lleve hasta la desesperación. Una madre que suplica por la vida de su hija —de eso se trata, en este caso— es una mujer que invoca un derecho sagrado. Que ningún sabio varón se atreva a negarlo.

—¿Le parece prudente añadir esas palabras? —me atreví a preguntarle.

Escrutó mi rostro furtivamente un momento y sólo respondió después de sellar la carta y ponerla en mis manos.

—Tengo mis razones —contestó—. Mantengamos esas palabras.

Al llegar a la casa a una hora bastante avanzada para Frankfurt, me sorprendió encontrar al señor Keller esperándome.

—Tuve una conversación con mi socio —dijo—. Ella nos ha producido a ambos (confío en que sólo por el momento) una penosa impresión, y debo pedirle que me haga un favor, en lugar del señor Engelman, quien tiene un compromiso mañana que le impide ausentarse de Frankfurt.

Su tono indicaba claramente que el «compromiso» era con Madame Fontaine. Los dos viejos amigos seguramente habían intercambiado algunas palabras duras a propósito de la viuda. Hasta el señor Engelman, con su plácido temperamento, sin duda se había molestado por la conducta del señor Keller cuando se produjo el encuentro en el zaguán.

—El favor que le pido es sencillo —continuó el señor Keller—. El propietario de un establecimiento comercial de Hanau desea establecer relaciones comerciales con nosotros, y nos ha enviado los nombres de varias personas de la ciudad y sus alrededores que pueden dar referencias de él. Es necesario verificarlas. Estamos tan ocupados en la oficina que me resulta imposible ausentarme de Frankfurt o encargarle el asunto a nuestros empleados. He escrito las instrucciones necesarias, y, como sabe, Hanau está a una corta distancia de Frankfurt. ¿Tiene algún reparo para actuar como representante de la firma en esta cuestión?

Ni que decir tiene que me gratificaba la confianza que me demostraba y que estaba ansioso por demostrar que realmente la merecía. Quedamos en que partiría de Frankfurt en el primer transporte disponible en la mañana.

Cuando subíamos hacia nuestros cuartos, el señor Keller me detuvo un momento más.

—No tengo ningún derecho a fiscalizar a quiénes escoge por amigos —dijo—; pero soy lo bastante viejo para poder darle un consejo. No tenga prisa en relacionarse, David, con la mujer a quien encontré aquí esta noche.

Me dio la mano cordialmente y se marchó. Pensé en la carta de Madame Fontaine que llevaba en el bolsillo y experimenté la profunda convicción de que persistiría en su negativa a leerla.

Los sirvientes eran los únicos que andaban por la casa cuando me levanté a la mañana siguiente. Sin que nadie me viera, coloqué la carta en el escritorio del despacho privado del señor Keller. Hecho eso, partí hacia Hanau.

CAPÍTULO XIV

Gracias a las instrucciones que se me habían confiado, no tuve ninguna dificultad para realizar mi encargo. Me presentaron a ciertas personas, y mi deber consistía en transmitirle al señor Keller a mi regreso ciertas informaciones que ellas me proporcionaron. Todo lo que se requería de mí era fidelidad y discreción.

Al finalizar mi día de trabajo, el hospitalario comerciante cuyas referencias había verificado se negó a permitirme que regresara al hotel. Había aplazado expresamente la hora de su cena para que me resultara conveniente.

—Sólo estarán los miembros de mi familia y una prima de mi esposa que nos visita en este momento con su hija: Frau Meyer, de Wurtzburgo —dijo.

Acepté la invitación, aunque experimentaba la íntima reticencia de todo inglés a enfrentarme a un grupo de desconocidos, y no le concedí mayor importancia al encuentro con Frau Meyer, aunque viniera de Wurtzburgo. Aun cuando me presentaron a las damas con toda ceremonia como «el honorable representante del señor Keller, de Frankfurt», fui lo bastante tonto, o estaba demasiado absorto en el asunto que se me encomendara, como para darle demasiada importancia al súbito interés con que Frau Meyer me miró. Frau Meyer era una anciana gruesa y rubicunda, que parecía estar dotada de una inteligencia y unos arrestos zafios; y tenía una hija que prometía, a su debido tiempo, parecérsele punto por punto. Me sentí aliviado de que para la cena me colocaran entre la esposa del comerciante y su hijo mayor. Me parecían vecinos de mesa mucho más atractivos que Frau Meyer.

Terminada la comida nos retiramos a otra habitación para tomar el café. El comerciante y su hijo, ambos músicos apasionados en sus horas libres, tocaron una sonata para pianoforte y violín. Yo me encontraba en el extremo opuesto de la habitación, admirando unas hermosas copias de grabados de los viejos maestros, cuando una voz a mi lado me sobresaltó con una pregunta inesperada.

—¿Podría decirme, caballero, si conoce al hijo del señor Keller?

Volví la vista y me topé con Frau Meyer.

—¿Lo ha visto últimamente? —continuó, una vez que le respondí que conocía a Fritz—. ¿Puede decirme dónde se encuentra?

Respondí ambas preguntas. Frau Meyer pareció muy satisfecha conmigo.

—Charlemos un poco —dijo, se sentó y me hizo el gesto de que ocupara una silla cercana a la suya.

—Siento verdadero interés por Fritz —prosiguió, bajando la voz para que no la oyeran los músicos en el otro extremo de la habitación—. Hasta hoy, no había sabido de él desde que se marchó de Wurtzburgo. Me complace hablar de él; una vez, hace mucho tiempo, me hizo un favor. Supongo que goza usted de su confianza. ¿Le ha contado porqué su padre lo hizo salir de la Universidad?

Me temo que respondí con aire bastante ausente. La verdad era que ponderaba en mente unas palabras que habían salido antes de los labios de la anciana. «Una vez, hace mucho tiempo, me hizo un favor». ¿Cuándo había escuchado por última vez esa frase tan corriente? ¿Y por qué la recordaba de inmediato al volverla a oír?

—¡Ah, su padre hizo una cosa sabia al separarlo de esa mujer y de su hija! —continuó Frau Meyer—. Madame Fontaine le tendió una trampa deliberada al pobre chico para que tuviera que comprometerse en matrimonio. Pero, quizás es usted amigo de ella. En ese caso, me retracto y le presento mis disculpas.

—No es necesario —dije.

—¿No es usted amigo de Madame Fontaine? —insistió.

Ese intento premeditado de obligarme a responder resultó un fracaso. Era como someterse a un interrogatorio en un tribunal; y, como dice el dicho, me hizo «poner tiesas las orejas». En el sentido estricto de la palabra, podía considerar a Madame Fontaine como una conocida, pero ciertamente no como una amiga. Al menos por una vez me decidí por la prudencia y dije que no.

El ancho pecho de Frau Meyer exhaló un profundo suspiro de alivio.

—¡Ah! —dijo—, ahora puede hablar con libertad... por el bien de Fritz, téngalo en cuenta. Usted es joven como él y él estará dispuesto a escucharlo. Haga todo lo posible por secundar la decisión de su padre y por curarlo de su enamoramiento. ¡Le digo con toda franqueza que ese matrimonio sería su ruina!

—Es muy fuerte lo que dice, señora. ¿Tiene algún reparo contra la joven?

—No; es una criatura inofensiva e insignificante: ni más ni menos. Mis reparos tienen todos que ver con su vil madre.

—Según he oído decir, Frau Meyer, hay más de una opinión sobre el asunto. Fritz está convencido de que Madame Fontaine ha sido calumniada. Me asegura, por ejemplo, que es la más cariñosa de las madres.

—¡Bah! ¿Y eso qué significa? Es tan natural en una mujer apegarse a un hijo, cuando lo tiene, como procurarse comida cuando tiene hambre. ¿Una madre cariñosa? ¡Y qué! ¡Hasta una gata puede ser una madre cariñosa! ¿Qué le ocurre?

Hasta una gata puede ser una madre cariñosa. Otra frase familiar, y esta vez una frase lo suficientemente llamativa como para indicarle el camino correcto a mi memoria. Al instante recordé la carta anónima dirigida a Fritz. Al instante me convencí de que Frau Meyer, llevada de su deseo de persuadirme, había repetido inconscientemente dos de las frases que ya había empleado, llevada de su deseo de persuadir a Fritz. ¡No hay que asombrarse de que yo experimentara un sobresalto en la silla cuando me di cuenta de que tenía frente a mí a la autora del anónimo!

Le di una excusa —no recuerdo cuál— y me apresuré a reanudar la conversación. No debía desaprovechar la oportunidad de descubrir algo que pudiera resultarle valioso a Fritz (para no hablar del bueno del señor Engelman). Insistí en remitirme a

la autoridad de Fritz; le repetí sus afirmaciones relativas al amor por el escándalo que reinaba en Wurtzburgo, y a la envidia que los superiores atractivos de Madame Fontaine despertaban entre las damas. Frau Meyer rió con desdén.

—¡Pobre Fritz! —dijo—. Tiene un carácter excelente, pero se deja convencer tan fácilmente, su amabilidad es tan excesiva. La idea de que todas envidiábamos a la viuda Fontaine es ridícula. Es una pérdida de tiempo prestarle atención a ese sinsentido. Aguarde un poco, señor David, y lo verá. Si usted y el señor Keller logran mantener a Fritz apartado de la viuda unos meses más, abrirá los ojos a pesar de sí mismo. Quién sabe si entonces podrá retornar a nuestro lado con el corazón libre y escoger mejor a su futura esposa la próxima vez.

Al decirlo buscó con la vista a su hija, que estaba en el otro extremo de la habitación. La expresión de su rostro delataba que, evidentemente, había planeado, en algún momento, hacerse de Fritz como yerno, y que aún no había abandonado esa esperanza. Era posible que Madame Fontaine fuera una mujer embaucadora y peligrosa. Pero ¿qué clase de testigo en su contra era esta anciana insultante, la inescrupulosa autora de un anónimo?

—Profetiza con mucha seguridad sobre lo que sucederá en el futuro —me aventuré a decir.

El rostro encarnado de Frau Meyer se puso aún más encendido.

—¿Quiere eso decir que no me cree? —preguntó.

—Por supuesto que no, señora. Sólo quiero decir que se expresa con mucha severidad sobre la viuda del doctor Fontaine, sin mencionar los hechos en que fundamenta sus opiniones.

—¡Oh!, ¿quiere hechos? Pronto le demostraré si sé o no de lo que hablo. ¿Le ha mencionado Fritz alguna vez, entre las virtudes de Madame Fontaine, que ha pagado sus deudas? Le diré cómo las ha pagado, como un ejemplo, joven caballero, de que no hablo por hablar. Su admirable viuda, caballero, es muy buena en el arte de fascinar a viejos señores; ¡los idiotas no cesan de enamorarse de ella! Un cierto anciano de Wurtzburgo —casi llegaba a los ochenta, tenga eso en cuenta— fue una de sus víctimas. Recibí una carta esta mañana en la que me informan que lo encontraron muerto en su cama, hace dos días, y que su sobrino es el único heredero de todos sus bienes. El examen de sus papeles ha puesto al descubierto que fue él quien les pagó a los acreedores de la viuda, y que le aceptó un pagaré, ¡ja, ja, ja! ¡Un pagaré de una mujer que no tiene un centavo!, por la suma que le prestara. No hay dudas de que el pobre anciano habría destruido el pagaré de haber sabido que su fin estaba tan próximo. Su súbito fallecimiento lo ha hecho pasar a manos de su heredero. Se dice que en lo que toca a asuntos de dinero, el sobrino es uno de los hombres más implacables del mundo. Cuando venza el pagaré lo presentará para que se le pague. No sé dónde se encuentra ahora Madame Fontaine. ¡No importa! Tarde o

temprano, se enterará de lo que ha sucedido y se verá obligada a encontrar el dinero o resignarse a ir a prisión por deudas. Esos eran los hechos que tenía en mente, señor David, cuando hablaba de acontecimientos que le abrirían los ojos a Fritz para que pudiera ver la verdad.

Me sometí con toda la humildad posible a la victoria de la dama sobre mí. Mis pensamientos estaban con Minna. ¡Qué perspectiva para la inocente y afectuosa joven! Asumiendo que lo que acababa de oír fuera cierto, sin duda había una posibilidad de que Madame Fontaine (disponiendo de tiempo) pudiera encontrar el dinero. Le manifesté esa opinión a Frau Meyer.

—Si no supiera que el señor Keller es un hombre de criterios sumamente firmes, yo también pensaría que puede encontrar el dinero —respondió—. Lo único que tendría que lograr sería casar a su hija con Fritz, y el señor Keller se vería obligado a pagar ese dinero en bien del crédito de la familia. Pero es uno de los pocos hombres a los que la viuda no puede manejar con el dedo meñique. Si llega a conocerla alguna vez, tenga cuidado. Puede decidir que la influencia de que goza usted con Fritz es un obstáculo en su camino, y darle motivos para recordar que el misterio de la pérdida del botiquín de los venenos de su esposo aún no se ha aclarado. El asunto apareció en los periódicos alemanes, así que sabe a qué me refiero.

Eso ya me pareció que iba más allá de todos los límites de lo conveniente.

—Y usted sabe, señora, que no había evidencias contra ella, que no había nada que la relacionara con el robo del botiquín —respondí cortante.

—¿Ni siquiera sospechas, señor David?

—Ni siquiera sospechas.

Al decir esas palabras me puse de pie. Minna seguía en mis pensamientos. No sólo no estaba dispuesto a seguir escuchando, estaba casi temeroso de hacerlo.

—Un minuto —dijo Frau Meyer—. ¿En cuál de los dos hoteles de la ciudad está alojado? Quiero enviarle algo para que lo lea esta noche, después de que se haya marchado de nuestro lado.

Le di el nombre del hotel y después nos reunimos con nuestros amigos en el otro extremo de la habitación. Poco después me despedí. Me sentía deprimido; sobre el futuro parecía pender una negra nube de incertidumbre. Hasta la perspectiva de regresar a Frankfurt al día siguiente me repelía. Casi me sentía inclinado a desear que mi tía (como predijera el señor Keller) me llamara de vuelta a Londres.

CAPÍTULO XV

La llegada de un camarero con una carta para mí interrumpió mis reflexiones. El sobre contenía un recorte de un periódico alemán, y las siguientes líneas, firmadas por Frau Meyer:

Es usted un joven muy justo o muy terco. Sea cual fuere el caso, no le hará ningún daño leer lo que le adjunto. No soy una anciana tan amante del escándalo como parece pensar. El cambio de los nombres no lo confundirá. Por favor, devuélvame el recorte. Pertenece a nuestro excelente anfitrión, y forma parte de su colección de curiosidades literarias.

Esa fue la introducción a mi lectura. La traduzco del alemán en que aparecía en el periódico tan literalmente como puedo.

A la cabeza de la columna, que estaba fechada en septiembre de 1828, aparecían unas pocas palabras introductorias del editor.

Hemos recibido, en la más estricta confianza, fragmentos de algunas cartas escritas por una dama a una amiga a la que en otro tiempo había querido mucho. Los fragmentos están fechados y numerados, y se transcriben literalmente en esta columna, salvo por la precaución obviamente necesaria de suprimir nombres, lugares y fechas exactas. Relacionándolos con una investigación que ocupa en estos momentos a la opinión pública, estos fragmentos pueden arrojar alguna luz sobre sucesos que actualmente permanecen envueltos en las sombras.

Número I. 1809... Sí, queridísima Julie, he dado el gran paso. Ayer mismo me casé con el doctor... Nuestros únicos testigos fueron los fieles que estaban en la iglesia.

Mi padre declara que he deshonrado su noble sangre casándome con un médico. Le prohibió a mi madre asistir a la ceremonia. ¡Pobrecita mamá, tan ingenua! Me preguntó si amaba a mi joven doctor y se quedó muy satisfecha cuando le dije que sí. En lo que toca a los reparos de mi padre, mi esposo es un hombre que promete mucho en su profesión. En su país —creo que te contaba en mi última carta que era francés— el Estado les concede títulos de nobleza a los médicos famosos. Haré todo lo que esté a mi alcance, querida, para incentivar el avance de mi esposo. Y cuando sea barón, entonces veremos lo que nos dirá mi padre.

Número II. 1810... Nos hemos mudado, Julie mía, a este detestable, aburrido y antiguo pueblo alemán por la sola razón de que la escuela de medicina de su

Universidad es muy famosa.

Mi esposo me informa, de la manera más dulce, que no vacilará en sacrificar nuestras comodidades más elementales para aumentar sus conocimientos profesionales. Si vieras cómo se visten las damas en este rincón perdido del mundo, si oyeras las tonterías que hablan, me compadecerías. Tengo un solo consuelo: un hermoso bebé, Julie, una niña, casi se me escapó que un ángel. Me pregunto si querías tanto a tu primer hijo como yo quiero a la mía. ¿Tú también olvidaste por completo a tu esposo cuando te pusieron a esa pequeña preciosidad entre los brazos por primera vez? Escríbeme y cuéntame.

Número III. 1811... Casi no tengo paciencia para empuñar la pluma. Pero cometeré un disparate si no encuentro algún alivio para mi mente abrumada.

Después de que te escribí el año pasado, logré que mi esposo dejara su detestable Universidad. Pero insistió en quedarse en Alemania, para conferenciar con viejos doctores mohosos (¡a quienes llama «príncipes de la ciencia»!), en vez de regresar a París, alquilar una hermosa casa y llegar hasta la cima con mi ayuda. Soy la mujer más indicada para organizar brillantes fiestas y hacer prosperar los intereses de mi esposo con la ayuda de personas poderosas en todas las esferas. No; realmente no debo seguir en ello. Cuando pienso en lo que ha sucedido desde entonces, siento que enloquezco.

Hace seis semanas se anunció la celebración de una especie de congreso médico en la Universidad. Un aspecto del debate propuesto sería tema de un concurso de ensayos. El interés profesional del doctor en la materia lo decidió a tratar de obtener el premio, y el resultado es que hemos regresado a este odioso pueblo y a sus habitantes.

Por supuesto, mi esposo reemprende sus estudios profesionales; por supuesto, nuevamente me veo en medio de mujeres murmuradoras y mal vestidas. Pero eso está lejos de ser lo peor. Entre los profesores de la escuela de química hay uno nuevo, que ingresó en la Universidad poco después de que nos marcháramos el año pasado. Ese demonio —es la única palabra adecuada para él— ha embrujado a mi débil esposo y, por más que me he opuesto, ha arruinado nuestras perspectivas en la vida.

Es húngaro, de pequeña estatura, sucio, flaco como un esqueleto. Sus manos semejan garras, sus ojos parecen los de un animal salvaje y su sonrisa es la más espantosamente falsa que hayas podido ver en un rostro humano. Nadie conoce su historia. Los miembros de la escuela de medicina lo califican del más extraordinario químico experimental vivo. Sus ideas maravillan hasta a los profesores. Los alumnos lo han apodado «el nuevo Paracelso».

Me atreví a preguntarle un día si creía poder fabricar oro. Me miró con su aterradora sonrisa y me dijo: «Sí, y diamantes también, siempre que cuente con tiempo y dinero suficientes». No sólo cree en la piedra filosofal; dice que está

investigando un nuevo compuesto explosivo de efectos tan terriblemente destructivos que hará imposible la guerra. Manifiesta que vencerá el tiempo y el espacio gracias a la electricidad, y que desarrollará el empleo del vapor como fuerza motriz, para que los viajeros puedan recorrer todo el globo habitable a razón de una milla por minuto.

¿Por qué te atormento con esos delirios? Querida mía, este aventurero jactancioso se ha convertido en el amo de mi esposo, le ha hecho perder la cordura, ha reducido a cero mi influencia sobre él. ¿Crees que exagero? Escucha cómo ha terminado la cuestión. Mi esposo se niega rotundamente a marcharse de aquí. Ya no le interesa ni siquiera tratar de ganar el premio. La práctica médica se le ha vuelto antipática y ha decidido dedicar su vida a la investigación en la rama de la química.

¡Y ese es el hombre con quien me casé creyendo con la más absoluta sinceridad en la brillante carrera social que tenía ante él! Por esa criatura detestable sacrifiqué mi posición en el mundo y me alejé para siempre a mi padre. Puedo aspirar a ser la esposa de un profesor pobre, que les enseña experimentos a lerdos chicos de escuela. Y los amigos de París, de quienes tengo noticias fidedignas de que esperan para darle cartas de presentación para la mismísima corte imperial, pueden transferirle sus favores a algún otro.

No hay palabras para expresarte lo que siento ante este completo derrumbe de todas mis esperanzas y planes. Mi hija es la única razón que me impide abandonar a mi esposo para no volver a verlo nunca más. Así las cosas, tengo que vivir una vida de mentiras, y fingir respeto y estima por un hombre a quien desprecio con todo mi corazón.

Si tuviera poder... ¡oh, si tuviera poder para convertir en actos la rabia que me consume! La maldición de nuestro sexo es la indefensión. Cada día, Julie, crece en mí la convicción de que terminaré mal. ¿Quién de nosotros conoce la capacidad para la maldad que permanece latente en nuestra naturaleza hasta que ocurre el suceso fatal que la despierta?

¡No! Te revelo demasiado de mi alma torturada. Mejor termino esta carta y juego con mi hija.

Número IV. 1812. Mis más sentidas felicitaciones, querida, por tu regreso a Alemania después de tu agradable visita a los Estados Unidos. Y más felicitaciones aún por el sustancial incremento de tus ingresos debido a la inteligencia y el espíritu de empresa desplegados en suelo norteamericano por tu esposo. ¡Ah, te casaste con un Hombre! ¡Mujer feliz! Yo me casé con una Máquina.

¿Por qué no contesté las amables cartas que me enviaste desde Norteamérica? Julie mía, no he dejado de pensar en ti, pero la vida que llevo está lentamente privándome de las fuerzas. Una y otra vez empuñé la pluma, y una y otra vez la volví a dejar sobre la mesa, espantada ante la visión de mí y de mi existencia; demasiado

deprimida (quizás demasiado orgullosa) para contarte qué infeliz soy y qué pensamientos me vienen a la mente algunas veces en mis horas nocturnas de desvelo.

Después de esta confesión, quizás te preguntes por qué te escribo ahora.

Creo realmente que se debe a que mis acreedores me amenazaron con proceder legalmente contra mí, y acabo de concluir victoriosamente una dura batalla para aplacarlos durante un tiempo. Este pequeño combate me ha obligado a salir de mi apatía, me ha levantado el ánimo y me ha hecho sentirme como antes. Ya no me limito a amar en silencio a mi querida amiga; le abro mi corazón y le escribo.

«¡Oh, santo cielo, qué terrible que tenga deudas!». Me parece oírte decir y suspirar, a ti, que nunca has sabido desde que naciste lo que es carecer de dinero. ¿Quieres que te diga cuánto gana mi esposo en la Universidad? No; siento cómo me sube la sangre a la cara ante la mera idea de revelarlo.

Permíteme hacerle justicia al profesor. Mi momia viviente al fin ha alcanzado la cima de sus aspiraciones: es profesor de química, y con eso será feliz durante todo el resto de su vida. Querida mía, está tan flaco y casi tan sucio como el desgraciado que lo pervirtió. ¿Recuerdas que en una ocasión te escribí acerca de un húngaro misterioso que habíamos conocido en la Universidad? Pocos años después se suicidó, de manera tan misteriosa como había vivido. Lo encontraron en el laboratorio, con una extraña inscripción escrita con tiza en la pared junto a la cual yacía muerto. Estas eran sus palabras: «Después haber probado a vivirla, he llegado a la conclusión de que la vida no vale la pena. He decidido matarme con un veneno que descubrí. Por este medio lego mis papeles y mis preparados a mi amigo, el doctor ___ y dispongo que mi cuerpo sea entregado gratuitamente a la escuela de anatomía. Deseo que una comisión de cirujanos y analistas examine mis restos. Los reto a descubrir rastros de la poción que me ha matado». Y lo intentaron, Julie, y no descubrieron nada. Me pregunto si el suicida le habrá dejado la fórmula de ese veneno, como parte de su precioso legado, a su «amigo el doctor ___».

¿Por qué te molesto con estos detalles nauseabundos? Porque son, en buena medida, la causa de mis deudas. Mi esposo dedica todas sus horas libres a continuar los detestables experimentos comenzados por el húngaro; y la cantidad anual para los gastos de ropa mía y de mi hija se ha reducido a la mitad, para poder pagar los productos químicos.

¿Debía haber limitado mis gastos, en esas duras circunstancias, al nivel de mis reducidos ingresos?

Si dices que sí, te responderé que la paciencia humana tiene sus límites. Puedo soportar el martirio que es mi vida, la pérdida de mis más caras ilusiones y esperanzas, la mezquina enemistad de nuestros vecinos, los celos insidiosos de las mujeres y, lo más difícil, la exasperante paciencia de un esposo que nunca se molesta por más duro que sea lo que le diga, y que insiste en amarme y admirarme como si

nos acabáramos de casar la semana pasada. Pero no me resigno a ver a mi hija con un traje de paño los días de paseo en los jardines de palacio, mientras los hijos de otros van vestidos de seda. Y por más sencilla que sea mi propia ropa, tiene que ser de la mejor tela que exista. Cuando la esposa del jefe militar (una mujer salida del pueblo) se pasea con un chal de la India y encaje de Bruselas en el sombrero, ¿debo tropezármela y devolverle su inclinación llevando una capa barata y un sombrero de tela basta? ¡No! Mejor perder la vida que perder el respeto que me debo a mí misma. Mi esposo puede rebajarse cuanto quiera. ¡Yo siempre estuve por encima de él y siempre seguiré estándolo!

Y, por tanto, tengo deudas y mis acreedores me amenazan. ¿Qué importa? Las he apaciguado, por el momento, con algunos pequeños pagos a plazos y un gran gasto de sonrisas.

Quisiera que pudieras ver a mi pequeña y adorada Minna; es la niña más encantadora y dulce del mundo, mi orgullo en todo momento y mi salvación cuando me siento desesperada. Hay instantes en que quisiera prender fuego a esa odiosa Universidad y aniquilar a todos los ancianos mohosos que la habitan. Saco a Minna a la calle y le compro un regalito. Veo cómo le brillan los ojos y cómo se le enciende el rostro; siento sus besos inocentes y vuelvo a convertirme, por un tiempo, en una mujer buena. Ayer, su padre... no, me sentiré furiosa de nuevo si te lo cuento. Déjame decirte solamente que Minna, como de costumbre, me salvó. La llevé a la joyería y le compré unos aretes de perlas. ¡Si la hubieras oído, si hubieras visto a mi angelito cuando se miró al espejo! Me pregunto cuándo podré pagar los aretes.

Ah, Julie, si tuviera unos ingresos como los tuyos, haría sentir mi poder en este lugar. Las mujeres insolentes me adularían y me temerían. Tendría mi propia casa y otra en el campo, para purificarme después de respirar la atmósfera de los productos químicos del profesor. Tendría... ¡bueno! ¡bueno!, no te preocupes por todo lo demás que tendría.

Hablando de poder, ¿leíste las informaciones sobre la ejecución el año pasado de Anna Maria Zwanziger, esa extraordinaria criminal? La trayectoria de esa mujer terrible está plagada de los cadáveres de quienes envenenó. Parece haber vivido para aniquilar a su prójimo, y haberse enfrentado a su destino con el mayor valor. ¡Qué vida! ¡Qué final!^[1]

Los tontos habitantes de Wurtzburgo no se explican los motivos de algunos de los asesinatos que cometió, y tratan de salir del problema diciendo que debe haber sido una maníaca homicida. Esa no es mi explicación. Puedo entender que la asesina haya sentido una ebriedad moral al experimentar su tremendo poder. Un mero ser humano —¡una mujer, Julie!— armada de la posibilidad de dar muerte secretamente, dondequiera que va, que se encuentra con desconocidos que la desagradan, los mira tranquilamente y se dice: «Te condeno a morir antes de que cumplas un día más de

vida». ¿No es esa la explicación de algunos de los envenenamientos de la Zwanziger, que les resultan incomprensibles a las mentes mediocres?

Hace unos días le expresé esa opinión al jefe militar del pueblo, cuando hablábamos sobre el juicio. Su vulgar esposa se apresuró a contestarme antes de que él pudiera hacerlo. «Madame Fontaine, ¡mi esposo y yo no compartimos su simpatía por las envenenadoras!», dijo, hecha una furia. He ahí una muestra de las damas de Wurtzburgo, y con esto termino esta carta inmisericordemente larga. Creo que admitirás, querida mía, que cuando escribo deposito una halagadora confianza en el paciente recuerdo de mí que conserva mi amiga.

Con eso terminaban los fragmentos publicados por el periódico. Como muestra de una mente perversa, que batallaba entre el bien y el mal y perdía terreno lentamente bajo la sigilosa influencia de las tentaciones, las cartas, sin duda, tenían un desolador interés para cualquier lector reflexivo. Pero (como no era yo una mujer maliciosa) no veía en esos fragmentos la relación que Frau Meyer había intentado establecer entre la maldad de Madame Fontaine y la desaparición del botiquín de su esposo.

A la vez, tengo que reconocer que lo que había leído me había dejado un vago sentimiento de desconfianza. Sentía cierta reticencia ante la perspectiva de reanudar mis relaciones con la viuda a mi regreso a Frankfurt; y también estaba consciente de un decidido aumento de mi ansiedad por saber cómo había recibido el señor Keller la carta de Madame Fontaine. Añádase que mi interés fraternal en Minna se había fortalecido sensiblemente, y con esto expreso fielmente, hasta donde puedo recordarlo después de tanto tiempo, el efecto que me produjeron los fragmentos publicados por el periódico.

Al caer la tarde del día siguiente estaba de regreso en Frankfurt.

CAPÍTULO XVI

El señor Keller y el señor Engelman me esperaban para darme la bienvenida. Examinaron mi informe escrito de las averiguaciones que había realizado en Hanau y me expresaron su más cálida aprobación. Hasta ahí, todo estaba bien.

Pero cuando nos sentamos más tarde a cenar, noté un cambio en los dos socios que resultaba imposible advertir sin un sentimiento de pesar. Superficialmente seguían siendo tan amigos como siempre. Pero una cierta reserva en sus miradas y sus maneras, un esfuerzo palpable de ambas partes por hablar con la facilidad y la alegría espontáneas de otros tiempos, revelaban que el desastroso encuentro con Madame Fontaine en el zaguán había producido resultados malsanos. Cuando terminamos la comida, el señor Keller se retiró a examinar mi informe minuciosamente, en todos sus detalles.

Una vez que nos quedamos a solas, el señor Engelman encendió su pipa. Se dirigió a mí con la amistosa familiaridad de épocas anteriores, antes de que conociera a la fascinante viuda en el puente.

—Querido muchacho, dígame francamente, ¿advierte algún cambio en Keller?

—Advierto un cambio en los dos —respondí—; no son una compañía tan agradables como solían.

El señor Engelman expulsó una bocanada de humo seguida de un profundo suspiro.

—Keller está tan amargado —dijo—. Como bien sabe, nunca me quejé de su vivo genio. Pero en estos últimos días se muestra duro, duro como una roca. ¿Sabe lo que hizo con la carta de la querida Madame Fontaine? Un evidente insulto, David: ¡se la devolvió!

—¿Sin explicaciones ni disculpas? —pregunté.

—Con una línea escrita en el sobre. «Le advertí que me negaría a leer su carta. Ya ve que soy un hombre que cumplo mi palabra». ¡Qué mensaje para enviarle a una pobre madre, que sólo pide permiso para suplicar por la felicidad de su hija! Usted vio la carta. Era como para derretir el corazón de cualquier hombre, habría pensado yo. Le hablé a Keller del tema; realmente no pude evitarlo.

—¿No fue eso una imprudencia, señor Engelman?

—No le dije nada que pudiera razonablemente ofenderlo. «¿Sabe de alguna acción deshonrosa de Madame Fontaine, que nadie más haya descubierto?», le pregunté. «Conozco la fama que tenía en Wurtzburgo», me dijo; «y la otra noche vi su rostro. Eso es todo lo que sé, amigo Engelman, y con eso me basta». Tras pronunciar esas ácidas palabras se marchó de la habitación. ¡Qué lamentable prejuicio! ¡Qué manera de pensar tan poco cristiana! Nunca se volverá a mencionar entre nosotros el nombre de Madame Fontaine. Cuando esa dama tan calumniada me

honre con una nueva visita, la recibiré en un lugar donde esté a salvo de todo insulto, en una casa que sea mía.

—No estará pensando en separarse del señor Keller —dije.

—No por el momento. Esperaré a que venga su tía y traiga con ella a la firma ese inquieto espíritu reformador. Sin duda se producirán cambios, y mi traslado de residencia podrá pasar como uno más de ellos.

Se levantó para marcharse de la habitación, pero se detuvo junto a la puerta.

—Me gustaría que me acompañara a casa de Madame Fontaine, David. Tiene muchos deseos de verlo.

Como por mi parte no sentía lo mismo, traté de excusarme, pero el señor Engelman continuó sin darme tiempo a hablar.

—La pequeña Minna, tan simpática, está muy aburrida, pobre niña. No tiene ningún amigo de su edad aquí en Frankfurt, excepto usted. Y me ha preguntado más de una vez cuándo regresaría de Hanau el señor David.

Al oírlo no pude pronunciar mis disculpas. El señor Engelman y yo nos marchamos juntos de la casa.

Cuando nos acercábamos a la puerta de Madame Fontaine, la casera la abrió para dejar salir a un desconocido. Estaba lo suficientemente bien vestido como para pasar por un caballero, pero en su rostro y sus maneras se apreciaban algunos impedimentos a la exitosa encarnación de ese papel. Nos lanzó a ambos una mirada inconfundiblemente furtiva cuando subíamos los escalones de la entrada. Pensé que era un espía de la policía. El señor Engelman lo situó en un peldaño más bajo de la escala social.

—Confío en que no tenga usted deudas, señora —le dijo a la casera—; ese hombre me pareció un alguacil disfrazado.

—Me las arreglo para pagar mis gastos, caballero, aunque es una dura batalla —contestó la mujer—. Y en cuanto al caballero que acaba de salir, tengo tan poca idea de quién es como usted.

—¿Me puede decir qué quería?

—Quería saber cuándo es probable que Madame Fontaine abandone mi casa. Le dije que mi inquilina aún no tiene fecha para marcharse.

—¿Mencionó el nombre de Madame Fontaine?

—Sí, señor.

—¿Cómo supo que vivía aquí?

—No me dijo.

—¿Y a usted no se le ocurrió preguntarle?

—Fue muy tonto de mi parte, señor. Sólo le pregunté cómo se había enterado de que yo alquilaba habitaciones. Me dijo: «No se preocupe por eso; tengo buenas recomendaciones, volveré de nuevo y entonces se lo diré». Después le abrí la puerta,

como usted vio.

—¿Quiso ver a Madame Fontaine?

—No, señor.

—¡Es muy extraño! —dijo el señor Engelman cuando subíamos—. ¿Cree que debemos comentárselo?

Yo pensaba que no. No había nada fuera de lo común en las averiguaciones del desconocido, en sí mismas. No me parecía que tuviéramos derecho a alarmar a la viuda sólo porque sintiéramos unas sospechas puramente caprichosas acerca de un hombre sobre el cual nada sabíamos. Le expresé esa opinión al señor Engelman, quien se mostró de acuerdo conmigo.

El mismo tono taciturno que me impresionara en la casita de la calle Main se hizo visible en la bienvenida que recibí en casa de Madame Fontaine. Minna parecía cansada de aguardar la tan esperada carta de Fritz. La madre de Minna apretó mi mano en silencio, con una sonrisa melancólica. Me dio la impresión de que en la bienvenida que le brindaba a mi compañero se evidenciaba cierta circunspección. Después de lo ocurrido la noche de su visita a la casa, ya no podía esperar que el señor Engelman la ayudara a concertar una entrevista con el señor Keller. ¿Se limitaba la viuda a mantener las apariencias, pensando en la posibilidad de que quizás le pudiera resultar de utilidad en otro sentido? El señor Engelman no pareció advertir el minúsculo cambio que observé. Me volví hacia Minna. Sabiendo lo que sabía, me dolía comprobar que el pobre anciano quería más a la viuda y estaba más orgulloso de ella que nunca.

No me resultó tarea difícil revivir la natural fe del carácter de Minna. Calculando el tiempo en esos días previos al ferrocarril, pude predecir que la carta de Fritz llegaría en dos, a lo sumo tres días más. Esta alentadora perspectiva se reflejó de inmediato en el inocente rostro de la joven. Renació su interés en el pequeño mundo que la rodeaba. Cuando su madre se nos reunió en nuestro rincón de la habitación, le contaba los detalles que podía relatarle sin cometer una indiscreción de mi visita a Hanau. Madame Fontaine pareció seguir con tanta atención como su hija mi trivial narración, para evidente sorpresa del señor Engelman.

—¿Sólo fue hasta Hanau? —preguntó la viuda.

—Sólo hasta allí.

—¿Había invitados en la cena?

—Sólo estaban los miembros de la familia.

—Viví tanto tiempo en el viejo y aburrido Wurtzburgo, David, que no puedo menos que experimentar cierto interés en ese pueblo. ¿Salió ese tema? ¿Se enteró de las noticias de por allá?

Respondí a esa pregunta con tanta cautela como a las que la precedieran. Me temo que Frau Meyer había logrado, hasta cierto punto, pervertir mi sentido de la justicia.

Antes de mi viaje a Hanau, habría atribuido las averiguaciones de la viuda a mera curiosidad. Ahora creía que la suspicacia era el motivo fundamental que la impulsaba.

Antes de que las damas pudieran continuar con sus preguntas, el señor Engelman cambió el rumbo de la conversación para hacerla versar sobre un tema que era de mucho mayor interés para él.

—Le conté a David, querida señora, el trato inhumano que le dio el señor Keller a su carta.

—No lo califique de inhumano —respondió suavemente Madame Fontaine—. Yo soy la única culpable. He sido la causa de que usted y su socio se disgusten y he echado por tierra la pequeña posibilidad que pude haber tenido de recuperar la estima del señor Keller. Todo debido a mi imprudencia al mencionar mi nombre. Si hubiera querido un poco menos a mi hija y hubiera estado menos ansiosa por aprovechar la primera oportunidad de defender su causa, nunca habría cometido ese fatal error.

Hasta ahí habló con sensatez, y como explicación de su imprudencia no era, incuestionablemente, más que la verdad.

Me impresionó menos favorablemente lo que dijo a continuación.

—Entienda, David, que no me quejo. No siento mala voluntad hacia el señor Keller. Si el azar pusiera a mi alcance la oportunidad de hacerle un favor, estaría pronta y dispuesta para aprovecharla. Me sentiría muy feliz de reparar el daño que hice con toda inocencia.

Se llevó el pañuelo a los ojos. El señor Engelman se llevó su pañuelo a los ojos. Minna tomó la mano de su madre. Sólo yo permanecí impasible, con mis simpatías en estado de reposo. ¡De nuevo Frau Meyer! ¡Nada que no fuera la influencia de Frau Meyer me habría encallecido de esa manera!

—Le he suplicado a nuestra dulce amiga que no se marche de Frankfurt llevada de la desesperación —explicó el señor Engelman con la voz quebrada—. Aunque mi influencia con Keller en lo que respecta a este asunto es inexistente por el momento, estoy más que dispuesto, estoy ansioso, por hablarle a la señora Wagner en nombre de Madame Fontaine. Mi consejo es que espere la llegada de la señora Wagner y confíe en *mi* celo y *mi* posición en la firma. ¡Cuando sus dos socios le exijan que le haga justicia a una mujer calumniada, hasta Keller tendrá que someterse!

Los ojos de la viuda seguían ocultos por su pañuelo. Pero la parte inferior de su rostro resultaba visible. A menos que yo malinterpretara por completo el mudo lenguaje de sus labios, no sentía la menor confianza en que se cumpliera la predicción del señor Engelman. Fuera cual fuese la razón por la que permanecía en Frankfurt tras el definitivo rechazo de su demasiado confiada apelación a las simpatías del señor Keller, se trataba, sin dudas, de una razón que hasta el momento sólo ella conocía.

Esa misma noche, después de que la dejamos, se produjo un incidente que indicaba que tenía algún motivo para tratar de congraciarse con uno de los sirvientes de la casa del señor Keller.

Nuestra servidumbre estaba compuesta por la anciana y malhumorada ama de llaves (que era absolutamente inabordable); una joven fregona (persona demasiado insignificante para que valiera la pena cortejarla); y el criado Joseph, quien desempeñaba las usuales tareas de servirnos la mesa y responder a la puerta. Este último era un joven muy necio, excesivamente vanidoso de su apariencia personal, pero un sirviente pasable, lo cual hacía que se obviarán los anteriores defectos.

Llamé a Joseph para que me prestara un pequeño servicio y me percaté de que los extremos sueltos de su corbata estaban unidos por un elegante pasador nuevo, que consistía en un redondel de malaquita engastado en plata.

—¿Te han hecho un regalo en los últimos días o eres lo bastante derrochador como para gastar tu dinero comprándote joyas? —le pregunté.

Joseph sonrió con franca satisfacción consigo mismo.

—Es un regalo de Madame Fontaine, señor. Casi todos los días le llevo flores de parte del señor Engelman, y le he hecho uno o dos pequeños mandados en el pueblo. Está complacida por la manera en que atiendo a sus deseos. «Tengo muy poco dinero, señor Joseph», me dijo; «hágame el favor de aceptar este pasador a cambio de todas las molestias que le he causado». Y se sacó el pasador del hermoso encaje que rodea su cuello y me lo regaló de sus propias malas. Es una señora muy generosa, ¿no es cierto, señor?

—Muy generosa, Joseph, considerando que los servicios que le has prestado parecen ser de muy poca monta. ¿Estás seguro de que no espera nada más de ti?

—Oh, absolutamente seguro, señor.

Se sonrojó al decirlo y se marchó de la habitación con bastante apresuramiento. ¿Cómo habría interpretado Frau Meyer el sonrojo de Joseph y la generosidad de la viuda? Me fui a la cama sin deseos de ahondar en la cuestión.

Un par de días después ocurrieron dos sucesos interesantes: la noche de la apertura de una compañía de ópera ambulante que visitaba Frankfurt y la llegada en un correo vespertino de las tan esperadas cartas de Londres.

Los socios (ambos ardientes amantes de la música) habían alquilado un palco para la corta temporada, y, con su bondad acostumbrada, habían puesto un asiento a mi disposición. Los tres tomábamos nuestro café, servido por Joseph, antes de dirigirnos al teatro, cuando la reumática ama de llaves trajo las cartas y me las entregó, dado que yo era la persona más cercana a la puerta.

—¿Por qué ha subido las escaleras, buena mujer, cuando habría podido mandar por Joseph? —le preguntó el caritativo señor Engelman.

—Porque tengo algo que preguntarles a mis amos —contestó la achacosa Madre

Bárbara—. Para empezar, ahí tienen sus cartas. ¿Es cierto que los tres se van esta noche al teatro?

El ama de llaves nunca empleaba las expresiones comunes de respeto. De haber sido su madre, en vez de su ama de llaves, no habría podido hablarles con más familiaridad a los dos caballeros que la empleaban.

—El caso es que mi hija tiene problemas con su bebé y necesita mi consejo. Le están saliendo los dientes, tiene convulsiones, ese tipo de cosas. Como van a estar fuera toda la noche, no me necesitarán después de que haya arreglado sus cuartos. Supongo que puedo ir a estar con mi hija una o dos horas, y Joseph (que no sirve para mucho, bien lo sabe el cielo) puede cuidar de la casa.

El señor Keller, que refrescaba su memoria acerca de la ópera de esa noche (la «Armida» de Gluck) consultando el programa, asintió y siguió leyendo. El señor Engelman dijo:

—Por supuesto, buena mujer; deséele a su hija de mi parte que el bebé mejore.

Madre Bárbara dio un gruñido y salió cojeando de la habitación. Les eché un vistazo a las cartas. Dos eran para mí: una de mi tía y otra de Fritz. Una era para el señor Keller, y la dirección también estaba escrita con la letra de mi tía. Cuando se la alcancé a través de la mesa, abandonó a «Armida» en cuanto vio el sobre. Era la respuesta a su alegato sobre el tema del empleo femenino.

Pensando en Minna, abrí primero la carta de Fritz. Contenía las tan esperadas líneas para su enamorada. Salí de inmediato y, tras poner la carta en un sobre, envié a Joseph a casa de la viuda antes de que la partida de Madre Bárbara hiciera necesario que permaneciera en la casa.

La carta que me enviaba Fritz era muy quejosa. En mi ausencia, Londres le resultaba insoportablemente aburrido, y Minna era más necesaria que nunca para la felicidad de su vida. Deseaba que le informara, en el próximo correo, del lugar de residencia de Madame Fontaine y su hija. Si me negaba a complacer su petición, no se comprometía a controlarse, y le parecía muy posible que «seguiría las más caras aspiraciones de su corazón» y emprendería el viaje hacia Frankfurt en busca de Minna.

En su carta, mi tía no hacía más que hablar del tema de Jack Straw. En primer lugar, cuando arreglaba la biblioteca de su difunto esposo, había descubierto un libro que era, evidentemente, el que le había sugerido sus ideas sobre las reformas en el tratamiento de los dementes. Su título era Descripción de El Retiro, una institución de la Sociedad de los Amigos cercana a York destinada al tratamiento de los dementes. Escrita por Samuel Tuke. Mi tía se había comunicado con la institución, había recibido una valiosísima ayuda y llevaría el libro con ella a Frankfurt, para que, en bien de la humanidad, se tradujera al alemán^[2].

En lo concerniente a su caritativo experimento con el pobre Jack, había sido

completamente exitoso, con sólo un serio inconveniente. Mientras el orate permanecía al alcance de su vista y se comunicaba diariamente con ella, no había existido nunca ser más agradecido, afectuoso y totalmente inofensivo. Hasta el señor Hartrey y el abogado se habían visto obligados a confesar que se habían equivocado en su opinión sobre el asunto. Pero cuando mi tía se ausentaba de la casa, no importaba por qué período de tiempo, era imposible negar que Jack sufría una recaída. No hacía nada violento o alarmante, sino que simplemente se acostaba sobre la alfombrilla que estaba frente a la puerta de la habitación de la señora Wagner y se negaba a comer, beber, hablar o moverse hasta que ella regresaba. La oía a la puerta antes de que nadie más se percatara de que se aproximaba a la casa; y en su alegría lanzaba un alarido que ciertamente recordaba a Bedlam. Ese era el inconveniente, el único inconveniente; y cómo emprender el viaje a Frankfurt, que la absurda actitud del señor Keller había hecho absolutamente necesario, era más de lo que el ingenio de mi tía podía por el momento imaginar. Incluso olvidándose del problema de disponer de Jack, había otro que le planteaba Fritz. Era sumamente dudoso que se pudiera confiar en que permaneciera en Londres en su ausencia. «Pero ya me las ingeniaré», concluía la resuelta dama. «Nunca he desesperado de nada, y ahora tampoco desespero».

Al regresar a la sala de estar a la hora en que debíamos partir hacia el teatro, me encontré al señor Keller de un humor terrible y al señor Engelman fumando en silencio, como de costumbre.

—¡Lea esto! —exclamó el señor Keller, al tiempo que le lanzaba la respuesta que le enviara mi tía a través de la mesa—. No le llevará mucho tiempo.

¡Era, literalmente, una carta de tres líneas!

He recibido su alegato. Es inútil que dos personas que tienen puntos de vista tan diferentes como los nuestros se escriban. Le ruego que espere hasta mi llegada a Frankfurt para recibir mi respuesta.

—¡Vayamos a escuchar la música! —exclamó el señor Keller—. Dios sabe que necesito algo que me calme.

Al finalizar el primer acto de la ópera, un nuevo problema agotó su pequeña reserva de paciencia. Al salir de la casa había estado tan irritado que no había recordado llevarse sus prismáticos, y era lo bastante miope para sentir su falta. No hay que decir que salí de inmediato del teatro para traerle los prismáticos a tiempo para el siguiente acto.

Según mis instrucciones, debía encontrarlos en su mesita de noche. Me pareció que Joseph mostraba cierta confusión cuando me abrió la puerta de la casa. Mientras corría escaleras arriba, me siguió, diciéndome algo. Yo estaba demasiado apurado

para prestarle atención. Al llegar al segundo piso, tras subir los escalones de dos en dos, entré sin ceremonias en el cuarto del señor Keller, ¡y allí me encontré, frente a frente, con Madame Fontaine!

CAPÍTULO XVII

La viuda estaba sola en la habitación, de pie junto a la mesita de noche sobre la que se encontraba el agua de cebada del señor Keller. Me sentí tan sorprendido que me quedé inmóvil como un tonto mirando fijamente, en silencio, a Madame Fontaine.

Creo que ella, por su parte, estaba igualmente atónita e igualmente confundida, pero que era más capaz de ocultarlo. Por un momento, y sólo por un momento, tampoco tuvo nada que decir. Entonces levantó su mano izquierda, que hasta entonces mantenía oculta bajo el chal.

—¡Me ha pillado usted, señor David! —dijo, al tiempo que me mostraba un cuaderno de dibujo.

—¿Qué hace aquí? —pregunté.

Apuntó con el cuaderno a la famosa repisa tallada de la chimenea.

—Bien sabe cuánto deseaba hacer un boceto de ese espléndido trabajo —respondió—. No sea duro con una pobre artista que aprovecha la oportunidad cuando se le presenta.

—¿Podría decirme cómo se enteró de la existencia de esa oportunidad, Madame Fontaine?

—Enteramente gracias a su amabilidad, amigo mío —fue su impávida respuesta.

—¿Mi amabilidad? ¿A qué se refiere?

—¿No fue usted, David, quien pensó con tanta consideración en Minna cuando llegó el correo? ¿Y no nos envió a su sirviente con la carta que le enviaba Fritz?

Antes de que yo pudiera volver a hablar, me llegó desde el rellano de la escalera la voz llorosa Joseph, quien temblaba por su puesto.

—No lo hice con ninguna mala intención, señor. Lo único que dije es que tenía prisa por regresar, porque todos se habían ido al teatro, y yo me había quedado (sin más compañía que la de la fregona) a cargo de la casa. Cuando vino la dama y me enseñó su cuaderno de dibujo...

—Suficiente, amigo Joseph —dijo la viuda, haciéndole una seña de que bajara, con la tranquila seguridad en sí misma que la caracterizaba—. El señor David es demasiado sensato como para fijarse en cosas sin importancia. ¡Vamos! ¡Vamos!, baje —se volvió hacia mí con expresión de juguetona sorpresa—. ¡Qué serio se ve usted! —dijo divertida.

—Podría haber sido serio para *usted*, Madame Fontaine, si el señor Keller hubiera regresado a la casa él mismo en busca de sus prismáticos.

—¡Ah! ¿Se le olvidaron los prismáticos? Permítame ayudarle a buscarlos. Ya terminé mi boceto; estoy completamente a sus órdenes —fue ella quien encontró los prismáticos—. Realmente no tenía otra oportunidad de hacer un estudio de la repisa de la chimenea —continuó, al tiempo que me alcanzaba los prismáticos—. Me resulta

imposible pedirle al señor Engelman que me vuelva a traer después de lo que sucedió en la última ocasión. Y debo confesarle que tengo otro motivo, además de mi admiración por la repisa de la chimenea. Usted sabe cuán pobres somos. El hombre que administra la tienda de pintura de la calle Zeil está dispuesto a emplearme. Siempre logra venderles esos recuerdos del viejo Frankfurt a los viajeros ingleses. Con lo poco que me da, basta para los gastos de una semana de dos mujeres medio hambrientas.

Todo era muy plausible; y quizás (en los días de inocencia previos a mi encuentro con Frau Meyer) me habría parecido que había muchas probabilidades de que fuera cierto. En el estado de ánimo que me embargaba en esos momentos, me limité a pedirle a la viuda que me enseñara su boceto.

Se negó con un gesto y ocultó el cuaderno de dibujo debajo de su chal.

—En este momento no son más que unos apuntes para auxiliar a la memoria — explicó—. Espere hasta que lo haya retocado para hacerlo vendible y se lo mostraré con todo placer. ¿No iré a crear un problema, señor David, mencionándole mi artística invasión a ninguno de los dos caballeros? No se repetirá, le doy mi palabra de honor. Y además, tenga en cuenta al pobre Joseph. No querrá usted perjudicar a un chico bien intencionado haciendo que lo despidan de su puesto. ¡Por supuesto que no! Nos despedimos como amigos que se comprenden el uno al otro, ¿no es verdad? Minna le habría enviado su cariño y su agradecimiento de haber sabido que iba a encontrármelo. Buenas noches.

Bajó corriendo, tarareando para sí misma una melodía, tan contenta como una jovencita. La oí murmurarle algo a Joseph en el zaguán. Después se cerró la puerta de la calle y ese fue el fin de mi encuentro con Madame Fontaine.

Después de una breve reflexión, decidí que lo mejor que podía hacer era efectuarle una severa advertencia a Joseph y no contarles nada de lo sucedido a los socios, al menos por el momento. Si lo contaba, sin duda crearía un problema, al enfrentar de nuevo a los dos viejos amigos a propósito del tema de la viuda; por no hablar (como otro resultado de mis palabras) de la casi absoluta certeza de que el señor Keller prescindiría de los servicios de Joseph. A partir de esas razonables consideraciones, me veo obligado a añadir francamente que debo haber sentido también algún vago recelo. Si no, ¿por qué examiné cuidadosamente el cuarto del señor Keller (antes de regresar al teatro) sin tener una idea clara de qué tipo de hallazgo podía encontrar? Mi búsqueda no dio por resultado ni el más sencillo vestigio de algo que tuviera una apariencia sospechosa. El cuarto mantenía su orden acostumbrado, desde las navajas y las brochas sobre el tocador hasta el acostumbrado refresco de agua de cebada, listo, como siempre, en la jarra junto al lecho.

Al fin salí del cuarto. ¿Por qué no me sentía tranquilo aún? ¿Por qué fui lo bastante grosero, cuando pensé en la viuda, como para musitar: «¡Condenada

mujer!»? ¿Por qué, a medida que avanzaba, la magnífica música de Gluck se me hizo tediosa por su falta de melodía? Que los entendidos en esos asuntos se percaten de cuál era mi situación y me hagan el honor de responderse esas preguntas.

La cena fue muy alegre; el teatro había mejorado el humor de ambos socios al proporcionarles una sana alteración de la monotonía de sus vidas. Pocas veces había visto al señor Keller tan divertido y alborozado. Siempre abstemio, hizo gala de su acostumbrada moderación en la comida y la bebida, y fue el primero en irse a la cama. Pero mientras permaneció con nosotros fue, en el mejor sentido de la palabra, un compañero encantador; y anticipaba los placeres de la próxima noche de ópera con el mismo júbilo con que un estudiante anticipa los placeres de las vacaciones.

CAPÍTULO XVIII

No había nadie desayunando cuando bajé a la mañana siguiente. Era la primera vez que no encontraba al señor Keller sentado a la mesa. Hasta ese día nos había dado a su socio y a mí ejemplo, levantándose temprano. Acababa de reparar en su ausencia cuando el señor Engelman llegó a la habitación con un rostro grave y ansioso, que proclamaba que algo no andaba bien.

—¿Dónde está el señor Keller? —pregunté.

—En cama, David.

—Confío en que no esté enfermo.

—No sé qué le ocurre, querido muchacho. Dice que pasó una mala noche y que no puede levantarse de la cama y atender el negocio, como de costumbre. Debe ser la atmósfera enclaustrada del teatro, ¿no cree?

—¿Y si le preparo una reconfortante taza de té tal como lo hacemos en Inglaterra? —sugerí.

—¡Sí! ¡Sí! Y súbasela usted mismo. Me gustaría saber qué opina de él.

Mi primera ojeada al señor Keller me alarmó. Una terrible apatía se había adueñado de ese hombre normalmente intranquilo y enérgico. Estaba casi inmóvil, excepto por un temblor intermitente de las manos, apoyadas sobre el cobertor. Abrió los ojos un momento cuando me dirigí a él, y después los volvió a cerrar, como si el esfuerzo de fijar la vista en algo lo agotara. Negó débilmente con la cabeza cuando le ofrecí la taza de té, y dijo en un murmullo destemplado:

—¡Déjeme tranquilo!

Miré su agua de cebada. Tanto la jarra como el vaso estaban completamente vacíos.

—¿Tuvo sed anoche?

Con el mismo murmullo destemplado me contestó:

—¡Una sed terrible!

—¿Y ahora no tiene sed?

Se limitó a repetir lo que ya me había dicho:

—¡Déjeme tranquilo!

Estaba allí tirado, sin querer nada, sin interesarse en nada; su rostro tenía ya una apariencia cadavérica y marchita, y a intervalos regulares el temblor seguía sacudiendo sus manos impotentes.

Enviamos de inmediato por el médico que había atendido sus insignificantes dolencias en otros momentos.

Hay algunos miembros de la profesión médica que resultan muy conocidos en todos los países: me refiero a los que no son lo bastante honestos como para confesarlo cuando se sienten perplejos. Nuestro médico era uno de ellos. Declaró que

el paciente sufría de una fiebre baja (o de origen nervioso), pero al señor Engelman le pareció, como me pareció a mí, que se sentía obligado a decir algo, y que lo decía sin sentirse seguro acerca de lo acertado de su afirmación. Hizo su prescripción y prometió hacernos una segunda visita más tarde ese mismo día. Madre Bárbara, el ama de llaves, ya había asumido el papel de enfermera. La déspota doméstica hacía sentir su tiranía hasta en el cuarto del enfermo. Manifestó que se marcharía de la casa si cualquier otra mujer intentaba entrar en ella como enfermera.

—Cuando mi amo está enfermo, mi amo me pertenece —dijo Madre Bárbara.

Era obviamente imposible que una mujer de tan avanzada edad pudiera velar día y noche a la cabecera del paciente. En nombre de la paz, decidimos esperar hasta el día siguiente. Me comprometí a que si para entonces el señor Keller no daba señales de mejoría, haría indagaciones en el hospital para encontrar una enfermera debidamente cualificada.

Más tarde, ese día, nuestras dudas sobre el médico se vieron confirmadas. Delató su perplejidad sobre el verdadero «diagnóstico» del paciente al traer consigo, en su segunda visita, a un colega a quien presentó como el doctor Dormann, con quien nos pidió permiso para hacer una consulta junto a la cabecera del enfermo.

El nuevo médico era el más joven de los dos, y, evidentemente, el de criterios más firmes.

Su reconocimiento del enfermo fue extremadamente paciente y cuidadoso. Nos preguntó detalladamente sobre el período en que había aparecido la enfermedad, el estado de la salud del señor Keller inmediatamente antes, los primeros síntomas que habíamos notado, qué había comido, que había bebido, y otras cosas semejantes. Seguidamente, quiso entrevistarse con todos los habitantes de la casa que tenían acceso al cuarto. Escrutó con mirada firme los rostros del ama de llaves, el doméstico y la fregona, a medida que entraron uno tras otro en la habitación, y después los despidió sin hacer ningún comentario. Por último, sorprendió a su anciano colega al proponer que se administrara un emético. No hubo manera de que diera sus razones.

—Si demuestro estar en lo cierto, sabréis mi razones. Si demuestro estar equivocado, basta con que lo admita, y no se necesitarán razones. Desalojad la habitación, administrad el emético y mantened la puerta cerrada hasta que yo vuelva.

Tras esas postreras indicaciones, se apresuró a marcharse de la casa.

—¿Qué *puede* querer decir? —dijo el señor Engelman abriendo la marcha de los que salíamos del cuarto.

El anciano doctor que había quedado a cargo del paciente oyó sus palabras y las respondió, pero no dirigiéndose al señor Engelman, sino a mí. Me tomó del brazo cuando yo salía de la habitación.

—¡Veneno! —susurró el médico en mi oído—. Manténgalo en secreto, pero eso es lo que quiere decir.

Corrí a mi cuarto y me encerré en él. Al oír esa palabra, «veneno», la atroz insinuación de Frau Meyer cuando hiciera referencia al botiquín perdido del doctor Fontaine se asoció de inmediato en mi memoria con la sospechosa intromisión de Madame Fontaine en el cuarto del señor Keller. ¡Santo Dios! ¿Acaso no la había sorprendido muy cerca de la mesa donde estaba el agua de cebada? ¿Y no había oído al doctor Dormann decir «¡Es una lástima!», cuando se le dijo que el paciente se la había tomado toda y que la jarra y el vaso, como de costumbre, ya se habían lavado? En los primeros momentos creo, sinceramente, que debo haber estado fuera de mí, tan completamente me abrumaba el horror de mis propias sospechas. Tuve sólo la cordura suficiente para mantenerme alejado del señor Engelman hasta que mi mente recuperó, hasta cierto punto, su acostumbrado equilibrio.

Cuando recobré la capacidad para pensar de manera lógica, comencé a sentirme avergonzado del pánico que se había adueñado de mí.

¿Qué podía ganar la viuda con la muerte del señor Keller? Por el contrario, todo su interés en el futuro de su hija se centraba en la posibilidad de que éste viviera lo bastante para avergonzarse de sus prejuicios y consentir en el matrimonio. Matarlo con el propósito de hacer que Fritz no se viera sometido a la autoridad de su padre sería un acto tan atroz en sí mismo, y que con tanta seguridad separaría para siempre a Minna y a Fritz, en el caso perfectamente posible de que se descubriera, que deseché la idea de esa posibilidad como podría haber desechado la de cometer deliberadamente una acción deshonrosa. El doctor Dormann se había apresurado temerariamente a llegar a una conclusión falsa: esa fue la única reflexión reconfortante que se me ocurrió. Abrí mi puerta de un golpe, frenético de impaciencia por conocer el resultado del emético, fuera cual fuese el giro que tomaran los acontecimientos.

El experimento había sido realizado durante mi ausencia. El señor Keller había caído en un sueño inestable. El doctor Dormann cerraba el maletín en el que había traído de su casa el aparato para la prueba. Incluso ahora no hubo manera de convencerlo de que manifestara francamente sus sospechas.

—Es curioso ver cómo las especulaciones de los mortales sobre los acontecimientos por lo general se resuelven en conjuntos de tres elementos. ¿Le hemos dado el emético demasiado tarde? ¿Son insuficientes mis pruebas? ¿O estoy completamente equivocado? —se volvió hacia su anciano colega—. Mi querido doctor, me doy cuenta de que quiere usted una respuesta categórica. ¡No tiene por qué marcharse de la habitación, señor Engelman! En lo que a mí concierne, no los engañaré a usted y a su amigo, el joven caballero inglés, ni un instante. Aprecio en el paciente un misterioso desvanecimiento de las energías vitales, que no está acompañado por los síntomas de ninguna enfermedad que me resulte conocida y a la cual pueda apuntar como la causa. En lenguaje llano, lo que les estoy diciendo es que

no logro entender la enfermedad del señor Keller.

Era quizás debido a razones de delicadeza que insistía en hacer un innecesario misterio de sus sospechas. En cualquier caso, resultaba evidente que era un hombre que despreciaba toda charlatanería desde el fondo de su corazón. El anciano doctor lo miró con el ceño fruncido por la desaprobación, como si su franca confesión hubiera violado las leyes no escritas del protocolo médico.

—Si me permiten seguir el caso bajo la supervisión de mi respetado colega, me sentiré complacido de someter a su aprobación cualquier tratamiento paliativo que se me ocurra —prosiguió—. Mi respetado colega sabe que siempre estoy dispuesto a aprender.

Su respetado colega le hizo una inclinación formal, consultó su reloj y se apresuró a marcharse a ver otro paciente. El doctor Dormann, después de tomar su sombrero, se detuvo a contemplar a Madre Bárbara, profundamente dormida en su sillón junto a la cama.

—Mañana les buscaré una enfermera competente —dijo—. No, no una de las del hospital; queremos a alguien de sentimientos más delicados y manos más tiernas que las de ellas. Mientras tanto, uno de ustedes debe velar esta noche junto al señor Keller. Si no me necesitan antes, estaré con ustedes mañana por la mañana.

Me ofrecí para velar, y prometí llamar al señor Engelman si aparecían síntomas alarmantes. La vieja ama de llaves, tras despertar de su primer sueño, insistió en mandarme a la cama y ocupar mi lugar. Yo estaba demasiado preocupado e intranquilo (si se me permite la excusa) como para mostrarme tan indulgente como de costumbre. Por una vez, Madre Bárbara se dio cuenta de que tenía que vérselas con una persona resuelta. En un momento menos angustioso, su rabia y su sorpresa cuando dirimí la disputa sacándola del cuarto y cerrando la puerta habrían resultado irresistiblemente cómicas.

Poco después llegó Joseph con un mensaje. Si no había necesidad inmediata de su presencia en el cuarto, el señor Engelman saldría a tomar un poco de aire fresco antes de retirarse a dormir. Su presencia no era necesaria, así que lo envié a los bajos con ese mensaje.

Una hora después, el señor Engelman entró a ver a su viejo amigo y a dar las buenas noches. Tras un período de intranquilidad, el paciente se había calmado y dormitaba bajo los efectos de su medicina. Aun tras hacer todas las concesiones al pesar y la ansiedad que necesariamente debía sentir el señor Engelman en esas circunstancias, me percaté de que tenía un aire ausente y confundido. Parecía como un hombre con un peso en la mente que teme revelar y es incapaz de hacer a un lado.

—Hay que encontrar a alguien que entienda el caso, David —dijo, mirando el cuerpo indefenso sobre el lecho.

—¿A quién podemos encontrar? —pregunté.

Me deseó buenas noches sin contestarme. No es una exageración afirmar que pasé la noche junto al lecho en un lamentable estado de indecisión y suspenso. El experimento del doctor no había demostrado de manera incontrovertible que sus dudas no tuvieran fundamento. Siendo así las cosas, ¿no era mi inocutable deber revelarles a los médicos lo que había visto al regresar a la casa en busca de los prismáticos del señor Keller? Mientras más pensaba en ello, más me espantaba la idea de lanzar una terrible acusación contra la madre de Minna, que perseguiría a una mujer inocente durante todo el resto de su vida. ¿Qué pruebas tenía yo de que me mintiera acerca del boceto y la repisa de la chimenea? Y sin pruebas, ¿cómo atreverme a pronunciar palabra? En los intervalos en que el enfermo no requería de mis cuidados, lograba tomar la firme decisión de guardar silencio. Pero cuando necesitaba su medicina, cuando las almohadas demandaban un pequeño arreglo, cuando veía sus pobres ojos abrirse y contemplarme con la mirada perdida, mi resolución me abandonaba, retornaba mi indecisión, la horrenda necesidad de hablar volvía a presentarse y me sacudía hasta el alma. Nunca, en ninguna de las pruebas a las que posteriormente me ha sometido la vida, he pasado una noche como la que pasé junto a la cabecera del señor Keller.

Cuando la luz del nuevo día brilló en la ventana, se hizo claramente visible que los síntomas denotaban un empeoramiento del paciente. La apatía era más profunda, el aspecto cadavérico del rostro se había acentuado, los intervalos entre los accesos del temblor nervioso eran cada vez más cortos. Sucediera lo que sucediera, me sentía obligado, cuando el doctor Dormann llegara para su prometida visita, a informarle que otra persona, además de los sirvientes y nosotros, había tenido acceso en secreto al cuarto del señor Keller.

Estaba tan agotado por la agitación y la falta de sueño —y lo mostraba, supongo de manera tan clara— que el bueno del señor Engelman insistió en que lo dejara a cargo del enfermo y me retirara a descansar. Me acosté y dejé entreabierta la puerta de mi cuarto, decidido a oír los pasos del doctor en la escalera y a hablarle en privado después de que reconociera al paciente.

Si hubiera tenido veinte años más, habría logrado llevar a termino lo que me había propuesto. Pero para los jóvenes el sueño es una necesidad suprema, y la naturaleza insiste en que se obedezca su piadosa ley. Recuerdo haberme sentido soñoliento, incorporarme de un salto en la cama y caminar por el cuarto para mantenerme despierto, volverme a acostar vencido por la fatiga y, después... ¡olvido total! ¡Cuando desperté y miré mi reloj, me di cuenta de que había dormido profundamente nada menos que seis horas!

Sorprendido y avergonzado —temeroso de lo que podía haber sucedido en ese largo intervalo— me apresuré a dirigirme al cuarto del señor Keller y golpeé suavemente a la puerta.

Una voz de mujer me respondió:

—¡Adelante!

Me detuve con la mano en la puerta; la voz me resultaba familiar. Por un momento dudé de si habría enloquecido o soñaba. La voz repitió suavemente:

—¡Adelante!

Entré en el cuarto.

¡Allí estaba, sentada junto al lecho, sonriendo tranquila y llevándose un dedo a los labios! Con la misma claridad con que veía los objetos familiares en la habitación y el cuerpo postrado en la cama, ¡vi a Madame Fontaine!

—No hable alto —dijo—. Su sueño es muy ligero, no se le debe molestar.

Me acerqué a la cama y lo miré. Su rostro mostraba un leve toque de color; su frente estaba húmeda; sus manos reposaban tan inmóviles sobre el cobertor, en medio del bendito reposo del que disfrutaba, como las manos de un niño dormido. Miré a Madame Fontaine.

Volvió a sonreír; mi extraordinario asombro parecía divertirla.

—Está enteramente a mi cuidado, David —dijo, mirando con ternura a su paciente—. Baje a reunirse con el señor Engelman. Aquí no se debe hablar.

Enjugó suavemente el sudor de la frente del enfermo; colocó suavemente sus dedos sobre el pulso. Después se reclinó en el sillón, con los ojos clavados con mudo interés en el hombre dormido. Era el ideal de la enfermera de elevados sentimientos y manos tiernas de que había hablado el doctor Dormann cuando nos vimos por última vez. Cualquiera extraño que hubiera echado una ojeada en el cuarto en ese momento, habría dicho: «¡Qué cuadro tan encantador! ¡Qué esposa tan devota!».

CAPÍTULO XIX

—Un vaso del viejo Marcobrunner, David, y una tajada de pastel de carne antes de decir una palabra sobre lo que le debemos al ángel que está en los altos. ¡Arriba con el vino, mi querido muchacho!; ¡está usted tan pálido como un muerto!

Con esas palabras el señor Engelman encendió su pipa y esperó en silencio hasta que la buena comida y la buena bebida hicieron su buena obra.

—Ahora retroceda mentalmente a lo sucedido anoche —comenzó—. Recuerde que salí en busca de una bocanada de aire fresco. ¿Adivina lo que eso quería decir?

Adiviné, por supuesto, que se trataba de una visita a Madame Fontaine.

—Correcto, David. Había prometido visitarla más temprano, pero la enfermedad del pobre Keller lo imposibilitó. Me escribió, convencida de que algo serio debía haber ocurrido para impedirme, por primera vez, acudir a una cita concertada con ella. Cuando lo dejé a usted, fui a responder su nota personalmente. No sólo se afligió al enterarse de la enfermedad del señor Keller, sino que se interesó lo bastante en mis tristes nuevas como para preguntar detalladamente cómo se había declarado la dolencia. Cuando le dije cuáles eran los síntomas, fue presa de una agitación que me tomó completamente por sorpresa. «¿Los médicos saben qué es lo que le sucede?», preguntó. Le dije que uno de los médicos estaba evidentemente perplejo, y que el otro había admitido que la enfermedad le resultaba incomprensible hasta el momento. Se agarró las manos desesperada y me dijo: «¡Oh, si mi pobre esposo viviera!». Naturalmente, le pregunté qué quería decir. Desearía poder transmitirle su explicación, David, con sus propias y encantadoras palabras. En resumen, se trataba de lo siguiente. Un empleado de su esposo en la Universidad de Wurtzburgo había sido atacado por una dolencia que presentaba exactamente los mismos síntomas que los que sufría el señor Keller. Los médicos se habían sentido tan confundidos como los nuestros. El único de ellos que desentrañó el caso fue el doctor Fontaine. Preparó el medicamento que después le administró al enfermo con sus propias manos. Siguiendo las instrucciones de su esposo, Madame Fontaine ayudó a atender al enfermo y a darle los alimentos prescritos cuando pudo comer. Su extraordinaria recuperación se recuerda en la Universidad hasta el día de hoy.

En ese punto interrumpí al señor Engelman.

—Por supuesto, le pidió la prescripción, ¿no? —dije—. Comienzo a entender.

—No, David; aún no entiende. Claro que le pedí la prescripción. No se conoce que exista; me recordó que su esposo había preparado la medicina personalmente. Pero dijo que los resultados habían excedido sus expectativas, y que sólo había empleado una parte del remedio. Quizás todavía se podría encontrar el frasco en Wurtzburgo. O era posible que estuviera en una pequeña maleta perteneciente a su esposo, que encontrara en su cuarto y trajera con ella, para examinar su contenido en

algún momento futuro. «No he tenido valor para abrirla aún», dijo; «pero por el señor Keller la revisaré antes de que usted se vaya». ¡He ahí una cristiana, David, si es que la habido! Después de la manera en que la trató el pobre Keller, estaba tan deseosa de ayudarlo como si se hubiera tratado de su amigo más querido. Minna se ofreció para hacerlo por ella. «¿Por qué has de afligirte, mamá?», dijo. «Dime cómo es el frasco y déjame tratar de encontrarlo». ¡No! A Madame Fontaine le bastaba que se tratara de un acto de misericordia. Fuera cual fuese el sacrificio para sus sentimientos, estaba pronta a llevarlo a cabo.

Lo volví a interrumpir, ansioso por conocer el desenlace.

—¿Y encontró el frasco? —dije.

—Encontró el frasco —continuó el señor Engelman—. Puedo mostrárselo, si quiere. Ella misma me pidió que lo mantuviera guardado bajo llave mientras se necesite en esta casa.

Abrió un viejo armario y sacó un frasco alto y estrecho de cristal azul oscuro. Su forma era extraña y notablemente distinta a la de los frascos modernos que conocía. El tapón de cristal estaba cuidadosamente asegurado en su lugar por una pieza de cuero, supongo que para la mejor preservación del líquido que estaba en su interior. A uno de los lados del frasco había una estrecha tira de papel con marcas a intervalos regulares para indicar la dosis a administrar. No tenía ninguna etiqueta, pero al examinar con cuidado la superficie de cristal encontré ciertas manchas muy leves que sugerían que quizás alguien había arrancado la etiqueta y que algunos rastros de la pasta o la goma con que estaba pegada no habían sido completamente eliminados. Alcé el frasco contra la luz y me percaté de que aún estaba casi por la mitad. El señor Engelman me prohibió quitarle el tapón. Era muy importante, dijo, que no se permitiera entrar aire en el frasco, excepto cuando era necesario administrar el remedio.

—Lo traje conmigo anoche mismo —continuó—. Y mi estado de ánimo era lamentable, entre la ansiedad por darle la medicina de inmediato al pobre Keller y el temor de asumir tan grave responsabilidad sin contar con nadie más. Madame Fontaine, siempre justa en sus juicios, dijo: «Es mejor que espere y consulte con los médicos». Puso una sola condición (¡qué criatura generosa!) relativa a ella misma. «Si se decide probar el remedio», dijo, «debo pedirle que le dé una oportunidad para que pueda ejercer su efecto permitiéndome convertirme en su enfermera; el tratamiento del paciente, una vez que comienza a experimentar los beneficios de la medicina, es de la mayor importancia. Lo sé por las instrucciones de mi esposo, y le debo a su memoria (para no hablar de lo que se le debe al señor Keller) permanecer junto a su cabecera». No hay que decir que acepté alborozado la ayuda que me ofrecía. Pasó la noche. A la mañana siguiente, poco después de que usted se durmiera, llegaron los médicos. Puede imaginarse lo que opinaron del pobre Keller

cuando le cuente que me recomendaron que le escribiera al instante a Fritz a Londres para llamarlo junto al lecho de su padre. Tuve el tiempo justo para alcanzar el correo especial que salió esta mañana. No me culpe, David. No podía sentirme absolutamente seguro de la nueva medicina; y teniendo el tiempo tan terrible importancia, y estando Londres tan lejos, sentía verdadero temor de perder un correo.

Estaba lejos de culparlo, y se lo dije. En su lugar, habría hecho lo mismo que él. Quedamos de acuerdo en que yo le mandaría una carta a Fritz con el correo de esa noche, con la esperanza de que el anuncio de noticias mejores le llegara antes de salir de Londres.

—Despachada mi carta, les rogué a ambos médicos que antes de irse se reunieran conmigo en mis habitaciones —continuó el señor Engelman—. Allí les narré, con el lenguaje más claro que se me ocurrió, exactamente lo mismo que le he contado. El doctor Dormann se comportó como un caballero. Me dijo: «Permítame ver a la dama y hablar con ella personalmente antes de probar el nuevo remedio». En cuanto al otro, ¿qué se imagina que hizo? Se marchó de la casa (¡el muy bruto!) y se negó a seguir atendiendo al paciente. ¿Y quién cree que le siguió los pasos y se marchó también, David, cuando envié por Madame Fontaine? Otra bruta: ¡Madre Bárbara!

Después del malhumor del ama de llaves que había presenciado la tarde anterior, esa última noticia no me sorprendió. Verse despojada de su autoridad como enfermera en favor de una desconocida, y que esa desconocida fuera una dama hermosa, era una circunstancia agravante de la ofensa que Madre Bárbara había previsto cuando nos amenazara con la alternativa de abandonar la casa.

—Pues bien —prosiguió el señor Engelman—, el doctor Dormann hizo sus preguntas, olió y probó la medicina, y con total aprobación de Madame Fontaine se llevó una pequeña cantidad para analizarla. ¡De nada sirvió! La medicina guardó sus secretos. ¡Salvo dos ingredientes, los demás desafiaron todos los análisis! Mientras tanto, le dimos al enfermo la primera dosis. Hace media hora le dimos la segunda. Ha visto el resultado con sus propios ojos. Madame Fontaine le ha salvado la vida, David, y es a usted a quien debemos agradecerse. De no ser por usted, quizás nunca la habríamos conocido.

La puerta se abrió mientras el señor Engelman pronunciaba esas palabras y experimenté una segunda sorpresa. Minna entró, con un delantal de cocinera, y preguntó si su madre ya la había llamado. Siguiendo las instrucciones de la viuda, estaba preparando la peculiar dieta de vegetales que prescribiera el doctor Fontaine como parte de la cura. La buena chica estaba ansiosa por hacérsenos útil en cualquier labor doméstica. ¡Qué encantadora sustituta de la achacosa y anciana ama de llaves que acababa de abandonarnos!

¡Así que Madame Fontaine y Minna estaban alojadas bajo el mismo techo que el señor Keller! ¿Qué pensaría Fritz cuando lo supiera? ¿Qué diría el señor Keller

cuando reconociera a su enfermera y cuando se enterara de que le había salvado la vida? «A buen fin, mejor principio» es un buen proverbio. Pero no habíamos llegado aún a ese punto. La pregunta en nuestro caso era: ¿Cuál sería el fin?

CAPÍTULO XX

Cuando regresé a mi cuarto, tarde por la noche, ¡cómo bendije el feliz accidente de mis seis horas de sueño, después de una noche en vela a la cabecera del señor Keller!

De haber hablado con el doctor Dormann como estaba absolutamente decidido a hacerlo, éste, más allá de toda duda, habría prohibido el empleo del remedio de Madame Fontaine; el señor Keller habría muerto; y sobre la mujer inocente que había salvado su vida habrían caído sospechas —quizás incluso habría sido llevada a juicio— de asesinato. Temblaba literalmente cuando reflexionaba en las terribles consecuencias que se habrían producido de haber logrado mantenerme despierto por la mañana.

Al día siguiente, las dosis de la maravillosa medicina se reanudaron a intervalos regulares, y la dieta vegetal prescrita se le administró con todo cuidado al enfermo. Al otro día, el paciente había avanzado tanto en el camino de su recuperación que el tapón del frasco azul oscuro volvió a quedar fijo en su lugar, asegurado por su protector de cuero. El señor Engelman me dijo que en el fondo quedaban casi dos dosis. También me contó, cuando le pedí volver a echarle una ojeada, que la viuda se había hecho cargo del frasco y lo habría guardado celosamente en su propio cuarto.

Ese mismo día, un poco más tarde, como el paciente estaba lo suficientemente bien para abandonar su cama y sentarse en el butacón de su cuarto, se produjo la inevitable revelación. Se le comunicó al señor Keller que Madame Fontaine era la Buena Samaritana que le había salvado la vida.

Siguiendo los consejos del doctor Dormann, sólo se permitió el acceso al cuarto a las personas cuya presencia resultaba absolutamente imprescindible. Además de Madame Fontaine y el médico, el señor Engelman y Minna fueron los únicos otros testigos de la escena. El señor Engelman tenía derecho a estar presente en calidad de viejo amigo; y Minna, a sugerencia de su madre, sería útil a fin de preparar gradualmente al señor Keller para la revelación que se produciría. Siendo esas las circunstancias, sólo puedo describir lo que ocurrió repitiendo la breve narración que Minna tuvo a bien hacerme después de salir de la habitación.

—Convinimos en que yo esperaría en los bajos hasta que oyera la campanilla del cuarto, y entonces yo misma subiría el plato de lentejas y crema del señor Keller y lo pondría sobre su mesa sin pronunciar palabra —dijo.

—¡Exactamente como si fuera una sirvienta! —exclamé.

La gentil y dulce Minna respondió a mi necia interrupción con su sencillez y buen juicio acostumbrados.

—¿Por qué no? —preguntó—. El padre de Fritz puede llegar a ser mi padre algún día, y me siento feliz de serle útil de la manera más humilde, siempre que me

necesite. Pues bien, entré y lo encontré en su butacón, con las cortinas descorridas para que entrara la luz y muchas almohadas en las que recostarse. A ambos lados de él se encontraban el señor Engelman y el doctor; y la pobre y querida mamá estaba oculta en un rincón, detrás de la cama, donde el enfermo no la veía. El señor Keller levantó la vista cuando entré con la bandeja. «¿Quién es?», le preguntó al señor Engelman. «¿Es una nueva sirvienta?». El señor Engelman le siguió la corriente: «Sí.» «Una linda muchacha», dijo; «pero ¿qué opina de ella Madre Bárbara?». Al oír esa pregunta, el señor Engelman le contó que el ama de llaves había dejado su puesto y por qué. En cuanto se recobró de su sorpresa, el señor Keller volvió a mirarme. «Pero ¿quién ha sido mi enfermera?» —preguntó—; «no habrá sido esta muchacha tan joven.» «No, no; ha estado al cuidado de la madre de la joven», dijo el señor Engelman. Al decir esas palabras miró al doctor, quien intervino por primera vez en la conversación. «No sólo lo ha atendido, señor», dijo, «sino que puedo certificar clínicamente que le ha salvado la vida. No se excite. Oirá exactamente todo lo sucedido». En dos minutos le contó toda la historia, de manera tan clara y hermosa que era un placer escucharlo. Sólo una cosa le ocultó: el nombre de su salvadora. «¿Quién es?», exclamó el señor Keller. «¿Por qué no me permiten expresarle mi gratitud? ¿Por qué no está aquí?» «Teme acercársele, caballero», dijo el doctor; «usted tiene muy mala opinión de ella». «¿Mala opinión de una mujer a quien no conozco?», repitió el señor Keller «¿Quién es el calumniador que ha dicho eso de mí?». El doctor le hizo señas al señor Engelman de que le contestara. «Háblele con claridad», le susurró, detrás del butacón. El señor Engelman le habló con toda claridad. «Perdóneme, mi querido Keller, pero no hay ningún calumniador en este asunto. Son sus actos los que han hablado por usted. Poco tiempo atrás —dígame si no lo recuerda— una dama le envió una carta y usted se la devolvió tras negarse a leerla. ¿Sabe cómo le ha pagado el insulto? Ese noble ser es la mujer a quien le debe la vida». Cuando hubo pronunciado esas palabras, el doctor atravesó el cuarto y regresó junto al señor Keller llevando a mi madre de la mano.

A Minna se le quebró la voz; se detuvo en el momento más interesante de su narración.

—¿Qué dijo el señor Keller? —pregunté.

—Se produjo un silencio en el cuarto —respondió Minna en voz muy queda—. Yo sólo oía el tictac del reloj.

—Pero algo debe haber visto.

—No, David, no pude evitarlo: lloraba. Unos momentos después, mi madre me rodeó con un brazo y me condujo hasta el señor Keller. Me enjuagué las lágrimas como pude y volví a verlo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho; sus manos colgaban flojas sobre los brazos del butacón; ¡era terrible verlo tan abrumado por la vergüenza y el pesar! «¿Qué puedo hacer?», gimió quedamente. «Que Dios me

ayude, ¿qué puedo hacer?». Mamá le habló, muy dulce y bellamente: «Puede darle un beso a esta pobre hija mía, caballero; la nueva sirvienta que lo atiende es mi hija Minna». El señor Keller levantó velozmente la vista y me atrajo hacia él. «Sólo tengo una manera de expiar mis culpas, querida mía», dijo, y después me besó y susurró: «Mandad a buscar a Fritz». Oh, no me pida que le siga contando, David; lo único que lograré es empezar a llorar de nuevo. ¡Y soy tan feliz!

Se marchó de mi lado para poder enviarle una carta a Fritz con el correo de la noche. Intenté en vano convencerla de esperar un poco. No teníamos a nuestra disposición telégrafos eléctricos, lo que nos reducía a tratar de adivinar lo que sucedía. Pero sin duda había muchas probabilidades de que Fritz se hubiera marchado de Londres enseguida al recibir la carta del señor Engelman en la que le anunciaba que su padre estaba gravemente enfermo. Si eso era así, mi carta, enviada con el siguiente correo con el fin de calmar su ansiedad, permanecería en Londres sin abrir, y era dable esperar que Fritz llegara (si viajaba sin hacer ninguna parada) en el curso de uno o dos días. Le planteé a Minna este razonable punto de vista y recibí una respuesta absolutamente irracional y femenina.

—No importa, David; a pesar de todo le escribiré.

—¿Por qué?

—Porque me gusta escribirle.

—¡Cómo! ¿Reciba o no su carta?

—La reciba o no —respondió desenvuelta—. Tendré el placer de escribirle; eso es todo lo que quiero.

Cubrió cuatro carillas de papel e insistió en llevarlas ella misma al correo.

Al día siguiente, el señor Keller, auxiliado por mí y por el señor Engelman, pudo bajar a la salita de estar. Ambos estábamos con él cuando llegó Madame Fontaine.

—Y bien, ¿la ha traído? —preguntó el señor Keller.

Madame Fontaine le entregó un sobre cerrado y después se volvió hacia mí para explicarme:

—Es la carta que usted depositó sobre el escritorio del señor Keller —dijo afable—. Esta vez, David, soy mi propia cartera, a petición del señor Keller.

En su lugar, yo, sin duda, la habría destruido. Conservarla confiando en la posibilidad de que le resultara de alguna utilidad en el futuro parecía indicar un excesivo optimismo o una extraordinaria clarividencia de parte de la viuda. Sin que llegara yo a comprender mi estado de ánimo, sentí que, de alguna manera misteriosa, me había defraudado al conservar esa carta. Como era de esperar, volví la espalda para marcharme de la habitación, y el señor Engelman (movido por la misma delicadeza) me siguió hasta la puerta. El señor Keller nos pidió a ambos que regresáramos.

—Por favor, esperad a que la haya leído —dijo.

Madame Fontaine miraba por la ventana. Nos resultaba imposible descubrir si aprobaba o no que permaneciéramos en la habitación. El señor Keller leyó con la mayor atención las páginas cubiertas de una apretada escritura. Le hizo una seña a la viuda para que se acercara, y al llegar a las últimas palabras de la misiva, tomó su mano.

—Permítame pedirle perdón en presencia de mi socio y de David Glenney, quien se encargó de entregar su carta —dijo—. Madame Fontaine, soy absolutamente sincero, y lo confieso de la manera más franca, cuando le digo que me siento avergonzado de mí mismo.

Madame Fontaine se arrodilló delante de él y le suplicó que no siguiera hablando. El señor Engelman la miraba arrobado de admiración. Quizás fuera culpa de mi educación inglesa, pero me pareció que la humildad de la viuda era un poco exagerada. El señor Keller se guardó su opinión. Se limitó a insistir en que se levantara y tomara asiento a su lado.

—Decir que creo hasta la última palabra de su carta no es más que hacerle la justicia que durante demasiado tiempo no le he hecho —continuó—. Pero hay un pasaje que debo quedar satisfecho de que lo comprendo a cabalidad, si me hiciera usted el favor de confirmármelo de sus propios labios. ¿Estoy en lo cierto al llegar a la conclusión, a partir de lo que escribió aquí sobre los acreedores de su esposo, de que sus deudas (que, por razones de honor, se convirtieron en las tuyas) han sido pagadas hasta el último centavo?

—¡Hasta el último centavo! —respondió Madame Fontaine sin un instante de vacilación—. Si lo desea, puedo mostrarle los recibos, caballero.

—¡No, señora! Creo en su palabra, no necesito nada más. Su derecho a mi más profundo respeto es ahora total. Nunca habría creído las calumnias que me deshonraban por ciertas si, en primer lugar, no la hubieran proclamado culpable de arruinar a su esposo con sus deudas. Admito que nunca he podido despojarme de mi antipatía y desconfianza congénitas hacia las personas que contraen deudas que no pueden pagar. La manera frívola en que el mundo tiende a juzgar las posiciones relativas de deudores y acreedores me resulta repulsiva. Si prometo pagarle dinero a un hombre y no cumplo mi promesa, no soy más que un mentiroso y un fullero. Esa ha sido siempre y siempre será mi opinión —volvió a tomar la mano de la viuda al hacer esa categórica declaración—. Hay entre nosotros otro lazo de unión —dijo cálido—. Piensa usted como yo.

Santo cielo, si lo que Frau Meyer me había contado era verdad, ¿qué sucedería cuando Madame Fontaine descubriera que su pagaré estaba en manos de un desconocido, un hombre que inexorablemente trataría de cobrarlo el día de su vencimiento? Traté de convencerme de que lo que Frau Meyer me contara no era verdad. Quizás lo habría logrado, a no ser por mi recuerdo del desconocido de

aspecto poco respetable que viera a la puerta de la casa de la viuda, y que mostrara tanta curiosidad por saber si Madame Fontaine tenía planeado mudarse.

CAPÍTULO XXI

Al día siguiente, mis cálculos en lo concerniente a Fritz demostraron ser correctos.

Al regresar a la calle Main después de una corta ausencia, Minna me abrió la puerta precipitadamente. Antes de que lograra articular palabra, su rostro me reveló las alegres nuevas. Y antes de que lograra felicitarla, el propio Fritz se abalanzaba desde el zaguán y hacía uno de sus desesperados intentos por abrazarme. En esa ocasión logré (dado que era el de menor estatura de los dos) escurrirme entre sus brazos justo a tiempo.

—¿Quieres besarme a *mí* estando Minna en la casa! —exclamé.

—He besado a Minna hasta que ambos nos quedamos sin aliento —respondió Fritz con absoluta seriedad— te considero una especie de válvula de seguridad.

Al oír esas palabras, el encantador rostro de Minna hizo gala de otro tipo de elocuencia. No esperé, para retirarme, sino a pedirle noticias de mi tía. La señora Wagner ya estaba en camino a Frankfurt, siguiendo las huellas de Fritz, en etapas menos agotadoras.

—¿Y dónde quedó Jack Straw? —pregunté.

—Viaja con ella —dijo Fritz.

Después de recibir esa extraordinaria noticia, pospuse todas las explicaciones para una mejor oportunidad y dejé solos a los enamorados hasta la hora de la comida.

Era uno de los últimos días hermosos del otoño. La luz del sol me tentó a dar una vuelta por el jardín del señor Engelman.

Un seto de siemprevivas dividía el césped contiguo a la casa de los arriates de flores que ocupaban el otro extremo del terreno. Cuando me encontraba junto al seto oí las voces del señor Keller y Madame Fontaine del otro lado. Entonces, y sólo entonces, recordé que el doctor le había indicado al enfermo una breve caminata en el momento en que más calentaba el sol, a primeras horas de la tarde. En ausencia del señor Engelman, ocupado con los deberes de la oficina, Madame Fontaine lo acompañaba.

Acababa de emprender el regreso a la casa, pensando que era mejor no molestarlos, cuando oí mi nombre en labios de la viuda. Se ha sabido de hombres mejores que yo que, apremiados por la tentación, han cometido acciones indignas de ellos. Fui lo bastante mezquino como para quedarme a escuchar; y pagué el precio proverbial por satisfacer mi curiosidad: no fueron elogios sobre mi persona lo que escuché.

—Me ha honrado pidiéndome consejo, caballero —oí decir a Madame Fontaine—. En lo que respecta al joven David Glenney, puedo hablarle con bastante imparcialidad. En unos pocos días, si no puedo seguir siéndole útil, me habré

marchado de su hogar.

El señor Keller la interrumpió.

—Perdóneme, Madame Fontaine; no puedo dejarla hablar de que nos abandonará. Como sabe, no tenemos ama de llaves. Nos hará un favor a mí y al señor Engelman si es tan amable como para ocuparse de la conducción de nuestros asuntos domésticos, al menos por el momento. Además, su encantadora hija es la luz de nuestro hogar. ¿Qué diría Fritz si se la lleva justo cuando ha llegado a casa? ¡No! ¡No! Usted y Minna tendrán que quedarse con nosotros.

—¡Es usted demasiado bondadoso conmigo, caballero! ¿No sería mejor que averiguara cuáles son los deseos del señor Engelman, antes de tomar una decisión?

El señor Keller rió, y lo que era aún más extraordinario, el señor Keller hizo una pequeña broma.

—Mi querida señora, ¡si no sabe cuáles son, con toda probabilidad, los deseos del señor Engelman, sin necesidad de preguntárselo, es usted la dama menos observadora que ha existido! Hable con él, no faltaba más, si le parece necesario para cubrir las formas, pero volvamos a la cuestión de si debemos contratar a David Glenney para nuestra oficina de Frankfurt. En una carta que recibió hace poco, la señora Wagner no manifiesta ninguna intención de llamarlo de regreso a Londres, y se condujo con tanta agudeza en un asunto de negocios que le confié que, realmente, sería para nosotros una adquisición. Además (hasta que se celebre la boda), sería un buen compañero para Fritz.

—Es ahí exactamente donde veo una dificultad —contestó Madame Fontaine—. Me parece, caballero, que el señor David no es un compañero deseable para su hijo. El candor y la simplicidad admirables del carácter de Fritz podrían sufrir al relacionarse con una persona de la índole sumamente peculiar del señor David.

—¿Podría usted decirme qué peculiaridad observa usted en su carácter, Madame Fontaine?

—Intentaré explicarle lo que siento, caballero. Ha mencionado usted su agudeza. Me atrevería a decir que es demasiado agudo. Y he observado que es, siendo tan joven, demasiado dado a sospechar de los demás. ¿Me hago entender?

—Perfectamente. Por favor, continúe.

—Me parece, señor Keller, que hay algo jesuítico en nuestro joven amigo. Tiene una manera de fijarse en detalles insignificantes y en rebuscar debajo de la superficie de las cosas, donde no hay nada que ver. ¡No le conceda demasiada importancia a lo que le digo! Es muy probable que esté influida por el prejuicio popular contra las «cabezas viejas sobre hombros jóvenes». A la vez, le confieso que, de estar en su lugar, no lo retendría aquí. ¿Quiere que sigamos un poco más adelante?

Me atrevo a afirmar que Madame Fontaine estaba absolutamente en lo cierto en su criterio sobre mí. Al releer las páginas de esta narración, descubro algunos pasajes

en los que, sin duda, parezco justificar su opinión. Incluso entonces la justificaba. Antes de que ella y el señor Keller se adelantaran hasta un lugar desde el que no podía oírlos, comencé a rebuscar «debajo de la superficie» y a «fijarme» en lo que había dicho.

¿Era jesuítico dudar de lo desinteresado de su consejo? Yo dudaba. ¿Era jesuítico sospechar que desconfiaba de mí y que tenía razones propias para quitarme de en medio y ponerme a la segura distancia de Londres? Lo sospechaba.

¡Y, sin embargo, era tan buena cristiana! ¡Y, sin embargo, había salvado tan innegable y noblemente la vida del señor Keller! ¿Qué derecho tenía yo a imputarle motivos interesados a una mujer como esa? ¡Pura mezquindad! No había excusas para mi conducta.

Regresé a la casa con una cabeza que se sentía muy vieja sobre mis jóvenes hombros.

Las maneras de Madame Fontaine conmigo fueron tan encantadoras cuando todos nos reunimos para la comida que los remordimientos me hicieron mantenerme en silencio. Afortunadamente, Fritz se hizo cargo de la mayor parte de la conversación y nadie me prestó atención. Su buen humor, su ruidosa charla insustancial, su desdén por todas las formalidades y ceremonias legales que constituían impedimentos para su rápido casamiento contrastaban de manera divertida con la cortés simplicidad del señor Engelman, que trataba de discutir seriamente la cuestión con su imprudente y joven amigo.

—¡No me hable de las demoras de costumbre y de los deberes del pastor! —exclamó Fritz—. Dígame: ¿acaso realiza sus deberes sin que se le pague?

—Todos tenemos que vivir —argumentó el señor Engelman—; el pastor tiene que pagarle al carnicero y al panadero, igual que los demás.

—¡Eso es evadir mi pregunta, mi querido señor! ¿Nos casaría el pastor a Minna y a mí sin que le pagaran?

—En todos los países civilizados, Fritz, se cobran honorarios por la realización de la ceremonia del matrimonio.

—Muy bien. ¡Ahora siga mi razonamiento, señor Engelman! Según usted mismo admite, todo el asunto es cuestión de dinero. El pastor cobra sus honorarios por hacer a Minna mi esposa, después de los retrasos de costumbre.

En ese punto Minna intervino pudorosa.

—¿Por qué críticas los retrasos de costumbre, querido Fritz?

—Te lo diré, mi ángel, cuando estemos casados. Mientras tanto, retomo mi razonamiento y le suplico al señor Engelman que no olvide que se trata de un asunto de dinero. Haga que al pastor le resulte provechoso casarnos sin las demoras de costumbre. Duplique sus honorarios, triplíquelos, déle diez veces lo que le corresponde. Es sólo una cuestión de cuánto puede resistir el reverendo. Mi padre es

rico. ¡Regáleme un cheque en blanco, papá, y convertiré a Minna en la señora Keller antes del fin de semana!

El padre, que se había contentado hasta ese momento con escuchar divertido, puso freno a la sarta de necedades de su hijo.

—Hay un momento para todo, Fritz —dijo—. Ya nos hemos reído bastante. Lamento observar que cuando hablas de tu matrimonio pasas por encima de las consideraciones que le debes al único pariente vivo de tu padre.

Madame Fontaine puso sobre la mesa su cuchillo y su tenedor, como si hubiera llegado al final de su cena. La súbita aparición en la conversación de un «pariente vivo» evidentemente la había tomado por sorpresa. El señor Keller, al notarlo, se volvió hacia ella, y a ella exclusivamente se dirigió a continuación.

—Me refería, señora, a mi hermana mayor —dijo—. Ella y yo somos los únicos sobrevivientes de una numerosa familia.

—¿La dama vive en esta ciudad, caballero? —inquirió la viuda.

—No, sigue viviendo donde nacimos, en Munich.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Tantas como desee, querida señora.

—¿Su hermana está casada?

—Mi hermana nunca se ha casado.

—Y no por falta de pretendientes —dijo cortés el señor Engelman—. Es una persona muy brillante. Ingeniosa y culta. Posee un envidiable capitalito, del que puede disponer por entero.

El señor Keller desaprobó amablemente esa última alusión a la cuestión del dinero.

—Mi buen amigo; Madame Fontaine está por encima de cualquier consideración mercenaria. El lugar que ocupará mi hermana en su estima y su afecto no se verá influido por la fortuna de mi hermana, cuando se conozcan (como espero que lo hagan) en la boda de Fritz.

Al escuchar lo anterior, Fritz intervino en la conversación con su ardor habitual.

—¡Oh, por Dios, papá, ten alguna consideración con nosotros! Si esperamos a mi tía sólo nos casaremos en la eternidad.

—¡Fritz!

—No se acalore, señor, no lo dije por nada malo. Pensaba en el asma de mi tía. A su edad, no se atreverá a emprender el largo viaje de Munich a Frankfurt. Permítame hacerle una sugerencia. Casémonos primero y visitémosla durante nuestra luna de miel.

El señor Keller dejó pasar la sugerencia de su hijo como si no la hubiera oído y se dirigió de nuevo a Madame Fontaine.

—Me propongo escribirle a mi hermana dentro de uno o dos días para informarle

sobre los planes matrimoniales —continuó—. Ya conoce su nombre por intermedio del señor Engelman, quien amablemente le escribió para calmar su preocupación por mi enfermedad.

—Y para contarle a la devoción de a quién debe su recuperación —intervino el señor Engelman.

La viuda recibió ese tributo con los ojos modestamente clavados en su plato. Su vestido negro, que subía y bajaba sobre su pecho, delataba una agitación que sus enemigos de Wurtzburgo quizás habrían atribuido al descubrimiento de la hermana rica de Munich. El señor Keller continuó:

—Estoy seguro de poder confiar en sus simpatías femeninas para que comprenda el afecto que me une a mi última parienta viva. La presencia de mi hermana en el casamiento me resultará un consuelo y una felicidad inexpresables. A pesar de lo que ha dicho mi hijo (lamentablemente tienes la tendencia a hablar sin pensar, Fritz) creo que no le asustará viajar a Frankfurt, siempre que se lo facilitemos teniendo en cuenta su salud y su conveniencia. Los jóvenes tienen toda su vida por delante; los jóvenes pueden esperar.

—Sin duda, caballero.

Madame Fontaine le dio al señor Keller esa breve respuesta en voz muy queda, con los ojos aún clavados en el plato. Resultaba imposible descubrir qué opinión le merecía el retraso derivado de la consideración del señor Keller por su hermana. Por el momento, Fritz se sentía simplemente desconsolado. Miró a Minna, se recobró y le hizo otra sugerencia a su padre.

—¡Ahora sí lo tengo! —exclamó—. ¿Por qué no ahorrarle a la tía las fatigas del viaje? ¡Partamos todos mañana hacia Baviera y celebremos el matrimonio en Munich!

—¡Y dejemos que la firma en Frankfurt se atienda sola en el momento más atareado del año! —añadió su padre con ironía—. Cuando vuelvas a abrir la boca, Fritz, que sea para introducir en ella comida o bebida, y límitate a eso.

Con esas palabras se puso fin por el momento a la cuestión de la boda.

Terminada la comida, el señor Keller se retiró a su cuarto para reposar un rato. Fritz y su novia salieron juntos a realizar una gestión en la que ambos estaban igualmente interesados: la compra del anillo que simbolizaría el compromiso de Minna. Cuando me vi a solas con el señor Engelman y la viuda, me pareció que podía ser un obstáculo para una conversación privada y me retiré a la oficina. Aunque no se me empleaba regularmente como a uno más de los empleados, desde mi regreso de Hanau me permitían trabajar como voluntario. De esa forma aumentaba mi conocimiento de los detalles de nuestro negocio y pagaba mínimamente la hospitalaria bienvenida que ambos socios me habían dispensado.

Había pasado una media hora o un poco más cuando llegaron del banco unos

papeles que requerían una firma. Como el señor Engelman seguía ausente, le sugerí al encargado de la oficina que se dirigiera al comedor con los papeles.

Este regresó de inmediato, con un aspecto muy alarmado.

—¡Por favor, vaya al comedor! —me dijo—. Me temo que al señor Engelman le sucede algo muy grave.

—¿Quiere decir que está enfermo? —pregunté.

—No puedo decirle. Tenía los brazos extendidos sobre la mesa y el rostro oculto en ellos. No me prestó ninguna atención. Casi llegué a temer que estuviera llorando.

¿Llorando? Lo había dejado de excelente humor, lanzándole miradas de la más tierna admiración a Madame Fontaine. Sin esperar a oír más, corrí al comedor.

Estaba solo, en la posición que me describiera el empleado y, pobre anciano, ¡sollozaba amargamente! Le puse mi mano con la mayor gentileza posible sobre el hombro y le dije con la ternura que en verdad sentía por él:

—Querido señor Engelman, ¿qué ha pasado que lo ha afligido tanto?

Al escuchar el sonido de mi voz, levantó la vista y me tomó la mano febrilmente.

—Quédese conmigo un rato, David —dijo—. He recibido un golpe de muerte.

De inmediato me senté a su lado.

—Trate de contarme lo que ha sucedido —proseguí—. Lo dejé aquí con Madame Fontaine...

Sus lágrimas dejaron de brotar súbitamente; su mano se cerró convulsivamente sobre la mía.

—No me hable de ella —exclamó, presa de un arrebató de ira—. Tenía usted razón, David. Es una mujer falsa —cuando esas palabras salieron de sus labios volvió a experimentar un cambio. Se le quebró la voz; parecía asustado de su propio lenguaje violento—. ¡Oh, qué digo! ¡Qué derecho tengo a decir eso de ella! Soy un bruto, injurio a la mejor de las mujeres. Todo fue culpa mía, David; me he conducido como un loco, como un tonto. ¡Oh, hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Lo creerá usted? ¡Le pedí que se casara conmigo!

No hay que aclarar que no necesité más explicaciones.

—¿Lo alentó ella a que se lo pidiera? —pregunté.

—Creí que lo hacía, David; pensé que debía ser inteligente y aprovechar la oportunidad. Dijo que quería hacerme una consulta. Me dijo: «El señor Keller me ha pedido que permanezca aquí para atender la casa; no le he respondido aún, porque antes quise saber si usted lo aprobaba». Fue entonces cuando pronuncié mis temerarias palabras, le pedí que fuera algo más que nuestra ama de llaves: que fuera mi esposa. Soy necio por naturaleza —dijo el pobre y simple caballero—; cada vez que trato de hacer algo inteligente, fracaso. Al principio se mostró muy comprensiva; me dijo que no, pero de manera considerada, como si me compadeciera. Como un tonto, me aproveché de su amabilidad; no pude evitarlo, David, la quería tanto. La

forcé a confesarme por qué me rechazaba. Fui lo bastante loco como para preguntarle si había otro hombre a quien prefiriera. ¡Oh, me dijo algunas cosas duras, llevada de la ira! Y lo que es peor, cuando me arrodillé a sus pies, dijo: «¡Levántese, viejo tonto!», se rió y se marchó. Sáqueme de aquí, David; soy demasiado viejo para superar esto si me quedo. No quiero volver a verla ni a hablarle. Lléveme a Inglaterra con usted; y, ¡oh, no se lo cuente a Keller!

Volvió a prorrumpir en llanto. Era terrible verlo y escucharlo. Intenté buscar algunas palabras de consuelo. Antes de que lograra dar expresión a esa intención, la puerta de la habitación se abrió suavemente y ante nosotros apareció Madame Fontaine. Sus ojos contemplaron al señor Engelman desde debajo de sus pesados párpados con una serena y desdeñosa compasión. El infeliz ya no le era de ninguna utilidad. ¡Era completamente innecesario malgastar con él su cortesía!

—No hay la menor necesidad de que se tome ninguna molestia, caballero —dijo—. Es *mi* deber irme de esta casa, y así lo haré.

Sin esperar respuesta, se volvió hacia la puerta y se marchó.

CAPÍTULO XXII

—¡En nombre del cielo, caballero, permítame marcharme!

—De ninguna manera, Madame Fontaine. Si no se queda porque se lo merece, quédese como un favor que me hace.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto a la mañana siguiente, la viuda y el señor Keller estaban en el rellano de la escalera y esas fueron las palabras que intercambiaban.

El señor Keller se me acercó y se dirigió a mí.

—¿Qué sabe usted, David, de la desaparición del señor Engelman?

—¿Desaparición? —repetí—. Estuve con él ayer por la tarde y le di las buenas noches en su cuarto.

—Debe haberse marchado de la casa antes de que los sirvientes se levantaran esta mañana —dijo el señor Keller—. Lea esto.

Me dio un pedazo de papel con unas líneas escritas a lápiz:

Perdóneme, mi querido socio y amigo, por abandonarlo sin decirle adiós; y también por sobrecargarlo con la dirección de la firma antes de que tal vez esté lo bastante fuerte como para asumir esa responsabilidad. Me siento tan confundido que no sería de ninguna utilidad en la oficina. Mientras escribo estas líneas, mi pobre cabeza me arde como si tuviera fuego en ella. No puedo enfrentarme a ella; no puedo enfrentarme a usted; debo irme antes de perder toda posibilidad de control sobre mí mismo. No intente buscarme. Si cambio y la ausencia me permite volver a ser dueño de mí mismo, regresaré. De no ser así, a mi edad y en mi estado de ánimo, cualquier hombre está dispuesto a morir. Por favor, dígame a Madame Fontaine que le pido perdón de todo corazón. Adiós y que Dios lo bendiga y lo llene de prosperidad.

Me sentí sinceramente afligido. Había algo terrible en este súbito derrumbe de la inofensiva existencia del pobre Engelman, algo cruel y absurdo en el hecho de que la pasión amorosa hubiera hundido sus garras implacables en un anciano inocente que se acercaba velozmente al final de sus días. En la vida real hay cientos de ejemplos de esta deplorable anomalía; y, sin embargo, cuando nos sucede, siempre nos toma por sorpresa, y cuando oímos que les ha sucedido a otros, siempre estamos prestos a saludarla con dudas o con burlas.

Madame Fontaine se comportó admirablemente. Se sentó en el poyo de la ventana que estaba al final del rellano y se estrujó las manos con un gesto de desesperación.

—¡Oh, si me hubiera pedido cualquier otra cosa! —dijo—. ¡Si hubiera podido hacer cualquier otro sacrificio por él! Dios sabe que nunca me lo imaginé; nunca le di la menor esperanza. Habríamos podido ser tan felices todos juntos aquí. ¡Y yo, que

habría ido hasta el fin del mundo para servir al señor Keller y al señor Engelman soy la infeliz causa de que su hogar se divida!

El señor Keller estaba profundamente afectado. Se sentó en el poyo junto a Madame Fontaine.

—Mi queridísima señora, usted es absolutamente inocente en este asunto —dijo—. Hasta mi infortunado socio lo comprende y le pide perdón. Comenzaré de inmediato a hacer averiguaciones para encontrarlo. Mientras tanto, permítame rogarle que se calme. Quizás Engelman ha hecho bien en abandonarnos por un tiempo. Se sobrepondrá a su espejismo y quizás todo se arregle.

Bajé, porque no quería seguir oyendo. Confieso que todas mis simpatías eran para el señor Engelman, aunque claro que era un anciano gordo y simple. El señor Keller me parecía (¡una muestra más de «cabeza de viejo sobre hombros jóvenes»!) haber pasado de un extremo al otro. Había comenzado tratando a la viuda con una injusticia incivil y ahora la halagaba con irrazonable parcialidad.

Durante los próximos días, en la casa reinó al menos la tranquilidad, a falta de la felicidad. El señor Keller le escribió a su hermana de Munich invitándola a fijar la fecha más cercana en que le resultara conveniente trasladarse a Frankfurt para el matrimonio de su hijo. Madame Fontaine asumió la conducción regular de nuestros asuntos domésticos. Fritz y Minna encontraban suficiente solaz en su mutua compañía. Acababa de comenzar una nueva semana y nuestras averiguaciones sobre el señor Engelman no habían producido, hasta el momento, ningún resultado, cuando recibí una carta con noticias del fugitivo que se me confiaban bajo la más estricta reserva.

El autor de la carta resultó ser un hermano casado del señor Engelman, más joven que él, que residía en Bingen, en las márgenes del Rin.

Le escribo, estimado caballero, a petición de mi hermano. Mi esposa y yo estamos haciendo todo lo posible por aliviar su pena y consolarlo, pero su mente no se ha recuperado lo suficiente como para poder escribirle personalmente. Mi hermano quiere expresarle su más cordial agradecimiento por sus simpatías en el momento más duro de su vida, y confía en su bondad para que le haga saber, de cuando en cuando, los progresos de la salud del señor Keller y de la marcha de la firma. Al escribirme a Bingen, le ruego que considere la información sobre mi hermano que le he brindado en esta carta estrictamente confidencial, hasta que le indique lo contrario. En su presente situación, le resultaría extremadamente doloroso ser objeto de averiguaciones, reconvenciones o súplicas de que regrese.

La llegada de esas tristes nuevas no fue el único suceso sobresaliente del día. Cuando pensaba aún en el pobre señor Engelman, Fritz entró a la oficina con el

sombrero en las manos.

—Minna está un poco desanimada esta mañana —dijo—. Voy a llevarla a recorrer las tiendas durante una media hora. ¿Puede venir con nosotros?

La invitación me sorprendió.

—¿Minna quiere que vaya? —pregunté.

Fritz bajó la voz para que los empleados que se encontraban en la oficina no oyeran su respuesta.

—Minna me ha mandado a buscarlo —contestó—. Se siente preocupada con respecto a su madre. Yo no entiendo nada del asunto, y quiere pedirle consejo.

Me resultaba imposible abandonar mi escritorio en ese momento. Acordamos posponer el paseo hasta después de la comida. Cuando nos sentamos a la mesa, observé que no sólo Minna, sino también su madre, parecían desanimadas. Probablemente el señor Keller y Fritz notaron el cambio, al igual que yo. Todos estuvimos más silenciosos que de costumbre. La agitación de las calles, en compañía de los enamorados, me resultó un alivio.

Minna parecía querer que le diera pie para comenzar a hablar. Me sentí obligado a preguntarle directamente si había sucedido algo que las molestara a ella y a su madre.

—No sé muy bien cómo decírselo —dijo—. Me aflige mucho mi madre.

—Comienza por el principio —sugirió Fritz—; cuéntale adónde fuisteis ayer y lo que sucedió.

Minna siguió su sugerencia.

—Mamá y yo fuimos ayer a nuestra casa —comenzó—. Habíamos dado aviso de que nos marcharíamos cuando se acordó que iríamos a vivir a casa del señor Keller. El plazo para nuestra mudanza casi había expirado, y quedaban unas cuantas cosas en el apartamento que podíamos llevarnos personalmente. Mamá, que se dirige a todos con tanta consideración, le dijo a la casera que confiaba en que pronto podría alquilar nuevamente sus habitaciones. La buena mujer le contestó: «No estoy segura, señora, de no haberlas alquilado ya.» ¿No le parece que es una respuesta extraña?

—Sin duda parece requerir ciertas explicaciones. ¿Qué dijo la casera?

—Las explicaciones de la casera no dejaron nada en claro —intervino Fritz—. Parece haber hablado con un misterioso desconocido que ya antes le había preguntado si era probable que Madame Fontaine se mudara, y que ayer volvió a preguntarle lo mismo. Cuéntale el resto, Minna.

Antes de que hablara yo ya había adivinado que se trataba del personaje de aspecto sospechoso que el señor Engelman y yo nos tropezamos algún tiempo atrás en la entrada de la casa. Le pregunté qué había dicho el hombre al enterarse de que las habitaciones estaban libres.

—Esa es la parte sospechosa —exclamó Fritz—. Cuéntale todo en detalle, Minna, para que nada se quede afuera.

La interrupción de Fritz sólo pareció servir para turbar a Minna. Le rogué a mi amigo que guardara silencio e hice todo lo posible por ayudarla a encontrar el hilo perdido de su historia.

—¿El hombre pidió que le mostraran las habitaciones? —dije.

—No.

—¿Habló de alquilarlas?

—Dijo que deseaba que se las mantuviera reservadas hasta esa tarde —contestó Minna—; y después preguntó si Madame Fontaine se había marchado de Frankfurt. Cuando la casera le contestó que no, le hizo de inmediato otra pregunta. Quería saber en qué parte de Frankfurt vivía ahora Madame Fontaine.

—Y la necia de la casera le dio la dirección —dijo Fritz, volviendo a interrumpir.

—Y me temo que su necedad haya ocasionado algún grave problema —añadió Minna—. Vi a mamá sobresaltarse y palidecer. Le dijo a la casera: «¿Cuánto rato hace que sucedió?» «Una media hora», respondió la casera. «¿Hacia dónde se dirigió cuando se fue: hacia la casa del señor Keller o en dirección contraria?». La casera dijo: «Hacia la casa del señor Keller». Sin decir otra palabra, mamá me tomó del brazo. «Es hora de regresar a la casa», dijo, y retornamos de inmediato.

—Por supuesto, llegaron demasiado tarde para encontrar allí al hombre.

—Sí, David, pero supimos de él. Mamá le preguntó a Joseph si alguien había llegado mientras estábamos fuera. Joseph dijo que se había presentado un desconocido a preguntar si Madame Fontaine estaba en casa. Al escuchar que había salido, dijo: «Creo que será mejor que le escriba. Tengo entendido que está aquí sólo por corto tiempo, ¿no es cierto?». El inocente de Joseph respondió: «¡Oh, no, por Dios! Madame Fontaine es la nueva ama de llaves del señor Keller». «¿Y bien?», preguntó mamá, «¿qué dijo al oír eso?» «No dijo nada», respondió Joseph. «Se marchó de inmediato».

—¿Fue eso todo lo que conversaron su madre y Joseph?

—Todo —contestó Minna—. Mi madre ni siquiera me permitió que le hablara. Sólo intenté ofrecerle unas palabras de cariño, pero me contestó, cortante, que guardara silencio. «No me interrumpas», dijo, «quiero escribir una carta».

—¿Vio usted la carta?

—¡Oh, no! Pero estaba tan preocupada e intranquila que lancé una ojeada por encima de su hombro cuando escribía la dirección.

—¿Recuerda cuál era?

—Sólo vi la última palabra. La última palabra era Wurtzburgo.

—Ahora sabe usted tanto como nosotros —prosiguió Fritz—. ¿Qué opina, David? ¿Y qué nos aconseja?

¿Qué debía aconsejarles? Lo único que podía hacer era sacar mis propias conclusiones y guardármelas. Alguien vigilaba los movimientos de Madame

Fontaine, posiblemente por encargo del desconocido que era el actual propietario del pagaré. Por supuesto, me resultaba imposible comunicarles a mis dos compañeros ese punto de vista sobre la situación. Solo podía sugerirles que tuvieran paciencia y confiaran en que con el tiempo todo se solucionaría, así como aconsejarle a Minna que guardara un discreto silencio sobre el asunto hasta que su madre volviera a mencionarlo.

Mis consejos, vagamente prudentes, no fueron, como es natural, del gusto de mis jóvenes oyentes. Fritz admitió abiertamente que lo había decepcionado, y Minna me hurtó el rostro con aire de reproche. Con su aguda perspicacia, había detectado, en mi aspecto y mis maneras, que me reservaba lo que pensaba. Ni ella ni Fritz pusieron reparos a que me marchara para regresar a la oficina antes de la hora de salida del correo. Le escribí al señor Engelman antes de dejar mi escritorio esa tarde.

Al evocar esos días memorables de mi juventud, recuerdo que una extraña y siniestra melancolía hizo presa del reducido número de miembros de nuestro hogar desde el momento en que nos abandonó el señor Engelman.

Los lazos de simpatía que más o menos nos habían unido hasta ese momento parecieron, de algún modo misterioso, aflojarse y desaparecer. Sosteníamos relaciones perfectamente satisfactorias los unos con los otros, pero había una inconfesada falta de confianza entre todos, que, al menos a mí, en ocasiones me resultaba sumamente penosa. Una malsana atmósfera de desconfianza nos cercaba. El señor Keller sólo creía con ciertas reservas que el decaimiento persistente de Madame Fontaine no se debía, en realidad, como ella afirmaba, a nada de mayor importancia que unas jaquecas de origen nervioso. Fritz comenzaba a dudar de que su padre se sintiera realmente tan satisfecho como declaraba con la elección que hiciera su hijo de una novia pobre. Minna, al percatarse de que en ocasiones Fritz estaba más apagado y silencioso que de costumbre, empezaba a preguntarse si la querría tanto en la adversidad como en la ventura. Y para colmo, Madame Fontaine sospechaba de mí y yo sospechaba (aun cuando sí, le había salvado la vida al señor Keller) de Madame Fontaine.

De esa humillante situación de desánimo y desconfianza nos sacó, una mañana, la feliz llegada de la señora Wagner, acompañada de su doncella, su postillón... y Jack Straw.

CAPÍTULO XXIII

Las circunstancias habían obligado a mi tía a realizar la última etapa de su viaje a Frankfurt con el correo de la noche. Había hecho una simple parada en nuestra casa, de camino al hotel, ya que no se sentía inclinada a abusar de la hospitalidad de sus socios estando acompañada, como lo estaba, por un retrasado mental como Jack. No obstante, el señor Keller se negó incluso a oír que la socia principal de la firma se viera reducida a aceptar una bienvenida mercantil en un hotel. Todo un ala de la casa, situada exactamente encima de las oficinas, estaba lista a la espera de la llegada de la señora Wagner. Se bajó el equipaje del coche y mi tía se vio obligada por las leyes de la cortesía y de la amistad a ceder.

Fue Joseph quien me comunicó esas noticias a mi regreso de una visita temprana a uno de nuestros almacenes en las márgenes del río. Cuando pregunté si podía ver a mi tía, me informó que ya se había retirado a descansar en sus habitaciones, después de las fatigas de siete horas de viaje nocturno.

—¿Y dónde está Jack Straw? —pregunté.

—Trastornando todas las costumbres de la casa, señor —respondió Joseph.

La voz de Fritz me llamó desde las regiones inferiores del edificio.

—Baje, David; ¡aquí hay algo que vale la pena ver!

Descendí de inmediato a las estancias de los sirvientes. Allí, agachado en un rincón del frío corredor de piedra que constituía el medio de comunicación entre las cocina y las escaleras, vi de nuevo a Jack Straw, en la misma postura en que lo había conocido en Bedlam, salvo por el encierro, las cadenas y la paja.

A no ser por el cabello prematuramente gris y la extraña palidez amarillenta de su tez, dudo si lo habría reconocido. Se veía grueso y feliz; llevaba un traje limpio y favorecedor, con una flor en el ojal y lazos en los zapatos. En una palabra, en lo que a vestuario concernía, podía tomársele por el paje de una dama, ataviado bajo la supervisión de su ama.

—¡Ahí está, y ahí pretende quedarse hasta que su tía despierte y lo mande a buscar! —dijo Fritz.

—Poniendo nerviosas a las sirvientas que van a realizar sus tareas —añadió Joseph con aire de suprema aversión—, ¡y congelándose en ese rincón cuando podría estar cómodamente sentado junto al fuego de la cocina!

Jack escuchó sus palabras con irónico aire de aprobación.

—Eso está muy bien, Joseph —comentó—. Ven acá: quiero decirte algo. ¿Ves esa campanilla? —señaló a una hilera de campanillas dispuestas a lo largo de la parte superior de la pared del corredor, y apuntó a una de ellas, que llevaba el número diez—. Me han dicho que esa es la campanilla del cuarto del Ama —continuó, llamando aún a mi tía por el apelativo que le había dado cuando se conocieron en el manicomio

—. ¡Muy bien, Joseph! No quiero estorbar; pero nadie en esta casa debe darse cuenta antes que yo de que ha sonado esa campanilla. Aquí me quedo hasta que el Ama la haga sonar, y entonces os libraréis de mí; me mudaré a la alfombrilla que está ante su puerta y aguardaré a que me silbe. Ahora puedes irte. He ahí a un pobre retrasado —dijo cuando Joseph se retiró—. ¡Señor! ¡Cuántos como él hay en este mundo!

Fritz rompió a reír.

—Me temo que sea usted otro de ellos —dijo Jack contemplándolo con la más sincera compasión.

—¿Me recuerda? —le pregunté.

Jack asintió con aire condescendiente.

—¡Oh, sí!, el Ama ha hablado de usted. Les conozco a ambos. Usted es David y él es Fritz. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

—¿Cómo fue el viaje desde Londres? —pregunté a continuación.

Estiró brazos y piernas y bostezó.

—Oh, fue un viaje bastante bueno. Habríamos estado mejor sin el postillón y la doncella. El postillón es un hombre alto. No me gustan los hombres altos. Yo mido cinco pies; esa es la estatura adecuada para un postillón. Yo me habría podido encargar de todo el trabajo y ahorrarle ese dinero al Ama. Su doncella también es alta y de manos torpes. Yo podría peinar al Ama mucho mejor que la doncella, si me lo permitiera. La verdad es que quisiera hacerle todo lo que necesita. Nunca me sentiré totalmente contento hasta que no sea su único sirviente.

—Ah, sí —dijo Fritz, conviniendo con él, llevado de su buen natural—. Es usted un hombrecito agradecido; no olvida lo que la señora Wagner ha hecho por usted.

—¿Que no lo olvido? —replicó Jack con desdén—. Mire, si no puede hablar con más sensatez, sería mejor que se aguantara la lengua —se volvió para apelar a mí—. ¿Oyó alguna vez a alguien como este Fritz? ¡Le parece maravilloso que yo recuerde el día en que el Ama me sacó de Bedlam!

—¡Ah, Jack, ese fue un gran día en tu vida!, ¿no es cierto?

—¿Un gran día? ¡Oh, Señor que estás en los cielos! ¿Existen acaso palabras lo bastante excelsas como para describirlo? —se levantó de un salto, trastornado por el súbito tumulto de sus propios recuerdos—. ¡El sol, el tibio, dorado, bendito, hermoso sol, nos dio la bienvenida cuando salimos por la puerta, y la alegría casi me vuelve loco de remate! Cuarenta mil demonios, pequeños demonios vivaces, tentadores, del color de la paja (¡y tenga en cuenta que los conté!), me treparon encima. Se me sentaron en los hombros, me hacían cosquillas en las manos, se me enredaban en el pelo, y me gritaban todos a coro, como una jauría de perros. «¡Oye, Jack, te estamos esperando; ya te quitaron las cadenas, el sol brilla y el coche del Ama está a las puertas! ¡Únetenos, Jack, en un buen aullido; un hermoso, desgarrador, penetrante, aterrador aullido de loco!» Me arrodillé en el piso del coche y me agarré a las

faldas del vestido del Ama. «¡Míreme», le dije; «no voy a romper a gritar, no la voy a asustar, aunque me muera! ¡Sólo ayúdeme con sus ojos! ¡Sólo míreme!». Y ella me sentó en el asiento delantero del coche, frente a ella, y no me quitó los ojos de encima durante todo el trayecto hasta que llegamos a su casa. «Yo creo en ti, Jack», me dijo. Y yo ni siquiera despegué los labios para contestarle, tan decidido estaba a quedarme callado. ¡Ja! ¡Ja! ¡Cómo hubierais gritado vosotros dos en mi lugar!

Volvió a sentarse en su rincón, encantado con su visión de cómo habríamos gritado de haber estado en su lugar.

—¿Y qué hizo el Ama cuando llegaron a la casa? —pregunté.

De repente lo abandonó toda su alegría. Levantó una mano y la agitó suavemente.

—Habla usted muy alto, David —dijo—. Toda esa parte hay que contarla en voz muy queda, porque es toda hermosa, amable, buena. En el cuarto había un cuadro de ángeles que tocaban sus arpas. Querría tener los ángeles y las arpas para que me ayudaran a contárselo. Fritz, ese que está ahí, entró con nosotros y me dijo que era un dormitorio, pero yo sabía que no era eso; yo sabía que era el cielo. Mire: recordé la prisión, la oscuridad, el frío, las cadenas y la paja, y le di el nombre de cielo. Ustedes pueden decir lo que quieran; el Ama dijo que yo tenía razón.

La deslumbrante sensación de su propia valía le hizo cerrar los ojos y sumirse en sus pensamientos. Fritz, sin proponérselo, lo despertó de su ensueño al proseguir la historia de la llegada de Jack a su cuarto.

—Nuestro amiguito —comenzó Fritz en tono confidencial—, hizo la cosa más extraña que sea dable imaginar cuando se instaló en su nueva pieza. Era un día frío, pero insistió en apagar el fuego. Después le echó un vistazo a la ropa de cama y...

Jack abrió solemnemente los ojos y detuvo en ese punto la narración.

—Usted no es la persona adecuada para contarlo —dijo—. Sólo una persona que me comprenda puede hacerlo. No tema quedarse sin saberlo, David. Yo me comprendo a mí mismo; yo se lo contaré. Usted vio en qué clase de lugar vivía y dormía yo en el manicomio, ¿no es así?

—Lo vi, Jack, y nunca lo olvidaré.

—Ahora imagine lo que era, para empezar, tener una habitación. Y añada, si me hace el favor, un fuego, y una luz, y una cama, y mantas, y sábanas, y almohadas, y ropas, espléndidas ropas nuevas, ¡para mí! Y entonces pregúntese si hay hombre que pueda soportar que todas esas cosas se le vengán encima (menos de una hora después de haber salido de Bedlam) sin perder totalmente la cabeza y chillar de placer. No, no. Si una cualidad poseo, es la de tener un arraigado sentido común. ¡Volví a arrodillarme ante ella! «Si tiene usted piedad de mí, Ama, permítame hacerme de estas cosas poco a poco. ¡Le juro por mi alma que no puedo digerirlas todas a la vez!». Ella me entendió. Apagamos el fuego, con lo que sorprendimos a Fritz, esa persona imperfecta. Ese poquito del frío de Bedlam me mantuvo cómodo y tranquilo.

Estuvo bien la cama esa noche... ¡pero que el cielo me apartara de las mantas, las sábanas y las almohadas hasta que fuera capaz de soportarlas! Y en cuanto a ponerme abrigo, chaleco y pantalones, todo a la vez, a la mañana siguiente, lo más que logré, cuando me vi con mis pantalones puestos, fue dar una orden con voz de caballero: «¡Fuera todo lo demás! ¡La camisa para mañana, el chaleco para el día siguiente, y el abrigo —si es que puedo verlo sin echarme a gritar— otro!». Un proceso gradual, David, ¿comprende? Y todas las mañanas el Ama me ayudaba, repitiéndome las palabras que había dicho en el coche. «Yo creo en ti, Jack». Pregúntele cuando se levante si alguna vez la asusté desde el día en que me llevó a su casa —le lanzó otra mirada a Fritz, con el mismo resentimiento—. ¿Entiende ahora lo que hice cuando llegué a mi nuevo cuarto? ¿Fritz forma parte de la firma, David? Si es así, va a requerir mucha vigilancia. Venga acá; quiero hablar con usted.

Volvió a incorporarse y, tras tomarme del brazo con aire de gran importancia, me apartó unos pasos, aunque no los suficientes para perder de vista la campanilla de mi tía.

—He oído que le llaman Frankfurt al lugar donde nos encontramos —comenzó—. ¿Es así?

—¡Así mismo!

—¿Y aquí hay un negocio, como el de Londres?

—Correcto.

—¿Y el Ama es el Ama aquí también, como en Londres?

—Sí.

—Muy bien, en ese caso, quiero que me aclare algo. ¿Qué hay con las Llaves?

Lo miré sin entender una palabra de lo que quería decir con su última pregunta. Dio una patada de impaciencia.

—¿Quiere decirme, David, que no está enterado del puesto que yo desempeñaba en la oficina de Londres?

—¡No, Jack!

Se alzó en toda su estatura, cruzó los brazos al frente y me miró desde la incommensurable altura de su superioridad.

—¡En Londres yo era el Guardián de las Llaves! —anunció—. Y lo que quiero saber es si seré el Guardián de las Llaves aquí.

Ahora me resultaba evidente que mi tía —siguiendo el sabio plan de cultivar el sentido de la responsabilidad del pobre hombre— le había encomendado el cuidado de unas llaves y lo había estimulado a hacer punto de honor el mostrarse digno de ese pequeño encargo. No tenía ninguna duda de que encontraría algún medio de seguirle la corriente del mismo modo en Frankfurt.

—Aguarde a que suene la campanilla y quizás encontrará las Llaves esperándole en la habitación del Ama —respondí.

Se frotó las manos encantado.

—¡Eso es! —dijo—. Vigilemos la campanilla.

Cuando se volvió para regresar a su rincón, nos llegó la voz de Madame Fontaine desde lo alto de la escalera de la cocina. Le hablaba a su hija. Jack se paró en seco y aguardó, con los ojos vueltos hacia la escalera.

—¿Dónde está la otra persona que vino con la señora Wagner? —preguntó la viuda—. Es un hombre con un extraño nombre inglés. ¿Sabes, Minna, si ya le prepararon su habitación?

Mientras hablaba bajó la escalera, avanzó por el pasillo y descubrió a Jack Straw. En un instante desaparecieron sus maneras lánguidas e indiferentes. Bajo sus pesados párpados, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Se quedó inmóvil, como una mujer petrificada por la sorpresa, o quizás por el terror.

—¡Hans Grimm! —la oí murmurar—. ¡Santo cielo! ¿Qué lo trae a él aquí?

CAPÍTULO XXIV

Casi de inmediato Madame Fontaine recuperó el control sobre sí misma.

—No pude evitar sobresaltarme —nos dijo a Fritz y a mí a modo de explicación—. La última vez que vi a este hombre desempeñaba un empleo menor en la Universidad de Wurtzburgo. Un día se marchó, sin que nadie supiera por qué. Y surge de repente, sin previo aviso, en esta casa.

Miré a Jack. En su rostro había aparecido una sonrisa de pícaro satisfacción. Parecía estar disfrutando con el sobresalto de Madame Fontaine. Pero cuando Minna se acercó y le habló, al instante esa expresión se vio sustituida por otra más dulce.

—¿No me recuerda, Hans? —dijo.

—Oh, sí, señorita, la recuerdo. Usted es una buena persona. Salió a su papá. El era una buena persona, excepto cuando manipulaba sus horribles frascos de medicinas. ¡Pero no deben llamarme por el nombre que me dieron en la Universidad! Entonces era alemán, y ahora soy inglés. Todas las naciones me resultan lo mismo. Pero soy puntilloso con mi nombre, porque es con el que el Ama me conoció. Nunca llevaré otro. «Jack Straw», si me hacen el favor. Ese es mi nombre, y estoy orgulloso de él. ¡Dios mío, qué feo es ese sombrero que lleva en la cabeza! Pronto le haré uno mejor.

Se volvió hacia Madame Fontaine y adoptó un tono de súbita desconfianza.

—No me gusta la manera en que acaba de referirse a mi partida de la Universidad. Tenía derecho a marcharme si quería, ¿no es cierto?

—Oh, sí, Hans.

—¡Nada de Hans! ¿No oyó lo que acabo de decir? Llámeme Jack.

Madame Fontaine repitió ese nombre con una docilidad que me produjo cierta sorpresa.

—¿Robé algo en la Universidad? —prosiguió Jack.

—Nada, que yo sepa.

—Entonces, la próxima vez refiérase a mí respetuosamente. Diga: «El señor Jack se retiró de la Universidad haciendo uso de sus prerrogativas».

Tras enunciar esa fórmula con aires de persona importante, se dirigió a mí.

—Apelo a usted —dijo—. Suponga que ha perdido el color aquí (se tocó una mejilla) y aquí (se tocó el pelo); y suponga que sucedió en la Universidad. ¿Se habría quedado usted allí (se puso de puntillas para susurrarme al oído sus próximas palabras) para que volvieran a envenenarlo? ¡No! —exclamó volviendo a alzar la voz—, se habría dedicado a errar como yo. De Alemania a Francia, de Francia a Inglaterra, y de ahí a Londres, y a caer bajo las patas de los caballos de su Excelencia, y a Bedlam, y a dar con el Ama. ¡Oh, que Dios me ayude, se me olvidaba la campanilla! Adiós a todos. Me quedaré en mi rincón hasta que suene la campanilla.

Madame Fontaine me lanzó una mirada con expresión compasiva y se llevó una mano a la cabeza.

—Venga a mi sala de estar, Jack, para darle algo de comer y de beber y para que me cuente sus aventuras después de que se marchara de Wurtzburgo —dijo.

Le dedicó su más dulce sonrisa y se dirigió a él en su tono más seductor. Creo que esa reprobable tendencia mía a sospechar fácilmente de los demás despertó de nuevo. En cualquier caso, me pareció que la viuda demostraba una muy llamativa preocupación por congraciarse con Jack. No obstante, éste estaba a prueba de cualquier intento de seducción: sacudió la cabeza con terquedad y señaló la campanilla. Todos nos fuimos en distintas direcciones y dejamos al extraño hombrecito acurrucado en su rincón.

Esa tarde mi tía me mandó llamar.

Encontré a Jack en su puesto, instalado en un gran armario vacío, en el rellano de la escalera, a las puertas del cuarto de su ama. Sus dedos ya se afanaban con la estructura del sombrero de paja que le prometiera a Minna.

—¡Todo marcha, David! —dijo, condescendiente conmigo, como siempre—. El Ama ha dormido bien, ha tomado un buen desayuno y se ve encantadora. Entre a verla. ¡Entre!

A mí me pareció que se veía un poco marchita y sin duda más delgada que cuando la viera por última vez. Pero esas eran cosas menores. No resulta fácil describir la sensación de alivio y placer que experimenté, después de haberme acostumbrado a los ojos adormilados y las gracias sinuosas de Madame Fontaine, al volver a ver la figura activa y grácil y los grises ojos brillantes y bien abiertos de mi querida tía inglesa.

—Dime, David, ¿qué opinas de Jack Straw? —comenzó, en cuanto intercambiamos los primeros saludos—. ¿No estaba mi pobre y querido esposo en lo cierto? ¿Y no he hecho bien en demostrarlo?

Podía felicitarla sinceramente por el resultado de su visita a Bedlam, y así lo hice.

—Y ahora hablemos de los de aquí —continuó—. Me he encontrado al padre de Fritz completamente transformado en lo que se refiere al matrimonio de su hijo. Y cuando pregunto las razones, se me informa que Madame Fontaine lo arregló todo, de la manera más maravillosa, al salvar la vida del señor Keller. ¿Es cierto?

—Muy cierto. ¿Qué opina de Madame Fontaine?

—Pregúntame dentro de uno o dos días, David. Estoy aturdida por el viaje y todavía no me he formado una opinión.

—¿Ya vio a Minna?

—¡La vi y le di un beso! Esa es una chica de las que me gustan. Considero a nuestro atolondrado amigo Fritz el joven más afortunado del mundo.

—Si Minna no fuera a casarse estaría perfecta como una de sus jóvenes

empleadas, ¿no cree? —sugerí.

Mi tía rió.

—Eso es exactamente lo mismo que pensé cuando la vi. Pero no debes tomar a broma lo de mis jóvenes empleadas. Estoy absolutamente decidida a implantar esa útil reforma en esta oficina. No obstante, como el señor Keller estuvo enfermo en fecha tan reciente y seguramente tendremos una buena discusión a propósito del asunto, le guardaré a mi adversario toda clase de consideraciones: no moveré la cuestión hasta que se haya recuperado por completo. Mientras tanto, debo encontrar a alguien que ocupe mi lugar en la oficina de Londres, mientras me encuentro ausente. El negocio se encuentra en manos del señor Hartrey, quien es perfectamente competente para llevarlo adelante; pero, como sabes, nuestro excelente administrador tiene una serie de anticuados prejuicios. Si nos atenemos estrictamente a lo regulado, uno de los socios debe estar siempre al frente de la oficina de Londres, y Hartrey me implora que si el señor Keller no se siente lo suficientemente bien para emprender el viaje, envíe a Londres al señor Engelman. ¿Dónde está el señor Engelman? ¿Por qué ni lo he visto ni nadie me lo ha mencionado?

Esa me parecía una pregunta delicada y difícil de responder. Las posibilidades de guardar el secreto del pobre anciano eran muy escasas. Lo conocían Fritz y Minna, además del señor Keller. Aun así, sentía una reticencia insuperable a ser el primero en revelarle a mi tía el desastre que le había acaecido.

—El señor Engelman no está bien de salud ni de ánimo —dije—. Se ha marchado en busca de un poco de descanso y un cambio de ambiente.

Mi tía pareció atónita.

—¡Ambos socios enfermos! —exclamó—. Recuerdo al señor Engelman de la época en que estaba recién casada. Solía ufanarse de no haber tenido ni un día de enfermedad en toda su vida. No era avisado, pero sí bueno como el oro y mucho más sensible de lo que suele concederle la mayoría. Daba la impresión de que engordaría con el paso de los años. ¿Lo hizo? ¿Qué es lo que le sucede?

Vacilé. Mi tía me clavó la vista y me hizo otra pregunta antes de que hubiera decidido qué decirle.

—Si no puedes contarme lo que le sucede, ¿podrías decirme dónde está? Quizás necesite escribirle.

Volví a vacilar. La dirección del señor Engelman se me había comunicado confidencialmente, por razones que estaba obligado a respetar.

—Me temo que también me resulta imposible responder a esa pregunta —dije, presa de la turbación.

—¡Santo cielo! —exclamó mi tía—, ¿qué significa tanto misterio? ¿El señor Engelman mató a un hombre en un duelo? ¿Se fugó con una corista de la ópera? ¿Derrochó todas las ganancias de la oficina en la mesa de juego? ¿O qué?

Mientras adelantaba esas atrevidas hipótesis sobre el caso, oímos voces afuera, seguidas de unos leves golpes a la puerta. Minna pasó a la habitación con un mensaje.

—Me envía mamá, señora Wagner, para preguntarle a qué hora le gustaría comer.

—Querida, te lo agradezco mucho. Acabo de desayunar y puedo esperar perfectamente hasta la hora de la comida. ¡Aguarda un momento! Aquí, mi sobrino, me está llevando al límite de la paciencia humana, haciendo un misterio de la ausencia de Frankfurt del señor Engelman. ¿Sería muy indiscreto de mi parte preguntarte...? ¡Santo Dios, como se sonroja esta chica! Evidentemente, también conoces el secreto, Minna. Es una corista de la ópera, ¿verdad? Déjanos solas, David.

Minna quedó en una posición insostenible. Me lanzó una mirada de súplica. Hice al fin lo que debí haber hecho desde el principio: hablé con franqueza.

—El hecho es, tía, que el pobre señor Engelman se ha marchado por un tiempo, muy mortificado y afligido —dije—. Comenzó por admirar a Madame Fontaine y terminó haciéndole una propuesta de matrimonio.

—Mamá lo sintió mucho por él, pero, por supuesto, no tuvo otra alternativa que rechazarlo —añadió Minna.

—¡Te aseguro, hija, que no veo ningún «por supuesto» en el asunto! —respondió mi tía cortante.

Minna quedó consternada.

—¡Oh, señora Wagner! El señor Engelman es más de veinte años mayor que mamá... y (le aseguro que lo compadezco, pobre hombre)... ¡es *tan* grueso!

—La gordura es cuestión de gustos —comentó mi tía, cada vez más resuelta a ponerse de parte del señor Engelman—. Y en cuanto a lo de ser veinte años mayor que tu madre, le aclaro, jovencita, que mi difunto esposo me llevaba veinte años cuando nos casamos, y nunca hubo pareja más feliz. Conozco el mundo mejor que tú, y te aseguro que Madame Fontaine ha cometido un grave error. Ha lanzado por la borda una excelente posición y ha afligido y humillado a uno de los hombres de mejor corazón que haya existido. ¡No! ¡No! No voy a discutir la cuestión contigo ahora; esperaré a que te hayas casado con Fritz. Pero admito que me gustaría hablarle a tu madre sobre el asunto. Pídele que me haga el favor de pasar por aquí unos minutos cuando no tenga nada que hacer.

Minna pareció pensar que ese era un proceder bastante arrogante y, en consecuencia, interpuso una discreta protesta.

—Mamá es una persona muy sensible —comenzó con voz digna.

Mi tía la hizo callar con una palmadita en la mejilla.

—¡Buena chica! Me gusta que defiendas a tu madre. Tu mamá tiene otro mérito, querida mía. Tiene edad suficiente para entenderme mejor que tú. Ve a buscarla.

Minna nos dejó, con su linda cabecita muy erguida.

—¡La señora Wagner carece por completo de sentimientos! —me susurró

indignada al pasar a mi lado cuando le abrí la puerta.

—¡Esta chica es la perfección misma! —exclamó mi tía entusiasmada—. Me había parecido que lo único que le faltaba era un poco de bríos, y resulta que los tiene ¡Ah!, tomará a Fritz en sus manos y hará algo de él. Fritz es uno de los muchos hombres que necesitan sin falta una mujer que los domine. Me atrevo a profetizar con toda confianza que su matrimonio será un éxito.

—No lo dudo, tía, pero dígame, ¿qué le dirá a Madame Fontaine?

—Depende de las circunstancias. Primero debo saber si el señor Engelman ama realmente a esa mujer de movimientos serpenteantes y ojos adormilados. ¿Me lo puedes asegurar?

—Absolutamente. Su rechazo lo destrozó.

—Muy bien. En ese caso me propongo lograr que Madame Fontaine se case con él, siempre suponiendo que no haya ningún otro hombre que se interponga en el camino.

—¡Querida tía, qué dice! ¡A la edad de Madame Fontaine! ¡Con una hija adulta!

—Mi querido sobrino, desconoces totalmente a las mujeres. Si se tienen en cuenta los años, concedo que envejecen. Si se tienen en cuenta los sentimientos, permanecen jóvenes hasta el fin de sus días. Oye este consejo. La evidencia de un cabello gris puede parecer indiscutible; la evidencia de hijos adultos puede parecer indiscutible. ¡No las creas! Hay un solo momento en la vida de las mujeres en el cual puedes sentirte totalmente seguro de que renuncian definitivamente a los hombres: el momento en que las meten en el ataúd. ¡Calla! ¿Qué es eso que se oye allá afuera? Cuando en esta casa se siente un ruidoso vestido de seda y un paso silencioso en la escalera, ya sé de qué se trata. ¡Andando!

Estaba en lo cierto. Madame Fontaine entró cuando me incorporaba para marcharme de la habitación.

La viuda no dio ninguna de las muestras de petulancia de su hija. Se mostraba dulce y paciente; saludó a la señora Wagner con una sonrisa triste que parecía decir: «Ultraje mis mas sagrados sentimientos, querida señora; están enteramente a su disposición». De haber creído que mi tía tenía la menor posibilidad de imponer su punto de vista, no me habría sentido nada tranquilo con respecto al futuro del señor Engelman. Pero siendo como eran las cosas, dejé a las dos damas entregadas a su infructuosa entrevista y retorné, calmado, a mi trabajo.

CAPÍTULO XXV

Cuando se produjo el anuncio de que la cena estaba servida, volví a subir para mostrarle a mi tía el camino a la habitación en la que comíamos.

—¿Y bien? —dije.

—Y bien, Madame Fontaine ha prometido reconsiderarlo —respondió impasible.

Confieso que me sentí anonadado. ¿Qué motivos habrían animado a la viuda? Ni siquiera la ayuda pasiva del señor Engelman le resultaba ya importante. Se había ganado la confianza del señor Keller; el matrimonio de su hija estaba garantizado; su empleo en la casa le aseguraba un salario generoso, una posición respetable y un hogar confortable. ¿Por qué consentir en reconsiderar la cuestión de casarse con un hombre por quien no se podía afirmar que sintiera el menor interés en ninguno de los posibles sentidos de la palabra? Comencé a pensar que mi tía tenía razón y que verdaderamente no conocía para nada a las mujeres.

Durante la cena, tanto Madame Fontaine como su hija se mostraron desacostumbradamente silenciosas. Minna, cuyos sentimientos se le retrataban en el rostro, era incapaz de ocultar que, de algún modo, se habían enterado de la concesión realizada por su madre, y que esa revelación la había sorprendido desagradablemente. No obstante, en la mesa no faltó la alegría, gracias a mi tía y a su fiel escolta.

Jack Straw nos siguió a la habitación sin esperar a que lo invitaran, y se colocó, para disgusto de Joseph, detrás de la silla de la señora Wagner.

—Yo soy el único que le sirve en la mesa al Ama —explicó—. A veces me pasa un bocado o algo de beber por encima del hombro. Muy poca bebida, sólo un traguito y nada más. Apruebo lo de tomar sólo un traguito. Oh, sé cómo conducirme. Nada del fuego de los comerciantes de vino en mi cabeza; nada de Bedlam suelto otra vez. No tengan ningún temor. Ninguno de ustedes tiene una mente más equilibrada que la mía.

En ese punto Fritz estalló en uno de sus accesos de risa. Jack apeló a su padre con una seriedad incólume.

—¿Entiendo que se trata de su hijo, caballero? ¡Ja! Es una bendición que ese joven tenga tan amplias posibilidades de mejorar. Sólo lo digo a manera de comentario. Si me viera sometido a la prueba de tener un hijo, creo que preferiría a David.

Esa muestra del método empleado por Jack para afirmar sus derechos, y otras ocurrencias similares que Fritz y yo traviesamente alentamos, no parecieron divertir a Madame Fontaine. En una ocasión se animó a preguntarle al señor Keller si su hermana le había escrito de Munich. Al oír que no había recibido respuesta, recayó en su silencio. Cuando el señor Keller y mi tía le preguntaron cortésmente si le ocurría algo, repitió la vieja excusa de la jaqueca.

Dos de las cartas que llegaron con el correo de la mañana siguiente no estaban relacionadas con los asuntos usuales de la oficina. Una (con matasellos de Bingen) era para mí. Y otra (con matasellos de Wurtzburgo) era para Madame Fontaine. Se la envié a los altos enseguida.

Mi carta me traía lamentables noticias del pobre señor Engelman. El tiempo y el cambio de aires no habían logrado mejorar su estado de ánimo. Se quejaba de una sensación de agobio y opresión en la cabeza y de unos zumbidos en los oídos que le molestaban casi todo el tiempo. En dos ocasiones le habían aplicado ventosas, y el remedio sólo le había producido una mejoría temporal. Su médico recomendaba una dieta rigurosa y ejercicios regulares. Se sometía gustosamente a las limitaciones más severas en la mesa, pero no había manera de animarlo a hacer ningún esfuerzo físico. Durante varias horas seguidas se quedaba sentado en un sitio, entre dormido y despierto, sin advertir a nadie y sin más deseos que irse a la cama lo más pronto posible.

Esa descripción del caso me parecía sugerir muy graves consideraciones. No podía seguir vacilando sobre si informarle o no al señor Keller que había recibido noticias de su socio ausente y poner mi carta en sus manos.

Los pequeños desacuerdos que se produjeran entre ellos quedaron olvidados al instante. Nunca antes había visto al señor Keller tan afligido y poco dueño de sí.

—Debo ir de inmediato a reunirme con el señor Engelman —dijo.

Me atreví a indicarle que había dos serias objeciones a su partida. En primer lugar, su presencia en la oficina resultaba absolutamente imprescindible. En segundo término, su súbita aparición en Bingen podía producirle una conmoción grave, quizás fatal, a su viejo amigo.

—¿Qué hacer, entonces? —exclamó.

—Creo que mi tía podría ser de alguna utilidad en esta emergencia, señor.

—¿Su tía? ¿Cómo puede ayudarnos?

Le informé sobre el proyecto de mi tía, y añadí que Madame Fontaine no le había dado un no rotundo. Me escuchó sin convencerse, frunciendo el ceño y negando con la cabeza.

—La señora Wagner es una persona muy impetuosa —dijo—. No entiende los caracteres complejos como el de Madame Fontaine.

—¿Al menos podría enseñarle a mi tía la carta de Bingen, señor?

—Sí. Si no hace ningún bien, tampoco causará ningún daño.

Cuando me dirigía a la habitación de mi tía me topé con Minna en las escaleras. Estaba llorando. Naturalmente, le pregunté qué le sucedía.

—¡No me detenga! —fue la única respuesta que recibí.

—Pero ¿adónde va, Minna?

A ver a Fritz, para que me consuele.

—¿Alguien la ha tratado con rudeza?

—Sí, mamá me trató con rudeza. Por primera vez en mi vida me cerró la puerta de su cuarto y se negó a dejarme entrar —dijo la consentida joven con una profunda convicción de haber sido maltratada.

—Pero ¿por qué?

—¿Qué sé yo? Creo que tiene algo que ver con ese hombre horrible del que le hablé. Esta mañana envié usted una carta a los altos. Me topé a Joseph en el rellano y le llevé la carta a mi madre personalmente. ¿Por qué no iba a fijarme en el matasellos? ¿Qué mal había en decirle: «mamá, una carta de Wurtzburgo»? Me miró como si la hubiera ofendido de muerte, me señaló la puerta y se encerró en su cuarto. Dos veces he llamado y le he pedido que me perdone. ¡Ni una palabra en las dos ocasiones! Me considero insultada. Déjeme ir junto a Fritz.

No hice ningún intento por detenerla. Había vuelto a despertar esas sospechas mías siempre latentes.

¿Era la carta que enviara a los altos una respuesta a la que Minna viera a su madre escribir? ¿Estaba ahora informada la viuda de que el senil admirador que le prestara el dinero para pagarles a sus acreedores había sido hallado muerto en su cama? ¿Y de que su pagaré había pasado a manos de su heredero legal? Si esa era la solución del acertijo, ¡no había, entonces que extrañarse de que le hubiera ordenado a su hija que se marchara de su habitación! ¡No había que extrañarse de que hubiera cerrado su puerta!

Mi tía no malgastó el tiempo en expresiones de dolor y sorpresa cuando le informé sobre el estado de la salud del señor Engelman.

—Mándame a la viuda aquí ahora mismo —dijo—. Si hay algo que se asemeje a un verdadero corazón debajo de ese espléndido vestido de seda que lleva, le escribiré esta misma noche al pobre Engelman para aliviar su dolor.

Confiarle mis deducciones personales, incluso a mi tía, habría constituido una imprudencia inexcusable, por decir lo menos. Sólo le respondí que Madame Fontaine no se sentía muy bien y que (como supiera por Minna) se había retirado a su cuarto.

La resuelta mujercita se puso de pie al instante.

—Muéstrame dónde se encuentra, David, y déjame a mí el resto.

La conduje hasta la puerta del cuarto de la viuda, donde me despidió con las siguientes palabras:

—Ve y espérame en mi habitación hasta que regrese.

Cuando me retiraba, oí un golpe seco a la puerta y la voz de mi tía que se anunciaba desde afuera:

—Es la señora Wagner que tiene algo importante que comunicarle, señora.

No pude oír la respuesta, pero sí la réplica de mi tía:

—¡Oh, muy bien! Sólo lea esta carta, ¿está bien? Se la pasaré por debajo de la

puerta y esperaré su respuesta.

Me detuve un minuto y escuché que la puerta se abría y se volvía a cerrar.

Un poco más de media hora después mi tía regresó a su cuarto. Se veía seria y pensativa. Inmediatamente supuse que había fracasado. Sus primeras palabras me informaron que estaba equivocado.

—Lo he conseguido —dijo—. Debo escribirle al señor Engelman esta noche, y cuento con el permiso de la viuda para informarle que lamenta su apresurada decisión. ¡Son sus propias palabras, que me dijo cuando le pregunté cómo debía formular la cuestión!

—¿Así que hay un verdadero corazón debajo de ese espléndido vestido de seda que lleva? —dije.

Mi tía recorría la habitación de un lado a otro, en silencio y con el ceño fruncido, y era imposible determinar si estaba descontenta de mí o de sí misma. De repente, se sentó a mi lado y me dio una fuerte palmada en el hombro.

—¡David! —dijo—, he descubierto algo sobre mí misma que nunca antes sospeché. ¡Si quieres ver a una completa miserable, no tienes más que mirarme!

Lo dijo con tanta seriedad, y era tan perfectamente absurdo, que rompí a reír. Mi tía estaba tan profundamente perpleja consigo misma que ni siquiera advirtió mi risa.

—¿Sabes que realmente vacilo en escribirle a Engelman? —continuó—. ¡David! Merezco que me azoten públicamente. No creo en Madame Fontaine.

No tenía la menor idea de cuánto me interesaba su abrupta confesión.

—¡Explíqueme por qué! —le pedí con vehemencia.

—Esa es la parte vergonzosa del asunto —respondió—. No puedo explicarte por qué. Madame Fontaine me habló de una manera encantadora, con tacto y sentimiento perfectos. Y todo el tiempo, el espíritu maligno de la desconfianza me susurraba: «¡No la creas, tiene algún motivo oculto!» ¿Estás seguro, David de que es sólo una enfermedad pasajera la que la ha llevado a encerrarse en su habitación y a verse tan pálida y demacrada? ¿Sabes algo de sus asuntos? Engelman es rico; Engelman disfruta de una buena posición. ¿Se ha visto envuelta en alguna dificultad después de que lo rechazara? ¿Podría él tener la menor posibilidad de ayudarla a salir de ella?

Declaro solemnemente que la idea adelantada por mi tía nunca se me había ocurrido hasta que me hizo esas preguntas. Como pretendiente rechazado, el señor Engelman no le resultaba de la menor utilidad a la viuda. Pero ¿y si se convertía en esposo aceptado? ¿Y si el pagaré vencía antes del matrimonio de Minna? En ese caso, el señor Engelman podía incuestionablemente resultarle útil: podía prestarle el dinero.

Los penetrantes ojos de mi tía estaban clavados en mí.

—¡Habla, David! —exclamó—. Tú tampoco crees en ella, y sí sabes por qué.

—No sé absolutamente nada —repliqué—; trato de adivinar, y puede resultar que se demuestre que estoy totalmente equivocado. No me pida que rebaje en su

estimación a Madame Fontaine sin un átomo de prueba para fundamentar mis palabras. Tengo una proposición que creo que resolverá la dificultad.

Dando muestras de una gran contención, mi tía se resignó a escucharme.

—Oigamos tu propuesta —dijo—. ¿Por tus venas corre alguna sangre escocesa, David? Eres extraordinariamente prudente y precavido para ser un hombre tan joven.

Procedí de inmediato a hacerle mi planteamiento.

—Envíele el mensaje de la viuda al señor Engelman —proseguí—; pero no con el correo. Yo estuve con él inmediatamente después de que ella se negara a aceptar su propuesta de matrimonio, y estoy persuadido de que se siente demasiado profundamente herido por la manera en que Madame Fontaine se expresó al rechazarlo para poder o querer renovar su proposición. Dudo incluso de que crea en su arrepentimiento. Por supuesto, puede ser que esta opinión mía demuestre ser completamente errónea, pero pongámosla al menos a prueba. Puedo fácilmente obtener un permiso para ausentarme por unos pocos días. Déjeme llevarle su carta mañana a Bingen y ver con mis propios ojos qué efecto le produce.

Al fin tuve la suerte de merecer la aprobación de mi tía.

—Es una sugerencia excelente —dijo—. Pero creo que se me ha contagiado tu prudencia, David: no se lo digamos a Madame Fontaine. Dejémosla que suponga que has ido a Bingen a consecuencia de las malas noticias sobre la salud de Engelman —hizo una pausa y reflexionó unos instantes—. O mejor aún, Bingen está de camino a Inglaterra. No habrá nada fuera de lo común en que hagas una parada para visitar a Engelman en tu viaje de regreso a Londres.

La noticia me tomó completamente por sorpresa, y estuvo lejos de resultarme agradable. Le dije con tono lastimero:

—¿Debo realmente marcharme de Frankfurt?

—Mi buen David, tengo otras cuestiones que considerar, además de las relativas a Engelman —me explicó mi tía—. El señor Hartrey espera noticias mías. No hay ninguna posibilidad de que Engelman pueda viajar a Londres en su actual estado de salud, y tampoco de que el señor Keller ocupe su lugar hasta que no lleguemos a un acuerdo en Frankfurt. Quiero que le expliques todo eso al señor Hartrey, y que le ayudes a dirigir el negocio. No hay nadie más aquí, David, en quien pueda confiar como confío en ti. No veo otra alternativa que la de pedirte que te vayas a Londres.

Yo, por mi parte, no tenía otra alternativa que la de someterme y, lo que es más (al recordar todo lo que le debía a mi tía), de someterme del mejor talante. Consultamos con el señor Keller, quien estuvo enteramente de acuerdo en que yo era la persona más indicada que se podía encontrar para lograr que el señor Hartrey aceptara las responsabilidades comerciales que lo abrumaban. Después de detenerme por un día en Bingen para apreciar el estado de salud del señor Engelman y escribir el informe más detallado posible a Frankfurt, mientras más rápido pudiera viajar y más pronto

llegara a Londres, mejor.

Una imperiosa necesidad me obligaba, pues, a abandonar la escena antes de que se levantara la cortina para la escenificación de los últimos actos del drama. La posta del correo salía a las seis de la mañana. Hice el equipaje y me despedí de todos antes de irme a la cama, salvo de Madame Fontaine, que seguía en su cuarto y que no se sentía lo bastante bien para recibirme. La querida y bondadosa Minna me ofreció su mejilla para que le estampara un beso y me hizo prometerle que regresaría para su boda. Mi partida le producía una extraña melancolía.

—Usted fue el primero en consolarme —dijo—; me trajo la felicidad. No me gusta que nos deje. ¡Oh, David, cómo desearía que no se marchara!

—¡Vamos! ¡Vamos! —intervino mi tía—. ¡Nada de llantos, jovencita! Cuando un hombre se marcha de nuestro lado siempre hay que ayudarle a mantener el ánimo en alto. Dame un abrazo fuerte, David, y piensa en el momento en que serás uno de los socios de la firma.

¡Ah, qué clase de mujer era! Por más que busquéis, mis jóvenes amigos, no encontraréis en esta época a ninguna como ella.

Jack Straw era el único que estaba levantado y en movimiento cuando el coche llegó a la puerta a la mañana siguiente. Creí que me divertiría con sus ocurrencias, pero con Jack no había manera de calcular. Sus palabras de despedida literalmente me asustaron.

—Hay algo que quiero preguntarle antes de que se vaya —me susurró cuando me dirigía yo a toda prisa al zaguán.

—Hazlo rápido, Jack.

—Muy bien, David. Ayer tuve una conversación con Minna sobre la enfermedad del señor Keller. ¿Es cierto que se curó con el contenido del frasco de cristal azul?

Absolutamente cierto.

—¡Pues, mire, David! He estado pensando en eso toda la noche. Yo me curé con el contenido del frasco de cristal azul.

Me detuve de repente, con los ojos clavados en su rostro. Se me acercó y, súbitamente, bajó la voz.

—Y yo estaba envenenado —dijo—. Lo que quiero saber es, ¿quién envenenó al señor Keller?

ENTRE PARTES

*El señor David Glenney muestra su
correspondencia y arroja nuevas
luces sobre la historia*

I

Leed, por favor, la siguiente carta del señor pasante del abogado Schmuckle al señor concejal Hof.

Honorable señor:

Le informo por este medio que puede estar tranquilo en lo que respecta a Madame Fontaine. Si se marcha de Frankfurt no lo hará en secreto, como lo hizo en Wurtzburgo. Vaya adonde vaya, no tendremos que volver a apelar a sus parientes de esta ciudad para que nos ayuden a encontrarla. A partir de ahora, me propongo no perderla de vista hasta la fecha de vencimiento del pagaré.

La dama se ha establecido como ama de llaves al servicio de la firma de Wagner, Keller y Engelman; y allí (salvo en caso de un accidente, sobre cuya posibilidad me mantendré al tanto) es muy probable que permanezca.

He redactado un memorando con la fecha del día en que se vence su pagaré, i.e. el 31 de diciembre del presente año. Como el documento es pagadero en Wurtzburgo, usted deberá (en caso de que no sea cumplido) protestarlo en esa ciudad y comunicarse conmigo mediante el correo de ese mismo día. Yo me ocuparé personalmente de que la ley siga su curso normal.

Permítame agradecerle el adelanto de mis honorarios que tan amablemente me ha enviado y considéreme a sus órdenes como su obediente y humilde servidor que soy.

II

A continuación someto a vuestra consideración la copia de una carta dirigida por el difunto profesor de química Fontaine a un estimado colega y amigo. Este último caballero vive aún y ha puesto como condición, para proporcionarme la copia de su carta, que su nombre no se haga público.

Ilustre amigo y colega:

Le sorprenderá volver a tener tan pronto noticias mías. La verdad es que tengo algo interesante que comunicarle. Un alarmante accidente me ha permitido poner a prueba en un sujeto humano el valor de uno de mis preparados: ese sujeto es un hombre.

En mi última carta le informaba que había decidido no hacer ningún uso ulterior de la fórmula destinada a recomponer algunos de los venenos de los Borgia (que erróneamente se ha creído desaparecida) que me legara a su muerte mi llorado amigo húngaro, quien fuera mi maestro en la ciencia química.

Confío en que los motivos que me han llevado a adoptar esta decisión no sean censurables.

Recordará que estaba usted de acuerdo conmigo en que los dos especímenes que he logrado producir de esos venenos resucitados del pasado pueden resultar de la mayor utilidad en ciertas enfermedades —como los venenos ya conocidos por la práctica médica moderna—, si se administran en dosis cuidadosamente calculadas. Aun si vivo lo suficiente para dedicarlas a este buen fin, persistiría el peligro (que comparten con todos los preparados venenosos que emplea la medicina) de que produzcan estragos fatales en caso de que sean empleados por manos ignorantes o criminales.

Teniendo esto último en cuenta, considero mi deber precaverme contra estos peligrosos resultados dedicándome al descubrimiento de antídotos eficaces, antes de adaptar los preparados a los fines del arte de la curación. He tenido alguna experiencia previa en esta rama de lo que denomino química preventiva y, hasta cierto punto, he obtenido algunos éxitos en el logro de mis objetivos.

La fórmula en clave que ahora le envío, en la nota adjunta, es un antídoto para el veneno que usted y yo conocemos por el caprichoso nombre que usted sugirió para él: el Vino de Alejandro.

Con respecto al segundo de los venenos que (si recuerda) he bautizado —anticipando su empleo como medicina— con el nombre de las Gotas del Espejo, lamento decirle que no he logrado encontrarle un antídoto.

Una vez explicada la situación en la que me encuentro actualmente, puedo pasar a contarle el extraordinario accidente al cual hice alusión al inicio de mi carta.

Hace unas dos semanas, cuando acababa de terminar una conferencia que les impartía a mis estudiantes, me enviaron a buscar para que examinara a uno de mis sirvientes. Hacía uno o dos días que lo aquejaba una enfermedad. Por supuesto, ya le había ofrecido mis servicios médicos. No obstante, se había negado a molestarme y me había mandado a decir que sólo quería descansar. Por fortuna, uno de mis asistentes lo vio, y le pareció necesario solicitar de inmediato mi ayuda.

El hombre era un pobre retrasado mental, totalmente desamparado, a quien había empleado por pura lástima para limpiar mi laboratorio y para lavar y secar mis frascos. Tenía discernimiento suficiente para realizar esos pequeños servicios, y nada más. ¡Juzgue cuál sería mi horror cuando acudí junto a su lecho y reconocí al instante los síntomas de envenenamiento que produce el Vino de Alejandro!

Corrí de vuelta a mi laboratorio y abrí el botiquín donde guardaba el antídoto. El veneno siempre permanecía guardado en el compartimiento contiguo. Al mirarlo en ese momento, comprobé que estaba vacío.

De inmediato emprendí su búsqueda y encontré el frasco abandonado en un estante. Por primera vez en mi vida era culpable de un descuido inexcusable. No me había asegurado de que todo estuviera bien guardado antes de abandonar la habitación. El pobre imbécil se habían sentido atraído por el color del Vino de Alejandro y lo había probado (para decirlo con sus propias palabras) «para ver si sabía bien». ¡Mis averiguaciones me llevaron a saber que esto había ocurrido treinta y seis horas antes! La única esperanza de salvarlo provenía de que los experimentos que había realizado con animales me habían revelado el avance sumamente gradual de la acción letal del veneno.

No intentaré describirle lo que experimenté al retornar junto al paciente. Comprenderá usted cuán enteramente abrumado me sentía cuando le diga que les oculté mezquinamente a mis hermanos de la Universidad mi ignominioso descuido. Temía que mis experimentos fueran prohibidos porque se consideraran peligrosos, y que mi falta de prudencia fuera objeto de una reprimenda pública por parte de las autoridades. Dejé que los profesores de medicina llegaran a la conclusión de que se trataba de una enfermedad que les resultaba totalmente desconocida.

Para la administración del antídoto no tenía más guía que la que me proporcionaban los experimentos que había realizado con conejos y perros. No sé si calculé mal o si me engañó mi ansiedad por salvar la vida del hombre. De lo que sí estoy seguro es de que le administré dosis demasiado grandes a intervalos demasiado cortos.

El paciente se recuperó, pero sólo después de sufrir un inexplicable deterioro de la sangre, que alteró su tez y le tornó gris el cabello. A partir de ese momento modifiqué las dosis; y temeroso de perder el memorando, le he adjuntado al frasco un pedazo de papel con marcas para imposibilitar futuros errores de juicio. A la vez,

he facilitado la futura administración del antídoto al pegarle una etiqueta al frasco en el que se especifica la cantidad exacta de veneno que, a partir de mis cálculos, estimo que ingirió mi sirviente.

Por cierto, debía haber incluido en el mensaje en clave que la experiencia me ha demostrado que para preservar el antídoto durante un largo tiempo es necesario protegerlo de la luz conservándolo en un frasco de cristal azul.

Déjeme decirle también que hallé una dieta vegetariana que potencia el efecto del tratamiento. El mezquino temor de que me descubrieran, que ya he reconocido, me indujo a auxiliarme de mi esposa para atender al paciente. Podía confiar en Madame Fontaine para que guardara el secreto cuando comenzó a hablar de lo que le había ocurrido. Una vez que mejoró lo suficiente para poder levantarse de su cama, el pobre infeliz desapareció. Probablemente lo aterrorizaba la perspectiva de volver a entrar en el laboratorio. Sea como fuere, no lo he vuelto a ver ni he sabido nada más de él desde entonces.

Si ha tenido la paciencia suficiente como para leer hasta aquí, comprenderá que no tengo aún la seguridad necesaria como para arriesgarme a comunicarle mis descubrimientos a nadie que no sea usted. Le ruego que me haga el favor de transmitirme cualquier sugerencia química que se le ocurra, y después, en previsión de un accidente, que destruya la clave. Adiós, hasta la próxima.

Nota a la carta del doctor Fontaine

El nombre de Vino de Alejandro alude a Rodrigo Borgia, de infausta memoria, quien pasara a la historia como el papa Alejandro VI. Su muerte, accidental y totalmente merecida, se debió a que bebió uno de los venenos de los Borgia en una copa de vino que había preparado para otra persona.

Se supone que la fórmula de las Gotas del Espejo se halló escondida, al quitar el soporte de madera de un espejo usado por Lucrecia Borgia. De ahí su nombre.

III

La tercera y última carta que pongo a vuestra consideración fue escrita por mí y estaba dirigida a la señora Wagner en Frankfurt.

No exagero, querida tía, si le digo que le escribo en medio de una gran aflicción. Le ruego que se prepare para recibir noticias sumamente tristes.

Llegué a Bingen ayer, a una hora avanzada de la tarde. Cuando me bajé del coche, me esperaba un sirviente para hacerse cargo de mi maleta. Después de preguntarme mi nombre, me comunicó las tristes nuevas de la muerte del querido señor Engelman. Había fallecido víctima de un ataque de apoplejía esa misma mañana temprano.

La atención médica estaba a mano y (hasta donde pude enterarme) se le brindó cuidadosa e inteligentemente. Pero nunca se recuperó. El ataque parece haberlo matado como lo habría hecho un disparo.

El día anterior se había mostrado muy deprimido y fatigado. Una de las pocas palabras que salieron de sus labios antes de retirarse a descansar fue mi nombre. Dijo: «Si mejoro, me gustaría que viniera David para ir con él a nuestra oficina de Londres». Tenía el rostro muy encendido y se quejaba de mareos, pero no permitió que se mandara a buscar al médico. Su hermano lo ayudó a subir las escaleras hasta su cuarto y le hizo algunas preguntas sobre sus asuntos. Le contestó impaciente: «Keller lo sabe todo; déjalo en manos de Keller».

Cuando pienso en la vida noble y feliz del buen anciano y recuerdo que fue por intermedio mío que conoció accidentalmente a Madame Fontaine, experimento una amargura que hace que el sentimiento de su pérdida me resulte más doloroso de lo que puedo describir. Me vienen a la mente un centenar de pequeñas muestras de su bondad para conmigo, y (no se ofenda) desearía que hubiera usted enviado a otra persona, y no a mí, a representarla en Frankfurt.

Lo enterrarán aquí, dentro de dos días. Confío en que no considere una negligencia para con sus intereses que aceptara la invitación de su hermano a acompañarlo hasta su tumba. Creo que me hará sentir mejor rendirle a mi viejo amigo un último tributo de afecto y de respeto. Cuando todo haya concluido, proseguiré mi viaje a Londres, sin detenerme en el camino ni de día ni de noche.

Escríbame a Londres, querida tía. Déles recuerdos míos a Minna y a Fritz y pídeles que también me escriban. Le ruego que le transmita mis respetos al señor Keller. Por favor, exprésele mis más sinceras condolencias; sé cuán profundamente apenado debe sentirse, pobre hombre.

SEGUNDA PARTE

*El señor David Glenney recopila sus
materiales y prosigue la historia
en orden cronológico*

CAPÍTULO I

En la parte precedente de esta narración hablé como testigo presencial. En ésta, mi ausencia de Frankfurt me obliga a depender de la evidencia documental producida por otras personas. Esa evidencia consiste (primero) en cartas dirigidas a mí; (segundo) en declaraciones que se me hicieran personalmente; (tercero) en extractos de un diario encontrado después del fallecimiento de su autora. En los tres casos, los materiales puestos a mi disposición son absolutamente fiables.

A principios del mes de diciembre, el señor Keller le envió un mensaje a Madame Fontaine en el cual le pedía una entrevista para tratar un asunto de importancia para ambos.

—Confío en que se sienta mejor hoy, señora —dijo, al tiempo que se ponía de pie para recibir a la viuda cuando esta entró en la habitación.

—Es usted muy amable, caballero —respondió ella en un tono casi inaudible y con los ojos bajos—. No puedo decir que me sienta mucho mejor.

—Le tengo noticias que seguramente le resultarán el mejor de los estimulantes —continuó el señor Keller—. Al fin he sabido de mi hermana en lo que toca al casamiento.

Se detuvo y, dando un rápido paso al frente, tomó del brazo a la viuda. Al oír sus últimas palabras, esta se había puesto de pie de un salto. Su rostro pálido se había tornado encendido y después había vuelto a adoptar una palidez fantasmal. Se habría caído, de no haberla sostenido el señor Keller. Este la sentó rápidamente en su propio sillón.

—Realmente, debe asesorarse con un médico —le dijo con gravedad—; sus nervios están seriamente afectados. ¿Quiere que le traiga algo?

—Un vaso de agua, caballero, si es tan amable de llamar para que me lo traigan.

—No hay necesidad de mandar a buscarlo; tengo agua en la habitación de al lado.

Cuando el señor Keller estaba a punto de salir, la viuda le puso su mano en el brazo para detenerlo.

—Sólo una palabra antes, caballero. Perdonará la curiosidad de una mujer tratándose de un tema que le interesa tanto como la boda de su hija. ¿Su hermana propone una fecha para la boda?

—Mi hermana sugiere el día treinta de este mes —respondió el señor Keller.

El caballero se apartó de su lado y abrió la puerta de la habitación vecina.

Cuando desapareció, la viuda hizo unos rápidos cálculos con los dedos. Sus ojos adquirieron nuevo brillo, recuperó las energías.

—No importa lo que pase con tal que mi hija se case antes —susurró para sí—. La boda el treinta y el vencimiento del pagaré el treinta y uno. ¡Salvada por un día! ¡Salvada por un día!

El señor Keller regresó con un vaso de agua. Experimentó un sobresalto al verla.

—Da la impresión de haberse recuperado ya; ¡parece una mujer distinta! — exclamó.

Aun así, Madame Fontaine bebió el agua.

—Mis desdichados nervios me hacen extrañas jugarretas, caballero —respondió al colocar el vaso vacío sobre la mesa que estaba a su lado.

El señor Keller tomó asiento y consultó la carta que recibiera de Munich.

—Mi hermana confía en llegar unos días antes del fin del año —prosiguió—. Pero debido a su incierto estado de salud, propone el treinta para dejar un margen en caso de que se produzca una demora inesperada. Supongo que ello dé tiempo más que suficiente (hablo desde mi ignorancia sobre el tema) para preparar el ajuar de la novia.

Madame Fontaine sonrió con tristeza.

—Mucho más de lo que necesitamos, caballero. Mi exiguo bolsillo hará que mi hija tenga que depender de sus atractivos personales el día de su boda, con muy poca ayuda del joyero y la costurera.

El señor Keller volvió a consultar su carta y después levantó la vista con una sonrisa hosca.

—Al menos en un punto mi hermana me anticipa que se contará con la ayuda del joyero —dijo—. Se propone traer, como regalo para la novia, una joya que ha pertenecido a varias de las mujeres de nuestra familia. Se trata de un collar de perlas (se me ha informado que de gran valor) que le regaló a mi madre la emperatriz María Teresa, en reconocimiento a los servicios que le prestara a tan ilustre personaje en su juventud. Pensé que el anuncio del presente que mi hermana se proponía hacerle a su hija le resultaría gratificante, dado que se trata de una expresión del favor con que contempla el matrimonio.

Madame Fontaine se agarró las manos con una exaltación que, al menos en este caso, era absolutamente sincera. Un collar de perlas, regalo de una emperatriz, valdría, traducido en términos monetarios, una pequeña fortuna.

—No encuentro palabras con las que expresar mi gratitud —dijo—; mi hija lo hará en su nombre y en el mío.

—Y su hija debe enterarse lo más pronto posible de las buenas noticias —añadió el señor Keller con amabilidad—. No la retrasaré más. Sé que debe estar deseando ver a Minna. Una sola cosa antes de que se vaya. Invitará usted, por supuesto, a los parientes y amigos que quiera que asistan a la boda.

Madame Fontaine alzó lentamente hacia el techo sus ojos soñolientos y se dispuso resignadamente a relatar sus circunstancias familiares.

—Mis padres me dejaron de tratar cuando me casé, caballero —dijo—; mis parientes de aquí y de Bruselas se negaron a ayudarme cuando necesité su auxilio. En

cuanto a amigos, usted, querido señor Keller, es nuestro único amigo. Muchísimas gracias.

Bajó la vista al suelo suavemente y se marchó de la habitación con su paso deslizante. El mejor ángulo para apreciar su figura era desde atrás. Hasta el señor Keller —constitucionalmente impermeable a la exhibición de las gracias femeninas— la siguió con los ojos y advirtió que su ama de llaves tenía una figura hermosa.

En las escaleras, la viuda se topó con la doncella.

—¿Dónde está la señorita Minna? —preguntó impaciente—. ¿En su habitación?

—En la suya, señora. Vi entrar en ella a la señorita Minna cuando pasaba junto a la puerta.

Madame Fontaine subió a toda prisa el próximo tramo de escaleras y avanzó corriendo por el pasillo con la ligereza de una joven. La puerta de su cuarto estaba entreabierta; por la rendija, Madame Fontaine vio a su hija sentada en el sofá con una costura abandonada sobre el regazo. Minna se levantó sobresaltada ante la aparición de su madre.

—¿Te molesto, mamá? Soy tan tonta: no logro avanzar con este bordado...

Madame Fontaine arrojó el bordado al otro extremo de la habitación, rodeó a Minna con sus brazos y la levantó del suelo alborozada, como si se tratara de una niña pequeña.

—¡Ya se ha fijado la fecha, ángel mío! —exclamó—; ¡te casas el día treinta!

Llevó una de sus manos a la cabeza de su hija y la atrajo hacia su pecho con feroz cariño.

—¡Oh, mi amor, tienes un hermoso cabello desde que eras una niña! No te haremos ningún peinado especial el día de tu boda. Lo dejaremos suelto para que resplandezca en toda su belleza, y sólo mis manos lo cepillarán.

Apoyó los labios sobre la cabeza de Minna y la cubrió de besos; después, llevada de un impulso irresistible, empujó lejos de sí a la joven y se lanzó sobre el sofá con un grito de dolor.

—¿Por qué te sobresaltaste cuando entré, como si te inspirara temor? —dijo trastornada—. ¿Por qué me preguntaste si me molestabas? ¡Oh, Minna, Minna! ¿No puedes olvidar el día en que te impedí que entraras en mi cuarto? ¡Hija mía! Estaba fuera de mí, mis problemas me enloquecían. ¿Crees que podría ser dura contigo? ¡Oh, mi amor! ¿Por qué me preguntaste si me molestabas cuando vine a contarte lo tu boda? ¡Dios mío! ¿No volveré a tener un momento de placer sin que algo me lo amargue? Dicen que te pareces a tu padre, Minna. ¿Eres tan fría como él? ¡Vamos! ¡Vamos! No quise decir eso; creo que estoy un poco histérica, no me hagas caso. Ven y vuelve a ser mi niña. Siéntate sobre mis rodillas y hablemos de tu boda.

Minna rodeó con cierto nerviosismo el cuello de su madre con uno de sus brazos.

—Querida, dulce mamá, ¿cómo puedes creerme tan egoísta e ingrata? ¡No soy

capaz de expresarte cuánto te quiero! Que esto te lo diga.

Le dio a su madre un beso lleno de encanto y de ternura y después se apartó ligeramente para mirar a Madame Fontaine. El tumulto de sentimientos ya en retirada aún se evidenciaba en el fiero fulgor de los ojos de la viuda.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Minna, con cierta timidez.

—¿Qué, querida?

—Creo que casi me quieres demasiado, mamá. No quisiera estar en el lugar de quien se opusiera a mi matrimonio, si tú te enterabas.

Madame Fontaine sonrió.

—Tontita, ¿me tomas por una tigresa? —dijo juguetona—. Dame otro beso para que pueda aceptar esa nueva personalidad.

Inclinó la cabeza para ponerse al alcance de la caricia, su mirada se detuvo por azar en un armario ubicado en un nicho de la pared opuesta de la habitación y se contuvo de repente.

—Me comporto de manera demasiado egoísta —dijo incorporándose abruptamente—. Durante todo este tiempo he olvidado al novio. Su padre esperará a que se entere por ti de las buenas noticias. ¿Crees que no sé lo que estás ansiando hacer? —condujo a Minna a toda prisa hasta la puerta—. Ve, querida mía, ¡ve y cuéntale a Fritz!

En el mismo instante en que su hija desapareció, atravesó a toda prisa la habitación hasta llegar al armario. Sus ojos no la habían engañado. La llave *estaba* en la cerradura.

CAPÍTULO II

Madame Fontaine se dejó caer sobre una silla, abrumada por su descubrimiento.

Contempló la llave puesta en el armario. Su diseño era antiguo, pero evidentemente había sido hecha por uno de los mejores artesanos de la época. En su mango plano tenía grabadas las palabras «Armario del Cuarto Rosado», así llamado por el color de las cortinas y las colgaduras de la pieza.

—¿Se me estará reblandeciendo el cerebro? —se dijo—. ¡Qué terrible error! ¡Qué espantoso riesgo he corrido!

Volvió a ponerse de pie y abrió el armario.

Las dos tablas inferiores estaban ocupadas por su ropa blanca, prolijamente doblada y organizada. En la tabla de encima, casi al nivel de sus ojos, había una caja de madera muy sencilla de unos dos pies de alto por uno de ancho. La viuda examinó la posición de la caja con sumo interés y cuidado; después la alzó delicadamente con ambas manos y la depositó en el suelo. Sobre una mesa cerca de la ventana había una acuarela a medio terminar, y a su lado una lupa. Provista de la lupa, Madame Fontaine regresó al armario y registró minuciosamente el lugar donde estuviera la caja. Los delicados bordes de la finísima capa de polvo que rodeara la caja —tan fina que resultaba imperceptible para el ojo desnudo— eran cuatro líneas perfectamente rectas, lo que indicaba que permanecían intactas. Esa muda evidencia probaba de modo concluyente que nadie había movido la caja durante el cuarto de hora que estuviera ausente en la habitación del señor Keller. Volvió a colocar la lupa en su lugar y dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

Pero era un mal síntoma (reflexionó) que la hubiera abandonado completamente su cautela, al calor de la curiosidad por saber si la llamada del señor Keller estaba relacionada con la fecha de la boda.

—Si comienzo a perder la cordura, habré perdido mi mayor tesoro —se dijo con tristeza—. Si esto volviera a suceder...

Dejó trunca la expresión de la idea; le cerró con llave la puerta de la habitación y volvió al sitio donde dejara la caja.

Tomó asiento, se puso la caja sobre las rodillas y la abrió.

Unos rasguños reveladores en el sitio donde la tapa ajustaba en la cerradura, mostraban que en algún momento había sido forzada. En alguna ocasión anterior se había violentado la cerradura, y la llave estaba tan profundamente encajada en ella que resultaba imposible hacerla girar o extraerla. En medio de la naciente desconfianza que sentía hacia su propia prudencia, ponderaba seriamente la posibilidad de vaciar la caja y mandarle poner cerradura y llave.

«¿Habrà algún lugar donde pueda guardar los frascos?», pensó. Vacío la caja y colocó en el suelo, a su alrededor, los seis terribles frascos que fueran el tema

fundamental de las instrucciones precautorias de su esposo en su lecho de muerte. Algunos eran más pequeños que otros y estaban fabricados con vidrios de diferentes colores: el tamaño de los seis compartimientos del botiquín estaba cuidadosamente graduado para que se mantuvieran derechos. Las etiquetas de tres de los frascos le resultaban ininteligibles a Madame Fontaine; sus inscripciones consistían en bárbaras contracciones de palabras latinas.

El cuarto frasco, por el orden en que los sacó, estaba envuelto en un papel grueso y áspero, cubierto por la parte interior con caracteres escritos en una clave misteriosa. Pero la etiqueta pegada al frasco exhibía una inscripción en buen alemán legible, cuya traducción era la siguiente:

Gotas del Espejo. La dosis fatal, según indican los experimentos realizados con animales, es la misma que en el caso del Vino de Alejandro. Pero su efecto mortal es más rápido y resulta menos identificable, en términos del hallazgo de rastros en exámenes post mortem.

Esas líneas de escritura estaban parcialmente tachadas con unos plumazos practicados en fecha posterior, a juzgar por el color de la tinta. En el espacio en blanco que quedaba en la parte inferior de la etiqueta, se habían añadido las siguientes palabras, también con una tinta más fresca:

Tras numerosas y pacientes pruebas, no he logrado descubrir ningún antídoto confiable para este infernal veneno. En esas circunstancias, no me atrevo a intentar modificarlo para su uso médico. Lo tiraré, pero no me gustan las derrotas. Si vivo un poco más de tiempo, lo volveré a intentar, con la mente vigorizada por nuevos estudios.

Madame Fontaine hizo una pausa antes de envolver de nuevo el frasco con el papel, y contempló con mirada anhelante el mensaje en clave que cubría la parte interior de la hoja. Quizás allí se encontrara el anuncio del descubrimiento del antídoto; ¡o tal vez, la información sobre algún experimento más reciente que arrojara nueva luz sobre el terrible poder del veneno! ¡Y allí se encontraba también la clave que la desafiaba a descubrir su secreto!

El quinto frasco que sacó del botiquín contenía el Vino de Alejandro. El sexto y último era el famoso frasco de cristal azul que desempeñara tan importante papel en la recuperación del señor Keller.

La conjetura de David Glenney de que alguien le había arrancado la etiqueta al frasco de cristal azul era correcta. Madame Fontaine la extrajo del compartimiento ya vacío. La inscripción (también en alemán) decía lo siguiente:

Antídoto del Vino de Alejandro. En caso de accidente, la dosis fatal está indicada por la tira de papel rayado adherida al frasco. Me tocó conocer un caso en que fueron ingeridas accidentalmente dos dracmas fluidas del veneno (cantidad más que suficiente para producir la muerte). El efecto fatal es tan lento que tras un lapso de treinta y seis horas antes de que me llamaran para atender el caso, la administración del antídoto resultó exitosa. Las dosis deben repetirse cada tres o cuatro horas. La persona que esté a cargo del paciente debe saber que la recuperación es segura y que, por tanto, se deben descontinuar las dosis ante la aparición de los siguientes síntomas: cese del temblor de las manos, aparición de una sudoración normal y transición de la inmovilidad de la apatía al reposo del sueño. Durante al menos una semana o diez días después, resulta necesaria una dieta vegetariana, a la que se debe adicionar crema, para completar la cura.

Madame Fontaine puso a un lado la etiqueta y contempló los dos frascos —el veneno y el antídoto— colocados a sus pies.

«¡Poder!», pensó, con una espléndida sonrisa de triunfo. «¡El poder con el que soñé toda mi vida es mío al fin! Sólo yo, entre todos los mortales, tengo como siervas a Vida y la Muerte. Usted, señor Keller, fue sordo a mis razones y a mis súplicas. ¿Qué fuerza maravillosa lo puso a mis pies y lo hizo el anhelante benefactor de mi hija? Mi sierva la Muerte, que lo amenazó en la noche, y mi sierva la Vida, que lo despertó en la mañana. ¡Qué situación! Heme aquí, en una ciudad populosa, y todos sus habitantes, desde el más encumbrado hasta el más humilde, están en mi poder!».

Miró por la ventana de su habitación los techos de las casas de Frankfurt. Por fin sus ojos soñolientos se abrieron de par en par; su rostro irradiaba una belleza infernal. Por un momento, fue un demonio con forma humana. Al siguiente, se había transformado de súbito en una mujer tímida, sacudida toda ella por el frío abrazo del miedo.

¿Qué fuerza había producido esa transformación?

Un simple golpe a la puerta.

—¿Quién es? —exclamó.

La voz que le respondió era la de Jack Straw.

—¡Hola, señora Fontaine! Déjeme pasar.

La viuda experimentó una extraordinaria violencia al hablar con un tono amistoso.

—¿Qué quiere, Jack?

—Quiero mostrarle mis llaves.

«¿Qué me importan las llaves de ese infeliz loco?», fue el pensamiento que cruzó por la mente de Madame Fontaine cuando Jack le contestó desde el otro lado de la

puerta. Pero, al responderle, siguió cuidando de disfrazar su voz con el más amistoso de los acentos.

—Excúseme por dejarlo esperando, Jack. No puedo dejarlo pasar ahora.

—¿Por qué no?

—Porque me estoy vistiendo. Regrese en media hora y lo recibiré con sumo gusto.

No obtuvo respuesta. El paso de Jack era tan ligero que resultaba imposible oír a través de la puerta si se había marchado o no. Tras aguardar un minuto, la viuda se aventuró a echar una ojeada. Jack se había retirado. No vio ni rastro de él cuando se inclinó sobre la baranda del corredor y examinó las escaleras.

Volvió a encerrarse en su cuarto. «¡Espero no haberlo ofendido!», pensó mientras regresaba junto al botiquín vacío.

El temor de que Jack pudiera hablar de lo que le ocurriera en el laboratorio de Wurtzburgo, y de que aludiera a su enfermedad en términos que no podrían menos que recordar los síntomas de la enfermedad del señor Keller, no abandonaba su mente. Decidió sorprenderlo agradablemente con un pequeño regalo que le ayudara a ganar su confianza y a adquirir alguna influencia sobre él. Como era un orate recientemente dado de alta de Bedlam, quizás no importaba mucho lo que dijera. Pero era fácil despertar sospechas. Aunque David Glenney había sido sacado de en medio, su tía permanecía en Frankfurt; y la insolente inclinación a desconfiar de las damas alemanas parecía ser un rasgo de familia.

Tras llegar a esas conclusiones, le dedicó de nuevo su atención al asunto aún no resuelto de la nueva cerradura del botiquín.

Al medir el mayor de los frascos (el que contenía el antídoto) se percató de que su neceser no tenía la altura suficiente para guardarlo en él mientras el botiquín estuviera en el taller del cerrajero. Por otra parte, sus baúles sólo estaban protegidos por candados muy corrientes, y eran demasiado grandes para trasladarlos a la seguridad que brindaba el armario. Tendría que dejar los seis frascos sueltos sobre una de las tablas o renunciar a la seguridad adicional que le brindaría una nueva cerradura.

El riesgo de la primera de estas alternativas era el de volver a dejar la llave puesta en el armario. ¿Era probable que ello ocurriera después del susto que había experimentado? La pregunta, en verdad, no merecía respuesta. Ya había colocado dos de los frascos en la tabla cuando, de súbito, le pasó por la mente una objeción capital a la posibilidad de confiar a otras manos el botiquín vacío.

Los colegas de su esposo en Wurtzburgo, y algunos de sus estudiantes más avanzados, estaban familiarizados con el aspecto (al menos externo) del feo y viejo botiquín del profesor. Era fácilmente identificable por las iniciales de su nombre, inscritas con profundos trazos en la tapa. ¿Y si uno de ellos estuviera en Frankfurt? ¿Y si viera en el taller del cerrajero el botiquín sustraído? Esas dos coincidencias

resultaban sumamente improbables, pero era suficiente con que fueran posibles. ¿Quién que no fuera un tonto correría ese riesgo en su crítica situación, teniendo en su contra siquiera una probabilidad entre cien? En vez de confiar el botiquín a las manos de un desconocido, lo más inteligente sería quemarlo en la primera oportunidad que se le presentara y contentarse con la seguridad que le brindaba el armario mientras permaneciera en casa del señor Keller. Tras llegar a esa conclusión, volvió a depositar el botiquín y su contenido en la tabla, con excepción de la etiqueta arrancada al frasco de cristal azul.

En medio de la incomprensible desconfianza que la sobrecogía, la etiqueta asumía el carácter de un testigo peligroso si, debido a un infortunado accidente, caía en manos de uno de los habitantes de la casa. La tomó en sus manos, avanzó hacia la chimenea con intención de destruirla, se detuvo y volvió a mirarla.

Aún quedaban casi dos dosis del antídoto. ¿Quién podía afirmar, al considerar el futuro de una vida como la de ella, que no volvería a tener necesidad de él, después de que tan útil le resultara? ¿Podía estar segura, si la destruía, de recordar las instrucciones que especificaban los intervalos a los cuales debían administrarse las dosis, los síntomas que indicaban una recuperación y el tiempo durante el cual debía darse al paciente la dieta vegetariana?

Volvió a leer cuidadosamente las primeras oraciones.

Antídoto del Vino de Alejandro. En caso de accidente, la dosis fatal está indicada por la tira de papel rayado adherida al frasco. Me tocó conocer un caso en que fueron ingeridas accidentalmente dos dracmas fluidas del veneno (cantidad más que suficiente para producir la muerte). El fatal efecto es tan lento que tras un lapso de treinta y seis horas antes de que me llamara para atender el caso, la administración del antídoto resultó exitosa. Las dosis deben repetirse...

Las restantes instrucciones, a partir de esa última oración, no eran de naturaleza tal que despertaran sospechas. Tomadas en sí mismas, podían referirse a algo tan simple como un remedio contra determinadas enfermedades. La viuda consideró primero la posibilidad de cortar la parte superior de la etiqueta, pero las líneas de escritura estaban tan juntas que infaliblemente delatarían la mutilación. Abrió su neceser y sacó una cajita de papel de aspecto corriente, comprada en la farmacia, que llevaba impreso el pretencioso nombre de «Mácula Extintor o Limpiador de Manchas»; se trataba de un preparado corriente, en polvo, para quitar las manchas de la ropa, incluidos los manchones de tinta. Las instrucciones impresas indicaban que el polvo, parcialmente disuelto en agua, también podía emplearse para borrar la escritura sin dañar el papel, más allá de dejar un leve brillo sobre su superficie.

Valiéndose de ese medio, Madame Fontaine eliminó de la etiqueta las primeras cuatro oraciones, de modo que el escrito comenzaba de manera inofensiva con las instrucciones sobre la frecuencia de las dosis.

—Ahora puedo confiar en que me refresques la memoria sin revelar nada —se dijo al volver a guardar la etiqueta en el botiquín.

En cuanto a la dosis estipulada del veneno, no era probable que la olvidara. Era su vaso para medir medicinas, llenado hasta la marca de dos dracmas. Después de cerrar el armario y guardarse la llave en el bolsillo, ya se encontraba lista para recibir a Jack. Su reloj le dijo que el plazo de media hora había expirado hacía un rato. Abrió la puerta de su habitación. No había ni rastro del demente. Se asomó a las escaleras y lo llamó con voz queda. No obtuvo respuesta; evidentemente, había lastimado el susceptible orgullo del hombrecito.

Resultaba imperioso (teniendo en mente todo lo que podía temer del empleo caprichoso de la lengua de Jack) apaciguar sin más demora su vanidad herida. No tendría ninguna dificultad para encontrarlo, si no había salido. Se hallaría sin falta allí donde estuviera su Ama en ese momento.

Después de buscarlo sin éxito en el cuarto de la señora Wagner, la viuda descendió a la planta baja y se dirigió a las oficinas. En el despacho privado antes ocupado por el señor Engelman, la tía de David Glenney trabajaba en su escritorio; y Jack Straw estaba sentado en el vetusto poyo de la ventana dándole los toques finales al nuevo sombrero de paja de Minna.

CAPÍTULO III

En medio de la melancolía que se abatiera sobre la casa debido a la muerte del señor Engelman, la señora Wagner, con su energía y buen juicio característicos, había mantenido su mente intensamente ocupada. Durante las horas de oficina estudiaba los detalles del negocio de Frankfurt que diferían de los del negocio de Londres, y pronto los dominó lo suficiente para poder llenar el vacío dejado por el señor Engelman. La responsabilidad que este ocupara, con todos sus privilegios y obligaciones, se había convertido en la responsabilidad de la señora Wagner, no en virtud de su rango como directora de la casa de Londres, sino en reconocimiento a la pericia que había adquirido especialmente para hacerse merecedora del puesto.

Fuera de las horas de oficina, mantenía una correspondencia con el autor inglés que publicara el libro sobre el tratamiento de los dementes que había descubierto en la biblioteca de su difunto esposo, y lo ayudaba a atraer la atención del público hacia el humano sistema que propugnaba. Esa infatigable mujer ni siquiera había descuidado su plan para emplear a mujeres jóvenes y respetables en departamentos adecuados de la oficina. La misma amable consideración que la indujera a evitarle al señor Keller la menor alusión al tema hasta que su salud no se encontrara totalmente restablecida, seguía haciéndole guardar silencio hasta que el tiempo le permitiera resignarse a la calamidad de la muerte de su socio. No obstante, había hecho que se llevaran a cabo discretas averiguaciones en Frankfurt que la ayudarían a escoger candidatas dignas del empleo cuando llegara el momento oportuno para dar los pasos necesarios a fin de poner en práctica la reforma propuesta, probablemente después de la celebración del matrimonio de Fritz.

—Por favor, dígame si la interrumpo —dijo Madame Fontaine deteniéndose prudentemente en el umbral antes de pasar a la habitación.

La viuda hablaba inglés de manera admirable, y era para ella un punto de honor ignorar el igualmente perfecto conocimiento del alemán de la señora Wagner, dirigiéndose a ella siempre en inglés.

—Pase, por favor —respondió la señora Wagner—. Sólo le escribía a David Glenney para informarle (a petición de Minna) que ya se ha fijado el día de la boda.

—Déle mis más cálidos recuerdos a su sobrino, señora Wagner. Por supuesto, será uno de los asistentes a la boda.

—Sí, si pueden liberarlo de sus deberes en Londres. ¿Puedo hacer algo por usted, Madame Fontaine?

—Nada, gracias, excepto excusar mi intromisión. Temo haber ofendido a ese pequeño amigo nuestro que está ahí con su bonito sombrero de paja entre las manos, y quiero hacer las paces con él.

Jack levantó la vista de su trabajo con aire de majestuoso desdén.

—Oh, no se preocupe, no tiene importancia —dijo con sus maneras más principescas.

—Me estaba vistiendo cuando tocó a mi puerta y le pedí que regresara en media hora para mostrarme sus llaves —prosiguió Madame Fontaine—. ¿Por qué no regresó, Jack? ¿No quiere mostrarme sus llaves ahora?

—Mire, ese es un asunto de negocios —replicó Jack tan majestuoso como antes—. Yo formo parte del negocio; soy el Guardián de las Llaves. El Ama forma parte del negocio; el señor Keller forma parte del negocio. Usted no forma parte del negocio. No tiene importancia. Le juro por mi alma que no tiene la menor importancia.

La señora Wagner levantó el índice en gesto de reprobación.

—¡Jack! No olvides que le estás hablando a una dama.

Con gesto audaz, Jack se llevó la mano a la cabeza, como si se tratara de un esfuerzo de memoria demasiado grande para él.

—Cualquier cosa con tal de complacerla, Ama —dijo—. Le mostraré la bolsa.

Exhibió ante Madame Fontaine una bolsa de cuero con una correa amarrada a su alrededor.

—Las llaves están dentro —explicó—. Las usé sueltas esta mañana y tintineaban muy bonito. A mis oídos, era un sonido muy musical. Pero el Ama pensó que a la larga era probable que el ruido resultara molesto, así que las metí en una bolsa para que no suenen. Y cuando voy de un lado a otro, la bolsa me cuelga del hombro, así, con esta otra correa. Cuando se necesitan las llaves, abro la bolsa. Usted no las necesita, porque no forma parte del negocio. Además, estoy dándole vueltas a la idea de salir a exhibirme con mi bolsa en la zona elegante de la ciudad. Para esa ocasión creo que debo mostrar la apariencia de un caballero: debo llevar guantes. ¡Oh, no tiene importancia! No quiero robarle más tiempo. Buenos días.

Hizo una de sus extravagantes inclinaciones, acompañada de un gesto de la mano que indicaba que la audiencia de Madame Fontaine ya había concluido. Para sus adentros, estaba tan deseoso como siempre de exhibir sus llaves. Pero la extraordinaria vanidad que seguía siendo su lado trastornado e incurable lo hacía abstenerse de abrir la bolsa de cuero a menos que la viuda se lo pidiera especialmente como un favor personal. Como Madame Fontaine no tenía el menor interés en el tema, tomó el camino más corto para hacer las paces con él. Sacó su monedero.

—Permítame regalarle los guantes —dijo con su irresistible sonrisa.

Jack perdió todo su orgullo al instante.

Se bajó de un salto del poyo de la ventana y le arrebató el dinero como un animal hambriento que se lanza sobre un pedazo de carne. La señora Wagner lo agarró del brazo y lo miró. Jack levantó la vista hasta sus ojos y después la bajó de nuevo, como avergonzado de sí mismo.

—¡Oh, claro! —dijo—. He olvidado mis modales, no le he dado las gracias. Supongo que es un lapso de la memoria. Gracias, señora Ama de Llaves —un instante después, él y su bolsa iban de camino a la zona elegante de la ciudad.

—Estoy segura de que sabrá disculpar a mi pobre Jack —dijo la señora Wagner.

—¡Querida señora, Jack me resulta divertido!

La señora Wagner hizo una leve mueca de disgusto al oír el tono de la respuesta de la viuda.

—Le he curado las peores secuelas de su cruel encierro en el manicomio —continuó—. Pero su inofensiva vanidad parece ser congénita; no he logrado nada con esa rasgo de su carácter. Le enorgullece que se le confíe algo, en especial si se trata de llaves; y ha esperado por ellas mientras tuve asuntos mucho más importantes de que ocuparme. En uno o dos días se habrá acostumbrado más a su gran responsabilidad, como la llama.

—Por supuesto que no le confía usted llaves que sean de importancia, como la llave de su escritorio, por ejemplo —dijo Madame Fontaine.

Los ojos grises de la señora Wagner comenzaron a brillar.

—Puedo confiarle cualquier cosa —respondió enfática.

Madame Fontaine arqueó sus hermosas cejas en una muda y cortés expresión de extrema sorpresa.

—La experiencia me ha enseñado que la más rara de todas las virtudes humanas es la gratitud —prosiguió la señora Wagner—. Mi pobre y desamparado Jack me ha demostrado de mil maneras que es agradecido. Me parece que esa es razón suficiente para confiar en él.

—¿Para confiarle incluso dinero? —inquirió la viuda.

—Sin duda. En Londres confié dinero a su cuidado y los resultados fueron los mejores. Calmé su mente apelando a su sentido de la confianza y al respeto a sí mismo, y me lo agradeció mucho. Hasta el momento no le he dado la llave de este escritorio, porque la reservo como una recompensa especial por buena conducta. No tengo dudas de que en unos pocos días la añadirá a la colección que guarda en su bolsa.

—Ah, usted entiende esas difíciles cuestiones, usted posee el magnífico sentido común de su nación —dijo Madame Fontaine con la humildad que ninguna mujer sabía mejor que ella cuándo y cómo asumir—. Yo no soy más que una pobre y limitada alemana. Pero, como se dice en Inglaterra, «vivir para ver». Me ha resultado indescriptiblemente interesante lo que me ha contado. Buenos días.

Se marchó de la habitación.

—¡Qué mujer más odiosa! —dijo en su idioma, ya fuera de la oficina.

—¡Hipócrita! —dijo la señora Wagner en su idioma, todavía dentro de la oficina.

Si hubiera existido más simpatía entre las dos damas, o si Madame Fontaine

hubiera sentido una mínima curiosidad sobre el tema de las llaves del loco Jack, podría haberse llevado consigo un valioso material para futuras reflexiones. Siendo las cosas como eran, la señora Wagner no la había molestado con un recuento detallado de la manera en que se las había ingeniado para llenar la bolsa de cuero de Jack.

En Londres, había comenzado prudentemente por darle algunas de esas llaves viejas e inservibles que se acumulan en todas las casas con el paso de los años. Cuando pasó la novedad de guardarlas y Jack quiso darles algún uso, la señora Wagner había añadido una o dos llaves suyas y había halagado el orgullo del demente pidiéndole que le abriera la caja o el escritorio cuando se presentaba la ocasión. Procediendo con el mismo plan sabiamente gradual en Frankfurt, le había pedido al señor Keller que la ayudara, y éste la había llevado (en un momento en que Jack estaba ausente) a una leñera en el sótano de la casa, en cuyo suelo había varias llaves viejas desperdigadas.

—Tome cuantas quiera —le había dicho el señor Keller—; están ahí, hasta donde sé, desde que la casa se reparó y reacondicionó en tiempos de mi abuelo, y las habría vendido como hierro viejo si hubiera habido suficientes.

La señora Wagner había tomado las primeras seis llaves que encontró y había hecho a Jack Straw el más feliz de los mortales. A éste no le había importado que estuvieran herrumbrosas. Por el contrario, se regodeaba pensando en el disfrute de limpiar la herrumbre. «Brillarán como diamantes cuando haya terminado con ellas», le había dicho a su Ama.

¿Y qué se había perdido Madame Fontaine al no informarse de esos hechos triviales? Nunca llegó a saber lo que se había perdido. Pero no era la última vez que se las tendría que ver con Jack Straw.

CAPÍTULO IV

Tras dejar a la señora Wagner, la viuda reflexionó unos momentos y después se alejó del área comercial de la casa para dirigirse en busca de su hija.

Abrió la puerta del comedor y se encontró el tablero de bagatela sobre la mesa. Fritz y Minna jugaban una partida displicentemente, con las inevitables interrupciones propias de un noviazgo.

—¿Vienes a incorporarte, mamá? Fritz está jugando muy mal.

—Este tipo de juego requiere el empleo de cálculos matemáticos —comentó Fritz—; y Minna no me deja concentrarme.

Madame Fontaine los escuchó con una sonrisa de indulgencia maternal.

—Pasaba por aquí de regreso a mi cuarto —dijo—. Si alguno de vosotros ve por casualidad a Jack Straw...

—Salió —la interrumpió Fritz—. Lo vi por la ventana. Primero echó a correr y después recordó su dignidad y redujo el paso. Me pregunto cómo regresará.

—Regresará más digno que nunca, Fritz. Le di dinero para que se comprara un par de guantes. Si tú o Minna se topan con él antes que yo, decidle que puede subir a mostrarme sus guantes nuevos. Me gusta complacer a ese pobre imbécil. No debéis reiros de él; es digno de lástima.

Después de expresar tan humanitarios sentimientos, dejó a los enamorados para que continuaran su partida. Mientras Jack continuara felizmente entusiasmado con su nuevo regalo, su estado de ánimo resultaría el adecuado para experimentar su influencia. Ahora o nunca era el momento para prevenirse (si es que resultaba posible) contra el peligro de alusiones casuales a lo sucedido en Wurtzburgo. En la casa todos sabían que la señora Wagner deseaba regresar a Londres, después de celebrada la boda, tan pronto como lo permitieran ciertas cuestiones importantes relacionadas con la administración de la oficina. Según los cálculos de Madame Fontaine, Jack saldría felizmente de en medio y no podría provocar ningún problema (si lograba mantenerlo callado durante ese intervalo) en un plazo de un mes o seis semanas.

La partida prosiguió en el comedor, con las inevitables interrupciones. Fritz, a quien no podía reprochársele nada como enamorado, no daba señales de mejorar como jugador de bagatela. En el curso de una pausa más larga de lo usual, durante la cual las personas implicadas tenían las espaldas vueltas hacia la puerta, se produjo una desagradable interrupción. En medio del absoluto silencio reinante, se oyó inesperadamente una voz masculina que reclamaba inmediata atención con las siguientes palabras:

—¡Oíganme, los dos! Si quieren ver el par de guantes más hermoso de Frankfurt, miren aquí.

Allí estaba, con las manos extendidas, exhibiendo un par de guantes de un verde brillante y más satisfecho que nunca de sí mismo.

—¿Por qué entras siempre sin tocar a la puerta? —preguntó Fritz con excusable indignación.

—¿Y usted por qué siempre tiene el brazo alrededor de su cintura? —replicó Jack—. Señorita Minna (no es más que un comentario), mientras más la besa, más parece gustarle a usted.

—¡Por Dios, dile que se vaya! —susurró Minna.

—¡Sube! —exclamó Fritz.

—¡Cómo! ¿Quiere volver a lo mismo? —preguntó Jack.

—Vaya a enseñarle sus guantes nuevos a Madame Fontaine —dijo Minna.

La chica, con su rápido ingenio, había descubierto la manera correcta de desembarazarse de Jack. Éste aceptó la sugerencia con entusiasmo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Esa es una buena idea! Nunca le habría pasado por las mientes, Fritz, ¿no es cierto?

Antes de que Fritz lograra responderle, Jack se había puesto fuera de su alcance.

La viuda estaba en su habitación, dedicada a la inocente tarea de leer el periódico. A su lado, sobre la mesa, había una tarta; y, por pura coincidencia, una botella de burbujeante gaseosa estaba muy próxima a la tarta. Los ojos de Jack brillaron cuando posó la vista en la mesa tras pasar a la habitación.

—¡Así que esos son los guantes! —dijo Madame Fontaine con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, en pose crítica, como si fuera una conoedora que admirara un hermoso cuadro—. ¡Qué bonitos! ¡Qué buen gusto tiene usted!

Jack (con los ojos aún clavados en la tarta) aceptó esos halagadores comentarios como normales.

—Me siento complacido con mi paseo —dijo—. He hecho una brillante aparición pública. Cuando la atención general no estaba concentrada en mi bolsa de llaves, se encontraba absorta en mis guantes. Exhibí una modestia encomiable: no me fijé en nadie.

—¿Quizás el paseo le ha abierto un poco el apetito? —sugirió la viuda.

—¿Qué dice? —exclamó Jack—. ¡Que si tengo apetito! Le juro que me comería... No, eso no es digno de un caballero. El Ama me lanzó una de sus miradas cuando dije «le juro» allá abajo en la oficina. Gracias. Sí, me gusta la torta. Perdóneme, pero ¿tendrá ciruelas?

—Ciruelas y otras cosas sabrosas. ¡Pruébela!

Jack se esforzó por mantener sus buenos modales y limitarse a probarla, como le habían dicho. Pero las leyes de la Naturaleza fueron demasiado para él. Le gustaban los dulces tanto como a un niño, y engulló su porción.

—De repente se muestra usted sumamente buena conmigo —exclamó entre uno y

otro bocado—. ¡En Wurtzburgo no le parecía yo gran cosa!

Jack le había dado su oportunidad a Madame Fontaine, y ella no era mujer de dejarla escapar.

—¡Oh, Jack! —dijo en tono de gentil reproche—. ¿Acaso no lo cuidé en Wurtzburgo cuando enfermó?

—Algo así hubo —admitió Jack.

—¿Qué quiere decir?

Jack había terminado su primera tajada de tarta; su cortesía comenzaba a dar señales de agotamiento.

—Hizo lo que mi patrón, el doctor, le mandó hacer —dijo—. Pero no creo que le importara si yo vivía o moría. Cuando tenía que arrojarme en la cama, por ejemplo, lo hacía con la mayor indiferencia. ¡Ja!, ha mejorado desde entonces. Déme un pedazo más de tarta. No tenga miedo de que sea demasiado grande. ¿Esa botella de gaseosa es para mí?

—No la merece, Jack, después de la manera en que me ha hablado. ¿No recuerda que le daba su gaseosa cuando estaba enfermo? —añadió la viuda, llevándolo de nuevo al tema delicadamente.

Jack insistió en no dejarse arrastrar a él.

—Tiene usted un ansia muy desmedida de cumplidos —le reprochó—. ¿No le dije acaso que había mejorado? Siga como va y me atrevo a decir que uno de estos días la pondré junto a mi Ama en el sitio de mi estimación. Descorche la botella de modo que el tapón suene; me gustan todos los ruidos. ¡A su salud! ¿Es de buenos modales chasquear los labios después de tomar gaseosa? Es tan buena, y produce tanto placer sentir cómo pica en la garganta cuando baja. No me dio una gaseosa como esta cuando estaba enfermo. ¡Oh!, eso me recuerda algo.

—¿Le recuerda algo que ocurrió en Wurtzburgo? —inquirió Madame Fontaine.

—Sí. Espere un momento. Voy a probar cómo sabe la tarta remojada en gaseosa. ¡Ja! ¡Ja! ¡Como burbujea cuando la revuelvo! Sí, algo que ocurrió en Wurtzburgo, como dice. Le hice la pregunta a David la mañana en que se fue. Pero el coche lo esperaba y se marchó a toda prisa sin decirme una palabra. Me parece que eso fue descortés.

De no haber seguido revolviendo la gaseosa con su pedazo de tarta, habría visto algo en el rostro de la viuda que lo habría sobresaltado. Pero cuando ella le habló, alzó la vista. El oído era el más agudo de sus sentidos y le llamó la atención la súbita alteración de su voz.

—¿Qué le preguntó a David? —fue todo lo que la viuda se atrevió a decir.

Jack seguía mirándola.

—¿Le ocurre algo? —preguntó.

—Nada. ¿Qué le preguntó a David?

—Algo que quería saber.

—Quizás yo pueda decirle eso que quiere saber.

—No me extrañaría. No, remojar la tarta en gaseosa no la mejora, y en el refresco quedan migajas.

—Tire ese pedazo de tarta, Jack, y sírvase otro.

—¿Puedo servirme yo mismo?

—Por supuesto. Pero no me ha dicho aún qué es lo que quiere saber.

Al fin Jack le dio una respuesta clara.

—Lo que quiero saber es lo siguiente: ¿quién envenenó al señor Keller? —dijo.

Mientras decía esas palabras, cortaba la tarta, y extraía un pedazo de cáscara de naranja confitada con la punta del cuchillo. Una vez más, el rostro de la viuda había escapado a su observación. Madame Fontaine se volvió rápidamente y se puso a atizar el fuego. En esa posición le daba la espalda a la mesa; podía atreverse a hablar.

—¡Dice usted tonterías! —dijo.

Jack se detuvo con la tarta ya de camino a la boca. Ese era un ataque directo a su dignidad, y no estaba dispuesto a tolerarlo.

—Yo nunca digo tonterías —respondió cortante.

—Sí lo hace —replicó Madame Fontaine igualmente cortante—. El señor Keller se enfermó, como puede enfermarse cualquiera. Nadie lo envenenó.

Jack se puso de pie. Por un momento llegó a olvidar la tarta.

—¿Nadie? —repitió—. Contésteme lo siguiente, si me hace el favor: ¿no se curó el señor Keller con el líquido del frasco de cristal azul, como yo?

¿Quién se lo habría dicho? Joseph podía habérselo dicho; Minna podía habérselo dicho. No era momento de averiguaciones; lo que resultaba imperioso era borrar esa idea de su mente. Madame Fontaine le contestó con audacia:

—Cierto, hasta ahí —y esperó a ver qué sucedía.

—Muy bien —dijo Jack—, el señor Keller se curó con el líquido del frasco de cristal azul, como yo. Y yo estaba envenenado. ¿Qué me dice?

La viuda lo contradijo sin más.

—¡Usted *no* estaba envenenado!

Jack atravesó la habitación con un relumbre del viejo fulgor de Bedlam en sus ojos y se situó frente a ella junto al hogar.

—El diablo es el padre de todas las mentiras —dijo, alzando solemnemente una mano—. ¡Cero mentiras! Oí a mi patrón, el doctor, decir que me había envenenado.

La viuda tenía una respuesta lista.

—Su patrón, el doctor, lo dijo para asustarlo. No quería que volviera a probar sus medicinas en su ausencia. Usted, por goloso, bebió el doble de lo que debía tomarse cuando quiso probar aquella medicina color violeta en el laboratorio de su patrón. Y fue usted el culpable —y no ningún veneno— de haber caído enfermo.

Jack escrutó su rostro. Su razonamiento podía llevarlo hasta el punto de saber que él y el señor Keller debían haber tomado el mismo veneno, porque él y el señor Keller se habían curado con el contenido del mismo frasco. Pero partir de que había enfermado por una dosis excesiva de una medicina, y que el señor Keller había enfermado por alguna otra causa, y después preguntarse cómo dos enfermedades diferentes podían haberse curado con el mismo remedio constituía un esfuerzo del que era totalmente incapaz. Incluyó la cabeza con pesar y regresó junto a la mesa.

—Querría no haberle preguntado —dijo—. Me confunde usted horriblemente.

De no ser por esa insoportable sensación de perplejidad, habría seguido dudando y desconfiando de ella tan resueltamente como siempre. Siendo las cosas como eran, su mente ofuscada buscó inconscientemente refugio en creer en lo que le decían.

—Si era una medicina, ¿para qué sirve? —preguntó el pobre hombre atónito.

Al escuchar esas palabras, una idea hija del mismo demonio nació en la mente de Madame Fontaine. Aún de pie junto al hogar, volvió la cabeza lentamente y miró el armario.

—Es un remedio todavía mejor que el del frasco azul —dijo—; cura tan rápido el cansancio y la confusión mental que lo traje de Wurtzburgo para mi propio uso.

El rostro de Jack se iluminó con un nuevo interés.

—¡Oh, déjeme verlo de nuevo! —dijo anhelante.

La viuda introdujo la mano en su bolso, sacó la llave y vaciló en el último momento.

—Sólo una miradita para ver si es el mismo —suplicó Jack.

Madame Fontaine abrió el armario.

CAPÍTULO V

Jack hizo ademán de seguirla para echarle una ojeada al interior del armario. La viuda le hizo un gesto de que se alejara.

—Espere junto a la ventana, donde pueda ver la medicina a la luz —dijo.

Sacó del botiquín el frasco del Vino de Alejandro y después de volver a cerrar el mueble, se guardó la llave otra vez en el bolso.

—¿La recuerda? —preguntó, mostrándole el frasco.

Jack se estremeció al reconocer el color.

—¿Medicina? —se dijo, asaltado de nuevo por dudas que no lograba formular—. No recuerdo cuánto tomé cuando la probé. ¿Y usted?

—Ya se lo dije. Tomó el doble de la dosis correcta.

—¿Eso fue lo que dijo mi patrón, el doctor?

—Sí.

—¿Y le dijo cuál era la dosis correcta?

—Sí.

Jack no pudo resistirse.

—¡Me gustaría verla! —dijo vehementemente—. Mi patrón era un hombre maravilloso; mi patrón lo sabía todo.

Madame Fontaine lo miró. Jack esperaba su anuencia a su petición, como un niño que espera el juguete que le han prometido.

—¿Quiere que la mida y se la muestre? —dijo la viuda—. Supongo que no sabe lo que son dos dracmas.

—¡No, no! Muéstremelo.

Madame Fontaine lo volvió a mirar y vaciló. Dando muestras de cierta reticencia, abrió su neceser. Al sacar el vaso de medida, su mano comenzó a temblar. En su frente apareció una leve sudoración. Puso el vaso sobre la mesa y se dirigió a Jack.

—¿Qué le hace sentir tanta curiosidad por la dosis? —dijo—. ¿Cree que va a necesitar un poco?

Los ojos de Jack contemplaban anhelantes el veneno.

—Cura el cansancio y la confusión mental —respondió, repitiendo las palabras de la viuda—. Soy un hombre pequeño, y a veces me canso más fácilmente de lo que usted podría imaginar.

Madame Fontaine se enjugó la frente con el pañuelo.

—El fuego ha calentado mucho la habitación —dijo.

Jack no hizo caso del comentario; no había terminado la confesión de sus pequeñas dolencias. Prosiguió explicando las razones que justificaban que se le favoreciera con un poco del maravilloso remedio.

—Y en cuanto a confusión mental, no tiene idea de qué mal me siento en

ocasiones —dijo—. Si no me dejan acercarme al Ama durante todo un día —cuando digo o hago algo mal, sabe— ¡le digo que siento deseos de ahorcarme! Si me viera en esos momentos, estoy seguro de que se compadecería de mí. ¡Estoy seguro!

En vez de responderle, la viuda se levantó abruptamente y se dirigió presurosa a la puerta.

—Estoy segura de que hay alguien afuera; ¡alguien que quiere hablar conmigo! —exclamó.

—No oigo nada, y mis oídos son los más agudos de toda la casa —dijo Jack.

Aguarde un minuto y déjeme ver.

Madame Fontaine abrió la puerta, la cerró de nuevo a sus espaldas y recorrió velozmente el solitario corredor. Abrió de un golpe la ventana del extremo y sacó la cabeza al penetrante aire invernal, con una inmensa sensación de alivio. Estaba casi fuera de sí, Y no sabía por qué. Los inocentes intentos del pobre Jack de persuadirla para que lo aniquilara, en su lastimosa simplicidad, tenían en un puño a ese complejo y terrible carácter y lo sacudían hasta lo más profundo. La mujer miraba a la cara el crimen que proyectaba Y temblaba ante su diabólica perfidia. «¿Qué me sucede?», se preguntó. «Siento como si pudiera destruir todos los venenos del botiquín con mis propias manos».

Regresó lentamente por el corredor hasta su habitación. ¡El aire fresco había vuelto a tensar sus nervios! Comenzaba a recuperarse. El cuerpo fortalecido ejerció su efecto sobre la mente errática. La viuda sonrió al recordar su momento de debilidad, al tiempo que contemplaba el frasco de veneno que había conservado mecánicamente entre las manos. «Ese ser enclenque podría causar graves problemas entre el día de hoy y el de la boda», pensó; «y aun así, aun así...».

—Y bien, ¿había alguien afuera? —preguntó Jack.

—Nada de importancia —dijo.

Su respuesta fue mecánica. Algo en él o en ella misma, resultaba imposible determinar en cuál de los dos, la había hecho recordar de repente el día en que su esposo lo arrebatara de las fauces de la muerte. Parecía extraño que el recuerdo del difunto doctor se interpusiera entre ellos de esa manera y en ese momento.

Jack la devolvió a la realidad. Le alcanzó el vaso que había dejado sobre la mesa.

—Me asusta cuando pienso en lo que hice —dijo—. Y, sin embargo, tiene un color tan bonito; quiero volver a verlo.

En silencio, la viuda tomó el vaso; en silencio, midió los dos dracmas fatales del veneno y se los enseñó.

—Guárdemelo en algo y déjeme llevármelo —suplicó Jack—. Sé que me va a hacer falta.

Aún en silencio, la viuda se volvió hacia la mesa, volvió a rebuscar en su neceser y encontró un pequeño frasco vacío. Lo llenó y lo cerró cuidadosamente con el tapón

de vidrio. Jack extendió la mano. De pronto, la viuda retiró la suya.

—No. Pensándolo mejor, no se lo daré —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no cuida usted la lengua y es incapaz de guardar un secreto. Le diré a todos en la casa que le he dado mi maravillosa medicina. Todos querrán un poco y yo me quedaré sin ninguna.

—¿No es eso bastante egoísta? —dijo Jack—. Aunque supongo que es natural. No se preocupe, haré cualquier cosa por complacerla; la guardaré en mi bolso y no le diré una palabra a nadie. ¿Qué dice?

Una vez más, Jack extendió su mano. Una vez más, Madame Fontaine se detuvo cuando hacía ademán de entregársela. Su difunto esposo volvía a interponerse entre ellos. Las primeras palabras espantadas que le dijera en medio del horror de haber descubierto que su pobre sirviente imbécil había encontrado y probado el compuesto fatal regresaron a su memoria. «Si muere, no lo sobreviviré. Y creo firmemente que no descansaré en mi tumba». A diferencia de su esposo, la viuda nunca había creído en fantasmas; todas las supersticiones le parecían indignas de los seres racionales. Y, sin embargo, en ese momento se sintió presa de tal pánico que recorrió con la vista la antigua habitación gótica presa de un temor innombrable que hacía latir fuertemente su corazón.

Eso bastó, aunque las supersticiones de todo tipo eran indignas de los seres racionales, para hacerla vacilar por ahora de su bárbaro propósito. Nada de que lo Jack le dijo surtió el menor efecto sobre ella. Después de tomar su decisión, volvía a ser dueña de sí misma. «Aún no», resolvió; «puede tener consecuencias que no he calculado. Pensaré en ello durante la noche». Jack probó en vano con un último ruego cuando la vio llevarse la mano al bolso en busca de la llave del armario.

—No, yo se la guardaré —dijo—. Venga a verme cuando se sienta mal y la necesite.

El bolso de la viuda se había enredado con la falda de su vestido. Intentando desenredarlo, irritada, la llave cayó al suelo. Jack la recogió y vio la inscripción en el mango.

—Armario del Cuarto Rosado —leyó—. ¿Por qué le dan ese nombre?

En medio de la tensión que experimentaba, la viuda incluso se había dejado llevar por la pequeña irritación que le produjera el enredo de su bolso. No estaba de humor para soportar con paciencia preguntas tan sencillas.

—¡Mire las cortinas rosadas, tonto! —dijo, y le arrancó la llave de las manos.

Jack se molestó instantáneamente por sus palabras y su manera de actuar.

—No vine aquí para que me insultaran —manifestó en su tono más grandilocuente.

Madame Fontaine guardó el veneno en el armario sin prestarle atención, lo cual lo

puso más furioso que nunca.

—¡Tome sus guantes nuevos! —exclamó—. ¡No los quiero! —enrolló los guantes y se los tiró—. ¡Me gustaría poder devolverle también toda la tarta que me comí! —declaró con vehemencia.

Hizo expresa esa aspiración con una enfática patada. La agitación histérica de Madame Fontaine emergió a la superficie de nueva forma. Rompió a reír incontrolablemente.

—Hombrecito curioso, no quise ofenderlo —dijo—. ¿No sabe que las mujeres a veces pierden la paciencia? ¡Vamos! Démonos la mano y reconciliémonos. Y llévese el resto de la tarta, si quiere.

Jack la miró mudo de asombro.

—¡Déjeme sola! —exclamó la viuda, de nuevo presa de la irritación—. ¿Me oye? ¡Váyase! ¡Váyase! ¡Váyase!

Jack se marchó de la habitación sin proferir una palabra de protesta. Los rápidos cambios de la viuda, la asombrosa diversidad de aspectos y tonos que los acompañaban, lo intimidaban por completo. Sólo cuando se encontró a salvo afuera, en el corredor, se recuperó lo suficiente para darle su propia interpretación a lo que había sucedido. Volvió a mirar la puerta de la habitación de Madame Fontaine y sacudió solemnemente su cabecita gris.

«Ahora lo entiendo», pensó. «La señora Ama de Llaves está loca. ¡Ay, Dios, el único sitio apropiado para ella es Bedlam!».

Bajó el primer tramo de escalera y se detuvo de nuevo para deducir el corolario de su perspicaz descubrimiento. «Debo hablar con la Ama sobre esto», concluyó. «Mientras más rápido regresemos a Londres, más seguro me sentiré».

CAPÍTULO VI

La señora Wagner aún se encontraba enfrascada en el trabajo ante su escritorio cuando Jack Straw volvió a hacer su aparición en su despacho privado.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó la dama—. ¿Y qué has hecho con tus guantes nuevos?

—Se los tiré a Madame Fontaine —respondió Jack—. No se alarme. No le di.

La señora Wagner puso la pluma sobre el escritorio al tiempo que sonreía.

—Hasta los negocios deben cederle el lugar a un acontecimiento tan extraordinario como ese —dijo—. ¿Qué ocurrió entre tú y Madame Fontaine?

Jack emprendió una larga y enredada narración de lo que oyera sobre el tema del remedio maravilloso y sobre la manera caprichosa en que cierta cantidad de él le fuera primero ofrecida y después negada.

—Reflexione un poco y dígame qué opinión le merece el asunto hasta ahí —dijo grandilocuente.

—Creo que es mejor que dejes a Madame Fontaine guardar su medicina en el armario —respondió la señora Wagner—; y cuando necesites algo de ese tipo, pídemelo a mí.

El pedazo de tarta que Jack había traído consigo atrajo su atención mientras le decía lo anterior. ¿Lo habría comprado o se la habría llevado de la habitación del ama de llaves?

—¿Eso es tuyo o de Madame Fontaine? —preguntó—. Todo lo que sea de Madame Fontaine hay que devolvérselo.

—¿Cree que me rebajaría a llevarme algo que no me pertenece? —dijo Jack indignado. Emprendió otra confusa narración que desembocó, al cabo de cierto tiempo, en el episodio en que Madame Fontaine dejara caer la llave y él la recogiera—. Leí «Armario del Cuarto Rosado» en el mango —prosiguió—; y cuando le pregunté qué significaba me llamó tonto y me arrebató la llave de las manos. ¿Se imagina que iba a usar sus guantes después de eso? ¡No! Soy tan capaz de hacer un sacrificio como el que más; actué con nobleza; se los tiré. ¡Espere un momento! Puede reírse, pero todavía queda por contar algo terrible. ¿Qué piensa de una persona furiosa que me insulta y que de repente se transforma en una persona divertida que me da un apretón de manos y rompe a reír? Eso fue lo que hizo. Por mi honor de caballero que eso fue lo que hizo. Siga mi sabio ejemplo; manténgase alejada de ella y regresemos a Londres lo antes posible. Oh, tengo mis razones para decirlo. Sólo déjeme mirar por el hueco de la llave antes de decírselas. Muy bien; no hay nadie en el hueco de la llave; puedo decirlo sin correr peligro. Es un secreto terrible el que voy a revelar: ¡la señora Ama de Llaves está loca! No, no, no hay ninguna posibilidad de error. Si hay un ser humano que distingue perfectamente la locura cuando la ve,

¡por el Cielo que soy yo!

La señora Wagner, que había observado atentamente a Jack mientras hablaba, le hizo una señal de que se acercara y lo tomó de la mano.

—Basta ya —dijo en voz queda—; comienzas a mostrarte un poco excitado.

—¿Quién lo dice? —exclamó Jack.

—Tus ojos. Ven aquí a tu lugar.

La señora Wagner se puso de pie y lo condujo a su asiento acostumbrado en el hueco de la vetusta ventana.

—Siéntate —dijo.

—No quiero sentarme.

—¿Ni siquiera si yo te lo pido?

Se sentó de inmediato. La señora Wagner sacó su libreta de notas e hizo una marca en ella con su lápiz.

—Ya tenemos una nota de buena conducta para Jack —dijo—. Ahora debo continuar con mi trabajo y tú debes entretenerte tranquilo, con alguna ocupación. ¿Qué harás?

Jack, que se contenía bajo la mirada firme y bondadosa posada en él, no estaba en la disposición mental adecuada para encontrar un empleo conveniente.

—Dígame usted —dijo.

La señora Wagner apuntó al bolso de llaves que colgaba de su hombro.

—¿Ya las limpiaste? —preguntó.

La atención de Jack se desvió al instante hacia las llaves: estaba asombrado de haberlas olvidado. La señora Wagner hizo sonar la campanilla y lo proveyó de papel de lija, una badana y blanco de España.

—¡Y ahora —dijo señalando al reloj—, al menos durante una hora, silencio y a trabajar!

Retornó a su escritorio y Jack abrió su bolso.

Colocó las llaves herrumbrosas en una hilera sobre el asiento que quedaba a su lado. Antes de comenzar las operaciones de limpieza, contempló las llaves una a una y experimentó un sobresalto; tomó entre las manos una llave y la puso contra la luz. Tenía algo inscrito en el mango, bajo una capa de herrumbre y suciedad. Agarró sus materiales y se puso a trabajar con tanta diligencia que en pocos minutos la inscripción resultó visible. Podía leerla claramente: «Armario del Cuarto Rosado». A continuación aparecía una palabra que no le resultaba tan inteligible: la palabra «Duplicado». Pero no tenía necesidad de preocuparse por ella. La frase «Armario del Cuarto Rosado» en una segunda llave le decía todo lo que quería saber.

Sus ojos centellearon, despegó los labios, contempló a la señora Wagner, muy atareada con la pluma, y se contuvo en los difíciles límites del silencio. «¡Ajá! Puedo hacerme con la medicina de la señora Ama de Llaves cuando quiera», pensó, astuto.

Su fe en el remedio no había vacilado un ápice como resultado de su convicción acerca de la locura de Madame Fontaine. Era el doctor quien había preparado el remedio, y el doctor no podía cometer errores. «No es la persona apropiada para guardar algo tan precioso», concluyó. «La pondré toda bajo mi custodia. ¿Se lo diré al Ama cuando hayamos terminado de trabajar?».

Consideró la cuestión mientras limpiaba sus llaves, al tiempo que le lanzaba furtivas miradas, de cuando en cuando, a la señora Wagner. La astucia, que casi invariablemente está bien desarrollada en las inteligencias débiles, lo llevó a decidir guardarse su descubrimiento. «Todo lo que sea de Madame Fontaine, hay que devolvérselo», era lo que su Ama acababa de decirle. Sin duda la señora Wagner le ordenaría que le devolviera el duplicado de la llave (lo que significaba renunciar al remedio maravilloso) si le confiaba su secreto. «Cuando haya obtenido lo que quiero, tiraré la llave y nadie se enterará», pensó.

Se sucedieron los minutos, sonaron los cuartos de hora, y los singularmente dispares compañeros proseguían en silencio sus singularmente dispares tareas. Los relojes ya iban a dar la hora cuando una tercera persona interrumpió sus labores, y esa persona no era otra, de nuevo, que Madame Fontaine.

—¡Mil perdones, señora Wagner! ¿Cuándo podría decirle dos palabras en privado?

—No podría haber escogido mejor momento, Madame Fontaine. Acabo de concluir el trabajo del día —hizo una pausa y le lanzó una mirada a Jack, aparatosamente atareado con sus llaves. Lo más inteligente sería dejarlo en el poyo de la ventana, entregado a su inofensivo empleo—. ¿Pasamos al comedor? —sugirió, abriendo la marcha—. Espera ahí, Jack, mi regreso; quizás pueda poner otra marca de buena conducta en mi libreta.

Las dos damas sostuvieron su entrevista a puerta cerrada en el comedor vacío.

—La única excusa que tengo para molestarla, señora, es que lo hago por el bien del pobrecito Jack, a quien acabamos de dejar en la oficina —comenzó la viuda—. ¿Podría decirme si ha notado en él algunas señales de desasosiego últimamente?

—¡Sin duda! —contestó la señora Wagner con su franqueza habitual—; tuve necesidad de calmarlo cuando llegó a mi lado hace cuestión de una hora, y ha visto que ahora está tan tranquilo como el que más. Temo que tenga usted alguna razón para quejarse de su conducta.

Madame Fontaine alzó las manos en gesto de gentil protesta.

—¡Oh, no, no tengo ninguna queja! Sólo siento lástima por nuestro enfermito y, quizás, la impresión de que se requiera del empleo de su poderosa influencia sobre él; eso es todo.

—Es usted muy bondadosa —dijo secamente la señora Wagner—. A la vez, le ruego que acepte mis excusas, no sólo en nombre de Jack, sino en el mío propio. En

Londres me pareció que se portaba tan bien, y que era tan capaz de contenerse, que pensé que no corría ningún riesgo traerlo conmigo a Frankfurt.

—Por favor, no siga, querida señora, me confunde usted. Yo soy la causa inocente de su pequeña crisis. Lamentablemente, le recordé la época cuando vivía con nosotros en Wurtzburgo, y eso hizo revivir uno de sus antiguos desvaríos, que ni su admirable tratamiento ha logrado borrar de su mente.

—¿Podría decirme de qué desvarío se trata, Madame Fontaine?

—Es uno de los más comunes entre los dementes, señora Wagner: el desvarío que consiste en imaginar que fue envenenado. ¿Lo ha expresado alguna vez en su presencia?

—Algo de eso me contó el superintendente del manicomio en Londres —respondió la señora Wagner.

—Ah, ¿sí? Supongo que el superintendente se limitaba a repetir lo que Jack le había contado.

—Exactamente. Tuve cuidado de no alterarlo refiriéndome a ello cuando lo tomé a mi cuidado. A la vez, resulta imposible ver su cabello y su tez sin percatarse de que le debe haber ocurrido algún grave accidente.

—¡Qué duda cabe! Fue víctima, pobrecito, no del veneno, sino de su tonta curiosidad en el laboratorio de mi esposo, y ya ve el resultado. Desgraciadamente no puedo darle la explicación científica del problema.

—Si pudiera dármela, yo no la comprendería, Madame Fontaine.

—Ah, querida señora, dice eso llevada de su amabilidad, porque no quiere humillarme. ¿Jack le ha dicho algo sobre mí que parezca requerir una explicación, si es que puedo dársela?

Tuvo un desliz al hacer esa pregunta: logró ocultar perfectamente la ansiedad que la provocaba en lo que a su voz y a sus ojos concernía. Pero su agitación interna se dejó ver en la superficie por un momentáneo temblor de sus labios.

Aunque leve, esa señal que la traicionaba no escapó a la penetrante observación de la señora Wagner. Su respuesta fue cautelosa.

—Por el contrario, de lo que Jack me ha contado sólo se puede llegar a la conclusión de que le prestó usted un verdadero servicio —dijo—. Ha logrado curarle ese desvarío del que hablaba, y aplaudo su buen juicio al negarse a darle la medicina.

Madame Fontaine hizo una profunda reverencia.

—Recordaré sus amables palabras como uno de los momentos más felices de mi vida —dijo con su mayor gentileza—. Permítame tomar su mano.

Apretó, agradecida, la mano de la señora Wagner e hizo una salida que era un triunfo del arte. Hasta una actriz francesa habría envidiado la manera en que salió de la habitación.

Pero después de subir las escaleras, una vez desaparecida la necesidad de

mantener las apariencias, adoptó un paso tan lento y cansado como el de una anciana. «Oh, hija mía», pensó con tristeza, pensando de nuevo en Minna, «¿veré el término de todos estos sacrificios cuando llegue el día de tu boda con el final del año?». Se sentó junto al fuego de su habitación y, por primera vez en su vida, la inofensiva existencia de una de esas aburridas ama de casa a quienes despreciaba comenzó a parecerle envidiable. Ahora veía ventajas en el estrecho horizonte social circunscrito por el comadreo, el bordado y el té.

Una vez a solas en el comedor, la señora Wagner caminó de un lado a otro de la habitación, decidida a desentrañar los motivos de Madame Fontaine.

Afrontaba varias dificultades. Resultaba fácil llegar a la conclusión de que algo había debajo de la superficie; pero los obstáculos para avanzar más allá de ese punto parecían imposibles de superar. Los resultados fundamentales de las reflexiones de la señora Wagner, una vez que hubo regresado a la oficina, fueron los de experimentar una desconfianza más resuelta que nunca hacia la elegante viuda y lamentar la ausencia del inteligente David Glenney para consultar con él.

Allí se encontraba Jack —según la frase popular, tan bueno como el oro— aún en su sitio, en el poyo de la ventana, atareado con sus llaves. Sus primeras palabras se refirieron por entero a sí mismo.

—Si esto no es buena conducta, me gustaría saber qué cosa es. Póngame mi otra marca.

La señora Wagner sacó su libreta y le anotó la nueva marca.

—Gracias —dijo Jack—. Ahora quiero algo más. Quiero saber qué le dijo la señora Ama de Llaves. Me sentí seriamente alarmado por usted.

—¿Por qué, Jack?

—No la mordió, ¿cierto? ¡Oh, a veces lo hacen! ¿Qué mentiras le estuvo contando de mí? ¡Oh, mienten de la manera más abominable! ¿Cómo? ¿Qué se refirió a mí en los términos más amables? ¿Y entonces por qué no quiso que la oyera? ¡Ah, son tan infernalmente taimados! Odio a los locos.

La señora Wagner volvió a sacar su libreta.

—Borraré tu marca si oigo algo más en ese sentido —dijo severa.

Jack juntó sus llaves con un fuerte sentimiento de agravio y las volvió a guardar en su bolso de cuero.

—Se muestra un poco dura conmigo, pero sólo le estoy advirtiendo por su propio bien —dijo—. No sé por qué, pero no es tan amable conmigo aquí como solía serlo en Londres. ¡Y eso me duele!

Se recostó en el poyo de la ventana y rompió en llanto.

La señora Wagner no era mujer para resistir esa expresión de los sentimientos del pobre hombrecito. Al instante estaba junto a la ventana consolándolo y enjugándole las lágrimas, como si se tratara de un niño. Y, como un niño, Jack se aprovechó de la

impresión que había causado.

—Mire su escritorio —dijo con tono lastimero—; ahí tiene otra muestra de cuán dura se muestra conmigo. En Londres yo guardaba la llave de su escritorio. Aquí no me la confía.

La señora Wagner fue hasta su escritorio, dio vuelta a la llave y regresó junto a Jack. Pocas personas saben cuánto aumentan los efectos de un acto bondadoso cuando se ejecuta en silencio. La señora Wagner era una de esas pocas. Sin pronunciar palabra, abrió el bolso de cuero y dejó caer la llave en él. La gratitud de Jack llegó, en su inocencia, a un extremo que nunca había alcanzado aún.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Me permitiría darle un beso?

La señora Wagner dio un paso atrás y levantó una mano en gesto de advertencia. Pero antes de que lograra hablar, el agudo oído de Jack captó el sonido de pasos que se aproximaban a la puerta.

—¿Es ella que vuelve? —exclamó, aún suspicaz con respecto a Madame Fontaine.

La señora Wagner abrió la puerta al instante y se encontró frente a frente con Joseph, el sirviente.

—¿Sabe usted, señora, cuándo regresará el señor Keller? —preguntó Joseph.

—Ni siquiera sabía que había salido. ¿Quién lo busca?

—Un caballero, señora, que dice que viene de Munich.

CAPÍTULO VII

A nuevas preguntas, se pudo saber que «el caballero de Munich» no tenía tiempo que perder. En ausencia del señor Keller, había preguntado si podía ver a «uno de los otros socios». Ello parecía implicar que la visita del desconocido estaba relacionada de alguna forma con intereses comerciales, en cuyo caso, la señora Wagner era perfectamente competente para escuchar lo que tuviera que decir.

—¿Dónde está el caballero? —preguntó.

—En la sala —respondió Joseph.

La señora Wagner salió de inmediato de la oficina. Al llegar a la sala se encontró en presencia de un caballero muy digno, de cierta edad, vestido totalmente de negro y con la cinta de una orden al mérito en el ojal de su larga levita. El caballero abrió desmesuradamente los ojos de sorpresa, detrás de sus gafas de oro, al verse frente a frente a una dama.

—Me temo que haya algún error —dijo, con la más plácida de las voces y la más cortés de las inclinaciones—; pedí ver a uno de los socios.

La señora Wagner añadió mucho a su asombro al informarle de la responsabilidad que ocupaba en la firma.

—Si viene por un asunto de negocios, puede confiar en que lo entenderé, caballero, aunque no soy más que una mujer —prosiguió—. Si su visita tiene que ver con cuestiones personales, le sugiero que le escriba al señor Keller y yo me encargaré de que reciba su carta en cuanto regrese.

—No hay la menor necesidad de que la moleste —contestó el desconocido—. Soy médico y he sido llamado a Frankfurt por mis colegas de la ciudad para celebrar una consulta sobre un enfermo aquejado de una grave dolencia. La hermana del señor Keller es una de mis pacientes en Munich. Pensé que sería bueno aprovechar la oportunidad para que conversáramos sobre el estado de su salud.

Acababa de presentarse con esas palabras cuando el señor Keller entró en la habitación. El comerciante y el médico se estrecharon las manos como viejos amigos.

—Espero que no me traiga noticias alarmantes de mi hermana —dijo el señor Keller.

—Sólo su viejo problema, mi buen amigo. Otro ataque de asma.

La señora Wagner se levantó, con intenciones de marcharse de la habitación. El señor Keller la detuvo.

—No hay ninguna necesidad de que nos deje —dijo—. A menos que me engañen mis presentimientos, puede que incluso tengamos que pedir su consejo. ¿Hay alguna esperanza, doctor, de que esté lo bastante bien como para partir de Munich hacia fines de mes?

—Lamento decirlo, ya que sé de la feliz ocasión en la cual se había

comprometido a ser uno de sus invitados, pero, a su edad, debo pedirle un poco más de tiempo —contestó el médico.

—En otras palabras, ¿a mi hermana le resulta imposible estar con nosotros el día de la boda de mi hijo?

—Completamente imposible. Tiene tan pocos placeres, pobrecita, y se siente tan sumamente frustrada, que decidí aprovechar mi viaje a Frankfurt por razones profesionales para hacerle a usted una petición muy atrevida. Primero, permítame hacerle justicia a su excelente hermana. No quiere que, por su causa, se disguste a los jóvenes con un aplazamiento de la boda. Y aquí está el famoso collar, que confió a mi cuidado, como prueba de su sinceridad.

Tomó su pequeño maletín de viaje de la silla donde lo había colocado y sacó el estuche que contenía el collar. Ninguna mujer —ni siquiera la socia principal de una gran casa de negocios— podía contemplar esas perlas y mantenerse imperturbable. La señora Wagner dejó escapar una exclamación admirativa.

El señor Keller no le prestó la menor atención al collar; su hermana era lo único que le interesaba.

—¿Estaría en condiciones de viajar si la boda se aplaza un mes? —preguntó.

—Si no ocurre ningún accidente imprevisto, estaría en condiciones de viajar si se logra posponer la boda dos semanas —dijo el médico—. Esta tarde saldré hacia Munich y no pasará un día sin que la vea.

El señor Keller se volvió hacia la señora Wagner.

—Sin duda podremos hacer este insignificante sacrificio, ¿no cree? —dijo—. Es probable que el placer de ver a su sobrino casado sea el último de la vida de mi hermana.

—En su lugar, no vacilaría un instante en acceder a un aplazamiento de dos semanas —dijo la señora Wagner—. Pero, por supuesto, habrá que consultar con los novios.

—Y con los padres de la novia, si es que aún viven —sugirió el discreto médico.

—Sólo vive su madre —dijo el señor Keller—. Estoy seguro de que es una persona demasiado altruista como para plantear algún reparo —hizo una pausa y reflexionó unos momentos—. Fritz no cuenta —prosiguió—. Creo que debemos hacerle la pregunta, en primer lugar, a la novia —hizo sonar la campanilla y después tomó el collar de manos de la señora Wagner—. Tengo una altísima opinión de la pequeña Minna —continuó—. Veremos lo que le dicta a esa niña su bondadoso corazón, sin la turbadora influencia de las perlas y sin ningún apremio por parte de su madre.

Cerró el estuche de la joya y lo guardó en una vitrina que estaba a su lado. Se envió a Joseph a los altos con el necesario mensaje.

—No cometes ningún error —dijo su amo—. Quiero ver a la señorita Minna a

solas.

El médico tomó una pulgarada de rapé mientras aguardaban.

—La prueba no será muy concluyente —comentó—; las mujeres son siempre capaces de sacrificarse. ¿Qué dirá el novio?

—Mi estimado señor, ya le he dicho que Fritz no cuenta —replicó el señor Keller con cierta impaciencia.

Minna pasó a la habitación. Se sonrojó al hallarse inesperadamente en presencia de un desconocido de noble aspecto y condecorado con una orden. El médico le dio unos golpecitos a su caja de rapé, con el aire de un hombre que conoce en profundidad a las jóvenes.

—¡Encantadora! —le dijo confidencialmente a la señora Wagner—. Soy lo bastante joven (de corazón, señora) como para desear encontrarme en el lugar de Fritz.

El señor Keller se adelantó para recibir a Minna y la tomó de la mano.

—Querida, ¿qué pensarías de mí si te pidiera que pospusieras tu matrimonio nada menos que por dos semanas, y todo a causa de una anciana? —dijo.

—Pensaría que tiene, sin duda, una razón para pedírmelo, señor —contestó Minna—; y confieso que me sentiría curiosa por saber de qué anciana se trataba.

En pocas y sencillas palabras, el señor Keller repitió lo que el médico le había contado.

—Tómate tu tiempo para pensarlo y consulta primero con tu madre, si quieres —añadió.

El dulce rostro de Minna se vio más hermoso que nunca al brillar con la luz celestial de un sentimiento bueno y generoso.

—¡Oh, señor Keller! —exclamó—, ¿imagina realmente que soy tan egoísta que necesito tiempo para pensarlo? Estoy segura de hablar en nombre de mi madre, además de en el mío propio. El momento que le convenga a Fraulein Keller será el que nos convenga a nosotros. Por favor, comuníquese, con mis saludos... ¿o puedo atreverme a decir ya que con mi cariño?

El señor Keller le dio un beso en la frente con una exaltación que era rara en él.

—Eres digna del regalo de bodas de mi hermana —dijo, al tiempo que sacaba el collar de la vitrina y se lo entregaba.

Minna se quedó un momento contemplando las magníficas perlas, presa de un mudo embeleso. Cuando logró hablar, el primer ardor delicioso de su admiración se había enfriado bajo los efectos de la inquietante percepción de la falta de armonía entre las perlas y su persona.

—Son demasiado fastuosas para mí —dijo con tristeza—; ¡tendría que ser una gran dama, con un guardarropa lleno de magníficos vestidos, para usar unas perlas como esas!

Volvió a mirarlas con las ansias naturales de su sexo y de su edad.

—¿Puedo llevarme el collar arriba para ver cómo se ve puesto? —preguntó con la más encantadora incongruencia.

El señor Keller sonrió y le hizo un gesto con la mano.

—Puedes hacer lo que desees con tu collar, querida —dijo—. Cuando le haya escrito unas líneas a mi hermana, quizás te siga para admirar a mi nuera en todo su esplendor.

El médico consultó su reloj.

—Si logra escribir su carta en cinco minutos, puedo llevarla a Munich —sugirió.

La señora Wagner y Minna salieron juntas de la habitación.

—Venga a ver cómo me queda —dijo Minna—; me gustaría mucho que me diera su opinión.

—Te seguiré enseguida, querida. Olvidé algo en la oficina.

Los sucesos del día habían terminado por darle sueño a Jack, que estaba medio dormido en el poyo de la ventana. La señora Wagner empleó la manera más efectiva de despertarlo.

—Señor Guardián de las Llaves, necesito que me abra el escritorio —dijo.

Jack se puso de pie en un instante.

—Ah, Ama, es tan bueno oírle decir eso; es como volver a estar en Londres.

El escritorio era un mueble espacioso, de los empleados en las oficinas comerciales, con una pesada tapa de caoba. Dentro, todo estaba en el más perfecto orden. Un casillero en la parte posterior tenía sus contenidos especificados en unas etiquetas impresas. «Resúmenes de correspondencia, de la A a la Z». «Términos de la agencia comisionista». «Llave de la caja fuerte». «Llave del libro mayor», etc. El mayor, un pesado volumen con una cerradura de bronce, como si se tratara de un diario personal, estaba cerca del casillero. Encima de él había un libro más pequeño, de tamaño de bolsillo, titulado «Cuentas personales». La señora Wagner colocó ante sí ambos libros abiertos en las páginas que contenían las anotaciones más recientes y los comparó.

—¡Estaba segura de que lo había olvidado! —se dijo, y copió una anotación del mayor en el libro de su contabilidad personal.

Tras volver a colocar el mayor en su lugar, cerró el escritorio y le devolvió la llave a Jack.

—Recuerda: la regla de Londres es la regla aquí también —dijo—. Mi escritorio no debe abrirse nunca, salvo cuando te pida que lo hagas. Y si permites que la llave salga de tus manos, dejas de ser el Guardián.

—¿Hice alguna de las dos cosas en Londres? —preguntó Jack.

—Nunca.

—Entonces no tema que las haga aquí. ¡Cómo!, no volvió a guardar el librito.

Volvió a sacar la llave y la puso en la cerradura, mientras la señora Wagner se guardaba el libro de su contabilidad personal en el bolsillo.

—Su lugar no es el escritorio —explicó—; suelo llevarlo conmigo.

La suspicacia siempre pronta a despertar de Jack no se hizo esperar.

—¡Ah, no confía en mí! —exclamó en un arranque de indignación.

—¡Cuidado no te dé una marca de mala conducta! —dijo la señora Wagner—. Tonto, el librito es una copia de lo que está en el libro grande, y te confío el grande.

La señora Wagner conocía muy bien a Jack. Su irritable orgullo se apaciguó en cuanto supo que el mayor de los duplicados estaba a su cuidado. Volvió a sacar la llave de la cerradura. En ese momento, el señor Keller entró en la oficina. Jack poseía la envidiable cualidad canina de distinguir correctamente entre las personas amistosas y las que no lo eran. Al señor Keller, aunque no lo manifestaba, le disgustaba la idea de tener a su alrededor a una persona salida de un manicomio. El instinto de Jack le prevenía de que debía abandonar cualquier habitación en la que entraba el señor Keller. Inmediatamente abandonó la oficina.

—¿Es posible que le confíe a ese orate la llave de su escritorio? —dijo el señor Keller—. Ni su más encarnizado enemigo, señora Wagner, pensaría que es usted capaz de semejante temeridad.

—Perdóneme, caballero, pero es usted el que comete una temeridad al formarse ese juicio. «¡Imaginad a una mujer sensata que le confía sus llaves a un hombre que estuvo en Bedlam!». Eso es lo que decían todos de mí cuando puse a Jack a prueba en mi casa.

—¡Ajá!, ¿así que hay otros que concuerdan conmigo? —dijo el señor Keller.

—Hay otros, caballero (lo digo con todo respeto), que no saben más del asunto que usted. La influencia curativa más eficaz a la que se puede someter a los pobres mártires de un manicomio consiste en apelar a su sentido del respeto por sí mismos. Desde el mismo inicio, Jack nunca se ha mostrado indigno de la confianza que he depositado en él. ¿Cree que mis amigos han admitido que se equivocaron? ¡No lo han hecho, igual que no lo hará usted! Tranquilícese. Me responsabilizo por cualquier cosa que se pierda mientras tenga yo la temeridad de confiarle la llave a mi orate.

Las palabras de la señora Wagner no hicieron ninguna mella en la opinión del señor Keller; simplemente se limitó a no seguir expresándola, como señal de deferencia a una dama airada.

—Usted sabrá lo qué es mejor —comentó cortésmente—. Permítame mencionarle el pequeño asunto que me ha traído hasta aquí. Sin duda, David Glenney estará muy ocupado en Londres. Debe saber de inmediato que se ha aplazado la boda. ¿Le escribirá usted o prefiere que lo haga yo?

La señora Wagner comenzó a serenarse.

—Con gusto le escribiré, señor Keller. Falta media hora para la salida del correo.

Le prometí a Minna ver cómo le queda su maravilloso collar. ¿Me excusa unos minutos? ¿O sube conmigo? Creo que algo de eso dijo en la sala.

—Por supuesto, si las damas me dejan pasar a sus habitaciones —dijo el señor Keller.

Subieron juntos las escaleras. En el rellano que quedaba delante de la puerta de la sala se encontraron a Fritz y a Minna, molesto el uno, deshecha en lágrimas la otra.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó cortante el señor Keller—. ¡Fritz!, ¿qué significa esa cara hosca?

—Me considero muy ofendido —respondió Fritz—. Muy poco se me considera cuando se pospone nuestro matrimonio. Y Madame Fontaine está de acuerdo conmigo.

—¿Madame Fontaine? —el señor Keller posó los ojos en Minna al repetir ese nombre—. ¿Es cierto eso?

Minna tembló sólo de recordar lo que había sucedido.

—¡Oh, no me pregunte a mí! —rogó lastimera—. No sé qué le ocurre a mi madre; está tan cambiada que me asusta. Y en cuanto a Fritz —dijo, haciendo acopio de todo su valor—, ¡si se va a convertir en un tirano egoísta, no me casaré con él!

El señor Keller se volvió hacia Fritz y apuntó desdeñoso al pie de las escaleras.

—¡Déjanos! —dijo.

Fritz despegó los labios para protestar. El señor Keller lo interrumpió con una reconvención propia.

—Es posible que algún día tengas un hijo —prosiguió—. No te resultará agradable su compañía cuando se comporte como un tonto.

Apuntó por segunda vez al pie de las escaleras. Fritz se retiró, con el ceño portentosamente fruncido. Su padre se dirigió a Minna con marcada gentileza.

—Descansa y recupérate, hija mía. Veré a tu madre y lo arreglaré todo.

—No te vayas sola, querida —añadió, amable, la señora Wagner—; ven conmigo a mi cuarto.

El señor Keller pasó a la sala y envió a Joseph con otro mensaje.

—Sube adonde Madame Fontaine y dile que deseo verla aquí ahora mismo.

CAPÍTULO VIII

La viuda se presentó con un aire de porfiada resignación que contrastaba de manera singular con su aspecto acostumbrado. Sus ojos miraban con dureza; sus labios estaban apretados; su rostro, normalmente desprovisto de color, había palidecido hasta adquirir un extraño tono grisáceo. Si su difunto esposo hubiera podido alzarse de su tumba para hacerle una advertencia al señor Keller, le habría dicho: «Una o dos veces en mi vida la vi así. ¡Tenga cuidado con lo que hace!».

El señor Keller se sintió perplejo. Trató de ganar tiempo: le hizo una inclinación y señaló una silla. Madame Fontaine tomó asiento en silencio. Sus ojos duros miraban directamente al dueño de la casa, más velados que de costumbre por sus párpados caídos. Nunca despegó sus finos labios. Toda la expresión de la mujer decía a las claras: «¡Hable usted primero!».

El señor Keller habló. Su bondadoso instinto le advirtió que no debía mencionar a Minna al referirse a la persona de quien obtuviera su información.

—Me ha dicho mi hijo que no aprueba usted el aplazamiento de la fecha de la boda, aunque es sólo de dos semanas —dijo—. ¿Está enterada de las circunstancias?

—Estoy enterada de las circunstancias.

—Supongo que su hija le habrá informado de la enfermedad de mi hermana.

Al escuchar esa primera referencia a Minna, la agitación que bullía en su interior alteró levemente la quieta superficie del rostro de Madame Fontaine.

—Sí, mi imprudente hija me lo informó.

El epíteto aplicado a Minna, agravado por el deliberado énfasis puesto en él, hirió el sentido de la justicia del señor Keller.

—Me parece que su hija actuó en este asunto no sólo con la mayor amabilidad, sino con el más perfecto buen juicio. La señora Wagner y el médico de mi hermana estaban ambos presentes, y ambos estuvieron de acuerdo conmigo en admirar su conducta. ¿Qué ha hecho para merecer que la tache de imprudente?

—No debía haber olvidado su deber para con su madre. Debía haberme consultado antes de tener la presunción de decidir por sí misma.

—Si ese hubiera sido el caso, Madame Fontaine, ¿habría usted puesto reparos al cambio de fecha de la boda?

—Estoy consciente, caballero, de que su hermana ha honrado a mi hija al hacerle un magnífico presente...

El rostro del señor Keller comenzó a endurecerse.

—¿Puedo rogarle que tenga la bondad de responder mi pregunta sin rodeos? —dijo, por primera vez en tono perentorio—. ¿Habría usted puesto reparos a las dos semanas de aplazamiento?

Madame Fontaine le contestó con la remota esperanza de que la firme expresión

de su opinión, siendo ella la madre de la novia, pudiera, incluso entonces, inducirlo a retornar a la fecha originalmente escogida para la boda.

—No hay duda de que habría puesto reparos —dijo con firmeza.

—¿Qué puede importarle a *usted*? —había suspicacia, además de sorpresa, en el tono en que el señor Keller hizo esa pregunta—. ¿Por qué razón habría puesto reparos?

—¿Acaso mis reparos, en tanto madre de Minna, no son dignos de cierta consideración, caballero, sin una innecesaria indagación acerca de mis motivos?

—Los reparos de su hija —siendo ella la novia— habrían sido definitivos para mí —respondió el señor Keller—. Pero sus reparos resultan sencillamente inexplicables; y la insto a decirme sus motivos porque tengo buenas razones para hacerlo. Si me veo obligado a causarle una desilusión a mi hermana —una profunda desilusión— debe ser por algo más que un capricho.

Era una razón de peso, y difícil de rebatir. Madame Fontaine hizo un último intento: mencionó los motivos menos traídos por los pelos que pudo inventar.

—Mis reparos tienen que ver, caballero, en primer lugar, con el hecho de que se retrase el acontecimiento más importante de la vida de mi hija, y de la mía, como si se tratara de un compromiso sin importancia. Además, ¿cómo puedo estar segura de que otra circunstancia desafortunada no cause más demoras, e incluso impida definitivamente que el casamiento se celebre?

El señor Keller se puso de pie. Fueran cuales fuesen los verdaderos motivos de la viuda, era perfectamente evidente que se los ocultaba.

—Si tiene alguna razón de más peso que darme, déjeme saberla antes de la hora del correo de mañana —dijo serena y fríamente—. Por el momento, no necesito seguir haciéndole perder el tiempo.

Madame Fontaine también se puso de pie, pero aún no estaba completamente derrotada.

—Tal como están las cosas —continuó—, ¿debo entender, caballero, que el casamiento ha sido pospuesto para el próximo 13 de enero?

—Sí, con la anuencia de su hija.

—¿Y si mi hija cambia de idea en ese intervalo?

—¿Debido a su influencia?

—¡Señor Keller, me insulta usted!

—Insultaría a su hija, Madame Fontaine, después de lo que dijo en esta habitación, en mi presencia y la de otros testigos, si la supusiera capaz de cambiar de idea, excepto debido a su influencia.

—Buenas tardes, caballero.

—Buenas tardes, señora.

Madame Fontaine regresó a su cuarto.

Las paredes estaban armoniosamente cubiertas de grabarlos y acuarelas. Entre estas últimas, había un pequeño retrato del señor Keller en un marco barnizado. La viuda se acercó a él, lo contempló y, de un golpe, lo arrancó de la pared y lo lanzó al suelo. El retrato cayó con el vidrio hacia arriba. La viuda lo pisoteó, presa de un verdadero acceso de furia; no sólo hizo añicos el cristal, sino que incluso rompió el marco y destrozó por completo la obra de arte que era el retrato.

—¡Ahí está! Eso me ha hecho bien —se dijo, y de una patada lanzó los pedazos a un rincón de la habitación.

Ahora podía sentarse junto al fuego y discurrir cuál era el curso de acción más seguro.

Su primer pensamiento fue para Minna. Podía someter a la joven a su voluntad y enviarla a hablar con el señor Keller. Pero, sin duda, éste le preguntaría a impulsos de qué hablaba, en términos que no dejarían otra alternativa que una mentira en toda línea o una respuesta sincera. Minna era la sinceridad misma; de niña, había sido una de esas raras criaturas que nunca buscan un refugio fácil en la mentira. ¿A influjos de quién era más probable que tratara de engañar al padre de Fritz? La viuda renunció a esa idea en cuanto se le ocurrió. Una vez más, la hija de Jezabel conmovía inconscientemente el corazón de Jezabel con la luz de su pureza y su bondad. La madre se espantaba ante la posibilidad de degradar deliberadamente a su propia hija.

A continuación consideró la horrenda cuestión del dinero. El día treinta y uno de ese mes vencería el pagaré. ¿Dónde encontrar el dinero? Algún tiempo antes, con la perspectiva de la celebración del matrimonio de Minna el treinta de diciembre, había decidido audazmente mandar al propietario del pagaré a hablar con el señor Keller. ¿Qué le importaba qué dijera o pensaba el viejo y sórdido comerciante después de que Minna se hubiera convertido en la esposa de su hijo? Le diría fríamente: «Una multitud de acreedores me acosaba. Preferí vérmelas con un solo acreedor, que no tenía reparos en darme tiempo. Ha llegado el momento de pagar esa deuda y no tengo dinero con que hacerlo. Escoja entre pagarla usted o la humillación de dejar que arresten públicamente en Frankfurt, por deudas, a la suegra de su hijo».

Eso le habría dicho si su hija hubiera sido ya un miembro de la familia Keller. ¿Debía atreverse a hacer ahora la confesión, acompañada de torrentes de lágrimas, elocuentes promesas y hasta amenazas de darse muerte?

Recordaba con cuánta solemnidad le había asegurado al señor Keller que sus deudas habían sido pagadas en su totalidad. Recordaba el desdén inhumano con que él se había referido a las personas que no cumplían honestamente sus compromisos pecuniarios. Incluso si la perdonaba por engañarlo —lo cual resultaba sumamente improbable— era el tipo de hombre que sospecharía de que ella lo había hecho víctima de otras mentiras. Se preguntaría si se habría comportado de manera totalmente desinteresada al cuidarlo en su lecho de enfermo y salvarle la vida. Podría

consultar en privado con la señora Wagner, que era ahora la única otra socia de la firma. La señora Wagner quizás recordaría la entrevista que sostuviera con ella en la sala y la conversación sobre Jack, y podría encontrar la manera de que Jack le contara lo que recordaba de su enfermedad en Wurtzburgo. Los riesgos que esos peligros implicaban para ella resultaban insignificantes. Pero el riesgo para Minna era nada menos que el de que se rompiera el compromiso matrimonial. Decidió mantener las apariencias, a costa de cualquier sacrificio, hasta que la celebración de la boda la liberara de la necesidad de seguir ocultando la verdad.

Por tanto, la cuestión volvía a ser la de cómo encontrar el dinero.

¿Tenía alguna esperanza razonable de éxito si pedía algunos días de licencia y se iba a Wurtzburgo? ¿El hombre en cuyas manos estaba el pagaré le permitiría renovarlo por una quincena?

Se levantó, se miró en el espejo y se apartó de él con un suspiro. «¡Si sólo fuera diez años más joven!», pensó.

La carta que había recibido de Wurtzburgo la informaba de que el actual propietario del pagaré era «un hombre de mediana edad». De haber sido muy joven, o muy viejo, la viuda habría confiado en su belleza otoñal, respaldada por su agudo ingenio. Pero la experiencia le había enseñado que, en la gran mayoría de los casos, los encantos de una mujer de mediana edad no impresionaban a los hombres de mediana edad. Incluso de confiar en que fuera una de las excepciones que confirman la regla, el hombre de mediana edad en cuestión le resultaba especialmente inaccesible. Ya había perdido dinero por su causa: el dinero que le habría pagado o que le debería al espía que había enviado a vigilarla. ¿Era ese el tipo de hombre que pospondría el pago de lo que en toda justicia le correspondía?

Abrió una de las gavetas de su tocador y sacó el collar de perlas.

—No pensé que llegaríamos a esto —dijo en voz queda—. En vez de liquidar el pagaré, el señor Keller tendrá que rescatar el collar empeñado.

Ya había llegado la temprana oscuridad de las tardes de invierno. Se vistió para salir y salió de su habitación con el collar en su estuche, oculto debajo del chal.

La pobre y perpleja Minna la esperaba tímidamente en el corredor para hablarle.

—¡Oh, mamá, perdóname! Lo hice con la mejor intención.

La viuda rodeó con un brazo (el otro no lo tenía libre) el talle de su hija.

—Niña tonta —dijo—, ¿nunca entenderás que tu pobre madre se está poniendo vieja e irritable? Es posible que crea que has cometido un gran error al sacrificarte a las dolencias de una desconocida asmática de Munich; pero en cuanto a estar realmente molesta contigo... ¡Dame un beso, mi amor! Nunca te quise tanto como ahora. Álzame el velo. Oh, mi vida, no me gusta compartirte con nadie, ni siquiera con Fritz.

Minna cambió de tema, lo cual era una segura señal de que ella y Fritz estaban de

nuevo en los mejores términos.

—¡Qué espeso y pesado es tu velo! —dijo.

—Hace frío afuera esta noche, hija mía.

—Pero ¿por qué vas a salir?

—No me siento muy bien, Minna. Una caminata a buen paso, con este aire helado, me hará bien.

—¡Mamá, déjame ir contigo!

—No, querida. No eres una anciana fuerte como yo, y no correrás el riesgo de pescar un catarro. Ve a mi cuarto y mantén el fuego encendido. Regresaré en media hora.

—¿Dónde está mi collar, mamá?

—Querida mía, la madre de la novia se encarga de guardar el collar de la novia; y cuando te lo probemos, veremos cómo se ve a la luz del día.

Un minuto después, Madame Fontaine estaba en la calle, camino a la joyería más cercana.

CAPÍTULO IX

La viuda se detuvo frente a la vidriera de una joyería en la famosa calle que lleva el nombre de Zeil. La única persona que había en la tienda era un anciano de aspecto sencillo, que estaba sentado detrás del mostrador leyendo un periódico.

Madame Fontaine entró.

—Tengo algo que mostrarle, caballero —dijo en su tono más suave y dulce.

El anciano miró primero su espeso velo y después el collar. Alzó las manos presa de asombro y admiración.

—¿Puedo examinar estas magníficas perlas? —preguntó.

Las miró a través de un cristal de aumento y las sopesó en las manos.

—Me extraña que no tema caminar sola en la oscuridad con un collar como este —dijo—. ¿Puedo llamar al jefe de mi taller para que las vea?

Madame Fontaine accedió a su petición. El anciano hizo sonar la campanilla que lo comunicaba con el taller. Convencida ya de que hablaba con el propietario del establecimiento, la viuda se arriesgó a hacer su primera pregunta.

—¿Tiene algún collar de perlas de imitación que se parezca a mi collar? —preguntó.

El anciano caballero experimentó un visible sobresalto y clavó los ojos más fijamente que nunca en el impenetrable velo.

—¡Santo Dios, no! —exclamó—. No hay nada semejante en todo Frankfurt.

—¿Podría hacerse una imitación, caballero?

El jefe de taller entró en la tienda: era un hombre hosco, concentrado en sí mismo.

—Es digno de una reina —comentó tras un calmado examen de las espléndidas perlas. Su patrón le repitió la última pregunta de Madame Fontaine.

—Podría hacerse en París —respondió brevemente—. ¿Cuánto tiempo podría usted prescindir de él, señora?

—Necesitaría que me enviaran la imitación antes del día 13 del mes próximo.

El patrón, misericordiosamente compadecido de la ignorancia de la dama, sonrió y guardó silencio. La respuesta del jefe del taller fue terminante y rápida.

—No hay tiempo. Imposible.

Madame Fontaine no tenía más remedio que someterse a las circunstancias. Había entrado en la tienda con la idea de exhibir el collar falso el día de la boda, mientras las perlas verdaderas estaban empeñadas por el dinero que necesitaba. Si dejaba las perlas en prenda, sin tener un sustituto que mostrar en su lugar, ¿qué diría Minna, qué pensaría el señor Keller? Era inútil tratar de responder esas preguntas; tendría que encontrar una excusa plausible. Por más suspicacia que despertara el hecho, la boda se celebraría. El collar no era una parte esencial de la ceremonia mediante la cual Fritz y Minna se convertirían en marido y mujer, y tenía que encontrar el dinero.

—Supongo, caballero, que concede usted préstamos sobre valores... como este collar —dijo.

—Por supuesto, señora.

—Siempre que cuente con el nombre y la dirección de la dama —añadió el desagradable jefe del taller, dirigiéndose a su patrón.

El anciano convino cordialmente.

—¡Muy cierto! ¡Muy cierto! Y, además, una referencia: la de alguna persona de peso, señora, conocida en la ciudad. La responsabilidad es seria, con unas perlas como estas.

—¿La referencia es absolutamente necesaria? —preguntó Madame Fontaine.

El jefe del taller tocó a su patrón disimuladamente por detrás del mostrador. El anciano, que comprendió la señal, cerró el estuche y se lo devolvió a su dueña.

—Absolutamente necesaria —respondió.

Madame Fontaine volvió a salir a la calle. «La referencia de una persona de peso» implicaba un individuo de cierta fortuna y posición en Frankfurt, alguien como el señor Keller, por ejemplo. ¿Dónde podría hallar una referencia así? Sus parientes de la ciudad le habían vuelto la espalda deliberadamente. Fuera del hogar del señor Keller, eran, literalmente, las únicas personas «de peso» a quienes conocía. Hacer un intento en una casa de empeño parecía ser la última oportunidad que le quedaba.

En ese segundo intento se vio frente a un joven perspicaz. En cuanto vio el collar, dejó escapar una exclamación de sincera sorpresa e hizo sonar un silbato. El dueño de la casa de empeños hizo su aparición, miró las perlas, miró a la dama del velo y respondió lo mismo que el joyero, aunque con menos amabilidad.

—No voy a meterme en un lío —dijo—; tengo que contar con una buena referencia.

Madame Fontaine no era mujer que se descorazonara fácilmente. Encaminó sus pasos hacia la noble calle medieval llamada Judengasse, entonces densamente poblada, hoy un espectáculo de decrepitud arquitectónica que pronto será reemplazada por una nueva avenida.

En dúos y tríos, los judíos de ese pintoresco rincón de la ciudad le ofrecieron clamorosamente sus servicios a la dama que había aparecido en medio de ellos. Cuando el israelita a quien se dirigió vio las perlas, pareció perder la cordura. Gritó, dio unas palmadas, llamó a su esposa, a sus hijos, a sus hermanas, a sus inquilinos, para que vinieran a recrearse la vista con un collar como no se había visto otro desde que Salomón recibiera a la reina de Saba.

Tras el primer momento de conmoción vino una verdadera ráfaga de preguntas. ¿Cuál era el nombre de la dama? ¿Dónde vivía? ¿Cómo se había hecho del collar? ¿Era un regalo? Y si era así, ¿quién se lo había regalado? ¿Dónde lo habían hecho? ¿Por qué lo traía a la Judengasse? ¿Quería venderlo? ¿Darlo como garantía de un

préstamo? ¡Ajá! Darlo como garantía de un préstamo. Muy bien, verdaderamente muy bien, pero... una vez más se dejó oír la detestable invitación a presentar una referencia.

Madame Fontaine tenía una respuesta bien meditada.

—Le pagaré un buen interés si me exime de la referencia —dijo.

Al escucharla, la excitabilidad de los judíos, que oscilaban entre el deseo de obtener una ganancia y el terror a las consecuencias, adquirió una nueva forma. Algunos gimieron; algunos se enroscaron frenéticamente mechones de pelo en los dedos; algunos invocaron a la deidad adorada por sus padres para que fuera testigo de cuánto habían sufrido por prescindir de referencias en otros casos de valiosos depósitos; un judío sumamente viejo y sucio llegó a sugerir que se retuviera a la dama y su collar y se informara a las autoridades de la ciudad en el ayuntamiento. De haberse tratado de una mujer apocada, el consejo de ese sabio quizás se habría seguido. Madame Fontaine mantuvo su presencia de ánimo y se fue de la Judengasse tan libremente como había entrado.

—Puedo conseguir que me presten el dinero en otro lado —dijo arrogante al marcharse.

—Sí —le gritó en respuesta un coro de voces—, puede conseguir que se lo preste un comprador de objetos robados.

¡Era totalmente cierto! El extraordinario valor de las perlas demandaba, por esa misma razón, extraordinarias precauciones de cualquier prestamista. Madame Fontaine volvió a guardar el collar en la gaveta de su tocador. El esplendor del regalo de bodas de Minna lo inutilizaba como medio para obtener dinero discretamente de manos de un desconocido.

Y, sin embargo, debía encontrar el dinero, a costa de cualquier riesgo, en cualquier circunstancia, sin importar cuán humillante o peligrosa resultara.

Con esa desesperada resolución se fue a la cama. Hora tras hora, oyó las campanadas del reloj. La tenue y fría luz del nuevo día la halló aún despierta y reflexionando, y todavía sin un plan seguro para satisfacer la demanda que se le haría cuando venciera el pagaré. En cuanto a recursos propios, el valor de las pocas joyas y vestidos que poseía no llegaba a cubrir ni la mitad del total de su deuda.

Era un día ajetreado en la oficina. El trabajo se prolongó hasta muy avanzada la tarde.

Incluso cuando los miembros del hogar estaban reunidos a la mesa para la cena, se produjo una interrupción. Llegó un mensajero con una carta urgente que hizo necesario consultar de inmediato la correspondencia anterior de la firma. El señor Keller se levantó de la mesa.

—Llevará menos tiempo revisar los Resúmenes —le dijo a la señora Wagner—; me parece que los tiene usted en su escritorio.

La dama se volvió de inmediato hacia Jack y le ordenó que le diera la llave. Jack la sacó de su bolso bajo la mirada atenta de Madame Fontaine, que lo observaba desde el lado opuesto de la mesa.

—Habría preferido abrir yo mismo el escritorio —comentó Jack cuando el señor Keller se marchó de la habitación—; pero supongo que debo obedecer al dueño de la casa. Además, me odia.

La viuda experimentó un sobresalto al oír esa dura afirmación.

—¿Cómo puede decir eso? —exclamó—. A todos nos resulta usted simpático, Jack. Venga y tome un poco de vino de mi copa.

Jack rechazó la invitación.

—No quiero vino —dijo—; tengo sueño y frío; quiero irme a la cama.

Madame Fontaine se sentía demasiado magnánima como para aceptar un no por respuesta.

—Sólo una gotita —suplicó—. Se ve usted tan helado.

—Seguramente olvidó lo que le dije —intervino la señora Wagner—. El vino primero lo altera y después lo atonta. La última vez que lo probó quedó tan insensible y exánime como si le hubiera dado láudano. Creí que se lo había contado —se volvió hacia Jack—. Te ves muy cansado, mi pobre amiguito. Vete a la cama de inmediato.

—¿Sin la llave? —exclamó Jack indignado—. Sé muy bien cuáles son mis deberes.

El señor Keller regresó, totalmente satisfecho con el resultado de su investigación.

—¡Lo sabía! —dijo—. El error es de nuestros clientes; les he enviado la prueba.

Le devolvió la llave a la señora Wagner. Esta enseguida se la pasó a Jack. El señor Keller meneó la cabeza en señal de obstinada desaprobación.

—¿Correría usted un riesgo como ese? —le dijo a Madame Fontaine en francés.

—A mí me daría miedo —contestó ella en el mismo idioma.

Jack guardó la llave en su bolsa, besó la mano de su ama y se dirigió a la puerta, de camino a su cama.

—¿No me dará las buenas noches? —dijo la amable viuda.

—No sabía si me entendería en alemán o en inglés, y no sé hablar esa lengua desconocida —respondió Jack.

Hizo una de sus fantásticas inclinaciones y se marchó de la habitación.

—¿Entiende el francés? —preguntó Madame Fontaine.

—No —dijo la señora Wagner—; sólo entiende que usted y el señor Keller le ocultaban algo.

A su debido tiempo, el pequeño grupo reunido en torno a la mesa se levantó y se retiró a sus habitaciones. La primera parte de la noche transcurrió en medio de la tranquilidad usual. Pero entre la una y las dos de la madrugada, la señora Wagner se

despertó alarmada por unos violentos golpes a su puerta y unos agudos gritos de Jack.

—¡Déjeme pasar! Necesito una luz. ¡Perdí las llaves!

La señora Wagner le gritó que se callara mientras se ponía una bata y encendía una luz. Afortunadamente, se encontraban en el ala de la casa ocupada por las oficinas, mientras que los otros cuartos estaban tan apartados que se llegaba a ellos por una escalera diferente. Aun así, en medio del silencio de la noche, era posible que los reiterados gritos de terror de Jack y sus golpes a la puerta llegaran a oídos de quienes tenían el sueño ligero. La señora Wagner tiró de él hacia adentro de su habitación y volvió a cerrar la puerta, con una impetuosidad que lo turbó por completo.

—¡Siéntate ahí y cálmate! —le dijo severa—. No te daré la luz hasta que no te hayas callado. Es a *mí* a quien desprestigias si despiertas a todos en la casa.

Jack temblaba de cabeza a pies, mitad de frío, mitad de terror.

—¿Puedo susurrar? —preguntó, con aspecto de lastimosa sumisión.

La señora Wagner señaló las últimas brasas que quedaban encendidas en el hogar. La experiencia le había enseñado que darle algo que hacer ejercía sobre Jack una influencia tranquilizadora.

—Primero atiza el fuego y caliéntate —dijo.

Jack la obedeció y después se echó sobre la alfombra, a la manera perruna en que solía hacerlo. Transcurrió al menos un cuarto de hora antes de que su ama considerara que estaba en un estado apropiado para contarle su historia. Lo que había que relatar era muy poco, casi nada. Como de costumbre, había puesto su bolso bajo la almohada; y (después de dormir un largo rato) se había despertado con un miedo horrible de que algo les hubiera ocurrido a las llaves. Había tanteado en vano bajo la almohada, por toda la cama y por todo el suelo.

—Después, el espanto hizo presa de mí y me temo que me volví loco durante unos momentos. Ahora estoy bien. ¡Mire! Estoy tan tranquilo como un pajarito con la cabeza bajo el ala.

La señora Wagner tomó la luz y abrió la marcha hacia la pequeña habitación de Jack, muy próxima a la suya. Levantó la almohada y allí estaba el bolso de cuero, exactamente donde lo había colocado al irse a la cama.

El rostro de Jack, al producirse esta revelación, le habría inspirado compasión a una mujer mucho menos generosa que la señora Wagner. Lo tomó de la mano.

—Vuelve a acostarte —le dijo, bondadosa—; y la próxima vez que sueñes, trata de no armar un alboroto.

¡No! Jack se negaba a meterse de nuevo en la cama antes de que ella hubiera oído lo que tenía que alegar en su defensa. Se arrodilló y alzó las manos, como si orara.

—Cuando usted me enseñó a decir mis oraciones, dijo que Dios me escucharía —respondió—. Tan cierto como que Dios me está escuchando en este momento, Ama,

yo estaba despierto cuando metí la mano debajo de la almohada, y el bolso no estaba ahí. ¿Me cree?

La señora Wagner se sintió fuertemente impresionada por el sencillo fervor de su declaración. No simulaba cuando respondió que le creía. A sugerencia suya, desataron las correas del bolso y lo revisaron. En su interior encontraron no sólo las llaves sin importancia (con una adicional añadida a su número), sino también la pequeña que abría su escritorio.

—Mañana hablaremos del asunto —dijo.

Después de desearle buenas noches, hizo una pausa al abrir la puerta y miró la cerradura. Esta no tenía llave, pero sí otro cierre: un cerrojo debajo del pomo.

—¿Le pusiste el cerrojo a tu puerta cuando te fuiste a la cama? —preguntó.

—No.

Por la mente de la señora Wagner cruzó una obvia sospecha sugerida por esa respuesta negativa.

—¿Dónde está la llave de tu puerta? —preguntó a continuación.

Jack inclinó la cabeza.

—La puse con las demás llaves para que el bolso pareciera más grande —confesó.

De nuevo a solas en su habitación, la señora Wagner se quedó meditando junto al fuego reavivado.

Mientras Jack dormía, cualquier persona de paso suave y manos delicadas hubiera podido acercarse a su cama, mientras la casa estaba envuelta en la quietud de la noche, y hacerse con su bolso. E, igualmente, cualquier persona que escuchara la alarma que Jack diera, habría podido, algunas horas después, volver a poner el bolso en su lugar mientras aquel se recuperaba en la habitación de la señora Wagner. ¿Quién habría estado lo suficientemente cerca como para haber oído los gritos? ¿Alguien que se encontrara en los cuartos vacíos del piso superior? ¿O alguien que se hallara en las solitarias oficinas de los bajos? De haberse cometido un robo, el único objeto probable sería la llave de su escritorio. Esto apuntaba a la posibilidad de que la alarma hubiera llegado a oídos del ladrón en las oficinas. ¿Había alguien en la casa, de los honestos sirvientes hacia arriba, de quien razonablemente se pudiera sospechar que era capaz de cometer un robo? La señora Wagner volvió a meterse en su cama. No era una mujer que se acobardara por minucias, pero en esta ocasión, al enfrentarse a su propia pregunta, sintió que desfallecía su valor.

CAPÍTULO X

Durante el invierno, las horas de oficina comenzaban a las nueve. Desde el administrador hasta el mensajero, ninguno de los empleados dormía en la casa: el señor Keller deseaba que se sintieran absolutamente dueños de hacer lo que quisieran con sus noches. Solía decir: «Sé que puedo confiar en ellos, desde el más viejo hasta el más joven de los hombres que están a mi servicio, y me gusta demostrarlo».

Siendo así, la señora Wagner no tuvo más que levantarse más temprano que de costumbre para estar segura de tener las oficinas sólo para sí misma. A las ocho, acompañada por Jack, estaba sentada ante su escritorio y examinaba cuidadosamente los diferentes objetos que contenía.

Nada faltaba; nada había sido movido de su sitio de costumbre. En el escritorio no se guardaba dinero. Pero había dejado allí su valioso reloj, que se había parado el día anterior, para acordarse de que tenía que mandarlo a limpiar. El reloj, como todo lo demás, estaba en su lugar. Si alguien había abierto realmente su escritorio en la noche, no se trataba de un ladrón corriente, y ningún objeto que no fuera corriente había estado a la vista.

Sacó de su casilla la llave de la caja de caudales de hierro y abrió su puerta. Su conocimiento de los contenidos de ese depósito estaba lejos de ser preciso. Cada uno de los socios poseía una llave, pero el señor Keller se veía en la necesidad de abrir la caja en muchas más ocasiones que la señora Wagner. Y para dificultar más aún un examen confiable, la neblina de las primeras horas de la mañana se estaba convirtiendo rápidamente en una densa niebla blanca.

No obstante, había algo de lo que la señora Wagner estaba muy al tanto: en la caja siempre se guardaba cierta suma en billetes y valores, como un fondo de reserva. Sacó a la luz la lata en la que se colocaban los billetes y contó su contenido. Después, tras volverla a guardar en la caja de caudales, abrió el libro mayor para comparar el resultado de la cuenta con la entrada relativa al fondo.

Como no quería provocar asombro, quizás incluso despertar sospechas, pidiendo una luz antes del comienzo de las horas de oficina, llevó también el libro a la ventana. La luz alcanzaba apenas para ver la cifra de la suma total. Para su infinito alivio, se correspondía exactamente con el resultado de su cuenta. Volvió a guardar todo en su lugar y finalmente, después de cerrar su escritorio, le devolvió la llave a Jack. Este sacudió la cabeza y se negó a aceptarla. Y lo que era todavía más extraordinario, colocó su bolso, con todas las demás llaves, sobre el escritorio y dijo:

—Por favor, quédese con él; tengo miedo de guardarlo yo.

La señora Wagner lo miró con una alarma que se trocó inmediatamente en compasión. Las lágrimas asomaban a los ojos de Jack; su susceptible vanidad había sido cruelmente herida.

—Mi pobre muchacho, ¿qué te ocurre? —le dijo la dama gentilmente.

Las lágrimas surcaron el rostro de Jack.

—Soy muy desgraciado —dijo—; no soy digno de guardar las llaves después de dejar que un ladrón me las robara anoche. Se las devuelvo, Ama; estoy muy triste. Por favor, póngame a prueba de nuevo en Londres.

—¿Un ladrón? —repitió la señora Wagner—. ¿No me viste revisarlo todo? Y ten en cuenta que si *hubiera* habido una persona deshonesto en la casa anoche, la llave de mi escritorio es la única que habría considerado que valía la pena robar. Estoy segura de eso. ¡Vamos! ¡Vamos! No te desanimes. Sabes que nunca te engaño, y te aseguro que estás completamente equivocado al pensar que te robaron la bolsa anoche.

Jack alzó la cabeza con aire solemne, como solía hacer en las grandes ocasiones de la vida.

—Y yo le digo que hay un ladrón en la casa —reiteró—. Y no va a pasar mucho antes de que lo sepa. Cuando regresemos a Londres volveré a ser el Guardián de las Llaves. ¡Aquí nunca, nunca más!

Era inútil discutir con él; lo único sensato que se podía hacer era esperar a que cambiara su humor. La señora Wagner puso su bolsa en el escritorio y volvió a guardarse la llave en el bolsillo. Aunque no quería confesárselo ni siquiera a sí misma, la intensa seriedad de Jack la había alarmado un poco.

Esa mañana, después del desayuno, Minna, en vez de seguir a su madre a los altos como de costumbre, se quedó sentada a la mesa. Cuando el señor Keller se retiró de la habitación, le hizo una inocente petición a la señora Wagner.

—Tengo que escribir una carta que me resulta muy difícil, y Fritz pensó que usted sería tan amable como para ayudarme —dijo.

—Con el mayor placer, querida. ¿Tu madre sabe de esa carta?

—Sí, fue mamá quien me dijo que debía escribirla. Pero va a salir esta mañana, y cuando le pedí su consejo, se negó a dármelo. «Creerán que fui yo quien la escribí y se echará a perder todo el efecto», dijo. Es una carta, señora Wagner, para anunciarles mi boda a los parientes de mamá en la ciudad, que tan mal se portaron con ella; dice que quizás hagan algo por mí si les escribo como si se me hubiera ocurrido a mí misma. No sé si me hago entender.

—Perfectamente, Minna. Ven a mi despacho y veremos qué logramos hacer entre las dos.

La señora Wagner abrió la marcha. Al abrir la puerta, Madame Fontaine atravesaba el zaguán, vestida de calle y con un paquetito de papel en las manos.

—Ahí hay una pluma, Minna. Siéntate a mi lado y escribe lo que te dicte.

La persona encargada de revisar el tintero había cumplido su tarea, pero lo había llenado demasiado. En la prisa por escribir las primeras palabras que ya le dictaban, Minna introdujo la pluma en él demasiado profundamente. Al sacarla, no sólo hizo un

manchón en el papel, sino que salpicó un poco de la tinta sobrante sobre la manga del vestido de la señora Wagner.

—¡Oh, qué torpe soy! —exclamó—. Excúseme un minuto. Mamá tiene algo en su neceser que le quitará la mancha inmediatamente. Corrió a los altos y regresó con el polvo que su madre había empleado para borrar las primeras oraciones de la etiqueta pegada en el frasco de cristal azul. Una vez eliminadas las manchas de su vestido, la señora Wagner estudió las instrucciones impresas en la cajita de cartón con cierta dosis de curiosidad.

—«Mácula Extintor o Quitador de Manchas» —leyó—. «Disuelva parcialmente el polvo en una cucharada de agua; frótelo con fuerza sobre la mancha y esta desaparecerá sin afectar el color de la tela. Este extraordinario específico también puede usarse para borrar caracteres escritos sin dañar el papel, salvo por un leve brillo en su superficie».

—¿Esto se consigue en Frankfurt? —preguntó la señora Wagner—. Sólo conocía el jugo de limón como remedio contra las manchas de tinta cuando me ensucio la ropa o los dedos.

—Quédese con él, querida señora Wagner. Puedo comprarle otra cajita a mamá en el mismo lugar donde encontramos esta: es una farmacia de la calle Zeil. ¡Vea con cuánta facilidad elimina el manchón que hice en el papel! A menos que lo examine de muy cerca, casi no se ve el brillo, y la tinta ha desaparecido por completo.

—Gracias, querida, pero tu madre puede tener algún pequeño accidente y necesitar sus polvos maravillosos cuando yo no esté. Cuando terminemos nuestra carta, vuelve a ponerlo en su lugar. Iremos juntas a la farmacia a comprar otra caja en uno o dos días.

El 30 de diciembre, después de la comida, el señor Keller propuso un brindis.

—¡Por la boda aplazada!

Todos trataron de mostrarse alborozados, pero sin éxito. Nadie sabía por qué, pero lo cierto es que nadie estaba realmente alegre. El 31 también fue un día de trabajo duro en la oficina. El último día del año viejo se hacía balance.

Hacia el mediodía, el señor Keller apareció en el despacho de la señora Wagner y abrió la caja fuerte.

—Tenemos que ocuparnos del fondo de reserva —dijo—; yo contaré el dinero y usted consultará el mayor y verá si las cantidades concuerdan. No sé qué opina, pero creo que mantenemos demasiado dinero ocioso en estos tiempos de prosperidad. ¿Qué le parecería emplear la mitad del fondo en inversiones? Por cierto, nuestra fecha para dividir las utilidades no es la de Londres. Cuando mi padre fundó el negocio, la fecha escogida fue el 6 de enero, ya que era una manera, entre otras, de celebrar su cumpleaños. Hemos mantenido esa vieja costumbre en honor a su memoria, y su digno esposo aprobó por entero nuestra conducta. No me cabe duda de

de que estará usted de acuerdo con él.

—Con todo mi corazón —dijo la señora Wagner—. Lo que mi esposo haya considerado correcto lo es para mí también.

El señor Keller procedió a contar el fondo.

—Quince mil florines —anunció—. Creí que había más. Si el pobre Engelman estuviera aquí... ¡Olvídelo! ¿Qué dice el libro mayor?

—Quince mil florines —respondió la señora Wagner.

Ah, muy bien, me debe haber traicionado la memoria. Esta solía ser tarea de Engelman, y usted es tan cuidadosa como él, lo cual no es poco decir.

El señor Keller volvió a guardar el dinero en la caja fuerte y se apresuró a regresar a su oficina.

La señora Wagner alzó del escritorio una de las mitades del libro mayor, con el fin de cerrarlo, se detuvo a reflexionar, y volvió a abrirlo.

La extraordinaria precisión de la memoria del señor Keller era proverbial en la oficina. Al recordar el cumplido que le hiciera a su sentido de la responsabilidad como sucesora del señor Engelman, la señora Wagner no se sintió completamente satisfecha con dar por sentado que Keller había cometido un error, a pesar de la evidencia del libro mayor. Una consulta con el duplicado de las cuentas, que guardaba en su libro personal de contabilidad, eliminaría de inmediato hasta la menor sombra de duda.

El último día del año viejo el sol brillaba y el aire era helado; la clara luz del mediodía caía sobre la página abierta ante sus ojos. Volvió a mirar la cifra de «15.000 florines» asentada en el libro y se percató de un detalle minúsculo que antes se le escapara.

Los trazos del número 15 eran incuestionablemente ligera, muy ligeramente, más gruesos que los trazos de los tres ceros que aparecían a continuación. ¿Se habría enredado un pelo en la pluma del encargado de la oficina al escribir la cifra? ¿O es que había un minúsculo defecto en el papel en esa parte de la página?

Volvió a alzar la mitad del libro para que la luz cayera formando un ángulo sobre la escritura. Había una diferencia entre la parte del papel en la que estaba escrita la cifra 15 y el resto de la página, y la diferencia consistía en un tenue brillo sobre la superficie.

El libro cayó de sus manos sobre el escritorio. Salió de la oficina y corrió a los altos, a su cuarto. No había usado su libro personal de contabilidad en los últimos días; estaba guardado bajo llave en su neceser. Lo sacó y lo consultó. Allí estaba la cifra que había copiado del libro mayor: «20.000 florines».

—¡Madame Fontaine! —se dijo en un susurro.

CAPÍTULO XI

El nuevo año había llegado.

La mañana del 2 de enero, la señora Wagner (que se dirigía a la oficina a la hora de costumbre) fue abordada en el tramo inferior de las escaleras por Madame Fontaine, quien evidentemente la esperaba.

—Perdóneme, pero debo hablar con usted —dijo la viuda.

—Estas son horas de oficina, señora; no tengo tiempo que perder.

Sin hacer el menor caso de esa respuesta —impenetrable, en medio de la paralizante desesperación de que era presa, a lo que dijeran las miradas, los tonos de voz o las palabras— Madame Fontaine se mantuvo en sus trece y repitió tercamente:

—Tengo que hablar con usted.

La señora Wagner se volvió a negar.

—Todo lo que teníamos que decirnos ha sido dicho —respondió—. ¿Ya ha devuelto el dinero?

—Es de eso que le quiero hablar.

—¿Ya ha devuelto el dinero?

—¡No me lleve hasta la locura, señora Wagner! ¡De la misma manera que espera piedad en la hora de su muerte, demuéstrole piedad a esta miserable que le implora que la escuche! Venga conmigo hasta la sala. A esta hora del día, nadie nos interrumpirá allí. ¡Déme cinco minutos!

La señora Wagner miró su reloj.

—Le daré cinco minutos. Y tenga en cuenta que quiero decir cinco minutos. Hasta en las cosas menudas me atengo a la verdad.

Volvieron a subir las escaleras, con la señora Wagner abriendo la marcha.

La sala tenía dos puertas de entrada: una se abría en el rellano de la escalera y otra más pequeña estaba situada en el extremo opuesto del corredor. Esa segunda entrada daba paso a una especie de alcoba en la que había un piano, y que sólo estaba separada de la espaciosa habitación contigua por una cortina. La señora Wagner entró por la puerta principal y se detuvo junto al hogar. Madame Fontaine, que la seguía, se fue hasta la cortina para echar una ojeada al otro lado. Después de asegurarse de que no había nadie en la pieza, se acercó al hogar y pronunció las primeras palabras.

—Acaba de decirme, señora, que *usted* siempre dice la verdad. ¿Implica eso que duda de la confesión voluntaria...?

—Su confesión no fue voluntaria —la interrumpió la señora Wagner—. Cuando fui a su cuarto, contaba con pruebas irrefutables del robo que usted había cometido. Le mostré mi libro personal de contabilidad, y cuando intentó defenderse, le indiqué el medio del cual se había valido para falsificar las cifras en el libro mayor, que estaba ante mis ojos en su neceser. ¿A qué se refiere al hablar de una confesión

voluntaria, después de eso?

—No me ha entendido, señora. Le hablaba de la confesión de mis motivos... de los motivos que, en mi espantosa situación, me obligaron a escoger entre tomar el dinero o sacrificar el futuro de mi hija. Le aseguro que no le he ocultado nada. ¡Recuerde que es cristiana y no sea dura conmigo!

La señora Wagner dio un paso atrás y la contempló con expresión de desdeñosa sorpresa.

—¿Dura con usted? —repitió—. ¿Sabe lo que está diciendo? ¿Ya olvidó cómo consentí en faltar a mi deber? ¿Debo recordarle cuál es *mi* situación? Estoy obligada a decirle al señor Keller que su dinero y el mío ha sido robado; estoy obligada a contarle que ha admitido en su hogar una ladrona, y que ha depositado en ella su respeto y su confianza. Ese es claramente mi deber, y he consentido en faltar a él. ¿Ha perdido usted todo sentido de la decencia? ¿No tiene idea de la vergüenza que siente una mujer honrada cuando sabe que su indigno silencio la hace —al menos por el momento— cómplice de su delito? ¿Cree que fue por usted —por no ser dura con usted— que consentí ese intolerable sacrificio? En el mismo instante en que descubrí lo que había hecho, habría enviado a llamar al señor Keller, de no ser por esa dulce joven cuya desgracia consiste en ser hija suya. Terminemos de una vez: ¿tiene algo que decirme que resulte absolutamente necesario que yo escuche? ¿Ha cumplido o no las condiciones que le impuse para aceptar convertirme —¡Dios me ayude!— en lo que me he convertido?

Su voz se quebró. Volvió la espalda, orgullosa, para serenarse. No vio la mirada que relampagueó en los ojos de la viuda, la furia sofocada que intentaba escapar de sus labios. Fue la primera y última advertencia de lo que sobrevendría, y le pasó inadvertida.

—Quería hablarle sobre sus condiciones —prosiguió Madame Fontaine después de una pausa—. Sus condiciones son imposibles. Le ruego, en nombre de Minna —¡oh, no en el mío!— que las modifique.

El tono en que salieron de sus labios esas palabras era tan anormalmente sereno que la señora Wagner se volvió sobresaltada y la miró.

—¿Qué quiere decir con que son imposibles? Explíquese.

—Usted es una mujer honrada y yo soy una ladrona —respondió Madame Fontaine con la misma calma ominosa—. ¿Qué explicaciones puede haber entre usted y yo? ¿No le he hablado ya con suficiente claridad? En mi situación, le repito, sus condiciones son imposibles, en especial la primera de ellas.

Había algo en la forma amargamente irónica de esa respuesta que resultaba casi insolente. A la señora Wagner comenzó a encendérselo el rostro por primera vez.

—A las personas honradas siempre les resulta posible cumplir condiciones honradas —dijo.

Totalmente impávida ante el reproche implícito en esas palabras, Madame Fontaine insistió en su petición.

—Sólo le pido que modifique sus términos —explicó—. Entendámonos. ¿Todavía insiste en que reponga lo que tomé a más tardar en la mañana del día 6 de este mes?

—Todavía insisto en ello.

—¿Todavía espera que renuncie a mi puesto de encargada de la servidumbre el día en que Fritz y Minna se conviertan en marido y mujer?

—Todavía lo espero.

—Permítame dejar a un lado la segunda condición por un momento. ¿Qué pasaría si no repongo los cinco mil florines de su fondo de reserva?

—Si no los repone, cumpliré mi deber para con el señor Keller cuando nos dividamos las ganancias el día 6 de este mes.

—¿Y me denunciará, sabiendo que eso hace imposible el matrimonio, sabiendo que condena a mi hija a la vergüenza y el dolor por el resto de su vida?

—La denunciaré, sabiendo que he ocultado su imperdonable secreto hasta el último momento, y sabiendo lo que le debo a mi socio y lo que me debo a mí misma. Aún tiene cuatro días. Aproveche al máximo ese tiempo.

—No hay absolutamente nada que pueda hacer en ese tiempo.

—¿Lo ha intentado?

La furia sofocada de Madame Fontaine comenzó a escapar a su control.

—¿Cree que me habría sometido a los insultos que ha amontonado sobre mí si *no* lo hubiera intentado? —preguntó—. ¿Puedo acaso recuperar el dinero de manos del hombre a quien se lo pagué en Wurtzburgo cuando mi pagaré venció el último día del año? ¿Conozco a alguien que me pueda prestar cinco mil florines? ¿Lo hará mi padre? Su hogar ha estado cerrado para mí desde hace veinte años, y mi madre, quien quizás habría intercedido por mí, está muerta. ¿Puedo apelar a la simpatía y la compasión (ya negadas una vez en los términos más duros) de mis inmisericordes parientes de esta ciudad? ¡Lo hice! Logré verlos ayer a la fuerza; reconocí ante ellos que debía una suma de dinero superior, muy superior, a la que podía pagar. Bebí hasta las heces la amarga copa de la humillación; incluso les ofrecí el collar de mi hija como prenda de un préstamo. ¿Quiere saber qué me respondieron? El dueño de la casa me volvió la espalda; la dueña me dijo en mi cara que estaba convencida de que había robado el collar. ¿Fueron esas palabras suficiente castigo para mi transgresión? Seguramente tengo ya algún derecho a su compasión. Sólo quiero más tiempo. En unos pocos meses, con mi salario como ama de llaves, la venta de mis pocas pertenencias y las ganancias de mi trabajo para los vendedores de pinturas, podré devolver, y sin duda devolveré, el dinero. Usted es rica. ¿Qué es para usted un préstamo de cinco mil florines? ¡Ayúdeme a superar la terrible ordalía del momento

del balance el día 6 de este mes! ¡Ayúdeme a ver a Minna casada y feliz! Y si aún duda de mi palabra, quédese con el collar de perlas como garantía de que no sufrirá ninguna pérdida.

Muda ante la escandalosa audacia de esa propuesta, la señora Wagner respondió con una mirada y avanzó hacia la puerta. Madame Fontaine la detuvo.

—¡Aguarde! —gritó la mujer desesperada—. ¡Reflexione antes de negarse!

La indignación de la señora Wagner logró al fin expresarse verbalmente.

—Me lo tengo merecido por acceder a hablar con usted —dijo—. Déjeme pasar, por favor.

Madame Fontaine hizo un último esfuerzo: cayó de rodillas.

—Sus duras palabras hicieron despertar mi orgullo —dijo—. Olvidé que soy una mujer deshonrada; no he hablado con suficiente humildad. ¡Míreme! Ahora me comporto con humildad: imploro su piedad de rodillas. Esta no es sólo mi última oportunidad: es la última oportunidad de Minna. ¡No arruine, por la falta que cometí, la vida de mi pobre hija!

—Por segunda vez, Madame Fontaine, le pido que me deje pasar.

—¿Sin una respuesta a mis súplicas? ¿No merezco siquiera una respuesta?

—Sus súplicas son insultantes. Le perdono el insulto.

Madame Fontaine se puso de pie. De su rostro y sus maneras había desaparecido toda señal de agitación.

—Sí —dijo, con la calma anormal que chocaba de modo tan extraño con la terrible situación que atravesaba—. Sí, desde su punto de vista no puedo negar que pueden parecerle insultantes. Cuando una ladrona, que ya le ha robado dinero a alguien, le pide a esa misma persona que le preste más dinero para reponer lo que ha robado, la petición tiene (superficialmente) algo de sumamente audaz. No puedo esperar que comprenda la desesperación que se expresa de manera tan insolente. Acepte mis disculpas, señora; al principio no lo vi bajo esa luz. Debo hacer lo que pueda mientras su piadoso silencio me proteja aún de una revelación; debo hacer lo que pueda entre este momento y el día 6 de este mes. Permítame que le abra la puerta. Abrió la puerta de la sala y aguardó.

El corazón de la señora Wagner aumentó de repente el ritmo de sus latidos.

¿Por qué motivo? ¿Sería miedo? Se indignó consigo misma ante la mera sospecha de que fuera así. Su rostro se encendió a impulsos de la momentánea aprensión de que alguna señal externa la delatara. Se marchó de la habitación sin siquiera confiar lo bastante en sí misma como para dirigirle una mirada a la mujer parada junto a la puerta abierta, que le hizo una inclinación con impenetrable apariencia de respeto cuando pasó junto a ella.

Madame Fontaine permaneció en la sala.

Cerró violentamente la puerta de un manotazo, atravesó la habitación

trastabillando hasta llegar a un sofá y se dejó caer en él. Ahora que estaba sola dejó escapar un grito ronco de rabia y desesperación. Ante el temor de que alguien la oyera, se metió el pañuelo en la boca y clavó en él los dientes. El paroxismo pasó, se sentó en el sofá, se secó el sudor del rostro y sonrió para sí misma. «Fue una buena idea quedarme aquí», pensó; «podría haberme topado con alguien en las escaleras».

Cuando se puso de pie para marcharse de la sala, llegó a sus oídos la voz de Fritz desde el extremo más alejado del corredor.

—Estás muy desanimada, Minna. Veamos qué efecto te hace un poco de música.

La puerta que daba a la alcoba estaba abierta. A continuación se oyó la voz de Minna del otro lado de la cortina.

—Me temo que no puedo cantar hoy, Fritz. Mamá me tiene muy inquieta. Se ve tan preocupada y tan enferma; y cuando le pregunto qué le sucede, me da cualquier pretexto.

La melodía de esas voces jóvenes y frescas, el amor y la ternura fieles que expresaban esas pocas y sencillas palabras, parecieron producirle un dolor insoportable a la madre que las oía. Alzó las manos sobre su cabeza y las apretó, presa de una agonía que sólo podía aventurarse a buscar ese alivio mudo. Con paso rápido, como si el sonido de la voz de su hija le resultara insoportable, avanzó hacia la puerta. Pero sus movimientos, que normalmente eran la encarnación de una sencilla gracia, delataban el inquietante efecto de la agitación de que era víctima. Tratando de evitar una mesa al pasar junto a ella, chocó contra una silla que estaba del otro lado.

Fritz abrió al instante la cortina y echó una ojeada al interior de la habitación.

—¡Vaya, aquí está mamá! —exclamó a su manera cordial y vivaz.

Minna cerró el piano de inmediato y se apresuró a ir junto a su madre. Cuando Madame Fontaine la miró, la joven se detuvo con expresión alarmada.

—¡Oh, cuán pálida y enferma te ves!

Volvió a avanzar y trató de abrazar y besar a su madre. Suave, muy suavemente, Madame Fontaine le hizo un gesto de que se apartara.

—¡Mamá! ¿Qué he hecho para ofenderte?

—Nada, querida.

—¿Y entonces por qué me apartas de tu lado?

—No tengo tiempo ahora, Minna. Debo hacer algo. Espera a que lo haya terminado.

—¿Ni siquiera un besito, mamá?

Madame Fontaine salió apresuradamente de la habitación sin responderle y subió las escaleras corriendo, sin mirar atrás. Los ojos de Minna se llenaron de lágrimas. Fritz permanecía junto a la puerta abierta, atónito.

—No lo habría creído si me lo hubieran contado —dijo—; tu madre parece tener

miedo a dejar que la toques.

Fritz había errado muchas veces en sus apreciaciones, pero esta vez estaba en lo cierto. Madame Fontaine *tenía* miedo.

CAPÍTULO XII

Madame Fontaine, el genio que gobernaba la servidumbre, era siempre la primera en llegar al comedor cuando se ponía la mesa para la temprana comida alemana. Ni un cuchillo con una mota en la hoja, ni un plato sospechoso de suciedad lograban escapar a su inspección. Si Joseph plegaba descuidadamente una servilleta, Joseph no sólo se enteraba del asunto, sino que se veía sometido al agravio de ver su trabajo realizado a la perfección por las diestras manos del ama de llaves.

El segundo día del Nuevo Año, la viuda estaba en su puesto, como de costumbre, y Joseph era reo de mostrarse derrochador con el vino. Había puesto en la mesa una botella de Ohligsberger, ante el lugar que ocupaba Madame Fontaine. La botella ya se había usado en la comida y la cena del día anterior. Al menos le faltaban dos tercios de su contenido. Joseph colocó una segunda botella en el lado opuesto de la mesa y empuñó su sacacorchos. Madame Fontaine se lo quitó de las manos.

—¿Por qué abres esa botella antes de estar seguro de que hará falta? —preguntó en tono cortante—. Sabes que el señor Keller y su hijo prefieren la cerveza.

—Queda tan poco en la otra botella —argumentó Joseph—; ni un vaso lleno.

—Aun si es poco, puede que baste para la señora Wagner y para mí.

Al dar esa respuesta señaló hacia la puerta. Joseph se retiró, con lo que la viuda quedó sola junto a la mesa hasta que la comida estuvo lista para servir.

Cinco minutos después, la familia estaba reunida en torno a la mesa.

Joseph llevó a cabo sus deberes habituales con aire hosco, molesto por el reproche del ama de llaves. Cuando llegó el momento de llenar los vasos tuvo la satisfacción de que, después de todo, la propia Madame Fontaine le diera la orden de descorchar la nueva botella.

La señora Wagner se volvió hacia Jack, quien, como de costumbre, estaba de pie detrás de su asiento, y le pidió vino. Madame Fontaine de inmediato tomó la botella casi vacía que estaba a su lado y, tras llenar el vaso hasta la mitad, se lo alcanzó desde el otro lado de la mesa con grave cortesía.

—Si no tiene ninguna objeción, terminemos una botella antes de abrir otra —dijo.

La señora Wagner bebió su escasa cantidad de vino de un solo trago.

—No parece conservarse bien después de que se ha abierto —comentó al depositar su vaso sobre la mesa—. Este vino ha perdido todo el buen sabor que tenía ayer.

—Debería conservarse bien —dijo el señor Keller desde el lugar que ocupaba en la cabecera de la mesa—. Es un vino añejado, un buen vino. Déjeme probar lo que queda.

Joseph se dispuso a alcanzarle el resto del vino a su patrón, pero Madame Fontaine se le adelantó.

—Ve y abre la otra botella —dijo, y se levantó con tanta prisa para alcanzarle ella misma el vino al señor Keller que el pie se le enredó en el vestido. Evitando la caída, se le fue de las manos la botella, que se rompió en dos pedazos. El vino que quedaba corrió por el suelo.

—Les ruego que me perdonen —dijo con una apagada sonrisa—. Es lo primero que rompo desde que llegué a esta casa.

Se le ofreció vino de la nueva botella a la señora Wagner, quien declinó tomar más y dejó su cena sin terminar en el plato.

—Pierdo el apetito con mucha facilidad —dijo—. Supongo que debió haber algo en el vaso que no noté, o quizás tengo el gusto estropeado.

—Es muy posible —dijo el señor Keller—. Ayer no le encontró nada malo al vino. Y no hay nada de qué quejarse en esta nueva botella —añadió después de probarlo—. ¿Qué opina usted, Madame Fontaine?

Llenó el vaso del ama de llaves.

—No soy buen juez en materia de vinos —comentó Madame Fontaine humildemente—. Me parece delicioso.

Colocó su vaso sobre la mesa y advirtió que Jack tenía los ojos clavados en ella, con una fijeza solemne y escudriñadora.

—¿Hay algo en mí que le llama la atención? —preguntó en tono ligero.

—Estaba pensando —respondió Jack.

—¿Pensando en qué?

—Esta es la primera vez que la veo en peligro de caerse. En Wurtzburgo yo solía decir que usted pisaba con tanta seguridad como un gato. Eso es todo.

—¿No sabe que toda regla tiene su excepción? —dijo Madame Fontaine con la misma amabilidad de siempre—. Yo advierto una excepción en usted —continuó, cambiando de tema súbitamente—. ¿Qué le ocurrió a su bolsa de cuero? ¿Le ha quitado usted sus llaves, señora Wagner?

Madame Fontaine había advertido el orgullo de Jack por su papel de Guardián de las Llaves. No había temor de que retomara el tema de Wurtzburgo si tocaba ese punto sensible. El resultado confirmó sus previsiones. Presa de feroz agitación, Jack se subió de un salto al tirante posterior de la silla de su ama, deseoso de alcanzar la mayor altura posible, y despegó los labios para contar la historia de la alarma nocturna. Antes de que pudiera pronunciar palabra, la señora Wagner lo interrumpió con una inusual irritabilidad en su aspecto y sus maneras.

—Fue a mía quien le hicieron la pregunta —dijo—. Yo me encargo ahora de las llaves, Madame Fontaine, a petición del propio Jack. Se las devolveré en cuanto me las pida.

—Cuéntele lo del ladrón —musitó Jack.

—¡Cállate!

Jack al fin quedó en silencio. Se retiró a un rincón. Cuando siguió a la señora Wagner, como de costumbre, al regresar ésta a sus deberes en la oficina, ocupó su lugar favorito en el poyo de la ventana, con los puños cerrados.

—¡Que se vaya al diablo Frankfurt! —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Odio Frankfurt. En Londres, siempre fue usted bondadosa conmigo. Aquí no hago más que hacerle perder la paciencia. Es demasiado doloroso. ¿Por qué no podía decirle a la señora Ama de Llaves cómo perdí mis llaves en medio de la noche? Ahora que pienso en ello, creo que la ladrona fue ella.

—¡Calla! ¡Calla! No debes decir eso. Ven y dame la mano, Jack: hagamos las paces. Es cierto que estoy irritable, no sé qué es lo que me sucede. Recuerda que al señor Keller no le gusta que participes en la conversación a la hora de la comida: cree que te tomas una libertad si lo haces. Esa fue una de las razones por las que te interrumpí. Y quizás habrías dicho algo que ofendiera a Madame Fontaine: esa fue otra. No pasará mucho tiempo antes de que regresemos a nuestro amado Londres. Ahora sé un buen chico y déjame hacer mi trabajo.

Jack no se sintió totalmente satisfecho, pero volvió a callarse. Durante un rato se quedó observando a la señora Wagner mientras ésta trabajaba. Sus pensamientos retornaban al asunto de las llaves. Otras personas —los empleados más jóvenes y los sirvientes, por ejemplo— podían haberse dado cuenta de que no andaba con su bolsa y haber hecho la injuriosa deducción de que le habían quitado las llaves. Poco a poco llegó a la conclusión de que quizás se había apresurado demasiado al renunciar a su bolsa. ¿Por qué no demostrar que era más digno de ella que nunca pidiendo que se la devolvieran y asegurándose de cerrar siempre la puerta de su cuarto por la noche? Miró a la señora Wagner para ver si hacía una pausa en su trabajo, de modo que le diera una oportunidad de hablar con ella.

La señora Wagner no trabajaba; no había hecho una pausa en medio de sus tareas. Su cabeza colgaba sobre su pecho; sus manos y sus brazos descansaban desmañados sobre el escritorio.

Jack se levantó y atravesó la habitación de puntillas para observarla.

No estaba dormida.

Lenta y silenciosamente, la señora Wagner volvió la cabeza hacia Jack. Sus ojos le dirigieron una mirada espantosa. Su boca estaba levemente torcida. Su rostro estaba cubierto por una horrible palidez grisácea.

Jack cayó de rodillas aterrorizado y agarró el vestido de su Ama con ambas manos.

—¡Oh, Ama, Ama, usted está enferma! ¿Qué puedo hacer por usted?

La señora Wagner trató de calmarlo con una sonrisa. Su boca se torció aún más.

—No me siento bien —dijo, haciendo un esfuerzo, con voz lenta y pastosa—.

Ayúdame a irme. A la cama. A la cama.

Jack le tendió las manos. Haciendo otro esfuerzo, la señora Wagner alzó los brazos del escritorio y se volvió hacia él en la alta banqueta de trabajo.

—Sostenme —dijo.

—¡La estoy sosteniendo, Ama! Tengo sus manos en las mías. ¿No lo siente?

—Apriétalas más.

Jack le apretó las manos con todas sus fuerzas. ¿Lo sentía ahora?

Sí, ahora sentía algo.

Apoyándose en él, la señora Wagner logró poner los pies sobre el suelo. Tanteó con ellos sin darse completa cuenta de que estaba de pie. A continuación se tambaleó y casi se cae contra el escritorio.

—Estoy mareada —dijo en voz queda y pastosa—. Mi cabeza.

Sus ojos lo miraron, muy abiertos, fríos, fijos. Esa mirada enloqueció de terror a la pobre criatura afectuosa. Al gritar pidiendo ayuda, en su voz vibraba la terrible estridencia de la época pasada en Bedlam.

El señor Keller llegó corriendo de su despacho, seguido por los empleados.

—Uno de ustedes, busque al médico —gritó—. Un momento.

Se controló de inmediato y recordó lo que había oído decir de los dos médicos que lo habían atendido durante su enfermedad.

—No traigan al viejo —dijo—. Vayan a buscar al doctor Dormann. Joseph les dirá dónde vive.

Siempre sosteniendo en sus brazos a la señora Wagner, se volvió hacia otro de los empleados.

—¡Toca la campanilla del pasillo, la campanilla de los altos, para avisar a Madame Fontaine!

CAPÍTULO XIII

Madame Fontaine salió de inmediato de su cuarto. Alarmada por el violento campanileo, Minna siguió a su madre a los bajos. La puerta de la oficina estaba abierta; ambas vieron lo que había ocurrido en cuanto llegaron al zaguán. Al llamar a Madame Fontaine, el señor Keller había dado muestras de una natural confianza en la experiencia y la presencia de ánimo de una mujer de su edad y su condición. Para su sorpresa, la viuda pareció tan incapaz de controlarse como su hija. El señor Keller se vio obligado a servirse de la ayuda de la sirvienta de más edad para trasladar a la señora Wagner a su cuarto.

Jack fue con ellos, sosteniendo una de las manos desmadejadas de su ama. Su primer paroxismo de terror había pasado con la aparición del señor Keller y el empleado, y había dejado su mente débil y embotada por la conmoción que había sufrido. Miraba a su alrededor con aire de perplejidad. Una o dos veces, en el lento y triste ascenso por las escaleras, se le oyó murmurar:

—No morirá... no, no, no; no morirá.

Esa extraviada confesión de fe parecía ser su único consuelo. Cuando acostaron a la señora Wagner en su cama, se colocó junto a su almohada. Haciendo un esfuerzo, ella volvió los ojos hacia él. Haciendo un nuevo esfuerzo, musitó:

—¡La llave!

Jack la entendió: el escritorio había quedado abierto.

—Yo me ocuparé de la llave, Ama; yo me ocuparé de todas ellas —dijo.

Al salir de la habitación se repetía sus palabras consoladoras:

—No morirá... no, no, no; no morirá.

Cerró el escritorio y guardó la llave, con las demás, en su bolsa. Cuando se disponía a marcharse de la oficina con la bolsa colgada al hombro, se detuvo junto a la puerta del comedor, situada en el extremo opuesto del zaguán. Sentía la cabeza extrañamente ofuscada. Una súbita sospecha de que esa sensación se retrataba en su rostro lo hizo cambiar de idea y hacer una pausa antes de subir. En el comedor había un espejo. Se fue directo a pararse delante de él y examinó el reflejo de su rostro con intensa preocupación. «¿Me veo tan estúpido como un loco?», se preguntó. «Si me veo tan estúpido como un loco no me dejarán quedarme con ella, sino que me mandarán irme».

Le volvió la espalda al espejo y se arrodilló delante de la silla más cercana. «Quizás Dios me ayude a mantenerme tranquilo si digo mis oraciones», pensó.

Al repetir sus sencillas plegarias, la memoria de la pobre criatura recordó vagamente los tiempos felices cuando su buena ama se las enseñara. Tuvo al fin el mejor alivio posible: el alivio de las lágrimas. El señor Keller, que bajaba al zaguán impaciente por la llegada del médico, se dio inesperadamente de manos a boca con el

demente servidor de la señora Wagner.

—¿Puedo subir junto al Ama? —preguntó Jack humildemente—. Ya dije mis oraciones, caballero, y lloré mucho; mi mente está mucho mas tranquila.

El señor Keller se dirigió a él con más amabilidad que de costumbre.

—Es mejor que no moleste a su ama antes de la llegada del médico.

—¿Puedo quedarme junto a su puerta? Prometo estar muy tranquilo.

El señor Keller hizo un gesto de asentimiento. Jack se quitó los zapatos y subió las escaleras sin hacer ruido. Antes de llegar al primer rellano, volvió la mirada hacia el zaguán.

—¡Téngalo en cuenta! —anunció con toda seriedad—; no morirá. ¡Lo digo yo!

Prosiguió su ascenso. Por primera vez el señor Keller comenzó a compadecer al inofensivo hombrecito a quien hasta entonces despreciara. «¡Pobre infeliz!», se dijo mientras recorría el zaguán de un lado a otro, «¿qué será de él si ella llega a morir?».

Diez minutos después, el doctor Dormann llegó a la casa.

En cuanto vio a la señora Wagner, su rostro denotó que el caso le parecía grave. La reconoció e hizo todas las preguntas necesarias, con la rigurosa atención a los detalles que era parte de su hábito profesional. Una de las preguntas sólo podía contestarse de manera general. Después de manifestar que, en su opinión, la enfermedad era una parálisis, y que algunos de los síntomas no le resultaban para nada corrientes en su experiencia médica, preguntó si la señora Wagner había sufrido algún ataque previo de esa dolencia. El señor Keller sólo pudo responderle que la conocía desde la época de su matrimonio, y que nunca (en el curso de una larga e íntima correspondencia con su esposo) se había enterado de que sufriera de ninguna enfermedad grave. El doctor Dormann observó atentamente a su paciente y volvió a mirar al señor Keller con manifiesta sorpresa.

—No he visto ningún primer ataque de parálisis tan grave y complicado como este, a su edad —dijo.

—¿Hay algún peligro? —preguntó en un susurro el señor Keller.

—No se trata de una anciana —respondió el doctor—; siempre hay esperanzas. Por lo general, en estos casos se suele sangrar al paciente. Pero en este, la superficie del cuerpo está fría; el corazón late débilmente. No quisiera tener que apelar a las sangrías, si puedo evitarlo.

Después de algunas otras consideraciones, el médico indicó un tratamiento que, en algunos aspectos, anticipaba los de tiempos posteriores y mas sabios. Después de mirar a las mujeres reunidas en torno al lecho —y en especial a Madame Fontaine— dijo que buscaría una enfermera competente y volvería al cabo de dos horas para ver el efecto que habían surtido sus remedios.

Al mirar a Madame Fontaine después de la partida del médico, el señor Keller se sintió más perplejo que nunca. Parecía una mujer completamente presa del pánico.

—Me temo que usted tampoco está bien —dijo.

—Hace algún tiempo que no me siento bien, caballero —contestó ella sin mirarlo.

—Será mejor que descanse y se mantenga tranquila por un rato —sugirió el señor Keller.

—Sí, eso creo.

Con esa respuesta, sin siquiera ofrecerse, por cuidar de las apariencias, para atender a la señora Wagner hasta que llegara la enfermera, tomó el brazo de su hija y se marchó.

Afortunadamente, la sirvienta era una persona discreta. Recordaba las indicaciones del médico y se hizo cargo de todo lo necesario hasta que la enfermera la relevara. A Jack (quien había seguido al doctor al cuarto y lo había observado atentamente) se le mandó a salir. No fue más allá que hasta el umbral. El señor Keller pasó a su lado y lo vio agachado sobre la alfombrilla, comiéndose las uñas. Parecía pensar en el médico. Se decía:

—Ese hombre parece perplejo; ese hombre no sabe nada del asunto.

Mientras tanto, Madame Fontaine llegó a su cuarto.

—¿Dónde está Fritz? —dijo, al tiempo que soltaba el brazo de su hija.

—Salió, mamá. ¡No me pidas que me vaya! Pareces casi tan enferma como la pobre señora Wagner. Quiero quedarme contigo.

Madame Fontaine vaciló.

—¿Me quieres con toda tu alma y todo tu corazón? —preguntó de repente—. ¿Eres digna de cualquier sacrificio que una madre pueda hacer por su hija?

Antes de que la joven contestara, dijo algo aún más extraño.

—¿Quieres tanto a Fritz como antes? ¿Te destrozaría el corazón perderlo?

Minna colocó la mano de su madre sobre su pecho.

—Siéntelo, mamá —dijo en voz queda.

Madame Fontaine se sentó en su silla junto al hogar, dándole la espalda a la luz. Le hizo una señal a la hija de que se sentara a su lado. Al cabo de unos momentos, Minna se aventuró a romper el silencio.

—Estoy muy apenada por la señora Wagner, mamá; siempre ha sido tan buena conmigo. ¿Crees que morirá?

La viuda apoyó los codos en las rodillas, miró fijamente el fuego, alzó la cabeza, echó una mirada a su alrededor y volvió a clavar los ojos en el hogar.

—Pregúntale al médico —dijo—. No me preguntes a mí.

Se produjo otro largo intervalo de silencio. Minna, preocupada, miraba fijamente a su madre. Madame Fontaine permanecía inmóvil, aún contemplando el fuego.

Temerosa de volver a hablar, Minna buscó alivio a la opresiva inactividad en un pequeño gesto. Tomó una pantalla de la repisa de la chimenea y trató de colocarla suavemente en la mano de su madre.

Al sentir ese leve roce, Madame Fontaine se incorporó de un salto, como si la hubiera tocado la punta de un puñal. ¿Había visto algo horrible? ¿Había escuchado un sonido espantoso?

—¡No lo soporto! —exclamó—. ¡No puedo seguir soportándolo!

—¿Te duele algo, mamá? ¿Quieres acostarte?

Su madre se limitó a mirarla. Minna retrocedió temblando y no dijo nada más.

Madame Fontaine atravesó el cuarto hasta su guardarropa. Cuando volvió a hablar, lo hizo de nuevo con calma.

—Voy a salir a caminar un rato —dijo.

—¿A caminar, mamá? Ya se está haciendo de noche.

—Sea de día o de noche, tengo los nervios a flor de piel. Necesito un poco de aire y de ejercicio.

—Déjame ir contigo.

La viuda caminó de un lado a otro, inquieta, antes de contestar.

—¡Este cuarto no es lo suficientemente grande! —exclamó—. Me sofoco entre estas cuatro paredes. ¡Espacio! ¡Espacio! ¡Necesito espacio para respirar! ¿Dijiste que querías salir conmigo? Quiero compañía, Minna. ¿No te importa el frío?

—Con mi abrigo de pieles ni lo siento.

—Entonces prepárate rápido.

A los diez minutos, madre e hija salían de la casa.

CAPÍTULO XIV

El doctor Dormann acudió puntualmente a su visita. Lo acompañaba un desconocido a quien presentó como un cirujano. Como la vez anterior, Jack se escurrió en el cuarto y aguardó en una esquina, escuchando y observando atentamente.

En vez de mejorar con la administración de los remedios, el estado de la paciente se había deteriorado de modo sensible. En las raras ocasiones en que intentaba hablar, resultaba casi imposible entenderla. Parecía haber perdido completamente el sentido del tacto; la pobre mujer ya no podía sentir la presión de una mano amiga. Y lo que era aún más ominoso, había aparecido un nuevo síntoma; tragaba con evidente dificultad. El doctor Dormann se volvió resignado hacia el cirujano.

—No hay otra alternativa —dijo—; tiene que sangrarla.

Al ver la lanceta y el vendaje, Jack salió de un salto de su rincón. Tenía los dientes apretados; sus ojos relampagueaban de furor. Antes de que lograra acercarse al cirujano, el señor Keller lo aguantó con fuerza por un brazo y señaló a la puerta. Jack se zafó de un tirón; vio la punta de la lanceta tocar la vena. Cuando la sangre fluyó de la incisión, dejó escapar un grito de horror y salió corriendo del cuarto.

—¡Miserables! ¡Fieras! ¡Cómo se atreven a sacarle sangre! ¡Oh!, ¿por qué no seré más que un pequeño hombrecito? ¿Por qué no soy lo bastante fuerte para arrojar a esos brutos por la ventana? ¡Ama! ¡Ama! ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarla?

Esas palabras incoherentes brotaron de sus labios en la soledad de su pequeño cuarto. En medio de la agonía que experimentaba, ahora que se le imponía la gravedad de la señora Wagner, rodó por el suelo y se golpeó con los puños. Y una y otra vez le gritaba:

—¡Ama! ¡Ama! ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarla?

La correa que cerraba su bolsa de cuero se aflojó, porque con sus frenéticos movimientos la golpeaba contra el suelo ora de un lado, ora del otro. A sus oídos llegó el tintineo de las llaves. Por un momento quedó completamente inmóvil. Después se sentó en el suelo. Trató de pensar serenamente. En el cuarto no había luz. La más cercana provenía de una lámpara encendida en el rellano de la escalera, un poco más abajo. Se incorporó y bajó silencioso las escaleras. Solo en el rellano, alzó la bolsa y la contempló.

—Hay algo en mi mente que trata de hablarme —se dijo—. ¿Lo hallaré aquí?

Se arrodilló bajo la luz y sacudió la bolsa para que salieran las llaves. Las alineó una a una en una hilera, con una única excepción. La llave del escritorio fue la primera que tomó. La besó —era la llave de *ella*— y la volvió a meter en la bolsa. De las que estaban ante él, la llave duplicada era la última de la fila. Se fijó en la

inscripción. La alzó a la luz y leyó: «Armario del Cuarto Rosado».

El recuerdo extraviado volvió a su mente de forma inteligible. El «remedio» que Madame Fontaine guardara bajo llave, el precioso «remedio» fabricado por el maravilloso amo que lo sabía todo, estaba a su disposición. No tenía más que abrir el armario para que fuera suyo.

Las otras llaves, que echó en la bolsa, entrechocaban mientras descendía corriendo el tramo inferior de las escaleras. Se detuvo frente a las oficinas y las aseguró bien con la correa. ¡Sin ruido! ¡Nada que alarmara a la señora Ama de Llaves! Subió las escaleras de la otra ala de la casa y volvió a hacer una pausa al acercarse al cuarto de Madame Fontaine. A esas alturas, era presa de la peligrosa y febril excitación que aún recordaban las autoridades de Bedlam. ¿Y si la viuda estaba en su cuarto? ¿Y si se negaba a facilitarle el «remedio»?

Se miró los dedos extendidos de la mano derecha.

—Tengo fuerzas suficientes para estrangular a una mujer, y lo haré —dijo.

Abrió la puerta sin llamar, sin detenerse a escuchar. En el cuarto no había nadie.

Un momento después tenía en su poder la dosis fatal del Vino de Alejandro, que en su inocencia creía que era un benéfico remedio. Cuando la guardaba en el bolsillo superior del abrigo, le llamó la atención el botiquín de madera. Lo bajó y trató de levantar la tapa. Esta se abrió entre sus manos y reveló los compartimientos y los frascos colocados en ellos. Uno de los frascos era una o dos pulgadas más alto que los demás. Sacó ese primero para mirarlo, y descubrió que era... «el frasco de cristal azul».

A partir de ese momento, de su mente desapareció toda idea de tratar de comprobar el efecto sobre la señora Wagner del traicionero «remedio» que guardaba en el bolsillo. Se había hecho del inestimable tesoro que le resultaba conocido en carne propia. ¡Ese era el frasco divino que le había devuelto la vida al tomar su contenido cuando agonizaba en Wurtzburgo! Ese era el verdadero y único médico que salvara la vida del señor Keller cuando los pobres e inútiles tontos que se arremolinaban en torno a su cama lo daban ya por perdido! El Ama, la querida Ama, estaba, como quien dice, ya curada. El canalla que había sacado su cuchillo y la había herido no derramaría ni una gota más de su preciosa sangre. ¡Oh, de todos los colores del mundo, no hay ninguno como el azul! ¡De todos los amigos del mundo, nunca hubo uno tan bueno como este! Besó y estrechó el frasco como si se tratara de un ser viviente. Brincó y bailó por el cuarto con él entre los brazos. ¡Ah, cuán musical era el gorgoteo y el chapoteo del líquido así sacudido, que le decía que aún quedaba un poco para su Ama! Las campanadas del reloj de la repisa de la chimenea lo llamaron a la cordura en el clímax del éxtasis. Le decían que el tiempo pasaba. Minuto a minuto, la Muerte podía estarse aproximando al Ama; y allí estaba él, con la Vida en su poder, perdiendo el tiempo, lejos de su lecho.

Avanzó hacia la puerta y se detuvo. Volvió lentamente los ojos hacia el interior del cuarto. Los detuvo en el armario abierto, y después en el botiquín de madera, abandonado en el suelo.

¿Y si el ama de llaves regresaba y veía la llave en el armario y un frasco de menos en el botiquín?

Su única consejera en ese momento crítico era la astucia, estimulada por los impulsos estrechamente relacionados que le dictaban su vanidad congénita y su devoción a la benefactora a quien amaba.

La posibilidad de que Madame Fontaine lo descubriera nunca entró en sus cálculos. No le importaba si lo descubría o no: tenía el frasco, ¡y pobre de ella si intentaba quitárselo! Lo que realmente temía era que el ama de llaves lo despojara de la gloria de salvarle la vida a la señora Wagner, si se enteraba de lo sucedido. Podía seguirlo hasta el lecho de la enferma; podía reclamar, como de su propiedad, el frasco de cristal azul; podía decir: «Yo salvé al señor Keller y ahora he salvado a la señora Wagner. Este hombrecito no es más que el sirviente que administró la dosis que cualquier otra mano podría haber vertido en el vaso en su lugar».

Antes de que se le ocurrieran esas consideraciones, su propósito había sido anunciar públicamente su maravilloso descubrimiento junto al lecho de la señora Wagner. Ahora abandonó esa intención sin vacilar. Vio ante sí una perspectiva mucho más halagadora. ¡De cuánta gloria se cubriría si aguardaba una oportunidad para administrarle en secreto el líquido salvador, si esperaba á que todos quedaran atónitos ante la veloz recuperación de la enferma, y después se plantaba ante todos y proclamaba que había sido quien le devolviera la salud!

Volvió a guardar el botiquín, cerró el armario y tomó la llave. Regresó junto a la puerta, escuchó con atención para asegurarse de que no había nadie afuera y, cuando por fin se atrevió a salir del cuarto, escondió el frasco de cristal azul bajo su abrigo. Llegó a la otra ala de la casa y subió el segundo tramo de escaleras sin sufrir ninguna interrupción. A salvo de nuevo en su propio cuarto, se puso a espiar por la puerta entreabierta.

Poco tiempo después aparecieron el doctor Dormann y el cirujano, seguidos por el señor Keller. Los tres bajaron juntos. Al pasar, el doctor mencionó que había encontrado a una enfermera para la noche.

Todavía con el frasco oculto, Jack dio unos suaves golpecitos a la puerta y entró en el cuarto de la señora Wagner.

Su primera mirada fue para el lecho. La enferma seguía inmóvil y ajena, sin advertir nada de lo que ocurría a su alrededor; a juzgar por las apariencias, la pobre mujer agonizaba. La sirvienta estaba ocupada calentando algo en el hogar. Sacudió la cabeza con aire contrito cuando Jack le preguntó si en su ausencia había tenido lugar algún cambio favorable. El hombrecito se sentó, tratando en vano de conjeturar cómo

hacerse de la oportunidad que buscaba.

Los minutos se sucedían lentamente. Poco tiempo después, la sirvienta consultó el reloj.

—Es hora de que la señora Wagner tome su medicina —dijo, aún atareada junto al fuego.

Jack vio su oportunidad al oír esas palabras.

—Por favor, déjeme darle la medicina —dijo.

—Alcáncemela —respondió ella—; no confío en nadie para medirla.

—¿Y ahora que está lista, puedo dársela? —insistió Jack.

La mujer le pasó el vaso.

—La verdad es que no puedo dejar lo que estoy haciendo —dijo—. Tenga cuidado de no verter ni una gota. La pobrecita es tan mansa como un corderito. Si logra tragársela, no le dará ningún trabajo.

Jack se llevó el vaso al lado opuesto de la cama, para que las cortinas sirvieran de mampara entre él y el hogar. Silenciosamente, dejó caer el contenido del vaso sobre la alfombra y volvió a llenarlo con el líquido del frasco oculto bajo su abrigo. Esperó un momento y lanzó una ojeada hacia la puerta. ¿Y si entraba el ama de llaves y veía el frasco de cristal azul? Lo volvió a tomar —ya vacío—, lo guardó en el bolsillo de su abrigo y acomodó su pañuelo para que no se viera la parte que la profundidad del bolsillo no permitía ocultar. «¡Ahora!», pensó, «¡ahora ya estoy listo!».

Rodeó suavemente con sus brazos a la señora Wagner y la alzó sobre la almohada.

—Su medicina, querida Ama —musitó—. La tomará de manos de Jack, ¿no es cierto?

La señora Wagner aún conservaba el sentido del oído. Volvió lentamente hacia Jack su mirada perdida. No pudo dar otra señal de lo que pensaba; lo único que logró fue hacerle ver que aceptaba.

Jack se secó de un manotazo las lágrimas que lo cegaban. Animado por la firme creencia de que le estaba salvando la vida a su Ama, tomó el vaso que estaba sobre la mesa de noche y lo llevó a sus labios.

Mediante un penoso esfuerzo, con muchas pausas para recuperar el aliento, gota a gota, la señora Wagner logró tragar el contenido del vaso. Jack lo alzó bajo la pantalla de la lámpara para asegurarse de que estaba vacío.

Cuando volvió a colocar la cabeza de su Ama sobre la almohada, se aventuró a tocar una mejilla fría con sus labios.

—¿Se la tomó? —preguntó la sirvienta.

Jack sólo pudo responder qué sí y lanzó una última mirada al amado rostro que descansaba sobre la almohada. El tumulto de encontradas emociones contra el cual se había debatido hasta ese momento venció sus últimas resistencias. Corrió para

esconder en el rellano de la escalera su histérica efusión, que buscaba alivio en gritos y sollozos.

En medio de la calma que siguió a su arrebató, volvió a asaltarlo el temor de que Madame Fontaine descubriera el compartimiento vacío del botiquín, registrara todas las habitaciones de la casa en busca del frasco perdido y lo encontrara vacío. Incluso si lo rompía y tiraba los fragmentos a la basura, alguien podía advertir el hermoso color azul del cristal, y a partir de eso descubrir todo el asunto. ¿Dónde lo escondería?

Mientras intentaba aún responderse esa pregunta, las horas de oficina llegaron a su fin y, en los bajos, los empleados comenzaron a marcharse. Cuando salían, los oyó comentar la gran helada. Uno de ellos dijo que ya había bloques flotantes de hielo en el río. ¡El río! Estaba a unos minutos de camino de la casa. ¿Por qué no arrojar el frasco al río?

Esperó hasta que se hizo un silencio absoluto y después bajó furtivamente. Al abrir la puerta se topó con un desconocido que subía los escalones de la entrada llevando un pequeño maletín.

—¿Es esta la casa del señor Keller? —preguntó el desconocido.

Se trataba de un anciano de aspecto jovial, de ojos negros y brillantes y una gran nariz roja. Su aliento exhalaba olor a vino y sus gruesos labios se abrieron en una ancha sonrisa al ver a Jack.

—Mi apellido es Schwartz —dijo—; y en este maletín están las cosas de mi hermana para pasar la noche.

—¿Quién es su hermana? —inquirió Jack.

Schwartz rió.

—Muy cierto, hombrecito, ¿cómo podría saber usted quién es? Mi hermana es la enfermera. La contrató el doctor Dormann y llegará dentro de una hora. ¡Oiga, qué botella más hermosa esconde en su abrigo! ¿Contendrá un poco de vino?

Jack comenzó a temblar. Lo había pillado un desconocido. ¡Ni siquiera el río sería ahora lo bastante profundo como para guardar su secreto!

—El frío me ha calado —continuó el jovial anciano—. ¡No sea malo y démonos un trago!

—No llevo vino en ella —respondió Jack.

Schwartz se tocó la gran nariz roja con el índice y adoptó un aire confidencial.

—Ya entiendo, estaba a punto de salir a buscar vino —dijo.

Colocó el maletín de su hermana en una de las sillas del zaguán y tomó a Jack del brazo de la manera más amistosa.

—¿Por qué no vamos juntos? —sugirió—. Soy el hombre indicado para ayudarlo a encontrar el mejor tonel de vino de todo Frankfurt. ¡Bendito sea! No tiene por qué avergonzarse de mi compañía. Mi hermana es una mujer muy respetable. ¿Y qué cree

que soy yo? Soy funcionario municipal. ¡Jo! ¡Jo! ¡Imagínese! Y tenga en cuenta que no bromeo. El vigilante nocturno del depósito de cadáveres está enfermo en cama, y se vieron obligados a buscar a alguien que lo reemplazara hasta que se pusiera bien. Yo soy ese Alguien. Probaron antes con otros dos hombres, pero el depósito de cadáveres les daba escalofríos. Mi respetable hermana me recomendó, ¿sabe? «El vigilante se repondrá en una semana», les dijo. «Contrátenlo por una semana». Y me contrataron. Pero aunque soy funcionario municipal, no soy un hombre orgulloso. Vamos, déjeme llevar la botella.

¡De nuevo «la botella»! Y justo en el momento en que este entrometido hablaba de ella, se oyó más abajo la voz de Joseph y el sonido de sus pasos anunció que subía la escalera de la cocina. Totalmente azorado, Jack salió corriendo con la única idea de escapar a la terrible posibilidad de que todo se descubriera en el zaguán. Oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas y el sonido de unas pesadas botas que golpeaban el pavimento en rápida carrera. Antes de que hubiera logrado alejarse más de veinte yardas de la casa, sintió una racha del aliento vinoso de Schwartz por encima de su hombro y el brazo del suplente del vigilante nocturno volvió a tomar posesión de él.

—No tan rápido: tengo piernas ágiles para un hombre de mi edad, pero no tan rápido —dijo su nuevo amigo—. Es usted el tipo de hombrecito que me resulta simpático. Mi hermana le podrá contar que les suelo tomar una súbita afición a las personas de su tipo. Mi hermana es una mujer sumamente respetable. ¿Cómo se llama usted? ¿Jack? ¡Un nombre excelente! Corto, con un chasquido como el de un látigo. ¡Haga el favor de darme la botella! —esta vez le arrebató el frasco, sin esperar a que se lo diera—. ¡Muy bien! Se puede caer, ¿sabe? Está a salvo en mis serviciales manos. ¿A dónde va? Confío en que no sea cliente de la taberna que queda en esa dirección. Entre usted y yo: ese canalla de todos los demonios le echa agua a su vino. Esta es la esquina donde vive un honesto tabernero. Siento por él el mayor de los afectos. Siento por usted el mayor de los afectos. ¿Le gustaría visitar el depósito de cadáveres una de estas noches? Va contra las normas, pero eso no tiene la menor importancia. El encargado del cementerio le tiene demasiado cariño a su cama como para salir en estas noches frías a fiscalizar al vigilante. Es el puesto justo para mí, No hay más que beber cuando se cuenta con licor y dormir cuando no es así. Los muertos que recibimos, mi pequeño amigo, tienen un gran mérito. Se supone que debemos ayudarlos, si son lo bastante perversos como para volver a la vida antes de que los entierren. Allí yacen en nuestro establecimiento, con un extremo de la cuerda atado a los dedos y el otro al muelle de la campana de aviso. Y nunca han hecho sonar la campana, ¡ni una sola vez, benditos sean, desde que se construyó el depósito! Venga a verme en el curso de esta semana y beberemos a la salud de nuestros tranquilos vecinos.

Llegaron a la puerta de la taberna.

—Supongo que tiene usted algún dinero —dijo Schwartz.

La generosidad de Madame Fontaine, cuando le diera a Jack el dinero para comprar el par de guantes, había dejado un pequeño excedente en su bolsillo. El hombrecito hizo un último esfuerzo por escapar del suplente del vigilante.

—Tenga el dinero —dijo—. Devuélvame el frasco y vaya a beber usted solo.

Schwartz lo agarró por un hombro y lo examinó de pies a cabeza a la luz de la lámpara de la taberna.

—¿Que beba solo? —repitió—. ¿Soy o no soy jovial? ¿Sí o no?

—Sí —dijo Jack, al tiempo que intentaba soltarse con todas sus fuerzas.

Schwartz lo agarró más fuerte.

—¿Oyó hablar alguna vez de un hombre jovial que haya dejado a un amigo a las puertas de una taberna? —preguntó.

—Haga el favor de tener en cuenta, caballero, que no bebo —suplicó Jack.

Schwartz rompió a reír estruendosamente y abrió de una patada la puerta de la taberna.

—Esa es la mejor broma que he oído en mi vida —dijo—. Tenemos dinero suficiente para llenar la botella y además para tomarnos un vaso cada uno. ¡Adelante!

Arrastró a Jack hacia el interior del establecimiento. Se llenó el frasco; se llenaron los vasos.

—¡A la salud de mi hermana! ¡Larga vida y prosperidad para mi respetable hermana! No puede negarse a beber a su salud.

Con esas palabras, puso el vaso fatal en las manos de su acompañante.

Jack probó el vino. Estaba fresco; sabía bien. Quizás no fuera tan fuerte como el vino del señor Keller. Volvió a probarlo... y vació el vaso.

Una hora después se oyó un campanillazo a la puerta de la casa del señor Keller.

Joseph abrió la puerta y se dio de manos a boca con un hombre de nariz roja que llevaba a rastras a otro hombre que parecía casi dormido y que era absolutamente incapaz de mantenerse en pie sin ayuda. La luz de la lámpara del zaguán cayó sobre el rostro de ese ser indefenso y reveló que era... Jack.

—Métalo en la cama —dijo el desconocido de la nariz roja—. Y mire, encárguese de la botella, o la romperá. No me explico cómo, pero se le ha salido todo el vino. ¿Dónde está el maletín de mi hermana?

—¿Se refiere a la enfermera?

—¡Por supuesto que sí! Desafío al mundo entero a que encuentre a alguien igual a la enfermera. ¿Ya llegó?

Joseph alzó la mano en gesto de grave reprobación.

—No hable tan alto —dijo—. La enfermera llegó demasiado tarde.

—¿La dama se restableció?

—La dama murió.

CAPÍTULO XV

El doctor Dormann se había comportado de manera muy extraña. Había sido quien realizara el terrible descubrimiento de la muerte de la señora Wagner. Cuando llegó a la casa para su visita vespertina a la paciente, el señor Keller se encontraba en el cuarto. Media hora antes, la señora Wagner le había hablado. Al ver que movía ligeramente los labios, se había inclinado y había logrado a duras penas escuchar sus últimas palabras.

—Sea bueno con Jack.

Después de ese esfuerzo para hacerse oír, sus párpados se habían cerrado con aire de agotamiento. Tanto el señor Keller como la sirvienta que la cuidaba habían supuesto que se había dormido. El reconocimiento del doctor no sólo había excedido todos los límites acostumbrados en esos casos, sino que había sido el reconocimiento (a juzgar por ciertas expresiones que se le escaparon) de un hombre que parecía reacio a confiar en su experiencia. La nueva enfermera llegó antes de que hubiera expresado una opinión definitiva, y la sirvienta recibió instrucciones de que le pidiera que esperara en los bajos. El señor Keller permaneció en el cuarto en espera del dictamen del médico. Quizás el doctor Dormann no advirtió ese hecho, o no le importó ocultar lo que pasaba por su mente. Sea cual fuere el caso, cuando al fin habló lo hizo en estos términos extraordinarios:

—¡La segunda enfermedad sospechosa en esta casa! ¡Y el segundo final incomprensible de la misma!

De inmediato, el señor Keller dio un paso al frente y se hizo ver del médico.

—¿Tenía usted intenciones de que escuchara lo que acaba de decir? —preguntó.

El doctor le dirigió una mirada grave y apesadumbrada.

—Debo hablarle en privado, señor Keller. Permítame llamar a la enfermera antes de marcharnos de la habitación. Puede confiar en ella para que se encargue de los últimos y tristes deberes.

El señor Keller experimentó un sobresalto.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿La señora Wagner ha fallecido?

—Para mi sorpresa, ha fallecido —puso un gran énfasis en la primera parte de su respuesta.

Después de que la enfermera recibiera sus instrucciones, el señor Keller abrió la marcha hacia sus habitaciones.

—No me parece una petición irrazonable que, dada la responsabilidad que me compete, le pida que se explique usted sin reservas —dijo.

—En un asunto tan serio como este mi deber es hablar sin reservas —dijo el doctor Dormann—. La persona que contrate para organizar el funeral le pedirá el certificado de costumbre. Me niego a emitirlo.

Esa sorprendente declaración despertó un sentimiento de indignación, más que de alarma, en un hombre de carácter tan resuelto como el señor Keller.

—¿Por qué se niega? —preguntó severo.

—No estoy convencido, caballero, de que la señora Wagner haya fallecido de muerte natural. No puedo explicarme el súbito desenlace fatal de la enfermedad en el caso de una paciente de su saludable constitución y su relativa juventud.

—Doctor Dormann, ¿sospecha que hay un envenenador en mi hogar?

—Hablándole con toda franqueza, así es.

—Hablándole a mi vez con toda franqueza, le pregunto por qué. Ya le he dado mis razones.

—¿Es usted infalible? ¿Nunca ha cometido un error?

—Cometí un error, señor Keller (me pareció en aquel momento), en lo relativo a su propia enfermedad.

—¡Cómo! ¿Sospecha también en mi caso de manejos sucios?

—Sí, y para darle otra razón, admito que esa sospecha aún ronda mi mente. Después de lo que he visto esta tarde —y tenga en cuenta que sólo después de eso— le digo que las circunstancias de su recuperación son sospechosas en sí mismas. Le ruego que recuerde que ni mi colega ni yo llegamos realmente a entender qué lo aquejaba; y que lo curó un remedio que ninguno de los dos prescribimos. Usted empeoraba rápidamente, y su médico de cabecera había abandonado el caso. Tuve que escoger entre una muerte segura y el riesgo de permitirle probar un remedio con cuya naturaleza (aunque hice todo lo posible por analizarla) no estaba familiarizado. Corrí ese riesgo. El resultado justificó mi proceder, y hasta este momento he mantenido mis recelos para mí mismo. Ahora la muerte de la señora Wagner los vuelve a despertar y los digo en alta voz.

Las maneras del señor Keller comenzaron a cambiar. Bajó sensiblemente su tono. Al fin comprendía el respeto que les debía a los motivos del médico.

—¿Puede decirme si los síntomas de mi enfermedad se parecían a los de la señora Wagner? —dijo.

—De ninguna manera. Salvo por el trastorno nervioso, común a ambos casos, no hubo semejanza entre los síntomas. Esa circunstancia no altera, en mi opinión, mis conclusiones. Sencillamente, me lleva a inferir que se puede haber empleado más de un veneno. No me propongo resolver el misterio. No tengo idea de por qué se salvó su vida y se sacrificó la de la señora Wagner, ni de qué motivos se han movido en las sombras. Pregúntese usted mismo —no me pregunte a mí— en qué dirección apuntan las sospechas. Yo me niego a firmar el certificado de defunción, y ya le he explicado por qué.

—Déme un momento —dijo el señor Keller—. No rehuyo mi responsabilidad; sólo le pido tiempo para serenarme.

Su orgullo en la vida era que no necesitaba la ayuda de nadie. Caminó hasta la ventana, ocultando todas las señales de la consternación que lo sacudía hasta el alma. Cuando regresó a su asiento, evitó escrupulosamente toda apariencia de que pedía el consejo del doctor Dormann.

—Mi deber es claro —dijo en voz queda—. Debo comunicarle su decisión a las autoridades; y debo brindar toda la cooperación que esté a mi alcance a la investigación que se producirá a continuación. Lo haré cuando los magistrados se reúnan mañana en la mañana.

—Iremos juntos al ayuntamiento, señor Keller. Es mi deber informarle al burgomaestre que este es un caso que requiere las salvaguardas especiales estipuladas por las regulaciones de la ciudad. Debo asegurarle también que la salida del cuerpo de su casa no representa un peligro para la salud pública.

—¿Hay que llevárselo de inmediato? —preguntó el señor Keller.

—¡No! Veinticuatro horas después del deceso.

—¿Adónde?

Al depósito de cadáveres.

CAPÍTULO XVI

A partir de las informaciones brindadas por el médico, el burgomaestre emitió su orden. A las ocho de la noche del 3 de enero, los restos de la señora Wagner debían ser trasladados al edificio del cementerio, saliendo de Frankfurt por la Puerta Friedberg.

Mucho antes del presente siglo, el temor de un entierro prematuro —alimentado por las historias de personas accidentalmente enterradas vivas— estaba muy extendido entre los alemanes. No sólo en Frankfurt, sino también en otras ciudades, las autoridades habían diseñado diversas leyes cuyo objetivo era imposibilitar que ocurriera esa horrible catástrofe. A inicios de este siglo, dichas leyes fueron puestas de nuevo en vigor y revisadas por la ciudad de Frankfurt. Se había añadido el depósito de cadáveres al cementerio con un doble propósito. Primero, el de proporcionarle un lugar de descanso decoroso al cuerpo cuando el fallecimiento tenía lugar en las atestadas residencias de las clases más pobres. Segundo, el de brindar las mayores garantías posibles de que no se produjera un entierro prematuro. El uso del depósito de cadáveres (estrictamente restringido a los habitantes cristianos de la ciudad) se dejaba a elección de los parientes o representantes del difunto, excepto en los casos en que el certificado de un médico justificaba que el magistrado tomara una decisión inapelable. Incluso en los casos en que existían objeciones válidas al empleo del depósito de cadáveres como último lugar de reposo antes de la tumba, el médico que atendiera al fallecido estaba sujeto a ciertas restricciones para emitir su certificado. Se le permitía certificar el fallecimiento informalmente, con el fin de facilitar los trámites para el funeral. Pero le estaba absolutamente prohibido autorizar por escrito el entierro antes de que expiraran tres noches desde el momento del deceso; y estaba obligado, además, a certificar que los síntomas de descomposición habían comenzado a aparecer. ¿Estas múltiples precauciones, pacientemente aplicadas en muchas ciudades alemanas a lo largo de un gran número de años, habían servido para detectar al menos un caso en el que la Muerte no hubiera completado su ininteligible labor? Que la respuesta la den las celdas de la muerte. Atravesad, junto con los dolientes, la verja de hierro. ¡Ved y oíd!

La noche del día 3, cuando ya estaba próxima la hora de la llegada del carro fúnebre, el triste silencio que reinaba en el hogar del señor Keller sólo era roto por los sirvientes en las regiones inferiores de la casa. Reunidos en una misma habitación, hablaban con voz queda, en tono confidencial. En todas las naciones civilizadas un horror instintivo al silencio, en momentos de difíciles trances domésticos, constituye una marcada característica de los de su clase.

—Dentro de diez minutos estarán aquí los mozos del cementerio para llevársela —dijo Joseph—. No será fácil bajarla en el diván.

—¿Por qué no la ponen en un ataúd, como a los demás difuntos? —preguntó la doncella.

—Porque al loco que trajo con ella de Londres le permiten salirse con la suya en esta casa —respondió Joseph irritado—. Si a mí me hubieran traído borracho anoche hasta la puerta, esta mañana me habrían despedido. Si hubiera estado yo tan loco como para escandalizar: «¡No está muerta! ¡Ninguno de vosotros la meterá en un ataúd!», habría merecido con creces que me ingresaran en el hospital de dementes de la ciudad, y lo habrían hecho. Pero con el señor Jack todo es distinto. El señor Keller sólo le dice, con aire preocupado, que se tranquilice. El doctor se lo lleva a otra habitación y le habla, ¡y llega a regresar dándole la razón a Jack!

—No irás a decirnos que el médico dijo que no estaba muerta —exclamó la cocinera.

—Por supuesto que no. Fue él quien se dio cuenta de que sí estaba muerta. Lo que quiero decir es que deja que Jack se salga con la suya. Me pidió una regla y midió el diván pequeño del cuarto. «No es más largo que un ataúd» (dijo), «y no veo ninguna objeción para tender en él el cuerpo hasta el momento del entierro». Esas fueron sus palabras. Y cuando la enfermera se opuso, ¿qué creéis que dijo? «¡cierre la boca! Un diván es algo muchísimo más agradable que un ataúd».

—¡Una blasfemia! —dijo la cocinera—. Eso es lo que es.

—¡Bueno, bueno! Sea un diván o un ataúd, la pobrecita se ve hermosa con su traje de terciopelo negro y las flores de invierno en sus lindas manos blancas —comentó la doncella—. ¿Quién consiguió las flores? ¿Creéis que ha sido Madame Fontaine?

—¡Bah! ¡Así que Madame Fontaine! El pequeño chiflado salió (en vez de comerse la sabrosa comida que le preparé) y consiguió las flores. No dejó que nadie que no fuera él se las pusiera entre las manos, o al menos eso fue lo que dijo la enfermera. ¿Alguien ha visto a Madame el Ama de Llaves? ¿Bajó a comer hoy, Joseph?

—¡De ninguna manera! Hacedme caso: tiene una razón de mucho peso para mantenerse en su cuarto, con el pretexto de que está enferma —dijo Joseph.

—¿Y tienes idea de qué se trata?

—Juzgad vosotros mismos —respondió Joseph—. ¿Os conté lo que sucedió ayer por la noche, antes de que el hermano de la enfermera trajera a Jack a casa? Atendí a la campanilla de la puerta y me encontré al señor Fritz muy enojado, con la señorita Minna del brazo, que parecía a punto de caer al suelo de fatiga. Mandaron a pedir vino y oí lo que el señor Fritz le decía a su padre. Parece que Madame Fontaine había salido a caminar en medio de la oscuridad y el frío (y su hija con ella), a tontas y a locas. El señor Fritz se las encontró e insistió en traer a la señorita Minna de regreso a la casa. A su madre no pareció importarle ni lo que decía ni lo que hacía. Siguió

caminando sola a todo lo que le daban las piernas. ¿Y cuál suponéis que era su pretexto? ¡Tenía los nervios alterados! El señor Fritz cree que algo le preocupa. Una hora después regresó a la casa y me dio motivos para estar de acuerdo con el señor Fritz.

—¡Cuéntanos, Joseph! ¿Qué hizo?

—Tened paciencia. Sucedió inmediatamente después de que llevara al loco Jack a su cama. Cuando oí la campanilla, estaba bajando con un frasco entre las manos. Creo que uno de vosotros vio cuando el hermano de la enfermera me lo entregaba. No tengo idea de cómo se hicieron del frasco él y el chiflado.

—Se parecía mucho al gran frasco de medicina con el que se curó el señor Keller —dijo la cocinera.

—Era ese frasco, y además, olía a vino y no a medicina, y estaba vacío. Pues bien, le abrí la puerta a Madame el Ama de Llaves con el frasco en la mano. En cuanto le puso los ojos encima, me lo arrebató. Palabra de honor que parecía querer cortarme el pescuezo. «¡Desgraciado!» (bonito lenguaje para dirigirse a un sirviente respetable, ¿no os parece?). «Desgraciado» (dijo), «¿cómo llegó esto a sus manos?». Le hice una profunda inclinación y le dije: «La cortesía no cuesta nada, señora, y algunas veces resulta de suma utilidad» (duro, ¿no?). Le conté exactamente lo que había pasado y exactamente lo que me había dicho Schwartz. Y entonces terminé con otra estocada. «La próxima vez que me pongan entre las manos algo que le pertenezca, lo dejaré librado a su suerte», dije. No sé si me oyó; había alzado el frasco para mirarlo a la luz. Cuando vio que estaba vacío... ¡Claro, no puedo deciros lo que pasaba por su mente! Pero puedo juraros que temblaba y se estremecía como si tuviera escalofríos; y aunque estaba pálida cuando la dejé entrar, os aseguro que palideció todavía más. Pensé que también a ella tendría que ayudarla a subir. Pero, queridos amigos, ¡esa mujer es de hierro! Allá subió. La seguí hasta el primer rellano y vi al señor Keller que la esperaba, supongo que para darle la noticia de la muerte de la señora Wagner. No puedo deciros lo que conversaron. El señor Fritz me dijo que desde entonces no ha salido de su cuarto, y que su padre ni siquiera ha mandado a preguntar cómo está. ¿Qué os parece?

—Me parece que el señor Fritz estaba equivocado cuando te dijo que no había salido de su cuarto —dijo la doncella—. Estoy casi segura de haberla oído cuchicheando con el loco Jack temprano esta mañana. ¿Creéis que acompañará el carro fúnebre hasta el depósito, junto al señor Keller y al doctor?

—¡Silencio! —dijo Joseph.

Se oían en la calle en ese momento las pesadas ruedas del carro fúnebre. Joseph abrió la marcha hasta lo alto de la escalera de la cocina.

—Esperad aquí a que abra la puerta y lo sabréis —susurró.

Arriba, en la sala, Fritz y Minna estaban solos. La puerta de Madame Fontaine,

cerrada para todos, tampoco estaba abierta para su hija. Fritz se había negado a permitirle a Minna que le pidiera una segunda vez que la dejara pasar.

—Pronto será privilegio de tu esposo, amor mío, cuidarte y consolarte —dijo—. En este momento terrible, tú y yo debemos permanecer muy juntos.

La rodeaba con su brazo; la cabeza de Minna descansaba sobre su hombro. La joven levantó la vista tímidamente para mirarlo.

—¿No irás con ellos al cementerio? —preguntó.

—Me quedaré contigo, Minna.

—Ayer, cuando te encontraste con mi madre y conmigo, te enojaste, Fritz. No pienses mal de ella porque esté enferma y preocupada. La justificarás como hago yo, ¿no es cierto?

—¡Mi dulce niña, no hay nada que no esté dispuesto a hacer para complacerte! Bésame, Minna. ¡Otra vez! ¡Otra vez!

En el piso superior de la casa, el señor Keller y el doctor aguardaban en la cámara mortuoria.

Jack mantenía su muda vigilia junto al diván donde reposaba, envuelta en el silencio que rodeaba su último lugar de reposo en la tierra, la única persona que le había demostrado amistad. De tiempo en tiempo susurraba aún las tristes frases sin sentido:

—No, no, no... ¡muerta no, Ama! ¡Todavía no!

Se oyó un suave golpe a la puerta. El doctor la abrió. Ante él se encontraba Madame Fontaine. Se dirigió al médico en tono sordo y monocorde desde el umbral del cuarto, tras negarse a entrar cuando aquel la invitó con un gesto.

—El carro fúnebre está a la puerta —dijo—. Los mozos quieren saber si ya pueden entrar.

Era deber de Joseph hacer ese anuncio. En los ojos de la viuda se podían adivinar vagamente sus motivos para adelantársele. No los había posado en el señor Keller, ni en el médico, ni en el diván. Desde que le abrieran la puerta, los había clavado en Jack. Nunca los cambió hasta que los que venían a llevarse a la muerta se lo ocultaron de la vista al entrar en el cuarto.

El cortejo inició su marcha. A instancias del señor Keller, Jack fue el último en sumarse a él. Madame Fontaine, que se había quedado junto a la puerta, lo agarró por un brazo cuando salía.

—Esta mañana estaba medio dormido —le susurró—. Ahora no está medio dormido. ¿Cómo se hizo del frasco de cristal azul? Insisto en saberlo.

—¡No se lo diré!

Madame Fontaine cambió de tono.

—¿Me dirá quién vació el frasco? Siempre he sido buena con usted; no es mucho pedir. ¿Quién lo vació?

El variable estado de ánimo de Jack mudó; alzó la cabeza, orgulloso. Absolutamente seguro de la recuperación de su ama, reclamó ahora el mérito que le correspondía.

—¡Yo lo vacié!

—¿Cómo lo vació? —preguntó la viuda con voz desfalleciente—. ¿Botó lo que quedaba? ¿Se lo dio a alguien?

Jack la agarró a su vez y la arrastró hasta la baranda del corredor.

—¡Mire! —gritó, señalando a los mozos, que bajaban lentamente el cadáver por las escaleras—. ¿La ve, descansando en su pequeño sofá hasta que se recupere? ¡Se lo di a ella!

La dejó y bajó las escaleras. La viuda trastabilló hasta apoyarse en la pared del corredor. Su vista parecía afectada. Tanteó en busca de la baranda de la escalera y se agarró a ella. Por la puerta abierta de la calle entraba el aire. Eso la ayudó a hacer acopio de energía. Bajó lentamente, paso a paso, hasta el primer rellano; allí hizo una pausa y después siguió bajando. Al llegar al zaguán, avanzó hacia el señor Keller y se dirigió a él.

—¿Va a acompañar el cuerpo hasta el depósito de cadáveres?

—Sí.

—¿Tiene algún reparo a que yo vaya también?

—Las autoridades no oponen reparos a que acudan los amigos del difunto —respondió el señor Keller. La miró con ojos escrutadores y añadió—: ¿Va *usted* en son de amiga?

Era una pregunta dura, y el señor Keller lo sabía. Los magistrados habían decidido que las primeras averiguaciones se llevaran a cabo en el mayor secreto. Ese día, al menos, los habitantes de la casa gozarían de su acostumbrada libertad de movimientos (bajo una observación discreta), para no despertar sospechas en la mente del culpable. Consciente de haber traicionado la imperiosa necesidad de tener cuidado con lo que decía, el señor Keller aguardó ansiosamente la respuesta de Madame Fontaine.

De sus labios no salió ni una palabra. Su expresión se endureció levemente: eso fue todo. En medio de un ominoso silencio, volvió la espalda y subió de nuevo las escaleras.

CAPÍTULO XVII

La salida de la casa se vio interrumpida por una causa imprevista. Jack se negó a seguir el carro fúnebre junto al doctor Dormann y el señor Keller.

—¡No quiero perderla de vista! —exclamó—. ¡No! ¡Ni por un momento! Debo ser el primer ser humano que la vea cuando despierte. El señor Keller se volvió hacia el doctor.

—¿Qué quiere decir?

El doctor, que permanecía apartado, a la sombra de la casa, parecía tener alguna razón para no contestarle más que con un gesto. Se tocó la cabeza significativamente e, incorporándose a la calle, tomó a Jack de la mano. El toldo del carro fúnebre, bajado por los costados, estaba alzado por ambos extremos. Desde el pescante, el diván era fácilmente visible con sólo volver la vista. Con inextinguible paciencia, el doctor calmó la creciente alteración de Jack y obtuvo permiso para que ocupara un lugar junto al cochero en el pescante. Siempre agradecido cuando se mostraban bondadosos con él, Jack le dio las gracias al doctor Dormann con las mejillas surcadas de lágrimas.

—No lloro por ella; pronto volverá en sí —dijo el pobre hombrecito—. ¡Pero es tan terrible, caballero, salir con ella en un coche como este!

El carro fúnebre inició su marcha.

El doctor Dormann, que marchaba junto al señor Keller, sintió que le tocaban el brazo y, al volverse, vio el contorno levemente iluminado de una mujer que le hacía señas de que se acercara. Después de disculparse con su compañero, que siguió tras el carro fúnebre, volvió sobre sus pasos. La mujer, a su vez, se adelantó. El doctor Dormann reconoció a Madame Fontaine.

—Usted es un hombre culto —comenzó la mujer abruptamente—. ¿Entiende los mensajes escritos en clave? A veces.

—Si tiene media hora libre esta noche, échele una ojeada a este y hágame el favor de decirme qué significa.

La viuda le entregó al médico lo que parecía, a esa pobre luz, una simple hoja de papel. El doctor vaciló en tomarla. Ella trató de dársela a la fuerza.

—Lo encontré entre los papeles de mi esposo —dijo—. Como sabe, era un gran químico. Le puede resultar interesante.

El doctor aún vacilaba.

—¿Tiene *usted* conocimientos de química? —preguntó.

—Soy perfectamente ignorante en lo que toca a la química.

—¿Qué interés tiene, entonces, en descifrar este escrito?

—Tengo un gran interés. Puede que contenga algo que resulte peligroso si cae en manos poco escrupulosas. Quiero saber si debo destruirlo.

El doctor tomó súbitamente la hoja. Era gruesa, como papel de envolver.

—Sabrá de mí —dijo—. Si es necesario, yo mismo lo destruiré. ¿Algo más?

—Una cosa más. ¿Jack va al cementerio con usted y el señor Keller?

—Sí.

Mientras caminaba con rapidez para alcanzar al señor Keller, el doctor lanzó una o dos miradas a sus espaldas. En esos tiempos, la calle estaba pobremente iluminada por unas pocas lámparas de aceite. Quizás se equivocaba, pero tuvo la impresión de que Madame Fontaine lo seguía.

Al salir de la ciudad se encendieron las linternas para que el carro fúnebre pudiera guiarse en el camino que conducía al cementerio. El encargado esperaba el cuerpo junto a la verja.

El cortejo pasó bajo un pórtico dórico a un recibidor central. En su extremo derecho, una puerta abierta dejaba ver una habitación para uso de los dolientes. Más atrás había un patio; y todavía más lejos, las habitaciones destinadas a vivienda del encargado del cementerio. Dejando a un lado el ala derecha de la edificación, los mozos abrieron la marcha hacia el extremo opuesto del recibidor; atravesaron una segunda habitación destinada también a los dolientes; cruzaron después un segundo patio; y, tras tomar por un estrecho pasaje, golpearon una puerta cerrada.

Un vigilante abrió la puerta. Los hizo pasar a una habitación larga, situado entre el patio, por un lado, y el cementerio, por el otro, y con diez nichos en las paredes laterales. La habitación larga era la Cámara del Vigilante. Los nichos eran las celdas donde se depositaba a los muertos.

Bajaron el diván en la Cámara del Vigilante. Se trataba de una novedad en el depósito de cadáveres, y el encargado pidió una explicación. El doctor Dormann le informó que el cambio se había realizado, con su total aprobación, para complacer los deseos de uno de los dolientes, y que se traería el ataúd antes de que se emitiera el certificado que autorizaba el entierro.

Mientras los presentes estaban reunidos en torno al médico y el encargado, Madame Fontaine empujó suavemente la puerta que daba al patio. Después de lanzarle una ojeada a los nichos —que eran cinco en cada una de las paredes laterales de la habitación y estaban cerrados por cortinas negras—, abrió las del que estaba más cercano a ella, a la izquierda y se introdujo en él sin que nadie lo advirtiera.

—¿Se responsabiliza por el diván si las autoridades plantean algún reparo, doctor? —preguntó el encargado.

Satisfecha esa condición, se dirigió al vigilante.

—Todas las celdas están vacías esta noche, Duntzer, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Su guardia termina temprano o tarde esta noche?

—Termino mi guardia en media hora, señor.

El encargado señaló el diván.

—Todavía puede hacerse cargo de esto —dijo—. Use la celda más cercana al lugar donde se encuentra la silla del vigilante: la número cinco.

Se refería al quinto nicho, en el extremo de la habitación más alejado de la entrada, a la derecha, contando a partir de la puerta del patio. El vigilante sujetó las cortinas negras mientras los mozos colocaban el diván en la celda. Hecho eso, se los dejó ir.

El doctor Dormann señaló a través de las cortinas abiertas a la elevada celda, ventilada desde arriba y calentada (al igual que la Cámara del Vigilante) por aparato dispuesto en el suelo. En el medio de la celda había una base destinada a sostener el ataúd. Por encima de la base pasaba una barra horizontal fijada al marco de la puerta. Esta tenía una polea por la que pasaba una larga y fina cuerda que colgaba por uno de sus extremos y estaba amarrada por el otro a una pequeña campana de alarma colocada en el lado exterior de la puerta, esto es, en la Cámara del Vigilante.

—Todas las celdas son del mismo tamaño —le dijo el doctor al señor Keller—, y todas se mantienen igualmente limpias y con buena calefacción. En la habitación contigua siempre está listo un baño caliente, y muy cerca hay un armario con estimulantes. Observe al vigilante y vea cuántos cuidados se toman para el caso, por ejemplo, de un trance cataléptico seguido de un retorno a la vida.

Duntzer abrió la marcha hacia la celda. Tomó el extremo suelto de la cuerda, que colgaba de lo alto, y le amarró dos cuerdas más cortas y ligeras, cada una de las cuales terminaba en cinco cabos sueltos.

De esos cabos colgaban diez objetos de bronce que remedaban dedales.

Duntzer cambió ligeramente la posición del diván sobre la base y después alzó las manos del cadáver, introdujo sus dedos en los diez dedales de bronce y le volvió a colocar las manos suavemente sobre el pecho. Una vez que miró a lo alto para comprobar la conexión precisa entre las manos y la línea que se comunicaba con la campana de alarma en el exterior, sus deberes estuvieron concluidos. Salió de la celda y se sentó en su silla para esperar la llegada del vigilante nocturno que debía relevarlo.

El señor Keller salió y se dirigió al encargado.

—¿Eso es todo lo que había que hacer?

—Es todo.

—Quisiera, ya que estoy aquí, que conversáramos sobre la sepultura.

El encargado hizo una inclinación.

—Puede consultar el plano del cementerio en mi oficina, que queda al otro lado del edificio —dijo.

El señor Keller volvió a echar un vistazo a la celda. Jack había ocupado un lugar en ella cuando entraron el diván, y el doctor Dormann lo observaba atentamente. El

señor Keller le hizo una señal a Jack.

—Te estoy esperando —dijo—. ¡Vamos!

—¿Y dejar al Ama? —respondió Jack—. ¡Nunca!

El señor Keller estaba a punto de entrar en la celda cuando el doctor Dormann lo tomó del brazo y lo apartó a un lado para que no pudieran oírlos.

—Quiero hacerle una pregunta —dijo el doctor—. ¿La locura de ese pobre hombre era violenta cuando la señora Wagner lo sacó del asilo de Londres?

—La oí a ella decir que sí.

—Tenga cuidado con lo que hace con él. La muerte de la señora Wagner ha afectado seriamente su débil cerebro. Temo que pueda sufrir una recaída de esa locura violenta; déjemelo a mí.

El señor Keller se marchó de la habitación con el encargado del cementerio. El doctor Dormann regresó a la celda.

—Escúcheme, Jack —dijo—. Quiero que vea cómo le avisará su ama al hombre que está de guardia, si revive (como cree usted).

Se volvió para dirigirse a Duntzer.

—¿Está lista la campana de alarma?

—Sí, señor.

El doctor volvió a dirigirse a Jack.

—¡Ahora mire y escuche! —dijo.

Tocó delicadamente uno de los dedales de bronce colocados en los dedos del cadáver. La campana sonó al instante en la Cámara del Vigilante.

—En cuanto el hombre la oiga, dará una señal convenida con el encargado y las enfermeras para que acudan a ayudar a su ama a revivir —continuó—. Al mismo tiempo, se enviará un mensajero a la casa del señor Keller para comunicarle lo que ha ocurrido. Ya que se ha convencido de lo bien atendida que está, se portará sensatamente, ¿no es cierto? Ya me voy. Venga conmigo.

Jack respondió como le había respondido al señor Keller.

—¡Nunca! —dijo.

Se tiró al suelo y se abrazó a uno de los pilares que sostenían la base sobre la cual descansaba el diván.

—¡Sólo si me corta los brazos por las articulaciones lograré llevarme! —gritó.

Antes de que el doctor le respondiera, se oyó el sonido de unos pasos en la Cámara del Vigilante. Una voz jovial hizo una pregunta.

—¿Alguna información para la noche, Duntzer?

Jack pareció reconocer la voz. Miró en su dirección con ansiedad.

—Un cadáver en la número cinco —respondió Duntzer—. Y gente de afuera en la celda. Violación de las reglas nocturnas, como sabes. Ya lo informé; a ti te corresponde hacerlos salir. Buenas noches.

Un anciano de nariz roja se asomó a la puerta de la celda. Jack se incorporó de un salto.

—¡Aquí está Schwartz! —gritó—. ¡Dejadme con Schwartz!

CAPÍTULO XVIII

Ver a Jack sorprendió agradablemente a Schwartz y no le produjo el menor asombro.

Su amiguito (pensó) sin duda habría recordado la invitación a visitar el depósito de cadáveres, y habría obtenido entrada gracias a los buenos oficios del caballero desconocido que lo acompañaba. Pero ¿quién sería el caballero? El suplente del vigilante nocturno (aunque solía hacerse cargo de los mensajes de su hermana, la enfermera) no conocía personalmente a los médicos que empleaban sus servicios en Frankfurt. Miró al doctor con expresión considerablemente suspicaz.

—Le ruego que me perdone, caballero; usted no es miembro del ayuntamiento de la ciudad, ¿no es cierto? —se aventuró a decir.

—No tengo ninguna relación con el ayuntamiento.

—¿Y tampoco con la administración del depósito de cadáveres?

—No. Soy el doctor Dormann.

Schwartz chasqueó sus torpes dedos en ajustada expresión de alivio.

—¡Muy bien, caballero! Deje al hombrecito conmigo. Yo me ocuparé de él.

—¿Conoce usted a esta persona? —preguntó el doctor, volviéndose hacia Jack.

—¡Sí! ¡Sí! Déjeme aquí con él —respondió Jack con vehemencia—. ¡Buenas noches, caballero; buenas noches!

El doctor Dormann le echó una nueva ojeada al amigo de Jack.

—Creí que no se permitían extraños aquí por la noche —dijo.

—Va contra las reglas —admitió Schwartz—. Pero ¡por amor de Dios, caballero, piense en lo aburrido del lugar! Además, no soy más que un suplente. Dentro de tres noches volverá el vigilante de siempre. Es un trabajo horrible, doctor, permanecer aquí de guardia solo toda la noche. Uno de los hombres que lo hacía se volvió loco y se ahorcó. Cierto que era una especie de poeta, lo que lo hace más explicable. Yo no soy poeta, sólo soy sociable. ¡Deje al pequeño Jack conmigo! Lo enviaré a casa sano y salvo. Lo quiero como si fuera su padre.

El doctor vaciló. ¿Qué debía hacer? Jack ya había regresado a la celda en la que yacía su ama. Sacarlo de allí mediante el brutal ejercicio de la fuerza era un proceder que la delicadeza de los sentimientos del doctor Dormann naturalmente rechazaba, para no hablar del peligro de provocar el estallido de locura sobre el cual el mismo doctor advirtiera al señor Keller. Ya había intentado en vano persuadirlo. Nadie había delegado en él autoridad alguna para controlar a Jack. Parecía no haber más camino que ceder.

—Si persiste usted en su terquedad tendré que regresar solo a la casa del señor Keller y decirle que lo dejé aquí con su amigo —le dijo a Jack.

Jack ya estaba sumido en sus propios pensamientos. Se limitó a repetir, con aire

ausente:

—Buenas noches.

El doctor Dormann abandonó la habitación. Schwartz fue hasta la celda para ver a su huésped.

—Quédese aquí por el momento —dijo—. El mozo llegará en unos instantes y no quiero que lo vea.

Al poco rato llegó el mozo.

—¿Todo bien para la noche? —preguntó.

—Todo bien —respondió Schwartz.

El mozo se retiró en silencio. La respuesta del vigilante nocturno era su autorización para cerrar las puertas del depósito de cadáveres hasta la mañana siguiente.

Schwartz regresó junto a Jack, quien seguía aguardando pacientemente junto al diván.

—¿Era parienta suya? —preguntó.

—¡La única parienta que tenía en el mundo! —exclamó Jack con pasión—. Padre y madre... y hermano, hermana y esposa.

—¿Sí? Cinco parientes en uno es lo que llamo una familia económica —dijo Schwartz—. Venga a la mesa. La última vez me invitó usted; ahora me toca a mí. Tengo el vino a mano. Sí, sí... debe haber sido una mujer hermosa en sus tiempos. ¿Por qué no la pusieron en un ataúd como a las demás personas?

—¿Por qué? —le hizo eco Jack indignado—. No pude evitar que la trajeran aquí; ¡pero habría quemado la casa con todos ellos dentro si se hubieran atrevido a meterla en un ataúd! ¿Es usted tan tonto como para suponer que el Ama está muerta? ¿No sabe que estaré aquí de guardia, esperando hasta que despierte? ¡Ah! Le ruego que me perdone, usted no lo sabe. Todos los demás la habrían dejado morir. Yo le salvé la vida. Venga acá y le diré cómo.

Arrastró a Schwartz a la celda. En cuanto el vigilante desapareció en su interior, el rostro pálido y desencajado de Madame Fontaine apareció entre las cortinas de su escondrijo para escuchar la narración de Jack acerca del armario abierto y su subsiguiente hallazgo.

Schwartz le siguió la corriente a su amiguito (evidentemente, ya había llegado a la conclusión de que era su loco amiguito) escuchándolo en respetuoso silencio. En vez de hacer un comentario al final, repitió que el vino estaba a mano.

—¡Vamos! —insistió—. ¡Venga a la mesa!

Madame Fontaine volvió a esconderse detrás de las cortinas. Jack permaneció tercamente en la celda.

—Quiero ver cuando empiece a moverse —dijo.

—¿Y cree que sus ojos se lo revelarán? —replicó Schwartz—. Ya se le ve

extenuado; se le cansará la vista. Confíe en la campana que está aquí, sobre la puerta. El bronce y el acero no se cansan; el bronce y el acero no se quedan dormidos; el bronce y el acero sonarán y lo llamarán a usted a su lado. Tómese un descanso y un trago.

Esas palabras le recordaron a Jack la demostración del doctor con la campana de alarma. No podía ocultarse a sí mismo el sigiloso avance de la fatiga en su cabeza y sus miembros.

—Me temo que tenga razón —dijo con tristeza—. Querría ser un hombre más fuerte.

Se unió a Schwartz a la mesa y se dejó caer agotado en el asiento del vigilante.

Apoyó la cabeza sobre el pecho, sus ojos se cerraron. Despertó sobresaltado.

—¡Puede necesitar ayuda cuando despierte! —exclamó con aspecto aterrorizado—. ¿Qué debemos hacer? ¿Podríamos llevarla a casa entre los dos? ¡Oh, Schwartz, tenía tanta confianza en mí mismo hace sólo un rato... y ahora parece que toda me ha abandonado!

—No deje que esa agotada cabecita suya se preocupe por nada —respondió Schwartz con su tosco buen natural—. Venga conmigo y le enseñaré de dónde vendrá la ayuda cuando la necesitemos. ¡No! ¡No! No dejaré de oír la campana... si suena. Dejaremos la puerta abierta. No iremos más que al otro lado del pasaje.

Schwartz encendió una linterna y condujo a Jack al exterior. Después de dejar a la izquierda el patio y el salón de espera, avanzó por el lado derecho del pasaje y abrió la puerta de un dormitorio que siempre se mantenía a punto para usarlo. Una segunda puerta del cuarto daba a un baño. Allí, en el lado opuesto al baño, estaba la vitrina donde se guardaban los tónicos estimulantes, al cuidado del encargado.

Cuando los dos hombres se marcharon, Madame Fontaine se aventuró a salir a la Cámara del Vigilante. Sus ojos se posaron en la celda terrible, en el extremo más alejado de la hilera de cortinas negras. Avanzó hacia ella, y después se detuvo, llevándose las manos a la cabeza, en un esfuerzo desesperado por calmarse.

El terror de una inminente revelación de sus actos no la había abandonado desde que Jack admitiera el uso que le había dado al contenido del frasco de cristal azul.

Animada por ese miedo abrumador, había tirado todos los venenos del botiquín, había reducido a añicos los frascos y se había llevado con ella los pedazos cuando se marchó de la casa para seguir al doctor Dormann. En el trayecto hasta el cementerio había arrojado los pedazos de cristal y de papel en el oscuro camino más allá de las puertas de la ciudad. Nada quedaba ahora, salvo el botiquín vacío y el escrito en clave que antaño rodeara el frasco del veneno llamado las Gotas del Espejo.

En esas nuevas circunstancias, se había arriesgado a pedirle al doctor Dormann que descifrara los misteriosos caracteres, con la esperanza de que contuvieran alguna advertencia que pudiera resultarle de utilidad, en medio de su actual ignorancia de los

resultados que podría producir la ignorante intromisión de Jack.

Bajo los efectos del vago terror de un retorno a la vida de la señora Wagner, del que Jack tenía tan seguras esperanzas, lo había seguido hasta el depósito de cadáveres, y había aguardado, escondida en las celdas, para escuchar las peligrosas confidencias que podía hacerles al doctor o al señor Keller, a fin de combatir de inmediato las sospechas que, ignorándolo, pudiera despertar en sus mentes. Todavía presa de las mismas dudas terribles, estaba ahora, con los ojos clavados en la celda, intentando hacer acopio de fuerzas para juzgar por sí misma. Una mirada a la muerta, mientras la soledad de la habitación se lo permitía; una mirada podía darle la seguridad de ver la lívida palidez de la muerte o advertirle de las terribles posibilidades de un despertar de la muerta. Se apresuró a recorrer el espacio que la separaba de la celda y echó una ojeada a su interior.

¡Allí, majestuosa e inmóvil, yacía el fruto de su labor asesina! ¡Allí, fantasmalmente blancas sobre el fondo negro del vestido, estaban las manos rígidas, coronadas por la horrenda maquinaria que delataría su temblor en caso de un misterioso renacer!

En cuanto la vio, quedó sobrecogida de horror. Se volvió, trastornada, y huyó por la puerta abierta. Cruzó el patio, como una sombra oscura que se arrastrara veloz en medio de la oscuridad de la noche invernal. En el umbral de la solitaria sala de espera, la naturaleza, exhausta, reclamó reposo. Se tambaleó, trató de asir el aire con las manos y cayó insensible al suelo.

Mientras tanto, Schwartz revelaba el propósito de su visita al baño. Las puertas de cristal que protegían la parte superior de la vitrina estaban cerradas; la llave obraba en poder del encargado del cementerio. La parte inferior, que contenía toallas y batas de franela, estaba sin seguro. El vigilante abrió la puerta y sacó una botella y una vieja caneca escondidas entre la ropa blanca.

—Le llamo mi bodega —explicó—. Anímese, Jacky, pasaremos una noche divertida a pesar de todo.

—¡No quiero ver su bodega! —dijo Jack impaciente—. Quiero serle útil al Ama. Muéstreme el lugar donde llamaremos para pedir ayuda.

—¿Llamar? —le hizo eco Schwartz con una carcajada—. ¿Cree que pueden oírnos en casa del encargado, con un patio, una sala de espera y un gran salón por el medio, además de otro patio y otra sala de espera más allá? ¡Ni aunque fuéramos veinte hombres que nos desgañitáramos hasta quedarnos roncos! Le mostraré cómo podemos lograr que el patrón nos oiga... si esa milagrosa resurrección suya llega a ocurrir —añadió, medio en broma, musitando para sí mismo.

Volvió a abrir la marcha, de regreso al pasaje, y alzó su linterna para iluminar la cornisa. Allí había una fila de baldes de bombero suspendidos de ganchos. A la mitad de la fila, una cuerda fuerte colgaba de un hueco en el techo, cuyos bordes estaban

forrados de metal.

—¿Ve eso? —dijo Schwartz—. No hay más que tirar y una lengua de hierro que está en lo alto del campanario hablará tan alto como para que se la oiga en las puertas de la ciudad. El encargado vendrá volando con su mazo de llaves, como si lo persiguiera el demonio, y detrás de él las dos sirvientas. ¡Son feas y viejas, Jack! Se ocupan del baño cuando es una mujer la que lo requiere. ¡Aguarde un momento! Lleve la luz al cuarto y coja una silla para usted; no tenemos muchas comodidades para los visitantes nocturnos. ¿Ya la tiene? Perfecto. ¿Le gustaría ver dónde se ahorcó el vigilante loco? En el último gancho al final de la fila, ahí. Compuso una canción sobre el depósito de cadáveres. Creo que está en la gaveta de la mesa. Un caballero la hizo publicar y la vendió para ayudar a la viuda y a los hijos. Aguarde a que el vino nos haya calentado lo bastante, y le diré lo que haré entonces: le cantaré la canción del vigilante loco; y Jacky, amigo mío, ¡usted cantará el estribillo! Tátara, tátara, tátara, bum: esa es la melodía. Es bonita, ¿no cree? Vayamos de vuelta a nuestro rinconcito.

Y abrió la marcha en dirección a la Cámara del Vigilante.

CAPÍTULO XIX

Jack volvió a lanzar una ojeada ansiosa a la celda. No había ningún cambio, ni una señal del feliz despertar en el cual tan firmemente creía. Schwartz abrió la gaveta de la mesa. Tabaco y pipas; dos o tres vasitos; un paquete de naipes sucios; la canción del vigilante loco con un grabado del suicida: todo estaba revuelto. Sacó de la gaveta la canción y dos de los vasos, y llamó a su pequeño invitado para que saliera de la celda.

—Tenga —dijo, mientras llenaba los vasos—; nunca en su vida ha probado un vino como este. ¡Adelante!

Jack se volvió con un gesto de asco.

—¿Qué dijo del vino cuando bebí con usted la otra noche? —preguntó con tono de reproche—. Dijo que me calentaría el corazón y haría un hombre de mí. ¿Y qué fue lo que hizo? No podía mantenerme en pie. No podía alzar la cabeza. Estaba tan soñoliento e idiotizado que Joseph tuvo que subirme a la cama. ¡Odio su vino! ¡Su vino es un mentiroso, que promete y no cumple! Ya estoy bastante cansado y soy bastante desgraciado. ¡No más vino para mí!

—¡Se equivoca! —comentó Schwartz después de vaciar su vaso y chasquear los labios—. La otra noche cometió un grave error: no bebió ni la mitad de lo que debía. Déle una oportunidad a este buen licor, hijo mío. ¿No? ¿Debo intentar persuadirlo amablemente de que regrese a su asiento? —uniendo la acción a las palabras, rodeó a Jack con un brazo—. ¿Qué es esto que toco con mi mano? —preguntó—. ¿Una botella? —La sacó del bolsillo superior del abrigo de Jack—. ¡Que Dios nos asista! —exclamó—; ¡parece una medicina!

Jack se la arrebató con un grito de gozo.

—¡Justo lo que necesito, y nunca pensé en ello!

Era el frasco que Madame Fontaine se había arrepentido de darle después de haberlo llenado expresamente para él con la dosis fatal del Vino de Alejandro, el frasco que había sido lo primero que encontrara al abrir el Armario del Cuarto Rosado. En medio de su pasmo y su deleite al hallar inmediatamente después el frasco de cristal azul, lo había olvidado por completo. Hasta el momento en que Schwartz hiciera su accidental descubrimiento, no había sucedido nada que le recordara que se encontraba en su bolsillo.

—Es algo que cura el cansancio y la confusión —anunció Jack repitiendo las palabras exactas de Madame Fontaine en su tono más señorial—. ¿Hay un poco de agua aquí?

—¡Ni una gota, gracias a Dios! —dijo Schwartz piadosamente.

—Entonces deme mi vaso. Ya una vez probé este remedio sin agua y quemaba el bajar. Mezclado con esta cosa maravillosa, el vino no me hará daño. Lo tomaré con

vino.

—¿Quién le dijo que lo tomara? —preguntó Schwartz reteniendo el vaso.

—La señora Ama de Llaves.

—¡Una mujer! —rezongó Schwartz con soberano desprecio—. ¿Cómo permite que una mujer le recete cuando me tiene a mí como médico? ¡Jack, me avergüenza usted!

Jack defendió su hombría.

—¡Oh, no me importa lo que ella dice! La desprecio; está loca. No se imaginará que fue ella quien preparó esto. De ser así, ni lo tocaría. No, no; fue su esposo quien lo hizo; ¡un hombre maravilloso! ¡El hombre más grande de Alemania!

Extendió la mano y agarró su vaso de vino. Antes de que resultara posible intervenir, había vaciado en él el contenido del frasco y se lo llevaba a los labios. En ese momento, la mano de Schwartz lo asió de la muñeca, con intención de impedirle que lo bebiera. El suplente del vigilante gustaba demasiado del buen vino como para permitir que se tomara a su mesa combinado con una medicina.

—¡Deje eso! —dijo seco—. Es usted mi invitado, ¿no es cierto? ¿Cree que voy a permitir que el aguachirle del ama de llaves se beba en mi mesa? ¡Mire!

Alzó la caneca, después de quitarle el vaso de metal que la cubría, para que se viera el licor a través del cristal. Su rico color ámbar fascinó a Jack. Volvió a dejar su vaso de vino sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó ansioso.

—¡Oro líquido, Jack! Mi medicina. ¡Brandy!

Sirvió un trago en el vaso metálico.

—Pruébelo y que no se diga ni una palabra más de la medicina del ama de llaves —dijo.

Jack lo probó. Sus ojos se llenaron de lágrimas; se llevó la mano a la garganta.

—¡Fuego! —exclamó entrecortadamente.

—¡Aguarde! —dijo Schwartz.

Jack aguardó. El ardiente ahogo del brandy cedió; su placentera calidez lo recorrió persuasivamente de la cabeza a los pies. Tomó otro trago. Sus ojos comenzaron a brillar.

—¿Qué ser divino hizo esto? —preguntó. Sin esperar respuesta, volvió a probarlo y vació el vaso—. ¡Más! —exclamó—. ¡Nunca antes me sentí tan grande, tan fuerte, tan inteligente!

Schwartz, que bebía a discreción de la botella, recuperó con creces su báquico buen humor. Palmeó en el hombro a Jack.

—¿Me dirá ahora quién es el buen doctor? —preguntó jovial—. ¿Una gris ama de llaves o papá Schwartz? ¡A su salud, mi buen amigo! Cuando se vacíe la botella, lo ayudaré a terminar con la caneca. ¡Beba, y que el diablo se lleve los posos de

nuestros vasos!

La próxima dosis de brandy inflamó la excitable mente de Jack y le sugirió una nueva idea. Cayó de rodillas junto a la mesa y se agarró las manos en un súbito fervor de devoción.

—¡Silencio! —ordenó adusto—. Su vino no es más que un pobre diablo. Su oro líquido es un dios. ¡Quítese la gorra, Schwartz, que estoy adorando su oro líquido!

Schwartz, muy divertido, lanzó su gorra hacia el techo.

—¡Oro líquido, ora pro nobis! —gritó, acomodándose profanamente al humor de Jack—. Usted será el Papa, hijo mío, y yo seré el maestresala del Papa. Permítame ayudar a su sagrada majestad a regresar a su asiento.

La respuesta de Jack reveló que se había producido en él otro cambio. Su tono era arrogante, sus maneras distantes.

—Prefiero el suelo —dijo—; alcánceme mi jarro.

Cuando alzó la mano para tomarlo, sus ojos se posaron en la campana colocada sobre la puerta. Aun postrado como se encontraba por la ardiente potencia de la bebida, el amor irrenunciable que sentía por su ama dejó sentir su noble influencia entre los vastos vapores que subían a su cerebro.

—¡Alto! —exclamó—. Debo ponerme donde pueda ver la campana; debo estar listo para ella en el instante en que suene.

Se arrastró por el suelo y se sentó con la espalda contra la pared de una de las celdas vacías, a la izquierda de la habitación. Schwartz, a quien la risa le sacudía los gruesos costados, le alcanzó el vaso a su invitado. Jack no hizo caso de él. Sus ojos, ya enrojecidos por el brandy, estaban clavados en la campana situada en la pared opuesta.

—Quiero saber más de la campana —dijo—. ¿Qué es esa cosa de acero bajo la cubierta de bronce?

—¿Para qué sirve preguntar? —respondió Schwartz volviendo a tomar su botella.

—¡Quiero saber!

—Paciencia, Jack, paciencia. Mire adonde apunta mi dedo índice. Mi mano parece temblar un poco, pero es una mano tan honesta como la que más. Esa cosa de acero es el martillo de la campana. Y, bendito sea, el martillo es el todo. Dios sabe cuánto cuesta. Otro brindis, hijo mío. ¡Buena suerte para la campana!

Jack experimentó un nuevo cambio; comenzó a llorar.

—Hace demasiado tiempo que duerme en el sofá, ahí adentro —dijo con acento triste—. Quiero que me hable; quiero oírla reprendiéndome por beber en este lugar horrible. Vuelvo a sentir frío en el corazón. ¿Dónde está mi vaso? —lo encontró mientras hablaba; el fuego del brandy volvió a bajar por su garganta y lo enardeció hasta el frenesí—. ¡Estoy en las nubes! —gritó—. Giro en un torbellino. ¡Cante, Schwartz! Ja! ¡Mire como titilan las estrellas por la claraboya! ¡Cante hasta que las

estrellas bajen del cielo!

Schwartz vació la botella sin la ceremonia del vaso.

—¡Ahora estamos listos! —dijo—. ¡Llegó la hora de la canción del vigilante loco!

Agarró de un manotazo el papel que estaba sobre la mesa y berreó ronco la primera estrofa:

En Frankfurt, en la casa de los muertos

La luna refulgía en Año Nuevo

Y el guardia allí solo se consumía

Mientras la gente bailaba y comía;

Yo envidiaba su suerte y maldecía.

¡Pobre de mí!

—¡El estribillo, Jack! «Envidiaba su suerte y maldecía...».

Un alarido de terror, hijo de la ebriedad, interrumpió el verso. Schwartz se levantó de un salto y señaló, presa del pánico, al otro extremo de la habitación.

—¡Un fantasma! —gritó—. ¡En la puerta hay un fantasma vestido de negro!

Jack dirigió su mirada al lugar y rompió a reír.

—Vuelva a sentarse, viejo tonto —dijo—. No es más que la señora Ama de Llaves. ¡Estamos cantando, señora Ama de Llaves! Aún no ha oído mi voz; soy el mejor cantante de Alemania.

Madame Fontaine se le acercó con humildad.

—Usted tiene un buen corazón, Jack; estoy segura de que me ayudará —dijo—. Indíqueme cómo irme de este espantoso lugar.

—¡Qué el diablo la lleve! —rezongó Schwartz recobrándose—. ¿Cómo logró entrar?

—¡Es una bruja! —vociferó Jack—. Vino volando en una escoba; se coló por la cerradura. ¿Dónde está el fuego? ¡Bajemos y quemémosla!

Schwartz echó mano de la caneca de brandy y se echó a reír de nuevo.

—Nunca hubo mejor compañero que Jack —dijo en su tono más taimado—. Esta noche no podrá salir, señora Bruja. Las puertas están cerradas y no me confían la llave. Pase adelante, señora. Hay mucho espacio para usted en ese lado de la habitación donde Jack está sentado. Estamos flojos de invitados a la tumba esta noche. Adelante.

Madame Fontaine reanudó sus súplicas.

—¡Le daré todo el dinero que llevo encima! ¿A quién puedo pedirle la llave? ¡Jack! ¡Jack! ¡Dígame algo, por favor!

—¡Sigamos con la canción! —gritó Jack.

En su desesperación, la viuda apeló a Schwartz.

—¡Oh, caballero, tenga piedad de mí! Me desmayé allá afuera, y cuando volví en mí, traté de abrir la puerta, pero llamé y llamé y nadie me oyó.

El sentido del humor de Schwartz despertó al oír esas palabras.

—Ni aunque mugiera como un toro la oirían —dijo—. Tome asiento, señora.

—¡Sigamos con la canción! —repitió Jack—. Estoy cansado de esperar.

Madame Fontaine los miró, primero a uno y después al otro, con aire extraviado. «¡Oh, Dios mío, estoy encerrada con un idiota y un borracho!». Esa idea la enloqueció. Una vez más, huyó de la habitación. Y una y otra vez, en medio de la oscuridad que reinaba afuera, dio agudos gritos en demanda de auxilio.

Schwartz avanzó trastabillando hasta la puerta, llevando consigo la silla vacía de Jack.

—¡Quizás pueda chillar un poquito más alto, señora, si regresa y se sienta! Y ahora a la canción, Jack!

Arrancó con la segunda estrofa:

*Caminando con silencioso paso,
A los muertos guardé desde el ocaso.
Y dije, es cruel, que justo en este día,
Los demás coman, bailen, beban, rían,
Y yo esté con el alma yerta y fría.
¡Pobre de mí!*

—¡El estribillo, Jack! ¡El estribillo, señora Ama de Llaves! ¡Jo! Jo! ¡Miradla! ¡No pudo resistirse a la música: ya regresó a nuestro lado! ¿Qué podemos hacer por usted, señora? La caneca aún no está totalmente vacía. Venga y tómese un trago.

Madame Fontaine había regresado, huyendo de la oscuridad y el silencio que reinaban fuera de la habitación, mareada por una espantosa debilidad que volvía a adueñarse de ella. Cuando Schwartz le habló, avanzó en su dirección con paso vacilante.

—¡Agua! —exclamó, respirando con dificultad—. ¡Me siento muy débil! ¡Agua, agua!

—No tenemos ni una gota, señora. ¿Le gustaría tomar un poco de brandy?

—¡Se lo prohíbo! —exclamó Jack con un gesto perentorio—. ¡El oro líquido es para nosotros, no para ella!

Se fijó en ese momento en el vaso de vino que Schwartz le impidiera beber. Darle a Madame Fontaine su «remedio», robado de su propia habitación, era exactamente el tipo de travesura que le resultaba atractiva a Jack en su presente estado de ánimo. Señaló el vaso y le hizo un guiño al vigilante. Tras una vacilación momentánea, el cerebro embotado de Schwartz captó la nueva idea.

—¡Aquí queda un poco de vino, señora! —dijo—. ¿Por qué no lo prueba?

Madame Fontaine apoyó una mano sobre la mesa para no caer al suelo. Perdía fuerzas por momentos; un sudor frío le cubría el rostro.

—¡Rápido! ¡Rápido! —murmuró con voz desfalleciente. Agarró el vaso y lo vació ansiosa hasta la última gota.

Schwartz y Jack la contemplaban con curiosidad maliciosa. La idea de escapar aún ocupaba la mente de la viuda.

—Creo que ahora puedo caminar —dijo—. ¡Por Dios, dejadme salir!

—¿Acaso no se lo he dicho ya? Yo tampoco puedo salir.

Al oír esa brutal respuesta, Madame Fontaine retrocedió. Lenta, exánime, caminó hasta la silla y se dejó caer en ella.

—¡Animo, señora! —dijo Schwartz—. Habrá más música para que se sienta mejor. Ahora sabrá cómo fue que el vigilante loco perdió la chaveta. Otra gotita del oro líquido, Jack. Un trago para usted y un trago para mí... ¡y aquí va!

Berreó las últimas estrofas de la canción:

*Me dije: a la completa soledad
Prefiero de la muerte la orfandad.
Y entonces la campana tan horrenda
De la muerte sonó en todas las celdas,
La luna espejeó sobre la tierra,
¡Pobre de mí!*

*Las cortinas se abrieron; y un fantasma,
En cada umbral, tan blanco como el alba,
Exclamó. Nos llamaste, y aquí estamos;
¡A la luz de la luna ya bailamos!
Y bailé hasta ser presa de un desmayo,
¡Pobre de mí!*

*Y desde aquella noche estoy demente,
Y tiemblo atenazado por la fiebre.
Porque los muertos me han dejado helado
Desde que solo, yo, y desamparado,
Hacía guardia entre esos desdichados,
¡Pobre de mí!*

*¡Y cuando llegue al fin mi soledad
De muerto, sobre mi cuerpo apilad!
La tierra, o volveré para bailar
Frenético en el mismo lugar*

*Con un fantasma por pareja, igual,
¡Pobre de mí!*

La noche había aclarado. Mientras Schwartz cantaba, la luz de la luna comenzó a colarse por la claraboya. Con el último verso, un rayo de su fría luz amarillenta iluminó el rostro de Jack. El fuego del brandy hizo erupción: Jack fue presa de un ataque de locura que recordaba su antigua furia. Se puso de pie de un salto, al tiempo que lanzaba un grito.

—¡La luna! ¡La luna del vigilante loco! —vociferó—. El vigilante loco regresa. ¡Ahí está, deslizándose por los rayos sesgados de la luz! ¿veis cómo se le desprenden los terrones negros de la tumba, y la cuerda que le rodea el cuello? ¡Ja! ¡Como brinca, y gira y se retuerce! Está bailando de nuevo con los muertos. ¡Dejadme pasar! Yo también quiero bailar con ellos, ¡ven, vigilante loco; ven! ¡Estoy tan loco como tú!

Dio vueltas y vueltas con su imaginario fantasma por compañero de baile. Schwartz volvió a prorrumpir en violentas carcajadas al ver el terrible espectáculo. Con un entusiasmo hijo de la ebriedad se dirigió a Madame Fontaine.

—¡Contemple a Jacky, señora! ¡Ese sí es un bailarín! ¡Y buena compañía para una aburrida noche de invierno!

La viuda ni lo miró ni se movió; estaba encogida en su silla, alucinada por el terror. Jack alzó los brazos, dio una o dos vueltas más, mareado, y cayó exhausto al suelo.

—Su frío se me mete por las manos —dijo, aún poseído por la visión del vigilante—. Me refresca los ojos, me calma el corazón, me embota la cabeza. Me muero, me muero, me muero, me voy con él a la tumba. ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Se tendió en el suelo, silencioso, presa de un extraño letargo; tenía los ojos muy abiertos y clavados en la luna. Schwartz se tomó las últimas gotas de brandy de la caneca.

—Jack debería llamarse Salomón —declaró con soñolienta solemnidad—. Salomón era un sabio, y Jack es un sabio. Jack se duerme cuando se acaba el licor. Esconda la botella antes de que venga el encargado. Quien diga que no estoy sobrio, miente. El vino del Rin zumba en la cabeza. Eso es todo, señor Encargado, eso es todo. ¿Eso que veo allá arriba en la claraboya es el sol que sale? Os deseo buenas noches; os... deseo... buenas... noches.

Puso sus pesados brazos sobre la mesa; dejó caer sobre ellos la cabeza; se durmió.

Pasó el tiempo. Sólo los estentóreos ronquidos de Schwartz rompían el silencio. Jack no experimentaba ningún cambio; allí seguía, tumbado en el suelo, con los ojos clavados en la luna.

En algún lugar del edificio, un reloj (que hasta ese momento el bullicio había impedido oír) dio la primera hora de la madrugada. Madame Fontaine experimentó un sobresalto. El sonido la hizo estremecer con un nuevo temor: un temor que se

expresó con una mirada furtiva a la celda en la que yacía la muerta. Si sonaba la campana, ¿su sonido sería como el tañido solitario del reloj?

—¡Jack! —susurró—. ¿Escuchó el reloj? Oh, Jack, este silencio es espantoso... dígame algo.

Jack se incorporó lentamente. Quizás la campanada del reloj, quizás algo en su interior, lo habían sacado de su ensueño. No le contestó a Madame Fontaine; no la miró. Con las rodillas ceñidas por los brazos se sentó en el suelo en la actitud de un salvaje. Sus ojos, que habían estado clavados en la luna, ahora se clavaban, con la misma mirada estática, vidriosa, en la campana de alarma situada sobre la puerta de la celda.

Siguió pasando el tiempo. De nuevo el opresivo silencio fue más de lo que Madame Fontaine podía soportar. Otra vez intentó que Jack le hablara.

—¿Qué mira? —preguntó—. ¿Qué espera? ¿Es...? —el resto de la frase murió en sus labios: las palabras que debían concluir la eran demasiado terribles para pronunciarlas.

El sonido de su voz no produjo ninguna impresión visible en Jack. ¿Le habría afectado de alguna manera invisible? Lo cierto es que algo quebró la extraña abulia de la que era preso. Habló. Su tono era lento y mecánico: el tono de un hombre que hurga en su memoria con dolor y dificultad, repitiéndose en voz alta sus recuerdos, uno a uno, a medida que los recupera.

—Cuando se mueva, su mano tirará de la cuerda —musitó—. Sus manos enviarán un mensaje hacia lo alto hasta llegar a la campana.

Hizo una pausa y señaló a la puerta de la celda.

Su gesto resultó horriblemente sugerente para la desgraciada criminal que lo contemplaba.

—¡No haga eso! —exclamó—. ¡No señale ese lugar!

La mano de Jack no se movió; el demente se empeñaba en seguir el hilo de los recuerdos de la demostración del doctor, que sólo ahora retornaban a su mente.

—Hacia lo alto, hacia lo alto, hasta llegar a la campana —repitió—. Y la campana lo siente. La cosa de acero se mueve. La campana habla. ¡Campana buena! ¡Campana fiel!

El reloj dio la una y media. Madame Fontaine dejó escapar un grito al oír el sonido: sus sentidos no establecían diferencia entre el reloj y la campana.

Vio descender la mano con la que Jack señalaba y cómo se la agarraba con la otra, ciñendo sus rodillas. Le oyó hablar —suave y tiernamente ahora—: le hablaba a la muerta.

—¡Despierte, Ama, despierte! ¡Ama querida, el tiempo pasa lento, y el pobre Jack la está esperando!

La viuda creyó ver moverse las cortinas cerradas: para ella, la ilusión era realidad.

Trató de despertar a Schwartz.

—¡Vigilante! ¡Vigilante! ¡Despierte!

Schwartz siguió durmiendo con la misma profundidad.

Madame Fontaine se incorporó a medias. Casi se había puesto de pie, cuando se dejó caer de nuevo en la silla. Jack se había movido: se había arrodillado.

—¡El Ama me oye! —dijo.

En sus ojos brillaba la luz de una vívida expresión. Ya no tenían una mirada extraviada, sino que contemplaban con ansia la puerta de la celda. Se puso de pie y se apretó el pecho con ambas manos.

—¡Levántese! —dijo—. ¡Oh, Ama, levántese!

Sobre la puerta se produjo un sonido: era un roce leve y premonitorio.

El martillo de metal se movió, se alzó, golpeó el globo de metal. La campana sonó.

Jack permaneció en su lugar, como si hubiera echado raíces en el suelo, sollozando histéricamente. El puño de hierro del suspenso lo mantenía paralizado.

Madame Fontaine no dejó escapar un grito, no hizo el menor movimiento. El tañido de la campana parecía haber truncado su vida. El sonido despertó a Schwartz, quien tampoco se movió, excepto para mirar a lo alto: él también era como un ser viviente convertido en piedra.

Pasó un minuto.

Las cortinas se agitaron levemente. Unos dedos trémulos las abrieron. Lentamente, sobre la superficie negra de las cortinas se vio un hermoso brazo desnudo que ampliaba la abertura.

Apareció una figura envuelta en un sudario de terciopelo. En el rostro pálido, la inmovilidad del reposo permanecía casi inalterada. Sólo los ojos estaban conscientes de la vida que volvía: recorrían la habitación con una leve sorpresa y aire de perplejidad, sólo eso. Miraron hacia abajo; los labios temblaron dulcemente en una sonrisa. La aparecida vio a Jack, arrodillado en éxtasis a sus pies.

De nuevo reinaba la quietud en la habitación. El mismo silencio expresaba el regocijo que producía una inexpresable felicidad y un inexpresable terror.

El primer sonido provino, de repente, del solitario recibidor. En el patio se oyó el ruido de unos pasos apresurados. La luz de unas lámparas iluminó el oscuro pasaje. Voces entremezcladas de hombres y mujeres llegaron atropelladas a la Cámara del Vigilante.

POSTSCRIPTUM

*El señor David Glenney regresa
a Frankfurt y pone fin
a la historia*

I

El 12 de diciembre recibí una carta de la señora Wagner en la que me informaba de que la boda de Fritz y Minna se había aplazado para el 13 de enero. Poco después salí de Londres con destino a Frankfurt.

Mi partida fue apresurada, a fin de tener tiempo para sostener contactos de negocios con algunos de nuestros homólogos de Francia y el norte de Alemania. El administrador de nuestra oficina, el señor Hartrey (quien dirigía la casa de Londres en ausencia de la señora Wagner) era un hombre chapado a la antigua, que sostenía que nada se debe hacer con prisas. Insistió en darme un margen de tiempo mucho mayor para tratar con nuestros homólogos del que era probable que necesitara. Poco sospechaba ese buen hombre los motivos que me animaron a ceder con tanta facilidad a sus deseos. Estaba ansioso por volver a ver a mi tía y a la encantadora Minna. Sin descuidar ninguno de mis deberes (y gracias al ocasional sacrificio de viajar de noche), me las ingenié para llegar a Frankfurt una semana antes de la fecha en que me esperaban, o sea, en la mañana del 4 de enero.

II

En cuanto Joseph me abrió la puerta, su rostro me reveló que algo extraordinario sucedía en la casa.

—¿Ocurre algo? —pregunté. Joseph me miró desconcertado.

—Será mejor que hable con el doctor —dijo.

—¡El doctor! ¿Quién está enfermo? ¿Mi tía? ¿El señor Keller? ¿De quién se trata?

En mi impaciencia, lo tomé del cuello del abrigo y lo zarandeé, pero mis zarandeos no lograron sino la misma respuesta, un tanto abreviada:

—Hable con el doctor.

La puerta de la oficina me quedaba cerca. Le pregunté a uno de los empleados si el señor Keller estaba en su despacho. El empleado me informó que el señor Keller se encontraba en el piso de arriba con el médico. En el colmo del suspenso, le pregunté entonces si mi tía estaba enferma. Al hombre se le desorbitaron los ojos.

—¿Será posible que no se haya enterado? —dijo.

—¿Está viva o ha muerto? —estallé, perdida toda la paciencia.

—Ambas cosas —respondió el empleado.

Comencé a preguntarme —y creo que era natural— si me encontraba en casa del señor Keller o en un asilo de retrasados mentales. Volví al zaguán y eché mano al cuello de Joseph una segunda vez.

—¡Llévame ahora mismo a ver al doctor! —dije.

Joseph abrió la marcha hacia los altos, aunque para mi infinito alivio, no hacia el ala de la casa donde vivía mi tía. En el primer rellano me comunicó algo que me pareció incomprensible.

—Señor David, ya he dado aviso para marcharme de esta casa —dijo—. Hay ciertas cosas que ningún sirviente puede soportar. Mientras una persona vive, uno espera que viva. Cuando muere, uno espera que muera. No debe haber confusiones en una cosa tan seria como la vida y la muerte. No culpo a nadie, no entiendo nada, simplemente me marchó. Sígame, por favor, señor.

¿Habría estado bebiendo? Empezó la subida del siguiente tramo de las escaleras con paso firme y tranquilo. Golpeó discretamente a la puerta de Madame Fontaine.

—El señor David Glenney para ver al doctor Dormann —anunció.

El primero en salir fue el señor Keller, quien cerró la puerta a sus espaldas. Me abrazó, en una demostración de afecto que estaba lejos de caracterizarlo en otros momentos. Su rostro estaba alterado; su voz se quebró al dirigirme sus primeras palabras.

—Sea bienvenido, David; ¡sea más bienvenido que nunca!

—¿Está bien mi tía?

Juntó sus manos con ademán fervoroso.

—Dios es misericordioso —dijo—. ¡Gracias a Dios!

—¿Está enferma Madame Fontaine?

Antes de que me contestara, la puerta volvió a abrirse. El doctor Dormann salió de la habitación.

—¡Precisamente el hombre que necesitaba! —exclamó—. No podía haber llegado en mejor momento —se volvió hacia el señor Keller—. ¿Dónde puedo encontrar los útiles necesarios para escribir? ¿En la sala? Bajemos, señor Glenney. Bajemos, señor Keller.

Una vez en la sala, escribió unas pocas líneas apresuradas.

—Pongámosle nuestra firma —dijo.

Le alcanzó la pluma al señor Keller después de firmar, y de inmediato me pasó el papel para que lo leyera.

Para mi inexpresable asombro, el documento certificaba que «las fuerzas vitales suspendidas en la señora Wagner recuperaron su vigor en el depósito de cadáveres de Frankfurt a la una y media de la madrugada del 4 de enero; que él había sido el profesional que supervisara el retorno de la vida; y que, por ende, relevaba a los magistrados de toda necesidad de continuar su investigación, dado que no existía ya motivo para ella». A esa declaración se añadía una línea en la que se declaraba que el señor Keller retiraba su denuncia ante los magistrados, autenticada por la firma del señor Keller.

Yo permanecía con el papel entre las manos, mirando a uno y al otro, tan perplejo como el propio Joseph.

—No puedo dejar a Madame Fontaine —dijo el doctor—; tengo un interés profesional en el caso. De no ser así, habría hecho esta declaración en persona. El señor Keller ha sufrido una terrible conmoción y necesita con urgencia reposo y tranquilidad. Nos hará a ambos un favor si lleva ese papel al ayuntamiento y declara ante los magistrados que nos conoce personalmente y que nos vio firmar el documento. A su regreso le daré todas las explicaciones de las que sea capaz, y verá usted mismo que no necesita inquietarse por su tía.

Me fui al ayuntamiento e hice la declaración que indicara el doctor. Entre las preguntas que me formularon estaba la de si tenía algún interés directo en el asunto, fuera en lo tocante a la señora Wagner o a cualquier otra persona. Después de que respondí que era el sobrino de la señora Wagner, se me indicó que declarara por escrito que estaba de acuerdo (en calidad de representante de la señora Wagner) con la declaración del doctor y con que el señor Keller retirara su denuncia.

Con eso terminaron los trámites formales y pude regresar a la casa.

III

En esta ocasión Joseph ya había recibido algunas órdenes. Me habló como un ser racional: dijo que el doctor me esperaba en la habitación de Madame Fontaine. El lugar de la cita me sorprendió bastante.

El doctor abrió la puerta, pero hizo una pausa antes de dejarme entrar.

—Tengo entendido que fue usted la primera persona que vio al señor Keller la mañana en que enfermó —dijo.

—Después del difunto señor Engelman, yo fui la primera persona —respondí.

—Entre, entonces. Quiero que le eche un vistazo a Madame Fontaine.

Me condujo junto al lecho. Desde el mismo instante en que posé mis ojos en ella vi reproducidos todos los síntomas de la enfermedad del señor Keller. Yacía allí, presa de la misma apatía, con la misma palidez en el rostro y el mismo temblor intermitente de las manos. Cuando me recobré de la primera impresión al comprobarlo, advertí a la pobre Minna, arrodillada al otro lado de la cama y sollozando amargamente.

—¡Oh, mi amor! —exclamó, presa de un acceso de dolor—; ¡mírame! ¡Háblame!

Su madre abrió los ojos un momento, miró a Minna y los volvió a cerrar fatigada.

—Déjame tranquila —dijo en tono de angustiado ruego.

Minna se incorporó y se inclinó con ternura sobre la almohada.

—Tus pobres labios están tan resecos —dijo—; ¿quieres un poco de limonada?

Madame Fontaine se limitó a repetir la misma frase:

—Déjame tranquila.

¡La misma renuencia a alzar sus pesados párpados, la misma súplica de que no la molestaran que me habían alarmado la memorable mañana en que entré en el cuarto del señor Keller!

El doctor Dormann me hizo una señal de que lo acompañara afuera. Cuando abrió la puerta, la enfermera le preguntó si tenía alguna otra instrucción para ella.

—Llámeme en cuanto aprecie un cambio —respondió—; estaré en la sala con el señor Glenney.

Yo le apreté en silencio una mano a la pobre Minna antes de marcharme de su lado. ¿Quién habría podido, en ese momento, expresar su adhesión con palabras?

El doctor y yo bajamos juntos las escaleras.

—¿Le sugiere algo su enfermedad? —preguntó.

—La enfermedad del señor Keller, exactamente tal como la recuerdo —respondí.

No hizo ningún otro comentario. Llegamos a la sala. Le pregunté si podía ver a mi tía.

—Debe esperar un poco —dijo—. La señora Wagner duerme. Mientras más duerma, más completa será su recuperación. Mi preocupación principal es con Jack.

Ahora está bastante tranquilo, montando guardia a la puerta de su tía, pero me ha dado algún trabajo. Me gustaría conocer mejor su historia anterior. Por lo que he logrado saber, era sólo lo que llaman un «retrasado» cuando lo recibieron en el asilo de Londres. El tratamiento cruelmente represivo que le aplicaron en ese lugar agravó su imbecilidad hasta convertirla en locura violenta, y ese tipo de locura tiende a repetirse. Mi mayor esperanza para el futuro es la influencia de la señora Wagner, que tanto ha logrado ya. Siéntese y permítame explicarle, lo mejor que pueda, la extraña situación en que nos ha encontrado.

IV

—¿Recuerda cómo se curó la enfermedad del señor Keller? —comenzó el doctor.

Esas palabras me trajeron a la mente, al instante, no sólo las misteriosas sospechas del doctor Dormann durante la enfermedad, sino la extraña pregunta que me formulara Jack la mañana en que me marché de Frankfurt. El doctor se percató de que le contestaba con cierta turbación.

—Digámonos lo que tenemos en mente, sin reservas —dijo—. Lo he hecho pensar en algo. ¿De qué se trata?

Le contesté sin ocultarle nada. El doctor Dormann, por su parte, fue igualmente franco. Me habló exactamente como le hablara al señor Keller, tal como se relata en la Segunda Parte de esta narración.

—Ahora ya sabe lo que pensé de la extraordinaria recuperación del señor Keller —prosiguió—, y lo que temí cuando encontré muerta (como creí entonces firmemente) a la señora Wagner. Mis sospechas de envenenamiento apuntaban a la envenenadora. La maravillosa cura del señor Keller efectuada por Madame Fontaine, gracias a su propio remedio misterioso, me hizo sospechar de ella. Mi intención al negarme a extender el certificado para el entierro era provocar una investigación legal que sabía que el señor Keller solicitaría con la mera expresión por mi parte de una duda acerca de si la muerte de su tía había sido natural. En ese momento no tenía la menor premonición del acontecimiento que se produjo. No obstante, tengo que admitir que antes de que lleváramos el cuerpo al depósito de cadáveres me sobresaltó un tanto —prepárese para una sorpresa— un secreto que me comunicó Jack.

A continuación repitió la narración de Jack acerca de cómo había abierto el armario del Cuarto Rosado y le había administrado el antídoto a la señora Wagner.

—Comprenderá que yo estaba muy al tanto de la marcada diferencia entre la enfermedad del señor Keller y la de la señora Wagner, y no supuse ni por un momento que a ambos se les había suministrado el mismo veneno. De ahí que estuviera lejos de compartir la ciega confianza de Jack en la eficacia del frasco de cristal azul en el caso de su ama. Pero le confieso con toda honestidad que el asunto me inquietaba. Esa noche mis pensamientos volvieron al tema, merced a ciertas circunstancias misteriosas. El señor Keller y yo acompañamos el carro fúnebre hasta el depósito de cadáveres. En el camino, me siguió, y posteriormente me detuvo, Madame Fontaine. Tenía algo que darme. Aquí está.

Puso sobre la mesa una hoja de papel grueso, totalmente cubierto por un texto en clave.

V

—¿Quién escribió esto? —pregunté.

—El difunto esposo de Madame Fontaine.

—¡Y ella lo puso en sus manos!

—Sí, y me pidió que descifrara su significado.

—Es sencillamente incomprensible.

—De ningún modo. Madame Fontaine sabía el uso que Jack le había dado a su antídoto y (en su ignorancia de la química) quería estar preparada para cualquier posible consecuencia. ¿Se imagina por qué consentí en tratar de descifrar la clave?

—¿Porque podría saber qué veneno se le había administrado a la señora Wagner?

—¡Muy perspicaz de su parte, señor Glenney!

—¿Y logró descubrir el significado de esos jeroglíficos?

El doctor puso una segunda hoja de papel sobre la mesa.

—Hay una sola clave imposible de descifrar —dijo—. Si dos personas se ponen de acuerdo en secreto para consultar la misma edición de un libro, y si la clave del uno o del otro tienen como base una página y unas líneas dadas de esa página, no hay ingenio que pueda desentrañarla sin descubrir previamente de qué libro se trata. Todas las demás claves, hasta donde sé, están a merced de la habilidad y la paciencia. En este caso comencé (para ahorrarme tiempo y dificultades) por probar con la norma para descifrar la más simple y elemental de las claves. Me refiero al empleo del lenguaje corriente de un mensaje, traducido a signos arbitrarios. La manera correcta de leer esos signos puede describirse en dos palabras. Al examinar el mensaje en clave, se advierte que algunos signos se repiten con más frecuencia que otros. Se cuenta cada uno de los signos y se precisa, mediante una simple suma, cuál es el que aparece con más frecuencia, cuál lo sigue, y así sucesivamente. Establecidas esas comparaciones, hay que preguntarse qué vocal y qué consonante son las más frecuentes en el idioma en que se supone que fue escrito el cifrado. El resultado es meramente cuestión de tiempo y paciencia.

—¿Y este es el resultado? —dije, señalando a la segunda hoja de papel.

—Léalo y juzgue por sí mismo —respondió.

La primera oración del mensaje descifrado parecía haber sido incluida por el doctor Fontaine con el propósito de que le sirviera de memorando, ya que era la repetición, velada por la clave, de las instrucciones escritas en las etiquetas del veneno llamado Vino de Alejandro y su antídoto.

Los párrafos siguientes eran mucho más interesantes. Se referían al segundo veneno, llamado las Gotas del Espejo, y relataban, en los siguientes términos, los resultados de uno de los más notables experimentos del doctor:

VI

Las Gotas del Espejo. Dosis fatal, como revelan los experimentos con animales, la misma que en el caso del Vino de Alejandro. Pero su efecto mortal es más rápido y más indistinguible, en términos de encontrar trazas en un examen post mortem.

Tras muchas y pacientes pruebas, no he podido encontrar un antídoto confiable para este veneno infernal. En esas circunstancias, no me atrevo a intentar modificarlo para uso médico. Lo tiraría, pero no me gustan las derrotas. Si vivo un poco más de tiempo, lo intentaré una vez más, con la mente tonificada por otros estudios.

Un mes después de escribir esas líneas (que copié en caracteres normales en la botella, por temor a un accidente), lo volví a intentar y volví a fracasar. Molesto por ese nuevo fracaso, hice algo indigno de un científico.

Tras envenenar a un animal con las Gotas del Espejo, le administré una dosis del antídoto del Vino de Alejandro que guardo en el frasco azul, conociendo perfectamente bien la diferente naturaleza de los dos venenos, sin esperar que se produjera ningún resultado de importancia científica, y, aun así, confiando tontamente en que el azar me ayudara.

El resultado fue sumamente asombroso. Consistió nada menos que en la completa suspensión de todos los signos vitales (tal como los conocemos) durante un día, una noche y parte del día siguiente. Sólo sabía que el animal no estaba muerto porque en la mañana del segundo día no observé ninguna señal de descomposición, a pesar de que era verano y de que el laboratorio estaba mal ventilado.

Una hora después de que me asombrara al observar los primeros síntomas de un retorno a la vida, el animal mostraba su vivacidad usual y comió con buen apetito. Al cabo de diez días, sigue gozando de una salud perfecta. Este extraordinario ejemplo de acción y reacción entre los ingredientes del veneno y los del antídoto, y de ambos con las fuentes de la vida, merece, y será objeto, de la más cuidadosa investigación. ¡Quiera Dios que viva para darle un buen uso y dejarla registrada en otra página!

No había otra página ni ninguna otra anotación. El profesor no había logrado alcanzar su postrera aspiración científica.

VII

—Era pasada la medianoche cuando descubrí lo que ahora conoce —dijo el doctor—. Fui de inmediato en busca del señor Keller. Afortunadamente, no se había ido aún a la cama, y me acompañó al depósito de cadáveres. Como sabía dónde quedaba la puerta privada del encargado, a un costado del edificio, pude levantarlo sin mucha tardanza. Presa de la agitación que me dominaba, dije, al alcance del oído de los sirvientes, que era posible un retorno a la vida. Toda la servidumbre nos acompañó al depósito de cadáveres, que queda en el extremo opuesto del edificio. Soy absolutamente incapaz de describirle lo que vimos allí. Llegué a tiempo para adoptar las medidas necesarias a fin de que la señora Wagner mantuviera la calma, y de trasladarla indemne al hogar del señor Keller. Una vez logrado lo anterior, creí que mis preocupaciones habían llegado a su fin. Estaba completamente equivocado.

—¿Supongo que se refiere a Madame Fontaine?

—No, me refiero a Jack. La fe ignorante de ese pobre infeliz incuestionablemente le había salvado la vida a su ama. Yo nunca me habría atrevido (incluso de haber conocido más temprano los resultados del experimento del profesor) a correr el inmenso riesgo que Jack asumió sin vacilaciones. Los sucesos de la noche (agravados por el brandy que Schwartz le proporcionara) habían desequilibrado por completo su endeble cerebro. En ese momento estaba tan loco como puede haberlo estado en Bedlam. Con ciertas dificultades logré convencerlo de que tomara una poción sedante. Se negaba, irritado, a confiar en mí; e incluso, cuando la poción empezó a tranquilizarlo, fue tan ingrato como para referirse despectivamente a lo que había hecho por él. «Yo tenía un remedio mucho mejor que el suyo, hecho por un hombre que valía por cien como usted», me dijo. «Schwartz y yo fuimos tan tontos como para dárselo anoche a la señora Ama de Llaves». No le di importancia a sus palabras: era una más de las excentricidades que podían esperarse de él en el estado en que se encontraba. Lo dejé tranquilamente dormido, y estaba a punto de irme a mi casa para descansar yo también un poco, cuando el hijo del señor Keller me detuvo en el pasillo. «Por favor, vaya a ver a Madame Fontaine», me dijo; «Minna está alarmada por su madre». Volví a subir enseguida.

—¿Le había notado algo extraño a Madame Fontaine antes de que Fritz lo llamara? —pregunté.

—En el depósito de cadáveres advertí que parecía fuera de sí por el miedo; y me sorprendió un poco —teniendo la opinión que tenía de ella— que una mujer así diera muestras de tanta sensibilidad. El señor Keller se hizo cargo de ella durante nuestro regreso a la casa. No estaba preparado para lo que vi después, cuando fui a su cuarto a petición de Fritz.

—¿Se percató del parecido de su enfermedad con la del señor Keller?

—En ese momento no; sólo después. Le pidió a su hija que saliera del cuarto, y creí advertir que me miraba de una manera extraña cuando nos quedamos a solas. «Quiero que me devuelva el papel que le di en la calle anoche», dijo. Le pregunté por qué lo quería. Pareció no saber qué responderme; dio muestras de sentirse muy agitada y confundida. «¡Para destruirlo, por supuesto!» —exclamó de repente. «Todos los frascos que dejó mi esposo han sido destruidos, y sus pedazos están tirados por todas partes, desde las puertas de la ciudad hasta el depósito de cadáveres. Oh, yo sé lo que piensa de mí. ¡Atrévase!» Pareció olvidar lo que había dicho en cuanto lo dijo; se volvió, abrió una gaveta y sacó un libro con cierres de metal. Su mente parecía haber perdido toda percepción de mi presencia en la habitación. Me pareció apreciar que los cierres del libro se abrían tocando un muelle. Noté que sus manos temblaban al tratar de encontrarlo. Le atribuí el temblor a los terrores de la noche y le ofrecí mi ayuda. «Deje en paz mis secretos», dijo, y puso el libro bajo su almohada. Mi deber profesional consistía en ayudarla, si podía. Aunque no le daba importancia a lo que me había dicho Jack, me pareció deseable, antes de recetarle, saber si había tomado o no una de sus propias medicinas. Se apartó de mí cuando escuchó lo que me había contado Jack, como si la hubiera aterrorizado. «¿A qué remedio se refiere? Sólo tomé un vaso de vino. Mándelo a buscar de inmediato. ¡Debo hablar con él!». Le dije que era imposible; no podía permitir que se interrumpiera su sueño. «¡El vigilante! ¡Ese bruto borracho! Envíe por él», exclamó. Ya en ese momento comencé a llegar a la conclusión de que realmente había algún problema. Llamé a su hija para que la atendiera mientras yo no me encontraba presente y salí de la habitación para consultar con Fritz. La única esperanza de encontrar a Schwartz (dado que la guardia nocturna en el depósito de cadáveres ya había terminado a esa hora) consistía en preguntarle a su hermana, la enfermera. Yo sabía dónde vivía, y Fritz se ofreció muy amablemente a ir a buscarla. Cuando al fin se encontró a Schwartz y se le trajo a la casa, Madame Fontaine sólo era capaz de entender a medias lo que decía. Empecé entonces a reconocer los síntomas de la enfermedad del señor Keller. Ya se hacía evidente la apatía que usted recuerda. «Dejadme morir», dijo Madame Fontaine en voz queda; «lo merezco». El último esfuerzo de la mente trastornada, que por un momento reanimó al cuerpo desfalleciente, se produjo casi inmediatamente después. Madame Fontaine se alzó, apoyándose en la almohada, y me tomó del brazo. «¡Tenga en cuenta que Minna se casa el día 13!». Mientras hablaba, tenía los ojos clavados en mí. Al pronunciar la última palabra, se desplomó y cayó en el estado en que acaba usted de verla.

—¿No puede hacer nada por ella?

—Nada. La ciencia moderna ignora totalmente los venenos que la malhadada inteligencia del profesor Fontaine revivió. Conocemos los envenenamientos lentos mediante la reiteración de pequeñas dosis. Pero el envenenamiento lento mediante

una única dosis trasciende de tal manera nuestros conocimientos que los médicos, por lo general, se niegan a creer que sea posible.

—¿Está seguro de que se trata de un veneno? —pregunté.

—Después de lo que Jack me contó esta mañana al despertar, no tengo ninguna duda de que se envenenó con el Vino de Alejandro. Parece habérselo ofrecido arteralmente a Jack como un remedio, y haber vacilado en el último momento sobre la conveniencia de dárselo. La fe ignorante de Jack se lo dio como remedio por intermedio de Schwartz. Cuando tengamos más tiempo, conocerá usted los detalles. Mientras tanto, sólo le diré que la revancha es completa. Incluso en su actual estado, Madame Fontaine podría salvarse si Jack no le hubiera administrado a la señora Wagner todo lo que quedaba del antídoto.

—¿Tiene algún reparo a que le pregunte a Jack sobre los detalles?

—Los mayores reparos. Es de suma importancia que no se aliente ninguna conversación con él sobre ese tema en el futuro. Ya le dije a la señora Wagner que le había salvado la vida; y antes de que usted llegara lo encontré consolando a Minna. «¡Su mamá se tomó su propia medicina, señorita; pronto se pondrá bien!». Me he visto obligado (¡Dios me perdone!) a decirles a su tía y a Minna que tiene desvaríos de loco, y que no deben creer ni una palabra de lo que les ha dicho.

—Sin duda tiene usted motivos justificados para hacerlo —dije, sin adivinar en ese momento cuáles eran.

—Me comprenderá de inmediato —respondió—. En cualquier circunstancia, confío en su honor. ¿Por qué he confiado en usted en estas circunstancias? Por una razón muy seria, señor David. Es probable que en el futuro sostenga usted una relación muy estrecha con su tía y con Minna, y quiero apoyarme en usted para que continúe la buena obra que he comenzado. La vida venidera de la señora Wagner no debe estar ensombrecida por un horrible recuerdo. Esa dulce joven debe disfrutar los años de felicidad que la aguardan, sin la amargura de saber culpable a su madre. ¿Comprende ahora por qué me veo obligado a ser injusto con el pobre Jack?

Como prueba de que lo entendía, le prometí la discreción que tenía todo el derecho a esperar de mí.

La entrada de la enfermera puso fin a nuestro conciliábulo. La mujer informó que el estado de Madame Fontaine empeoraba.

El doctor se mantuvo junto a la cabecera de la enferma. A intervalos, yo también volví a verla.

Aunque sucedió hace mucho tiempo, no consigo obligarme a detallar el implacable avance del infernal veneno de los Borgia en su desgaste de las fuerzas vitales. Los estremecimientos nerviosos alcanzaron un clímax y después comenzaron a ceder tan gradualmente como empezaran. Madame Fontaine permaneció después durante varias horas en un estado de total postración. Ni una última palabra, ni una

última mirada recompensaron a la devota hija, que se mantenía, fiel, junto a su lecho. ¡Basta ya! ¡Basta! Avanzada la tarde del día siguiente, el doctor Dormann, gentil, muy gentilmente, se llevó a Minna del cuarto. El señor Keller y yo nos miramos en silencio. Sabíamos que Madame Fontaine había muerto.

VIII

Yo no había olvidado el libro de cierres metálicos que la viuda tratara en vano de abrir en presencia del doctor Dormann. Después de sacarlo de debajo de la almohada, dejé que fueran el señor Keller y el doctor quienes decidieran si debía dárselo a Minna sin abrir.

—¡Por supuesto que no! —dijo el doctor.

—¿Por qué no?

—Porque le diría lo que no debe saber nunca. Estoy convencido de que el libro es un diario. Ábralo y compruébelo.

Encontré el muelle y abrí el cierre. Era un diario.

—Supongo que lo habrá juzgado así por el aspecto del libro —dije.

—No. Lo juzgué por mi propia experiencia en la época en que fui oficial médico en la prisión de la ciudad. Un criminal culto es casi invariablemente un narcisista inveterado. Todos creemos ser interesantes, pero mientras más viles somos, más intensamente nos absorbe nuestra propia contemplación. Los mismos que, desde un punto de vista lógico, tienen el más indiscutible interés en ocultar sus crímenes, son los que, casi sin excepción, caen en la tentación de contemplarse en las páginas de un diario.

—No dudo de su experiencia, doctor, pero sus conclusiones me dejan perplejo.

—Piense un poco, señor David, y no le resultará tan difícil descifrar el acertijo. Mientras mejores somos, más generosamente nos interesamos en los demás. Mientras peores somos, más inveteradamente se concentra nuestro interés en nosotros mismos. Su tía es un ejemplo de lo que digo. Esta mañana la esperaban algunas cartas sobre el tema de las reformas en el tratamiento de los locos que está tan resuelta como antes a promover, tanto en este país como en Inglaterra. Tuve muchas dificultades para convencerla de que no debía contestarlas todavía; en otras palabras, de que no debía excitar su cerebro y su sistema nervioso después de la terrible prueba a la que se vio sometida. ¿Cree que habría tenido necesidad de intervenir en el caso de una malvada, tratándose de que esperaran por ella cartas que se refirieran meramente a intereses ajenos? ¡De ninguna manera! La malvada habría pensado sólo en sí misma, y habría estado demasiado interesada en su propia recuperación como para correr el riesgo de sufrir una recaída. Abra ese libro de Madame Fontaine por cualquiera de sus últimas páginas. Verá cómo se traiciona esa miserable en cada una de ellas.

¡Era cierto! Cada uno de los más secretos momentos de Madame Fontaine presentados en esta narración estuvo primero asentado en su diario.

Un ejemplo: su diario recoge, con el mayor detalle, el infernal ingenio de la estratagema mediante la cual se hizo, fraudulentamente, de la confianza del señor Keller, al convertirse en su salvadora. «No tengo más que darle el Vino de

Alejandro», escribió, «para curar, por medio del antídoto, la enfermedad que yo misma le produce. Después de eso, la madre de Minna se convertirá en el ángel guardián del señor Keller, y el matrimonio de Minna será un hecho».

En una página posterior describía, de manera similar —en el caso de la señora Wagner— sus motivos, exactamente opuestos, para elegir las Gotas del Espejo. «No sólo matan más rápidamente y son más difíciles de detectar», señalaba, «sino que en la etiqueta se lee que mi esposo intentó en vano encontrar el antídoto para estas Gotas. Si me falla el valor, una vez cometido el hecho, no habrá forma de salvar a la mujer cuya boca debo silenciar, so pena de que, después de todos mis sacrificios, el futuro de mi hija quede arruinado para siempre».

No hay duda de que intentó destruir esas páginas comprometedoras a su regreso a la casa del señor Keller, y que habría logrado su propósito de no ser por la aparición de los primeros síntomas del envenenamiento, que se evidenciaron en el extravío de su mente y el temblor incontrolable de sus manos.

El apunte final del diario tiene un interés especial que estimo que justifica su inclusión en esta narración. En él se pone de manifiesto la influencia purificadora del instinto maternal, que sobrevive hasta el final, sobre una naturaleza malvada. Hasta Madame Fontaine tenía, en ese sentido, un costado más dulce. En la memorable ocasión de su encuentro con el señor Keller en el zaguán, actuó con tanta imprudencia como si hubiera sido la mujer más tonta del mundo, llevada de su ansiedad por defender la causa de Minna ante el hombre de quien dependía el matrimonio de la joven. Se abstuvo de envenenar al inofensivo Jack, incluso para protegerse. Ni siquiera indujo a Minna a decir una mentira cuando les habría sido útil, en el momento más crítico de sus vidas.

¿Son esos rasgos salvadores anormales en una mujer que, en todos los demás sentidos, es una malvada? Pensad en vuestras propias «incoherencias \1\2.\3eed» las últimas palabras de una pecadora y dad gracias a Dios de que no os habéis visto sometidos a las mismas tentaciones que ella:

... Le dije a Minna que se fuera de mi cuarto, con lo que herí cruelmente a mi sensible niña. ¡Me inspira temor! Este último crimen parece apartarme de ese ser puro, más aún porque lo he cometido por ella y en nombre de lo que más le interesa en el mundo. Cada vez que me mira siento temor de que vea en mi rostro lo que he hecho por ella. ¡Oh, cómo ansío tomarla en mis brazos y comérmela a besos! No me atrevo... no me atrevo.

¡Que el Señor se apiade de esa miserable pecadora!

IX

Avanza la noche y la lámpara a cuya luz escribo ha perdido su brillo.

Mi mente se aleja de Frankfurt y de todo lo que otrora sucedió allí. La imagen que viene ahora a mi memoria es la de una escena que transcurre en Inglaterra.

Estoy en el negocio de Londres. Me esperan dos amigos. Uno de ellos es Fritz. El otro es la persona más popular del barrio: un personaje feliz e inofensivo, conocido de todos por el inconveniente apodo de Jack Straw. Gracias a la influencia de mi tía y al cambio de ambiente, no se ha producido ninguna recaída como la de Frankfurt. No sentimos ninguna preocupación por el futuro de nuestro pequeño amigo.

En lo que se refiere al pasado, no hemos hecho ningún descubrimiento romántico acerca de los primeros años de la vida de Jack. Quiénes eran sus padres, si murieron o lo abandonaron, cómo vivió y cuánto sufrió antes de entrar al servicio del profesor de química de Wurtzburgo: esas y otras preguntas similares siguen sin respuesta. Jack, por su parte, no siente ningún interés por nuestras averiguaciones. No puede o no quiere aguzar su débil memoria para ayudarnos.

—¿Qué importa ahora? —dice—. Comencé a vivir cuando el Ama fue a verme por primera vez. No recuerdo, no quiero recordar nada de lo que ocurrió antes.

Por tanto, las memorias de Jack siguen sin escribirse, por falta de materiales, como las memorias de muchos otros huérfanos de carne y hueso.

Mientras hablo de Jack, he dejado a mis dos amigos esperando en la recepción. Me pongo mis mejores ropas y me reúno con ellos. Fritz está nervioso, guarda silencio y muestra una irrazonable impaciencia por la llegada del coche a la puerta. Jack recorre la habitación con un ramillete soberbio en el ojal de un magnífico abrigo azul. Tiene un reloj; usa un bastón; lleva guantes blancos y pantalones estrechos de nanquín. Cuando al fin llega al coche, sale pavoneándose delante de nosotros.

—No niego que Fritz haga un buen papel en la fiesta —dice mientras nos alejamos—; pero afirmo rotundamente que el asunto no estaría completo sin Mí. Si la ropa no me hace justicia en algún sentido, ¡por Dios, díganmelo, antes de dejemos atrás la puerta de la sastrería!

Le respondo a Jack que se ve perfecto en todos los sentidos. Y Jack me contesta:

—David, tiene usted sus defectos, pero su gusto es invariablemente correcto. Hágame un poco más de espacio; no puedo llegar ante el Ama con los faldones arrugados.

Llegamos a un pueblecito en los alrededores de Londres y nos detenemos a las puertas de la antigua iglesia.

Caminamos hasta la barandilla del altar y aguardamos allí. Todas las mujeres del lugar también aguardan. Se limitan a lanzarnos una mirada a Fritz y a mí: su atención se concentra en Jack. Lo toman por el novio. Jack se percata de ello y se siente más

complacido que nunca de sí mismo.

El organista toca una marcha nupcial. La novia, vestida de manera sencilla, sin pretensiones, sólo lo suficientemente nerviosa como para que sus ojos resulten irresistibles y su tez adorable, entra en la iglesia del brazo del señor Keller.

Nuestro buen socio se ve más joven que de costumbre. Debido a su insistencia se ha vendido el negocio de Frankfurt, no sin que la socia principal estipulara que se debía emplear en la oficina a un número dado de mujeres jóvenes de buena reputación. Alejado de recuerdos que le resultan profundamente desagradables, el señor Keller está construyendo una casa cerca de la hermosa residencia de la señora Wagner, en la colina desde la que se domina el pueblo. Ahí se propone pasar el resto de sus días apaciblemente, junto a sus hijos.

Rumbo al altar, al señor Keller y a Minna los sigue el doctor Dormann (quien este año pasa sus vacaciones en Inglaterra). El doctor le da el brazo a la mujer a quien, entre todas las mujeres, Jack reverencia y adora. Es mi buena y querida tía, con el rostro tan encantador como antes; mi tía, el inquebrantable amparo de todos los seres desamparados... ¿Por qué me abandona la calma cuando intento trazar mi pequeño retrato de ella, la segunda madre de Minna, de pie junto a Minna en el día más importante de su vida?

No logro ni siquiera ver el papel. Han transcurrido casi cincuenta años desde esa boda. ¡Oh, coetáneos míos, vosotros los que habéis sobrevivido a vuestros amigos más queridos, vosotros sabéis qué les ocurre a mis ojos! Debo sacar mi pañuelo, hacer a un lado la pluma y dejar que alguien más joven termine de contaros el casamiento.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico "*Antonina o la caída de Roma*" (1850) su primera novela, continuada por "*Basil*" (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. "*La dama de blanco*" (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como "*El secreto de Sarah*" (1857), "*Sin nombre*" (1862), "*Armadale*" (1866), "*La piedra lunar*" (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. "*Doble engaño*" (1873), "*La ley y la dama*" (1875), "*El Hotel encantado*" (1878), "*Las hojas caídas*" (1879), "*La hija de Jezabel*" (1880), "*El Hombre de negro*" (1881), "*El legado de Caín*" (1889), o la novela póstuma "*Blind Will*" (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo Walter Besant. El

mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

NOTAS

[1] El relato de la terrible trayectoria de Anna Maria Zwanziger, sentenciada a muerte en Bamberg en el año de 1811, se puede encontrar en la traducción realizada por Lady Duff-Gordon de los «Criminal Trials» de Feuerbach. <<

[2] La descripción que hace Tuke de El Retiro, situado en las inmediaciones de York, fue objeto de una reseña de Sydney Smith en un número de 1814 del *Edinburgh Review*. <<